

HISTORIA DE LA CONGREGACION NERIANA

ADVERTENCIA

En esta parte van únicamente las biografías de los Sacerdotes o Hermanos que han muerto como Congregantes. En verdad en nuestra Congregación hubo muchos que hicieron páginas brillantes de nuestra historia, mas por haber salido no tenemos la suerte de considerarlos como nuestros hermanos. Pero sí nos parece justo mencionar, al menos los principales. El Padre Felipe Santiago López (fue Cronista de la Congregación y estuvo en Minda en el destierro del 77; desempeñó los cargos de diputado, ministro, prefecto del Seminario y candidato del pueblo para Obispo de Pasto); el Padre José María Zambrano (predicador insigne, Prepósito por un período, en compañía del P. Jurado allegó muchos fondos para la construcción del templo; fue además Vicario de la Diócesis); el Padre Francisco de Paula Moncayo (uno de los fundadores y después Vicario de la Diócesis); el Padre José María Yerovi (quien por ocho años edificó la Congregación con sus insignes virtudes y fué después franciscano en Cali y Arzobispo de Quito); el Padre Federico Guerrero (que fue Prepósito un período, prefecto del Colegio muchos años, excelente predicador y profesor incomparable); el Padre José María Cabrera (copia exacta del Padre Jurado, Prepósito de la Congregación cuando la fundación en Ipiales, excelente predicador y director de almas, diputado muchas veces) Doctor Hermenegildo Rivera (maestro de Sagrada Teología, insigne predicador y excelente director de almas); Padre Ramón Ordóñez (excelente confesor y director de almas); Padre Néstor María Ordóñez (orador de primera clase y profesor sin segundo).



Milagrosa Imagen de Jesús del Río.

SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

Francisco de la Villota y Barrera

Introducción.—Ascendientes inmediatos del Padre Villota.—Nacimiento y su primera formación.—Estudios Secundarios y su ordenación.—Algunos hechos desde 1815 a 1834.—La guerra de los Conventillos y su intervención.

1.—El Padre Francisco de la Villota y Barrera no fue comprendido por los personajes influyentes de su tiempo, sólo el pueblo conocía –por intuición– el bello corazón que se escondía detras de una corteza agria e inexpresiva. Los pícaros aprovecharon su celo incondicional por la gloria de Dios para sus fines políticos y las altas autoridades eclesiásticas, –a causa quizá de su misma altura– no penetraron las mejores intenciones del personaje que estimulado les hubiera servido para conjurar la tormenta.

Como hijos de este gran Padre no le defendemos incondicionalmente, pero tampoco permitimos que se le combata tergiversando la verdad. Para conocer la personalidad del Padre Villota no eran medio las voces callejeras de gentes interesadas en perderle, porque así convenía a sus intereses; tampoco eran medio para conocerle las acciones innobles de quienes esperaban hallar en la revuelta el medio de reabilitarse para subir a las cimas de donde sus pecados los habían precipitado; tampoco era medio el proceso que

mandó levantar el gobernador de la provincia Antonio José Chaves. Por el contexto se desprende de él que el únicó móvil era defender su actuación como gobernador contra las pretenciones de los Españas, cuyo puesto ocupaba.

Antonio José Chaves, después de la capitulación, en la cual intervino el Padre Villota, con el ánimo de apaciguar las cosas, se marchó a Yacuanquer a esperar el desenvolvimiento de los acontecimientos. Un gobernante de pantalones y responsabilidad no abandona el puesto que debe defender, menos lo deja en poder de los enemigos, como lo eran Antonio Mariano Alvarez y sus rivales los Españas.

En el célebre proceso consta que el Padre Villota montó a caballo y salió a encabezar al pueblo; consta que protestó contra la supresión de los conventillos; pero no consta que haya incitado a la revuelta.

Será mancha montar a caballo y ponerse en medio del pueblo que lo aclamaba como a su jefe? Sería mancha si lo hubiera hecho para conducir a ese pueblo a la rebelión; pero nada de eso se desprende de los hechos. El Padre se puso en medio del pueblo y lo apaciguó, como lo demuestra la tregua que se siguió a su salida. Sólo después, cuando el Padre ya no intervenía, cuando oraba en su celda para conjurar la tormenta, los interezados volvieron a atizar el fuego. No era delito protestar contra la supresión de los conventos, porque habiéndose convertido la medida en arma política el mismo gobierno debió inmediatamente contrarrestarla, si es que estimaba su posición. Además, cualquiera que hubiera pensado habría previsto la inconveniencia de la medida como lo confesó más tarde el general Santander.

Pará definir la responsabilidad de un hecho hay que contemplar muchos factores: los atavismos de abolengo, la educación, el carácter resultante de los dos y el medio ambiente donde actúa el personaje. Nada de esto se ha tenido en cuenta para juzgar al Padre

Villota. Si la historia se encaminara por estas sendas habría esperanzas de revaluar tantas mentiras que pasan por verdades, con detrimentos de sus actores y de la patria que les vió nacer.

2.—Los padres del Padre Villota fueron D. Crisanto de la Villota y Doña María Ana de la Barrera; ambos descendientes de fijodalgos por la nobleza de sus sentimientos y por la pureza de su sangre. Formaron un hogar de aquellos en que el temor de Dios era el lazo más fuerte, y que no eran escasos entre las gentes de su clase, en esos felices tiempos.

De sus ascendientes se cuenta los siguientes hechos que hablan por si mismos.

a) Madrugaba cierto día D. Crisanto para inspeccionar los trabajos en su hacienda "Migitayo". Al llegar a uno de los potreros vió una claridad que salía de una zanja; lleno de curiosidad se acercó, pensando quizá en una *huaca*, de las que dicen suelen arder por esos lugares. Su sorpresa fue muy grande cuando vió que varias personas entre hombres y mujeres despostaban tranquilamente uno de sus mejores novillos. Los ladrones al ver al dueño en persona quedaron petrificados de espanto, pero D. Crisanto los sacó del embarazo con estas palabras desconocidas en estos tiempos: "Buenas gentes, por qué ofendéis así a Dios? Por mi parte nada siento; sí mucho el agravio que hacéis a su divina Majestad. No sabéis que yo no niego ninguna cosa a los pobres? Si deseábais comer carne, por que no me la habéis pedido? Dios os perdone, idos en paz llevando esa carne".

Don Crisanto extremando su caridad hizo todavía más: temiendo que aquellas gentes se desacreditasen marchándose todavía sin aclarar; les ordenó que esperasen hasta las seis y luego mandó a sus peones que les ayudasen a llevar la carne a sus propias casas. Lo que se efectuó al pie de la letra.

b) El siguiente hecho se refiere al padre de D. Crisanto. Era dueño de la hacienda denominada "Cha-

pacual". Dicha hacienda hasta ahora es una de las mejores de Yacuanquer por su feracidad, especialmente para la producción del trigo. Pero hubo un año de completa esterilidad: el trigo se convirtió en paja. Entonces la familia empezó a lamentarse de la pérdida de las cosechas, pero el piadoso abuelo –encontrando en las quejas algún sabor de crítica contra la divina Providencia– increpó duramente a su familia diciendo para concluir su reprimenda: "Confiemos en la divina Providencia; Dios que alimenta a las avecillas del cielo hará que no falte el pan para nosotros".

Cuando llegó el momento de la siega, mandó a los peones que cortaran el trigo –como de costumbre–. Los peones, aunque respetaban a su Señor, no pudieron reprimir una sonrisa de burla. Uno de ellos más franco observó:

—Patrón, para que gasta su Mercé la plata en vano y nos hace perder el tiempo cortando paja?

—Ya lo he ordenado, contestó el patrón, paja nos ha dado Dios; paja vamos a cosechar.

Los peones, que nunca habían analizado las órdenes de tan excelente patrón, fueron a la siega, no sin lanzar alguna crítica por lo bajo, cuando metían al granero los inmensos haces de paja. Esta burla se hizo general cuando libres de la presencia del patrón se marcharon a sus casas después de guardar toda la paja.

Más tarde el patrón llamó al mayordomo y le ordenó que hiciera sacar los haces y empezara la trilla. El mayordomo, mirando de reojo al patrón, pero silencioso, obedeció: citó a los peones y llegado el momento se fue con ellos al granero. Cuál no fue su sorpresa cuando al levantar el primer haz de paja encontraron que estaba cargado de granos? La cosecha milagrosa fue abundantísima y todos se hacían lenguas de la santidad de su patrón, a quien Dios favorecía con milagro tan patente.

c) Lo que vamos a referir también se refiere al padre de D. Crisanto o abuelo de Francisco. Es fama que en aquellos tiempos los hacendados tenían tanto celo por los derechos de la Iglesia, que nunca dejaban de cumplir las obligaciones que esta impone. Es el caso que en la mencionada hacienda había nacido un lindo potro en el número diez y por consiguiente pertenecía al diezmo, que debía pagarse a la Iglesia. Uno de los hermanos de D. Crisanto se antojó del potro por sus bríos, su color y demás cualidades y se lo pidió al abuelo a cambio de otro no menos bello, pero algo inferior. El abuelo reprendió con energía la proposición: "Dios es el dueño de todas las cosas y las mejores deben ser para su Iglesia".

El Padre Aristides continúa: "Quedó el muchacho corrido y avergonzado pero bien aleccionado.

Cosa singular! Al año de lo ocurrido nacieron en la misma hacienda siete hermosos potros, todos del mismo color y cualidades del entregado al diezmo, coincidiendo el número de potros con el número de los hermanos de D. Crisanto; de tal suerte que cada uno quedó contento y lleno de admiración y respeto por su padre.

Sin duda alguna el hecho que acabamos de referir servirá de mofa a los espiritus fuertes, atribuyendo a estas coincidencias a simplicidad de los viejos; sinembargo nosotros seguiremos venerando a éstos y compadeciendo de corazón a los que en nada creen y nada tienen qué esperar!".

La señora María Ana de la Barrera, como todas las damas de ese tiempo, era una reina en su hogar y como tal ejercía pleno dominio sobre sus hijos y sobre la servidumbre. Si D. Crisanto era la rectitud y la bondad encarnadas en un hombre que comprendía todas las miserias, Doña María Ana era la seriedad amable en un cuerpo de matrona bella y celosa de la dignidad del hogar. Era además piadosísima enamorada del Santísimo Sacramento, a quien visitaba frecuentemente, en compañía de alguno de sus hijos.

2.— El Padre Francisco de la Villota nació el 2 de enero de 1790, según la siguiente partida de bautismo:

"En dos de enero de mil setecientos noventa, *ex licentia Parroqui*, bauticé, puse óleo y crisma a Francisco Solano, hijo legítimo de D. Crisanto de la Villota y de Doña Ana María de la Barrera, vino de nacido el mismo día, y de ello lo firmo; fueron sus padrinos D. Basilio Ramos y Doña Francisca de la Barrera, a quienes advertí las obligaciones etc.

José Casimiro de la Barrera".

Le pusieron el nombre de Francisco por San Francisco Solano de quien eran devotos sus padres y por un pariente suyo el Padre Francisco de Jesús Bolaños que hacía poco había muerto, después de edificar con sus virtudes en el Convento Máximo de la Merced de Quito.

Como sucede entre las personas piadosas y distinguidas, el recien nacido fue objeto de los más exquisitos cuidados; primero espirituales –como se ve en el bautismo realizado el mismo día del nacimiento– y después físicos como se estila en hogares, como el de Doña María Ana de la Barrera.

Cuando Francisco empezó a despertar a la vida racional recibió las primeras lecciones, las del hogar que son las que nunca se olvidan y definen la personalidad moral y religiosa. Sus padres cuidaron de que el niño conociera a Dios en sus obras y no era raro ver a D. Crisánto con el niño en los brazos, mostrándole todas las maravillas de la creación para despertar en su alma la idea del Autor,

Cuando estuvo más grandecito solía réunirse con los niños de su edad y de su clase para formar altares y simular el Sánto Sacrificio de la Misa; escena que con tanta frecuencia hemos visto entre los niños de familias piadosas. Francisco hacía de sacerdote: decía la Misa, predicaba el evangelio o algún sermón

moral y enseñaba a sus compañeros el modo de hacer oración mental, cosa extraña entre los niños de su edad.

Alguna vez, cuentan las tradiciones de la familia Villota que ciertos pecadores, llevados de la curiosidad, fueron a escuchar al pequeño apóstol y salieron tan edificados que inmediatamente dejaron su mala vida y se volvieron al servicio de Dios. El Padre Aristides, pariente muy cercano del Fundador y por lo mismo de la Familia Villota de la Barrera, dice lo siguiente:

"Es tradición respetable en esta ciudad, en especial de la familia de la Villota, que Francisco acostumbraba sustraerse de la compañía y vista de sus condiscípulos y aún de sus padres, quienes al buscarlo lo encontraban en un rincón de los aposentos, bien orando ante una devota imagen o bien azotándose las espaldas.

Los días de vacaciones o cuando el tiempo se lo permitía, iba a los campos vecinos de la ciudad, buscaba algún sitio oculto y allí se entregaba a los ejercicios de la mortificación corporal. Hasta hoy la pequeña cascada, vulgarmente llamada Chorrera de Juanoy es conocida con el nombre de Chorrera del P. Villota; porque era el lugar favorito del pequeño cenovita para entregarse a la contemplación de las verdades eternas y al ejercicio de la penitencia.

Francisco era de natural despejado, de genio vivo, aunque reservado, sin duda por su inclinación al ascetismo; frecuentaba la iglesia solo o acompañado de su madre".

Aunque nada diga la tradición, pero debía haber acompañado a su madre hasta la Ermita de Jesús Nazareno, que para ese tiempo ya era un sitio de oración para todos los buenos pastenses. Apoyamos nuestra afirmación en el cariño especial que el Padre tuvo siempre por este sitio pintoresco y devoto.

Cuando llegó el tiempo conveniente, D. Crisanto lo llevó a la escuela. No se sabe a cual, pero en ese tiempo eran famosas la de un Señor Arias y la de D. Juan Díaz Gallardo y a ellas acudían todos los hijos de fijodalgos y vecinos de la ciudad.

3.— Los estudios secundarios y parte de los profesionales los hizo con los Padres Franciscanos que eran doctísimos en Humanidades, Elocuencia, Filosofía y Teología. Con estos estudios se despertaron en el corazón del joven dos aficiones nobles: el amor a las sagradas letras y el deseo de ascender al Sacerdocio; deseos que sus padres supieron estimular con mucho agrado, pero con discreción.

Francisco fue buen latino como se desprende del curioso documento que copiamos a continuación:

"D. Juan Sámano, Brigadier de los Ejércitos Reales Gobernador Subdo Rentas de estas provincias y Comandante General de la expedición que se ha dirigido al Sur, para el restablecimiento del legítimo Gobierno de ellas etc. etc.

Por hallarse vacante el empleo de Preceptor de Latinidad en la ciudad de Pasto, por renuncia que ha hecho D. Manuel de la Villota, que la obtenía, y lo informado por aquel ilustre Cabildo sobre la idoneidad y buenas cualidades de D. Francisco de la Villota, he tenido a bien, por decreto de este día de nombrarle de tal Preceptor, mandándole expedir el presente; y por él ordeno y mando que se le tenga por tal y se le haga reconocer como corresponde, y posea dicho empleo con las mismas facultades y prerrogativas con que lo han obtenido sus antecesores, acudiéndole con el sueldo asignado en los tiempos y forma debida, presentándose para ello ante mi Lugar-Teniente de dicha ciudad.

Dado en Popayán a veinte y uno de octubre de mil ochocientos trece años.

Juan Sámano".

De creer es que este empleo duró muy poco tiempo, porque sus padres le enviaron a Lima a perfeccionar sus estudios y seguir su vocación. En la ciudad de los Virreyes, según lo afirma D. Tomás Hidalgo, (1) se doctoró en Filosofía, Teología y Cánones.

Dn. Tomás Hidalgo en la obra citada, se expresa así de la cultura del Padre Villota: "El Rdo. Padre Paulo de Blas, Jesuíta español, asegura que en varias ocasiones que trató con el Padre Villota quedó admirado de la erudición en la Sagrada Escritura y hablando de esto con varios sujetos del país, dijo: He tratado a más de trescientos jesuítas de Francia, Inglaterra y España, pero puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que en toda nuestra Compañía no hay un hombre tan profundo en escrituras como el Padre Villota. El ilustre Visitador Apostólico Dn. José Ignacio Izaguirre que llegó a la ciudad el 11 de junio de 1857, confirmando el juicio anterior, manifestó: que sólo el Padre General de los Jesuítas podía rivalizar como profundo escriturario, con el Padre Villota, pero que a éste lo creía superior....".

Estos conceptos demasiado honrosos para el P. Villota no son increíbles, ya que el P. bebía la ciencia de los santos en el Libro que la contiene sin medida: en Jesucristo Crucificado. El P. Villota era hombre de mucha oración y de profunda meditación; qué de extraño es, que penetrara las divinas Escrituras, como lo hicieron los más sabios y santos Varones!

Fue ordenado Sacerdote en la misma ciudad de los Virreyes, en el año de 1815 a la edad de 26 años, con el título de Capellán de la Ermita de Jesús Nazareno del Río; título que solicitó con *vehemencia*, porque desde entonces deseaba consagrarse al servicio de Dios y a la salvación de las almas.

---

(1) Tomás Hidalgo. Pasto Antiguo y Moderno.

Apenas recibió la unción sacerdotal se sintió transformado en otro hombre del todo espiritual. Reglamentó su vida sacerdotal repartiéndola entre la oración y las obras de celo y nunca dejó la primera por más cansado o enfermo que estuviera, porque comprendía que sin oración el alma del sacerdote es un aljibe roto, o una fuente sin agua cristalina.

4) Ya hablamos en la primera parte de las obras de apostolado, que emprendió el joven sacerdote a su llegada de Lima; ahora queremos complementar lo dicho con otros hechos que lo agigantaron en la virtud y favorecieron al Instituto que fundara, para realizar más fácilmente las obras de celo. Estos hechos son: su primera misa, sus luchas con el diablo, la Cueva de Genoy, Franco-Villa y algo más sobre el terremoto del año 1834.

a) *Su primera misa.* Cuando regresó de Lima, como es de costumbre, debía celebrar su primera misa con toda la solemnidad. En efecto, la familia se habia preparado, sin ahorrar gastos; había hecho invitaciones a sus amigos y personas de alta distinción; había conseguido inclusive el templo donde debía efectuarse la ceremonia, porque la Ermita resultaba demasiado pequeña para una fiesta que debía ser grandiosa por el significado y por la concurrencia.

El nuevo Sacerdote daba poca importancia a estos aparatos y para él los preparativos pasaron desapercibidos; siguió con su ascetismo, y desvelado por acondicionar su Ermita y dedicarse cuanto antes a las obras de celo. Cuando se acercaba el día, le dieron la noticia, pero la recibió con indiferencia. En el día de la primera misa, cuando todos se alistaban para acudir al templo, esperaban los regalos que debían hacer al nuevo levita;ésté se marchó solo con su breviario a una finca de su padre, en cuya capillita dijo su primera misa, con un solo ayudante y por auditorio, el mayordomo y los peones. (Esta finca era Mijitayo).

—En tanto qué hacían en Pasto sus familiares y sus amigos?

—Algunos desagradados comentaban el caso como un desaire hecho a sus personas; pero otros, más conocedores del nuevo sacerdote, llenos de edificación, presagiaban la futura santidad de quien voluntariamente se quería privar hasta de los goces legítimos del espíritu.

Al regreso del Padre, nadie se atrevió a reclamarle, porque empezaban todos a comprender cuáles eran sus pensamientos en orden a todo lo que tuviera visos de vanidad.

Y lo más extraño y que de veras hizo sufrir a sus padres, parientes y amigos, fue el empeño de vivir completamente aislado de la sociedad. Acto continuo, hizo edificar una casita junto a la Ermita y cuando estuvo terminada, se separó definitivamente de la casa de sus padres y se entregó por entero a la oroción y a las obras de celo. Poco a poco fue haciendo construír más celdas que le sirvieron para recibir a los pecadores que deseaban arrepentirse.

b) *Sus luchas con el diablo.* Con frecuencia, según refieren los mayores, el diablo le azotaba cuando estaba orando. En cierto día estaba el Padre solo en la iglesia y oraba fervorosamente; luego entró en su busca D. Bonifacio Luna. Se detuvo, porque vio con asombro que el Padre caía en tierra como arrojado por una mano invisible. (1)

El Padre empezó a increpar al personaje que le ultrajaba y luego levantándose, tomó el bastón y comenzó a descargar fuertes garrotazos en el personaje invisible, garrotazos que caían como sobre uu cuerpo. El Padre sin notificarse de la presencia de Dn. Bonifacio, siguió dando garrote al personaje invisible hasta sacarlo de la iglesia.

---

(1) Este dato nos lo ha referido un sobrino de D. Bonifacio Luna, que se lo oyó a él mismo. Dicho sobrino es el venerable anciano D. José Mejía. Lo mismo había visto un sacerdote de la Congregación, según refiere el Padre Aristides.

También refiere la tradición que otro día el Padre amaneció atado fuertemente a un naranjo que había en la casita que habitaba. Cuando le interrogaron quién lo había atado allí, y lo que significaba aquello, no quiso hablar palabra, contentándose con decir, que había que huír de las asechanzas del demonio, valiéndose del arma poderosa de la oración.

Siendo profesor de Latín (1), llevó a sus discípulos a Juanoy y mientras jugaban, se metió a la Cueva a orar; como terminaran el juego y no regresara el Padre, los discípulos fueron a buscarlo y lo encontraron boca abajo, echando sangre y espuma. Cuando volvió en sí le preguntaron qué le había pasado y contestó: "El día del juicio se sabrá". (Travesuras del señor Lucifer).

c) *La Cueva de Jenoy.* En el sitio denominado La Chorrera de Jenoy y en un repliegue de una loma, hay una cueva que en aquellos tiempos estaba cubierta de montaña y maleza; esta es la célebre Cueva de Jenoy o la "Cueva del Padre Villota". El terreno pertenecía entonces a una familia de campesinos sencillos como la brisa y buenos como el pan. Sólo ellos conocían la cueva y muchas veces la habían utilizado para esconder sus cosechas y defenderse de la lluvia.

Cuando en 1822 o en la entrada a Pasto de los Rifles, las familias realistas tuvieron que huír precipitadamente para evitar las iras de los republicanos, dos hermanos del Padre Villota, Don Tomás y Don Manuel de la Villota, fueron presos, abandonó sus obras de celo y se refugió primero en Jenoy, en casa de los mencionados indiecitos que eran sus amigos, que le visitaban con frecuencia en la Ermita de Jesús Nazareno. Aquellas buenas gentes, que habían presenciado en Pasto las atrocidades que hacían los republicanos con los que juzgaban sus enemigos por haber

---

(1) Antes de ser sacerdote, cuando fue nombrado por Sámano en 1813.

sido partidarios del Rey, temieron por la vida del Padre Grande –como llamaban al Padre Villota– y lo escondieron en la cueva que conocemos. Allí permaneció el Padre Villota por algún tiempo; más o menos por uno o dos años, y después no considerándose seguro pasó al Ecuador.

Los indiecitos lo cuidaban con la mayor solicitud. Le hicieron de la cueva una celda amplia y montaron guardia para impedir que nadie se notificase de su presencia. El Padre por su parte, se entregó a la vida cenobítica de la cual era muy aficionado, y solo convino en abandonar su cueva cuando le avisaron que había rumores de que le buscarían los republicanos en su escondite. (1)

d) *Franco–Villa.* Lo que vamos a referir tuvo lugar a poco de fundada la Congregación, más o menos en el año 1831. El Obispo Dr. Rafael Lasso de la Vega, como ya hemos dicho en la primera parte, quiso aumentar al fondo de la fundación una pequeña suma de sus sueldos que debían cobrarse en la Curia de Quito a medida que vayan ingresando por sus derechos episcopales. Esta suma era de cinco mil pesos de a ocho –como se contaba en ese tiempo– Como Su Señoría murió a poco de fundada la Congregación no pudo recabarse de esa donación más que la suma de tres mil pesos, que fueron pagados mientras vivió.

Su Señoría había dicho que ese dinero se empleara en terrenos por cuya razón el Padre Villota empezó a buscar una finca de tierra templada que le sirviera para sitio de descanso de la Comunidad y a la vez que fuera productiva. Luego la encontró en el municipio de Buesaco a poca distancia de Pasto. Entonces escribió al Señor Lasso de la Vega, como para consultarle y Su Señoría le contesta la siguiente carta en la que además le habla de otras consultas que le hiciera el fundador. He aquí la carta.

---

(1) Los protectores del Padre Villota, desde entonces tomaron el apellido de Villota y lo legaron a su descencencia.

"Señor D. Francisco de la Villota.

Muy Señor mío de mi aprecio:

Va la adjunta, tesoro inestimable por el cual encomienden muy mucho a N. Santísimo Padre Pío VIII. (La Bula de Fundación).

La finca de que me habla en la del 12 de los corrientes, como no tengo conocimiento, queda a lo que allá hallen más conveniente. Sigan aclarando las dudas en las Constituciones Salgan de bonete; tengan lugar dentro del clero, no agreguen santos al calendario; no lean los edictos de la inquisición, y dando conmemoración al Patrono del lugar no hay obligación de la conmemoración del nombre de Jesús y San Felipe, pero bien pueden darlos, si quieren. Sale el correo y no hay lugar para más.

Su afectísimo Capellán.

Rafael Lasso de la Vega.

El Obispo".

El Padre Villota, después de la muerte del Señor Lasso de la Vega siguió consultando con el sucesor y como era de derecho, también cobrando lo que se le adeudaba por la donación del difunto Obispo. El Señor Nicolás Arteta, Obispo sucesor, le contestó la siguiente:

"Quito 21 de noviembre de 1831

Al Padre Prepósito del Oratorio de San Felipe Neri de Pasto.

Muy apreciado Señor:

Como se consigan el fin nada importa la variación de nombres o juego de voces. Establezca usted la Cofradía del modo más adaptable. Supuesto que se ha captado la facultad Pontificia y la anuencia del Gobierno.

Este por ahora no es capaz de franquear un maravedí por cuenta de la testamentaria del Señor Lasso, por las necesidades del erario, cuyas rentas no sufragan ni para manutención de tropas. Cuando vaque esa Sacristía, u otro beneficio simple que pueda aplicar a la Congregación, podrá usted solicitarlo, como todo lo que dependa del arbitrio de esta autoridad.

En tanto encomiende a Dios a su muy afectísimo Capellán.

Nicolás Arteta.

El Obispo".

Con la respuesta del Obispo Lasso de la Vega el Padre Villota celebró el negocio de compra de Franco-Villa. No sabemos si dió algo más de los tres mil pesos que tenía para ese objeto, pero si la visitó y reglamentó en seguida; puso mayordomo y ordenó que se levantara una casita que sirviera para guardar granos y albergar a los Padres cuando tuvieran necesidad de descansar.

El mismo eligió el sitio para que le levantaran la casita, porque allí cerca había una fuente de agua que no se secaba en el verano, según le informaron los conocedores. El mayordomo le observó que en ese sitio no podía construirse la casa, porque debajo de una piedra había una cueva donde vivían -como en su propia casa- un número considerable de serpientes.

El Padre, sin contestar a la objeción, sacó su roquete, su ritual y después de bendecir agua, conjuró el sitio. Cuentan que se murieron todas las serpientes y que se notificaron del hecho milagroso por el mal olor que en los días siguientes empezó a sálir de la cueva.

La casa se levantó en dicho sitio y se empezó a cultivar los terrenos que resultaron maravillosos para el maiz, el plátano, la yuca y otros productos de

las tierras templadas. Esta casa es la misma que el Padre Jurado amplió poco más tarde y últimamente se ha levantado por haberse destruído toda, menos las paredes.

e) *Algo más sobre el terremoto del año 1834.* Como dijimos en la primera parte el Padre Villota lo pronosticó y la Comunidad prestó los más valiosos servicios, tanto espirituales como materiales, a los damnificados; albergando a los que perdieran su casa y administrando los sacramentos a los atemorizados sobrevivientes.

Lo que nos resta referir es lo siguiente: Una señora que tenía en la plaza una casa, fue a la Ermita para consultar al Padre si le era lícito arrendarla para que presenciaran desde los balcones la gran fiesta de toros que iba a tener lugar el 31 de enero. El Padre simplemente le contessó: "No alquile usted sus balcones, porque aquellas fiestas no tendrán lugar". La señora no comprendió la respuesta, pero se cuidó de facilitar su casa. La fiesta no tuvo lugar, en efecto, porque la impidió el famoso terremoto de 31 de enero de 1834, que ya dejamos referido.

5.— La Guerra de los Conventillos. Llamada así porque siguió a la supresión de los conventos que en aquellos tiempos tenían pocos religiosos, (de allí el nombre de "Conventillos"). Para comprender mejor el asunto que historiamos comenzaremos por consignar el proceder del Gobierno desde algunos años atrás, en relación con las Comunidades religiosas.

En el año de 1821 el Congreso de la República reunido en Cúcuta suspendió los conventos que no tuvieran más de ocho religiosos de misa. Esta ley no se cumplió, aunque fue ampliada el 7 de abril de 1826; el Libertador suspendió por su Decreto dictatorial del 10 de julio de 1832 y finalmente la Convención Granadina, declaró nulos los decretos dictatoriales del Libertador y puso en vigencia la ley de suspensión, pero exceptuó "erróneamente" los conventos menores de Pasto y el de los Agustinos del De-

sierto de la Candelaria en Tunja. (V. Eduardo Posada y Pedro María Ibáñez. Vida de Herrán Pag. 91).

"En el decreto de la Convención, dice el Historiador Carlos Cuervo Márquez, quedaron exceptuados los conventos de Pasto, gracias a la omnipotencia que en esa época tenía el general Obando, quien de este modo quiso complacer a los numerosos amigos que allí tenía y a los frailes de los conventos exceptuados, quienen ejercían grande influencia en las masas ignorantes y fanáticas de la religión". (Vida del Dr. Ignacio Márquez. Pág. 107).

En 1838 el convento de San Francisco solo tenía ocho religiosos de misa; el de Santo Domingo y el de Sán Agustín tenían cuatro cada uno; el de la Merced, que era el más rico, sólo tenía dos.

El Guardián de los Franciscanos era Fray Juan Caicedo; el de los Agustinos, Fray Benito Rosero; el de la Merced, el Comendador Fray José López y el de Santo Domingo Fray Leandro Fierro. (O. c. página 108. Sergio Elías Ortiz. Diario del Sur No. 419).

Estos religiosos "ni vivían en los conventos ni siquiera llevaban el vestido de tales, sino que estando sólo a su antojo, sin orden ni regla, se hallaban enteramente independientes de la autoridad y aún de la de sus propios conventos". (Carta del Gobernador de Pasto, citada por Márquez. Pág. 108).

Dependían los mencionados conventillos de los conventos máximos de Quito "de los cuales recibían órdenes y donde mandaban sus rentas. Gozaban del derecho de extranjeros con desprecio de las autoridades nacionales". (Posada Gutiérrez, citado por Eduardo Posada y Pedro María Ibáñez. Pág. 91).

Por este tiempo el Congreso del Ecuador decretó la suspensión de los conventillos que estaban en iguales circunstancias a los de Colombia, tánto en su número como en sus costumbres. (V. Posada-Ibáñez. Página 92).

El Padre Villota –como buen siervo de Dios– se dolía del escándalo que daban a la Iglesia los que debían edificarla. Agotó todos los medios aconsejados por el Evangelio y la humana prudencia para lograr la anhelado corrección, en todo de acuerdo con el Ilmo. Señor Salvador Jiménez, Obispo de Popayán. Mandada por su Obispo provocó una misión e invitó a ella a los religiosos, los que no concurrieron.

El Señor Jiménez pidió informes al Padre Villota y éste le escribió la carta que copian todos los historiadores y es como sigue, en lo pertinente:

....

"En esta cuaresma he conocido, más que en otras veces, los fundamentos que tiene Vuestra Señoría Ilustrísima, sobre lo proyectado, y en las circunstancias presentes me parece sería más fácil empezar a obrar. Ya sabrá Vuestra Señoría Ilustrísima los decretos del Congreso Ecuatoriano acerca de los conventillos, y aunque estos de Pasto, no son comprendidos en lo material, por ser de diverso Estado, me parece que en lo formal quedan sin duda alguna comprendidos, por lo cual puede Vuestra Señoría Ilustrísima, empezar a indicar qué resortes deben tocarse, cuándo y de qué modo.

Dudo mucho que se pongan en práctica las medidas que ha tomado el Señor Internuncio, para la reforma de los conventos, porque la experiencia ha enseñado, en todos los siglos, desde que hay religiones, que ha sido siempre más fácil fundar un instituto nuevo que reformarlo. Así es que ni aún los santos lo han podido, sino los señalados por Dios, como San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, Santa Teresa de Jesús. Pero en fin, quiera Dios que se consiga algo siquiera que será un gran milagro, pues yo en mi misión no he podido conseguir cosa alguna sobre el particular, pues a tiempo que los seglares más relajados y aún los soldados se acercaban a la iglesia de la misión, los religiosos se iban alejando con los sombreritos en la mano a trotar calles........."

Como claramente se entiende, el Padre Villota insinuaba a su superior la supresión de los conventillos, pero por la autoridad eclesiástica, que desde luego tenía todo derecho, después de ensayar todos los medios de reforma; pero el Señor Jiménez que debió meditar el consejo y cumplirlo si le parecía acertado, delegó sus poderes y los de la Iglesia en la potestad civil y, conociendo la tendencia de los legisladores tomó la carta confidencial y la remitió al Supremo Congreso para que le sirviera de arma contra él mismo.

—Por qué procedió así el Señor Jiménez?

—Por aquello de la fábula: "Tenía el Señor Don Gil ....." No quiso Su Señoría asumir la responsabilidad de su cargo y entregó las atribuciones de la Iglesia a un gobierno conocidamente hostil a la misma. (!!!)

Muchos congresistas se frotaron las manos con semejante arma y se ensayaron muy bien para dispararla como convenía a sus intereses...........

El Dr. Ramón Orjuela (de Barbacoas) y el Pbro. Juan Santacruz (Párroco de La Florida) (1), diputados por la provincia de Pasto, en unión de D. Andrés Auza, fueron los designados para redactar el proyecto de supresión de los conventillos en el Supremo Congreso. Al sustentar el citado proyecto, fue leída y comentada la carta del Padre Villota, que ya conocemos.

En ese día, 16 de abril de 1839, hubo elocuencia barata en la Cámara de Representantes; brotes de verdadera hostilidad a la Iglesia. Los señores congresistas rasgaban las vestiduras como los antiguos fariseos, porque había frailes pecadores semejantes a ellos! Dizque para remediar tantos males, se llegó a

---

(1) Debieron tener en cuenta los Honorables que "la cuña que más ajusta es la del mismo palo", por eso comisionaron al Padre Santacruz).

proponer que la Suprema Corporación quitara a los Obispos la facultad de aprobar sacerdotes para predicar y confesar. (V. Gustavo Arboleda. Historia Contemporánea. Tomo I, pág. 332. Posada Gutiérrez. Memorias Históricas Políticas, IIª edición. Tomo III, página 233).

El proyecto fue ley de la República el 5 de junio del mismo año. Convertido en arma política estaba llamado a socavar los mismos cimientos del régimen constituído. (V. Angel y R. J. Cuervo, página 292).

"En Pasto hubo muchos signos de malestar desde que se tuvo noticia de lo que proyectaba el Congreso. Aun no se había expedido el Decreto y ya los rumores de protesta y alarma eran incontenibles. De Bogotá vinieron a Pasto comunicaciones referentes a la carta del Padre Villota, con exageraciones e insinuaciones malévolas, las cuales echadas a volar y comentadas en los mentideros políticos, fueron paulatinamente exacerbando los ánimos y predisponiéndolos contra el Padre Villota. Parte no pequeña cupo a los frailes en la tarea y otra parte la tuvieron el bogotano coronel Antonio Mariano Alvarez, Fidel Torres, los dos Españas (Estanislao y Tomás), partidarios incondicionales del general José María Obando, sujetos de valía, que vieron en el incidente ocasión para sus fines políticos.

A este respecto es preciso recordar que el general José María Obando había caído por entonces en una cuasi desgracia política, que vivía retirado en el campo la mayor parte del tiempo, entregado más o menos a las faenas agrícolas, aunque no por eso dejaba de estar atento a cualquier emergencia que le diera asidero para sus intentonas de escalar el poder, y lo propio esperaban anhelantes sus secuaces de Pasto. Por otra parte, los Españas tenían mucho partido en el pueblo y estaban resentidos con el gobierno nacional por haber reemplazado a Dn. Tomás en la gobernación de la provincia con el doctor Antonio José Chaves". (Sergio Elías Ortiz. Diario del Sur, No. 422. Año II).

Estos trabajos solapados iban minando el prestigio del Padre Villota por lo que se vió precisado a explicar su conducta en la siguiente hoja suelta que copiamos a continuación:

"Aunque he leído ya muchas veces unas noticias vagas, insustanciales e infundadas, que dimanan de las cartas escritas en Bogotá, atribuyéndome el haber tenido parte en el proyecto de supresión de los conventos de esta ciudad, han hecho poca impresión en mí, dándolas todas al desprecio y reservándome solamente para hablar en público, como acostumbro siempre; más habiendo entendido después de siete días que insisten aun todavía los mal intencionados en afirmar tenazmente que yo he sido en parte el instrumento de que se han valido y en que se han apoyado los muchos que han informado, a fin de realizar dicho proyecto; me ha parecido un deber de absoluta necesidad dar este papel al público, no tanto por mi honor y reputación, cuanto por evitar alborotos populares y hallarme por otra parte constituído en el Ministerio Público, de Prepósito, aunque indigno de la Congregación de San Felipe Neri, erigida en esta Ermita de Jesús del Río, con anuencia de ambos gobiernos eclesiástico y político; circunstancias todas que me impelen hacer algunas reflexiones en asunto tan delicado y de tanta trascendencia, que exige toda atención.

Es verdad que como comisionado para proveer lo necesario a la Misión de Mocoa, escribía una carta al Ilmo. Obispo Diocesano, dándole parte del actual estado de la misión y aun mismo tiempo indicándole varias nociones que adquirí en el ejercicio de dicha misión. Es también verdad que en esta misma carta, privada, comuniqué a Su Señoría Ilustrísima, por mera política (cortesía, educación) que habiendo accedido a su súplica, di una misión pública en la cuaresma, y que para mayor comodidad y utilidad pública había deseado ya muchos años la conclusión de la iglesia de la Compañía (de la Congregación)

para dividir en dos partes la Congregación cuando juere necesario. Y por último, comuniqué en esa carta a Su Señoría Ilma., las noticias públicas sobre el Congreso ecuatoriano, en orden a la supresión de los conventillos, y que siendo los de Pasto pertenecientes en lo formal al Ecuador y en lo material a la Nueva Granada, era por consiguiente muy dudosa la cuestión, y que atendiendo al aspecto de las cosas, se dudaba mucho si tuviesen efecto las medidas que había tomado el Excelentísimo señor Internuncio, en materia de reforma.

Esto es en sustancia el contenido de mi inocen te carta, la cual considerándola necesaria, el meritísimo Prelado diocesano ha tenido a bien acompañarla en la representación hecha al Supremo Gobierno, con el fin santo que se realicen los designios de Dios en cuanto a la erección de una casa de misiones para que no perezcan tantas almas infelices en esas montañas de Mocoa, en donde nacen, viven y mueren en pecado, por falta de operarios evangélicos, que son tan pocos, siendo la mies mucha.

Este es el informe tan ruidoso, que tanto ha sonado y que al mismo tiempo han abultado y acriminado tanto las mordaces lenguas de los maldicientes, que pretenden dañar a todos los hombres de bien, y que a manera de insectos ponzoñosos sacan veneno de las mismas flores, como ha sucedido al presente, atacando a un prelado tan venerable, como el diocesano, decidido en favor de Pasto; sin perdonar ni aun al Rdo. Padre Guardián y a otros muchos, clavándoles el aguijón, como los abejones, cuando más parece que halagan.

Pero si son muchos, cómo se dirigen á mí, casi todas las saetas, poniéndome como blanco para dispararlas? Si se asegura públicamente que han sido tantos los proyectistas que han tenido ideado y formado muy de antemano el plan de supresión, por qué se imputa a un hijo de San Felipe, que presinde siempre de todo asunto odioso y está sólo contraído a su ministerio? Por qué, diré más claro, se me con-

sidera culpable en haberme expresado del modo dicho en una carta privada de contestación política (contestada por educación) sin intención alguna de informar, ni de ofender a nadie, y menos a las comunidades religiosas de las cuales he sido un defensor toda mi vida; especialmente en veinte y cinco años de sacerdote; predicando públicamente en su favor y desvaneciendo todos los artificios de los enemigos de ellos en tantos combates que apenas pueden contarse, como es notorio y constante? Ni he defendido menos a los religiosos con la palabra que con la pluma, y con alguna especialidad lo verifiqué el 17 de abril último escribiendo al señor Presidente de la República "que uno de los objetos más importantes a la gloria de Dios y utilidad pública es la conservación de las comunidades religiosas, arreglándolas y sujetándolas a la vida común" y en un papel adjunto digo: "que ellas mismas pueden dar el debido lleno a las misiones de la montaña, como es de instrucción, según se registra en los papeles antiguos de fundación, y que en este caso ya no sería necesaria la casa de misiones, ni el Prelado diocesano se disgustaría de modo alguno. En contestación me dice su Excelencia con fecha 13 del próximo pasado mayo que "tendría presentes mis indicaciones para su remedio."

Estas y otras cosas más, demostrarán con el tiempo mi desición en favor de los religiosos, y que cuantas expresiones contienen mis cartas, no tienen otra tendencia, ni miran otro fin que el arreglo moral y nó la supresión, como se supone; debiendo presumir lo mismo de nuestro Prelado, tan cabal en todo y aún digno de mejor suerte; pero no obstante todo esto, se paga como siempre, las finezas con la más negra ingratitud por un sinnúmero de hombres desnaturalizados, que a semejanza de áspides, andan de ordinario con la boca abierta despidiendo veneno insaciable, tal es la maligna propiedad y naturaleza de todo áspid, según aseguran los naturalistas; por cuanto las heridas que hacen no tienen remedio, como me parece sucederá en el caso, sino se enmienda pronto la plana.

Parece necesario advertir que aunque se haya proyectado por algunos la supresión de los conventos, como todos lo saben, hasta ahora no se comunica un decreto sobre el caso, pero que si esto llegase, nos queda el recurso de reclamar lo conveniente, manifestando las razones que hay en favor de la no supresión. Este sentir es el mismo que el señor Gobernador de la provincia ha expresado, convencido de la inconveniencia de la indicada supresión.

Pasto, 3 de junio de 1839

Francisco de la Villota"

A juzgar por la hoja que acabamos de transcribir el Padre Villota –a causa de sus comunicaciones al Prelado diocesano– fue calumniado de la manera más injusta. En las conversaciones callejeras, en los mentideros políticos y sin duda hasta en los conventos de los frailes, se decía que su proyecto de supresión tenía el fin interesado de aprovecharse de los bienes de los conventillos en beneficio de las misiones de Mocoa. (Milagro no dijeron que en beneficio de la Congregación de la cual era Prepósito!) Se le atribuyó la intención maligna de suprimir los conventos, sin otro fin que hacer guerra a las comunidades religiosas, cuando estaba patente su intención de que se reformaran para honra de la iglesia y que si aquello no era posible se suprimieran por la autoridad competente. Puede darse intención más sana y más recta?

Posada Gutiérrez agrega: "La noticia del proyecto llegó a Pasto con el aditamento maligno de que se había acordado otra ley privando a los Obispos de dar por sí, las licencias de predicar y confesar", (Posada Gutiérrez. Memorias Histórico Políticas. Tomo III Pág. 233. Carlos Cuervo Márquez Vida del doctor Ignacio Márquez Pág. 111) que aunque en las Cámaras no pasó de aspaviento sectario, aquí (a Pasto) llegó como un hecho.– Juzgue cualquiera la impresión que causaría en un alma tan amante de la iglesia como la del Padre de la Villota. En su carta informativa, pedida por el señor Jiménez, se proponía

evitar un mal: el escándalo de los frailes. Y ahora, con el giro que la malicia humana ha dado a los acontecimientos, se viene otro mal mayor, cual es: el ultraje a la religión y a sus ministros. Esta y otras razones que no penetramos, motivaron sin duda, su actitud respecto al Decreto de supresión. Más claro: el Padre Villota no pretendía la supresión de los conventos, sino su reforma, y sólo en el caso que esta fuera imposible optaba la supresión hecha por la autoridad eclesiástica, como previene el Derecho Canónico.

—Por qué al principio optaba por la reforma o supresión y ahora se opone?

Por la sencilla razón que en Pasto se entendía que el Soberano Congreso iba a desatar una persecución contra la Iglesia. Esto se desprende de la lectura atenta de la hoja del 3 de junio de 1839.

Como el Dr. Montezuma, ágil escritor, conociera nuestra obra en preparación sobre la vida del Padre de la Villota, en El Tiempo (Suplemento) escribe el 17 de octubre de 1954: "El estudioso biógrafo Alejandro Ortiz S. O. considera que la actitud del Padre Francisco de la Villota acababa de privar a los Obispos de su facultad de otorgar por sí licencias para predicar y confesar y de que el soberano Congreso iba a desatar una persecución contra la Iglesia. Ojalá esta consideración no pase del estado de Ipótesis, pues en el fondo no hace otra cosa que presentar el criterio del religioso como una posesión mental tan débil que se desbarata ante una conseja, cambia el derecho al revez, por efecto de un simple rumor.

Cualquiera que sea su explicación a mí me parece en todo caso que la actitud contradictoria del siervo de San Felipe Neri en nada mengua su virtud, carece de volumen para manchar su vida de confesor y penitente. El Gobierno y Don Salvador (el Obispo de Popayán) pudieron caer sobre él con duras sanciones y reprimendas y en cambio el pueblo no hizo

otra cosa que rodearlo de afecto mayor y de más honda veneración."

Nuestra opinión sobre que el Padre de la Villota cambió de criterio se basa en los dichos rumores, los cuales para el alma de un asceta eran suficientes sin que la *posición mental del religioso aparezca como debil*. Las razones que tenemos son las siguientes: 1ª. El Padre de la Villota que se había dolido de la relajación de los frailes ahora se dolía más de los males que podían resultar de la supresión. 2ª. Con la supresión y la animosidad de muchos miembros del Gobierno, su obra (la del Padre de la Villota) sufriría mucho menoscabo. 3ª. Que aquellos rumores tenían asidero más que suficiente para pensar en los males que se seguirían a la Religión y 4ª. Por las circunstancias esos rumores podían tener fundamento cierto.

Nos encanta el concepto del Dr. Montezuma contenida en estas palabras: "...la actitud contradictoria del siervo de San Felipe Neri en nada mengua su virtud, carece de volumen para manchar su vida de confesor y penitente."

Más abajo en el mismo artículo, continúa el Dr. Montezuma: "En el mes de marzo se discutía en la Cámara de Representantes la amnistía y olvido perpetuo de todos los delitos relacionados con el orden público, cometidos a partir del primero de junio del año anterior. El General Santander tomó la palabra y en el curso de su intervención pronunció las siguientes frases. "Creo que los promovedores en el Congreso de la supresión de los conventos de Pasto han procedido de tan buena fe como procedí yo al prestar mi voto a un acto a que se manifestara adherido un eclesiástico tan venerado por sus virtudes como el Padre Villota. Pero si yo hubiera tenido algún dato de lo que ha sucedido en Pasto, por consecuencia de la supresión, lo habría expuesto francamente a la Cámara y no hubiera prestado mi voto al acto del Congreso... Por mi parte rechazo la culpabilidad que el señor Secretario del Interior me atribuye en el cargo explícito que ha hecho a la oposición de ser la que

ha promovido y fomentado los disturbios que deploramos"....

Después del General Santander y otros oradores habló el doctor Fernando Ortega, conspicuo ciudadano, natural de Cumbal, y representante por la Provincia de Pasto, si no andamos descarriados: "En esos días de confusión para Pasto, dijo, se hallaron reunidos más de 8.000 individuos que gritaban "viva la Religión", sitiaron el convento de San Francisco, en donde habían obligado al gobernador, comandante Mutis, a la guardia veterana con pocos milicianos, a que se encerracen. Tres días duró el sitio y fue entonces cuando el virtuoso Padre Villota, aprevechándose del inmenso ascendiente y del grande amor y ebediencia que todos le profesaban, vivía ocupado constantemente en contener el horroroso derramamiento de sangre que sin su mediación, ruegos y súplicas, habría sido inevitable... Si el padre Villota no se hubiera hallado entre esa multitud acalorada y resuelta el benemérito gobernador de la Provincia, Antonio José Chaves, el comandante Mutis y todos los individuos que se hallaban dentro del cuartel habrían perecido sin remedio... Creo pues señor presidente que la revolución de Pasto no tuvo otro origen que la supresión de los conventos; si el partido de oposición la hubiera hecho se habría extendido a la Provincia de Popayán y quizá a las del Cauca y Buenaventura". Entre los párrafos finales del doctor Ortega vale la pena subrayar los siguientes: "El modo más adecuado y justo que yo veo en la actualidad para que terminen los desórdenes de Pasto es el de restituir a esos habitantes sus conventos, porque los quieren, los desean de todo corazón. Esos habitantes en sus revoluciones pasadas han obrado todos de acuerdo y por esto creo que han sido siempre invencibles y que se han hecho temer de los más grandes generales que han ido sobre Pasto, hasta llegar al punto de volver loco al mismo General Bolívar en los campo de Cariaco, cuyo General no había entrado a Pasto a no ser por la toma del Ecuador por el General Sucre... El modo de asegurarse es restablecer los conventos y contentar a todos. De lo contrario, no lo permita el

cielo, la facción durará muchos años, tomará cuerpo día a día, se derramará mucha sangre granadina, se oprimirá la república con reclutamiento de hombres y contribuciones de dinero... Es muy necesario e importa mucho también que el Padre Villota vuelva a Pasto, pues actualmente se halla en el Ecuador, cuya ausencia es otro motivo de sentimiento universal para los pastusos. Es bien sabido el amor, respeto y obediencia que todos tienen en ese lugar al Padre Villota y con mucha razón."

Todo hace ver, y en este sentido el concepto del representante Ortega constituye un argumente de valía, que el Padre Francisco se comprometió en los sucesos de Pasto, no precisamente para tumbar gobiernos y disolver congresos sino para evitar la propagación de aquellos y sus notorias complicaciones, para tratar de solucionarlos en alguna forma aceptable por todos, para ganar en fin un elemento indispensable en toda circunstancia parecida; el tiempo. Si en realidad levantó bandera fue la bandera de la paz; buscó la conciliación árriesgadamente y por hacerlo se enredó en al peligro, en la ambición y la terquedad ajenas, en las falsas inculpaciones, en los castigos eclesiásticos y finalmente en la melancolía del exilio."

Vuelto del destierro el Padre Villota aprendió la lección que dice Montezuma: "servir, callar y obedecer" quien en el mismo artículo agrega: "No obstante los hombres no lo olvidan y durante la primera administración del General Mosquera, muchos que lo admiran y veneran (al P. Villota) hacen público su deseo de que el Gobierno indique su nombre para la silla episcopal de Pasto. Al General no le hizo gracia la propuesta debido a sin fin de prejuicios, pero muy especialmente por hallar al coronel Anselmo Pineda y otros obandistás entre los firmantes de la solicitud."

El mismo día 3 de junio se reunió el Consejo en sesión ordinaria y estudiadas las circunstancias difíciles porque atravezaba la ciudad a causa del proyecto de supresión, resolvió pedir y en efecto pidió en

memorial firmado por D. José Vivanco, como presidente de la Corporación, la suspensión del alarmante Decreto. A la solicitud del Consejo se unieron otros ciudadanos connotados, como se desprende de las respuestas dadas por el ejecutivo nacional. (v. Diario del Sur Nº 424-429. Sergio Elías Ortiz).

El resto del mes de junio la exacervación iba aumentando progresivamente hasta el 1º de julio, día en que debía promulgarse el Decreto en la ciudad, tocaba las más altas temperaturas. El 30 de junio debía celebrarse en la iglesia matriz la fiesta de San Juan Bautista, Patrono de la ciudad. (Cuervo Márquez. Vida del Dr. Ignacio Márquez, págs. 112-113.) El gobernador Chaves temeroso del tumulto resolvió alejar del centro de la ciudad la fuerza y ordenó al sargento Manuel Mutis, Comandante del Batallón 7º condujera a este y a la Guardia Nacional al Ejido, con el pretexto de comerse una novillona. Hecho lo cual y alineados los hombres de ambos cuerpos, se dió lectura a la comunicación del Obispo de Popayán. en favor de la supresión de los conventillos. Los guardias nacionales recibieron la lectura con vivas a la Religión, gritos subversivos contra el gobierno y la promesa airada de oponerse a la ejecución del Decreto. Esto ocurría el 29 de junio, porque el 30 asegura el historiador Cuervo Márquez, en la fiesta patronal, estando la iglesia de San Juan Bautista, toda llena de luces y gallardetes, el Padre Villota subió al púlpito y después de hablar contra los perseguidores de la Iglesia, levantando el tono de la voz y con ademán airado exitó al pueblo religioso de Pasto a oponerse a la ejecución del Decreto que suprimía los conventos menores de la ciudad. (Cuervo Márquez, o. c. 112-113.)

Al bajar del púlpito = prosigue el mismo historiador— montó en un caballo blanco, que los religiosos le habían hecho llevar hasta la iglesia, empuñando el estandarte de San Francisco se lanzó a la calle seguido por más de tres mil personas que lanzaban vivas a la Religión, a San Francisco y mueras al gobierno y a los herejes. (O.citada, pág. 113.)

Según el acta del Concejo ordinario celebrada el 3 de junio y el memorial al Gobernador acordado en la misma sesión, el levantamiento no fue el 30 de junio, sino el 2 de julio. Y según parece tampoco el Padre Villota montó a caballo en el templo de San Juan Bautista, al bajar del púlpito, sino que el motín lo fue a sacar a su celda del convento de San Felipe, donde sin duda oraba para conjurar la tormenta. (Diario del Sur N° 426 y 327. Sergio Elías Ortiz.)

El genaral Mosquera dice que en Pasto ya se hablaba de revolución antes que el Padre Villota entrara en la danza; que los proyectos libérrimos contra la Iglesia presentados en las Cámaras, no tenían más objeto que el de atizarla, y que los inmediatos promotores de ella fueron el teniente coronel Mariano Alvarez, Fidel Torres y los Españas, agentes inmediatos del general Obando (V. Posada Gutiérrez. Tomo II. Edición II pág. 234.) El padre Villota se incorporó al movimiento no con ánimo subversivo —pues era contraria a su carácter y a sus virtudes tal actitud— sino con el objeto "de hacer una representación ante el gobernador" (Sergio Elías Ortiz. Diario del Sur, N° 426. Daniel Zarama pág. 62.) Aunque estas fueron intenciones sanas y quizá las que aconsejaba la prudencia, las de los verdaderos revolucionarios eran distintas: el pueblo se creyó soberano y rugía de coraje por esas calles de Dios, lo que obligó al Gobernador que no contaba sino con 50 hombres, al mando del coronel Mutis a firmar el siguiente documento, que el Padre Villota —dadas las circustancias-- creyó una medida salvadora:

"Los señores Dr. Francisco de la Villota, Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri y el teniente Coronel en disponibilidad, Antonio Mariano Alvarez, hacen las siguientes proposiciones para transigir las presentes desavenencias:

Artículo 1° Los infrascritos y el pueblo de Pasto declaran solemnemente que obedecen ál Gobierno de la República y a las autoridades constituídas y que solicitan las siguientes concesiones:

1° Que el señor Gobernador de la Provincia no llevará a efecto la publicación del Decreto de supresión de los conventos de la ciudad, expedido en la legislatura del presente año, quedando comprometido en obsequio de la paz y del bien público informar y suplicar por su parte para que no tenga lugar tal disposición, la que deberá reservárse hasta la próxima legislatura, en que se presentarán las diversas solicitudes de la capital, a fin de conseguir la revocación del expresado Decreto.

2° En asuntos de religión no se hará la menor novedad, observándose en todo caso y guardándose la Católica Apostólica, Romana; y que se les permitirá a los habitantes de esta provincia continuar en sus costumbres y prácticas religiosas, como las observaron nuestros padres. (Por la solicitud de esta concesión júzguese de lo que entonces se creía sobre los proyectos de las Cámaras.)

3° El teniente Coronel Antonio Mariano Alvarez continuará instruyendo las milicias, para que de este modo se establezca el orden en ellas, así como lo han mantenido desde el momento en que el pueblo lo obligó a que dirigiese sus operaciones, con cuyas disposiciones se han evitádo muchos males. El se ha interesado por el honor del Gobierno; por su reconocimiento, obediencia y por la paz.

4° Que la guarnición de esta plaza se varíe y que entre tanto que vengan las fuerzas que deben reemplazarla, el parque se encargue al cuidado de los sêñores proponentes, debiendo cuanto antes contener el resultado de las providencias dictadas por la Gobernación, reclamando tropas y demás elementos de guerra, y que tampoco podrá regresar el medio Batallón del número 7° y sus jefes, hasta que se haya concedido por su excelencia, el Poder Ejecutivo, la ratificación de la propuesta.

5° Que se den los debidos reconocimientos a los innumerables beneficios que en las presentes circunstancias ha hecho el señor Pbro. Francisco de la Villo-

ta, Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri, quien ha evitado con su persuación, influjo y actividad el derramamiento de sangre, los desastres que se tocaban ya y otros males incalculables. El ha contenido repetidas veces al pueblo y se ha desvelado por transar el negocio de un modo amistoso. Además de de las garantías que las leyes le ofrecen por su patriotismo, fidelidad y procedimientos arreglados y prudentes, el Gobernador por su parte, le ofrece cuantas más seguridades quiera, y aún informar en favor de su adhesión al orden, al Gobierno y a la tranquilidad pública, para desvanecer cualesquiera imputaciones que algunos mal intencionados pudieran hacerle por desconceptuarlo.

Pasto, junio 3 de 1839

Francisco de la Villota

Antonio Mariano Alvarez

Despacho de la Gobernación de la Provincia de Pasto-junio 3 de 1839

Concedido y convenido en todas sus partes. Sométase a su Excelencia, el Presidente de la República para que se sirva conceder su ractificación en todas sus partes.

Antonio José Chaves

Por disposición del señor Gobernador de la Provincia.

Juan Barrera
Secretario

Es copia, Juan Barada, Secretario."

(V. Posada Gutiérrez, Memorias Histórico-Políticas. Tomo III págs. 234-236.)

Después de suscribir la anterior capitulación el Gobernador Chaves, algunos ciudadanos connotados y varios artesanos se retiraron a Túquerres a esperar

el desenvolvimiento de los acontecimientos. Mutis salió de Pasto, sin ser atacado, con su medio Batallón 7°, gracias a la intervención del Padre Villota y se situó en el Juanambú. (Posada Gutiérrez, O. citada pág. 238. Vida de Cuervo, pág. 114.)

El Gobernador dió aviso al Ejecutivo Nacional y al Obispo de Popayán. El posta llegó a Popayán el 4, según dice Cuervo Márquez, aunque eso no era posible, porque en aquellos tiempos había por lo menos siete jornadas.

En ese mismo día, continúa Cuervo Márquez, el Obispo Jiménez dirigió a su Vicario en Pasto una nota en la que le comunicaba las medidas énérgicas que había adoptado respecto de la parte que los miembros del clero habían tomado en los desórdenes de la ciudad. (O, citada pág. 115.)

He aquí las citadas medidas enérgicas:

1ª Que se suspendiera a todos los eclesiásticos que no trabajaran con el mayor empeño en restituir la paz y la tranquilidad del pueblo.

2ª Que si esto no bastaba y continuare la conmoción, que se declararan en entredicho todas las iglesias de Pasto y que solamente pudiera celebrarse misa en la iglesia Matriz, pero sólo en señaladas circunstancias.

3ª Que si esto todavía no fuese suficiente, se imponga excomunión *ipso facto incurrenda* a todos los fieles de uno y otro sexo que de cualquier modo coadyuben, auxilien o tomen parte en la sublevación. (Gaceta de Nueva Granada, N° 411 28 de julio. Citado por Cuervo Márquez.)

El posta que despachó el Gobernador de Popayán con las comunicaciones del coronel Mutis llegó a Bogotá a la media noche del 16 de julio. Esta fue la primera noticia que recibía el Gobierno acerca de los acontecimientos que habían tenido lugar en Pasto. (Gustavo Arboleda y Posada-Ibañez señalan el 13).

El Secretario del interior y de Relaciones Exteriores general Herrán, apenas amaneció, se puso en habla con el Secretario de Guerra e inmediatamente fueron al palacio presidencial. Márquez asustado adivinó el objeto de tan mañanera visita. Se hizo consejo de gobierno en casa de Aranzazú, por estar emfermo, y se resolvió: enviar al general Herrán para debelar a los revoltosos, desaprobar por completo la capitulación entre el Gobernador de Pasto y los ciudádanos Francisco de la Villota y Antonio Mariano Alvarez, avisar lo ocurrido al Arzobispo Mosquera que se hallaba en Villeta y encargar a D. Tomás Cipriano de Mosquera de las carteras que dejaba Herrán. (V. los mismos historiadores.)

En Bogotá fue recibido de diversa manera el proceder de los pastusos; los progresistas pusieron su grito en el cielo y agotaron el vocablo denigrante para condenar a los fanáticos, y los de la Católica, simpatizaron con el movimiento. (V. Angel y R. J. Cuervo. Tomo I pág. 292.)

El 27 de julio llegó a Popayán el general Pedro Alcántara Herrán y allí visitó a Obando, de quien fue recibido con frialdad y obtuvo del Obispo el nombramiento de una comisión de paz, compuesta de eclesiásticos. La comisión la integraron: el señor Deán del Capítulo Metropolitano, Dr. D. Mariano Urrutia y el Secretario del Obispado doctor D. Félix Liñan y Haro, Visitador General y Secretario respectivamente. (Carlos Cuervo Márquez, o. c. pág 115. Posada Gutiérrez O. citada, pág. 247.)

Una vez en Pasto el señor Visitador Urrutia declaró las excomuniones que el señor Obispo Jiménez lanzara contra los eclesiásticos que se hallaban envueltos en el levantemiento. Entre ellos estaba el Padre Villota, quien no queriendo permanecer un solo instante fuera de la iglesia, sin replicar sobre la injusticia de la medida, pidió humildemente al señor Urrutia que se le absolviese, sujetándose en todo a lo dispuesto por la autoridad eclesiástica. Ya vimos en la pri-

mera parte que su petición fue oída, según el despacho firmado por el secretario Dr. Félix Liñán y Haro el 3 de agosto de 1839.

El general Herrán, después de organizar sus fuerzas en el Patía y Mercaderes, se unió en la Venta con el coronel Mutis y a cortas jornadas se iba acercando al lugar de los acontecimientos, sinembargo deseoso de arreglar el asunto por las vías pacíficas, vino a Pasto (de incógnito) el 16 de agosto. Provocó una reunión y allí repitió las promesas de induito absoluto, sin más condiciones que las indispensables, de sometimiento a la ley rechazada y entregada de las armas al Gobierno. El Padre de la Villota, según refiere Posada en su obra Memorias Histórico-Políticas. Tomo III pág. 247, convenía en la propuesta del General Herrán, pero esto no estaba en los planes de los promotores del tumulto político.

Herrán estuvo en grave peligro de perderlo todo con la vida, pero el pastuso D. Manuel Fernández de Córdoba lo sácó de la casa donde se hizo la reunión por una tapia, después —por los huertos de varias casas— pasaron a Hullaguanta y de allí al campo. (Sergio Elías Ortiz cree que la casa donde estuvo Herrán con sus adictos y algunos contrarios, entre ellos el P. Villota, estaba situada frente a la entrada norte del convento de los padres Jesuítas.)

Parecía que todo arreglo pacífico estaba descartado; sinembargo se hizo otro intento y esta vez partió de Pasto (De creer es que fue provocado por el Padre Villota). Una comisión de paz compuesta por el cura de la ciudad, Pbro. D. Pedro José Sañudo y el Visitador Dr. Mariano Urrutia salieron en busca de Herrán y lo encontraron en el sitio denominado el Cajeto. Herrán recibió muy bien a los comisionados y se puso a tratar con ellos de los pormenores del sometimiento. Pero en lo mejor de la conferencia se presentaron dos oficiales y le comunicaron que los pastusos iban a proclamar el sistema federal, a nombrar jefe, al comandante Antonio Mariano Alvarez y a enviar una columna respetable de tropas que ocupa-

sen la línea del Juanambú y el pueblo de Buesaco. Los informantes que eran el capitán Manuel Córdoba y el teniente Ignacio Lora, agregaron que Alvarez no tardaría en marchar con los suyos a apoderarse de aquel río. (Esto ocurría el 26 de agosto.) El día anterior había avanzado la fuerza del Gobierno por la montaña de Berruecos hasta colocarse en las alturas que dominan la orilla setemptrional del Juanambú. (V. Gustavo Arboleda. Historia Contemporánea. Tomo I pág. 343. Posada Gutiérrez O, citada. Tomo II pág. 247.)

Los pastusos comandados por Alvarez y asesorados por los frailes suprimidos avanzaron hasta Buesaco y una guarnición hasta el Boquerón. Herrán que había pasado el Juanambú barrió con ella e hizo retirar a los pastusos hasta Pajajoy. El 30, al amparo de una niebla densa, los pastusos bajaron de Pajajoy hasta Buesaco donde estaban las fuerzas del Gobierno, y se trabó el combate. Los rebeldes embistieron con furia, pero fueron arrollados y destrozados por las fuerzas de Herrán, quedando así expedito el camino de Pasto. (V. Obras citadas, continuación.)

El 1° de septiembre entró Herrán triunfante a la ciudad. la encontró casi desierta. Los pastusos habían huído por temor de las represalias. El 2 expidió indulto para todos los rebeldes que se presentasen a deponer las armas. El Padre Villota, que no se había movido de su convento fue uno de los indultados y pasó al Ecuador. (V. Arboleda O, citada.)

No consta la fecha fija en que el Padre Villota, aprovechándose del indulto, pasó al Ecuador; es posible que sería en el mismo mes de septiembre. Lo único que consta es que se radicó en Tulcán y allí continúo con su ascetismo y sus obras de apostolado, hasta donde le permitía su situación de suspenso.

Para que nuestros conceptos tengan más respaldo queremos rematar este asunto enojoso, citando una vez más al Padre Aristides y al connotado escritor e historiógrafo, Daniel Zarama.

El Padre Aristides dice así: "La ley de supresión de los conventos y los terribles aditamentos propalados para esclavizar la Iglesia —por desgracia realizados poco despúés— pusieron los ánimos de los pastusos en actitud de vencer o morir. Quién podía en estos críticos momentos contener ese desbordado torrente de ira e indignación? Unicamente el Padre Villota a quien se le obligó a dejar sù celda y presentarse a la calle para conjurar la tormenta, de dos males prefirió el menor, y si en esto erró, no es culpa suya, sino de las circunstancias que lo asediaban.

La plática enérgica que dirigió desde el púlpito de la Matriz el 30 de junio y la montada a caballo que hizo en ese mismo día con el objeto de aplacar al pueblo y manifestarle que estaba dispuesto a sostener los institutos religiosos, han dado origen a multitud de comentarios y anécdotas ridículas, como la de llevar un crucifijo, el estandarte de San Francisco y de proclamarse a si mismo General, con otras del mismo jaez. (Distinto es que le proclamara el pueblo, como consta de la información mandada levantar por el Gobernador.)

Hemos revisado dicha información jurídica firmada el 21 de mayo de 1839, sobre los hechos ocurridos entonces y en lo relativo al Padre Villota, aunque los declarantes descienden a pormenores, no hemos encontrado ninguna de estas frases gacetilleras. Antes bien hay declaraciones de que acudieron de la ciudad y de los pueblos vecinos multitud de gentes para defender al Padre Villota, porque había corrido la noticia que se trataba de asesinarlo. Pero él, dicen los declarantes se hallaba tranquilo en su celda y los sacaba del error.

Otros sí dicen que el pueblo entusiasmado al verlo por las calles lo proclamaban su General. Por último D. Fernando Gutiérrez, sujeto distinguido y también declarante agrega: "Que en realidad el Pbro. Villota no ha promovido el tumulto con el objeto dé revolucionar, sino que creyendo apaciguar los ánimos de los pastusos concitados a la rebelión por los frailes

de los conventos suprimidos no encontró en su poco mundo y experiencia otro modo de apaciguar el furor revolucionario''. Este señor sí ha visto la cuestión en su verdadero punto. Historia de la Congregación. Padre Aristides Gutiérrez. pág 61.)

Don Daniel Zarama dice: "Séanos permitido, en obsequio de la verdad histórica, consignar aquí algunas aclaraciones tendientes a rectificar ciertas apreciaciones erróneas, comunmente admitidas como justas, en detrimento del buen nombre de personas y entidades acreedoras por muchos títulos, al respeto y a la estimación general. Tiempo es ya de que los prejuicios de antaño, inspirados por el odio regionalista o pasión política, cedan al puesto a la conciencia pública, a los dictados de la razón serena e imparcial.

Con efecto, la mayor parte de los historiadores nacionales están de acuerdo en señalar al santo funda dor de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri como "promotor y cabeza principal" del movimiento revolucionario que estalló en Pasto en los últimos días del mes de junio de 1839, con motivo de la expedición de la ley que suprimió los conventos menores de La Merced, Santo Domingo, San Agustín y San Francisco; movimiento que hábilmente explotado por políticos sagaces, como el general Obando, se propagó en seguida, con la rapidez del incendio, por toda la extensión de la República. Sinembargo nada más inexacto.

Consta de documentos auténticos de aquella época, a cubierto de toda sospecha de parcialidad o impostura, entre otros, la información sumaria instruída por el Gobernador de Pasto Dr. Antonio José Chaves, en averiguación de los responsables del alzamiento popular, que quienes concitaron a ello, a las turbas, no fueron otros que los mismos frailes de los conventos suprimidos. Como ellos tratasen de hacer recaer en el Padre Villota toda la culpabilidad de la expedición de la ley, por la consabida carta confidencial al Obispo Jiménez, que este tuvo la indiscreción de remitir original al Congreso; cuando el populacho

de la ciudad y de los lugares circunvecinos, consciente del peligro que amenazaba al benemérito Prepósito, acudió a la plazuela contigua a la Ermita para proteger su vida y demandar a la vez su dirección en tan críticas circunstancias, se vió él obligado, por decirlo así, a presentarse en público, en medio de la turba que lo aclamaba, no para alentarla, como se há dicho, en el camino de la rebelión, sino para sincerar su conducta, para protestar contra la incautación de los bienes de los conventos declarada por el Congreso, para apaciguar los ánimos para impedir mayores excesos; aconsejando a todos prudencia y moderación.

Es innegable que al Padre Villota le faltó tacto político, necesario para eludir, en su tarea pacificadora, ciertos compromisos como el que le resultaba de haber firmado con el jefe militar de la rebelión el bogotano teniente Coronel Antonio Mariano Alvarez, el convenio del 3 de junio; si bien este documento visto con imparcialidad no pasa de ser una respetuosa solicitud encaminada a obtener determinadas concesiones, bajo la protesta de respetar y obedecer al Gobierno de la República y á las autoridades legítimamente constituídas.

Por lo demás el Padre Villota dista mucho de ser el *ente débil y simplazo* de las Memorias de Posada; en esta como en todas las emergencias de su vida, dió muestras de entereza de ánimo poco común; había recibido educación esmerada, primero en Pasto, después en Lima, donde obtuvo con lucimiento el grado de Dr. en Filosofía y Sagradas Letras; y tanto por los quilates de su inteligencia, como por su erudicción en ciencias eclesiásticas y profanas estaba a una altura muy superior a las de muchos de sus detractores.

Su mejor elogio lo constituye su obra viviente, la Congregación de que fue fundador, en cuyo seno han florecido varones no menos dignos de admiración por sus virtudes que por sus tálentos, y que próxima a cumplir una centuria se mantiene todavía en pie, vigorosá y fecunda, en el sentido del bien social, como en los primeros años de su existencia. A ella debe

Nariño, entre otros beneficios, el haber formado, en época tan oportuna como difícil, a la mayor parte de los hombres de importancia con que cuenta en la actualitad." (Gustavo Arboleda por el Sur de Colom bia, por Daniel Zarama pág. 62-63.)

El Padre Villota regresó del Ecuador a fines del 41. Por su parte olvidó todas las vejaciones y ultrajes injustos de que fue víctima. Como ya lo dijimos en la primera párte, en su regreso intervino el Ilmo. y Rmo. Señor Obispo Mateo González Rubio, quien había sucedido al señor Jiménez y se interesó por la prosperidad de la Congregación.

Como era de esperarse los pastusos lo recibieron con mucho alborozo y con la misma veneración que le había tenido antes del destierro. Siguió bajo estos auspicios su obra de progreso: el ensanche de su Congregación y con ella la instrucción del pueblo y la salvación de las almas.

Como prueba de esta verdad conservamos en el archivo de la Congregación la siguiente carta del Excelentísimo señor Lorenzo Barilli, Delegado Apostólico de su Santidad, que lleva la fecha 26 de marzo de 1855. Dice así la parte pertinente:

"Estoy contento de que Vuestra Reverencia haya recibido algunas veces mis saludos, más por ellos no tiene por qué darme las gracias, antes bien yo debo suplicarle que me excuse, si a mis saludos no agregué alguna carta para asegurarle que recuerdo siempre a Vuestra Reverencia y que le conservo mucha estimación. Una que otra ocupación me han impedido cumplir aquel deber que considero obligatorio; pues para mí es una obligación el que esté persuadido de toda mi deferencia hacia un Venerable Sacerdote que tanto ha trabajado y trabaja para mantener en la Nueva Granada, en honor, el carísimo y util Instituto de San Felipe Neri, gloria de Roma y delicia de todas las almas piadosas. A tal título de suyo muy distinguido, agréguese otro reciente y es el saludable apoyo que con su ejemplo y sus palabras ha

prestado Vuestra Paternidad al óptimo Obispo de Caradro, a fin de que el clero y el pueblo de esa provincia observaran una conducta correspondiente al espíritu católico, apartados de las facciones y tumultos, en las últimas emergencias de la República, cuyas tristes consecuencias deplora Vuestra Paternidad, con sobrada razón.

Mi amigo el Dr. Cárdenas, por conducto del cual en este año ultimo había mandado a Vuestra Paternidad con mis saludos algunas indicaciones, me ha referido, al llegar a Bogotá, en el mes pasado, cuán concordes andaban sus conceptos con aquellas; y cómo procuró Vuestra Paternidad arreglarse siempre a aquel modo. Cualquier otro que se hubiera seguido, los males de la Iglesia se habían aumentado".

Nosotros concluimos: el Señor Delegado Apostólico, quien sin duda se había informado detenidamente de los sucesos de Pasto, contradice meridianamente los conceptos injustos que formulara el señor Jimenez, y define en pocas palabras el carácter y personalidad del eximio Fundador de la Congregación.

CAPITULO 2°

Virtudes favoritas del Padre Villota

Humildad y castidad.—Mortificación exterior e interior.—Caridad con Dios y el prójimo.—Oración mental y vocal—Sus devociones favoritas.—Visita de Cordovez Moure al Venerable Fundador.—Trato con las mujeres.—Sufrimientos del Padre.—Dones sobrenaturales.

1° La humildad y la castidad son virtudes eminentemente sacerdotales, por eso fueron cultivadas con esmero por el eximio Fundador del Oratorio. Comprendía el Padre Villota que la humildad es el fundamento de todas las virtudes y la castidad, la piedra angular sobre la que debe levantarse el edificio de la vocación sacerdotal.

Fue humilde. Desde su más tierna infancia le vemos recatado. siempre celoso para huir de la menor vanidad. Cuando las circunstancias le fueron adversas no se reveló contra ellas, calló siempre. Lo hemos visto en la Guerra de los conventillos: su superior le trata con sobrada injusticia, le excomulga sin formarle proceso, sin oirle.... y él calla, espera que se esclarezcan los hechos, y sólo cuando ve que el honor de su dignidad sacerdotal y la estabilidad de su querido Instituto, exigen hablar, habla, pero su exposición es mesurada, sus juicios son caritativos, certeros; jamás tienen hiel contra sus gratuitos enemigos. Si a veces los compara con el áspid es porque ese es el calificativo que merecía su sobrada injusticia; mas esta com-

paración no se refiere a sus superiores.

Es digna de meditación su petición al Visitador Doctor Mariano Urrutia, cuando le declaró incurso en las excomuniones lanzadas por el señor Jiménez. No analiza la justicia de la medida, sino que pide humildemente que se le levante tal pena, porque no puede permanecer un instante fuera de la comunión de la Iglesia. Un sobervio había protestado contra la medida y habría puesto el grito en el cielo para ponderar la injusticia. Cuando es absuelto de la excomunión, pero sin permitirle ejercer el ministerio, no reclama: se marcha al Ecuador y sigue trabajando por el bien de las almas, con el inmenso dolor de no poder hacerles todo el bien, porque carece de la potestad de decir la santa Misa y absolverla.

Cuando es absoluto por intervención del general Flórez, escribe a su superior con la misma sumisión y respeto que antes; se entrega de lleno a su ministerio sin hacer alusiones que pudieran venir en menoscabo de sus superiores. Solo se irrita un tanto contra los pícaros, porque ya lo había hecho antes el Divino Maestro, contra los fariseos.

El humilde es enemigo natural de los espojados y vanos y de aquí que se cuenta del Padre Villota los siguientes hechos: a) "Había en la ciudad un sujeto que por su extravagante modo de vivir, comer y vestir, era chocante para algunos. Dicho sujeto tenía natural habilidad para las artes, era medio músico, pues tocaba algunos instrumentos fabricádos por él mismo, como un violín y un triangulo que producían sonidos desacordes." (Aristides Gutiérrez, O. citada.)

El Padre, en vista del desagrado de los demás, en el que veía alguna vanidad y soberbia, llamaba a este sujeto y permitía que durante su misa tocara dichos instrumentos, mostrando en ello el mayor agrado.

"Llegaron de Europa unos bellísimos ornamentos para el Oratorio, los más preciosos que hemos

conocido. Los Padres se holgaron mucho de ello, elogiando la finura de las telas, la elegancia y la riqueza de los bordados; sólo el Padre Villota le parecieron malos, comparándolos con los calzones de dril de un indio de Mijitayo, que se llamaba Claudio. Persuadido de que el edificio de la perfección cristiana es tanto más sólido cuanto más profundos son los cimientos y de que el hombre goza de verdadera paz y libertad de espíritu cuando ha vencido el amor propio y se ha desnudado de todos los afectos terrenos, procuraba en si mismo y en los congregantes, mortificar dicho amor propio, para adelantar por el camino seguro del cielo, el de la humanidad.

El virtuoso Padre Raimundo Fajardo predicó un sermón que le mereció aplausos. El Padre Villota juzgando que por ello el predicador recibiría contento ordenóle repetir el discurso el domingo siguiente. (1) Repugnóle al Padre esta orden y pará salir de apuros se fue a suplicar al Rdo. Padre Milán, religioso de Santo Domingo y amigo íntimo del Padre Villota para que intercediese con éste a fin de eximirle de la pena de repetir el sermón. El Padre Milán aceptó el encargo y acto continuo fue a la celda del Padre Villota en compañía del Padre Fajardo. Sin esperar que este saliese le dijo: "Padre Villota, este soberbio ha ido a suplicarme que ruege a V. R. no le haga repetir un sermón que ha predicado; pues bien yo le suplico, por amor de Dios, que se lo haga repetir dos veces más".

Con otros congregantes se portaba de la misma manera, diciéndoles después de haber predicado sermones de grande elocuencia: "Se me cae la cara de verguenza al oirles tantos disparates. Esos panegíricos no han estado buenos para decirlos ni aún en Mocoa". (2)

Otras ocasiones haciendo el papel de fisonomista decíales a los de alta estatura: "Los grandotes

(1) — Así lo hacía San Felipe

(2) — En las misiones de indigenas semi-salvajes.

para nada sirven, pues la historia dice que los grandes hombres fueron de pequeña estatura, como Alejandro Magno, Bonaparte, San Pablo, etc. y a los pequeños de cuerpo los mortificaba diciéndole que eran imperfectos, que de ellos nada bueno se esperaba, porque "Hombre chiquitín, mentiroso y bailarín."

Finalmente su humildad era manifiesta en todos sus actos, especialmente en el púlpito, donde evitaba siempre la dicción elegante y prefería una sencillez discreta que llegaba al fondo del alma y la llevaba a Dios.

Su castidad era proverbial. Siempre se le notó un despego absoluto por el sexo contrario y cuando era precisado a entenderse con el, sabía poner a raya sus sentidos. No es que no sintiera las inclinaciones naturales del hombre a la mujer, es que comprendía lo que dice el Apóstol: *llevamos nuestros tesoros en vasos frágiles.* El Padre Villota —para ejemplo de los sacerdotes y de los aspirantes al sacerdocio— supo poner una valla entre sus sentidos y la concupiscencia. Sus ojos vágaban ordinariamente por el suelo o sobre cosas indiferentes cuando estaba delante de una mujer; nunca leyó cosa alguna que pudiera ser incentivo a las pasiones, nunca dijo palabra alguna que despertara el sentimiento menos correcto en el alma de los demás. Huía de la comodidad —que suele ser un incentivo a la concupiscencia— huía de todo lo que directa o indirectamente pudiera lesionar esta virtud eminentemente sacerdotal.

2—La mortificación exterior e interior es el camino trillado por el cual los santos han llegado a la cumbre de la perfección. El Padre Villota conoció todos los secretos de esta arma poderosa desde su más tierna infancia; ya hemos dicho, como de niño, se escondía en los rincones de los cuartos o en las cuevas cercanas a la ciudad para ozotar su innocente cuerpo con una crueldad increible en un niño de su edad. Como testigos peremnes de su mortificación exterior están las cuevas de Juanoy, en Pandiaco y la "Cueva del Padre Villota" en la Chorrera de Genoy.

En su celda la mortificación corporal era continua; pues muchas veces era sorprendido por los sirvientes y hasta por los Padres que acudían en demanda de consejo o dirección.

Mortificación exterior era su manera de vestirse. Don Valerio Soberón afirma que el Padre usaba ropa interior ordinaria, cosida de cualquier modo. La sotana era de bayeta del país, una jerga más que una tela. Por calzado usaba unas pantuflas con capellada de paño y plantilla de cabuya. Usaba un manteo raído que no se sabía de que tela había sido y remataba su indumentaria con una bayeta burda con que se cubría la cabeza. Andaba despacio, arrastrando los pies —especialmente en los últimos años de su vida— y con un bastón ordinario con el que se sostenía. Este era el bastón que le servía para darle garrote al demonio, cuando le jugaba alguna mala partida.

No era menos mortificado en la comida. Cuando podía acudir al refectorio con los Padres, recibía su parte de comida y la revolvía; lo dulce con lo salado y dejaba la mayor parte, porque comía apenas lo necesario para vivir.

Después, cuando las enfermedades y los años lo imposibilitaron para asistir a mesa común, iba a una hora determinada con una casuela de barro y en ella, como de costumbre, ponía un poco de sopa, el dulce o el agua de panela y comía de pies, para regresar a los pocos minutos a su celda, después, de dar las gracias delante del Santísimo Sacramento.

Su mortificación interior era más perfecta. A pesar de ser un escriturario de primera clase, nunca dió cabida a la tensión de escudriñar las aparentes contradicciones de los textos bíblicos que han sido el escollo de muchos teólogos famosos.

Como sabía lo que enseñaba San Felipe que "La santidad del hombre está en dos dedos de frente" es decir en el entendimiento; supo siempre conservarlo

a raya para evitar los peligros que trae consigo la curiosidad.

3 — Toda la vida del Padre Villota es un testimonio de amor a Dios y al prójimo. Amó a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas, cumpliendo así a cabalidad el Evangelio. Basta recordar sus actos que hemos narrado en la primera parte para convencernos de esta verdad. El amor de Dios lo llevó a construir una Ermita a la imagen veneranda de Jesús Nazareno, para rendirle pleitesía y hacer que todos sus conciudadanos hicieran lo mismo. El amor de Dios le obligó a dotar esa Ermita de todos los paramentos necesarios para que el culto tuviera el mayor esplendor.

Verdadero hijo de San Felipe, el Padre Villota, pasaba horas enteras delante del Santísimo Sacramento. Cual fuera la suavidad que sentía, se puede adivinar por los suspiros que lanzaba de su enamorado corazón y de las plegarias que a veces —en voz alta— hacía para desahogar sus afectos. Por la noche solía levantarse de la cama para hacer compañía a su amado Solitario. "En una de esas visitas nocturnas —escribe el Padre Aristides— se dice que fue sorprendido por un congregante, el cual le vió elevado en el aire en dulce arrobamiento. Cuando había jubileo de cuarenta horas permanecía arrodillado todo el día hasta la hora de la reserva".

Se dolía de las ofensas hechas a Dios como si fueran hechas a su misma persona y así solía increpar a los pecadores para hacerles caer en la cuenta que sus pecados eran un villano insulto a su Divina Majestad.

El amor de Dios incluye el amor a su Iglesia y nadie como el Padre Villota sufrió con las persecuciones de la Iglesia. Entiende que la Iglesia Neogranadina va a sufrir una persecución y protesta enérgicamente, sin temer a los poderosos de la tierra. Tal es su proceder en 1839, por más que haya sido tergiversado; igual es su protesta ante los decretos de Mosquera en 1861. Mosquera ha favorecido a la Con

gregación, es su grande amigo, pero ahora persigue abiertamente a la Iglesia y eso basta para que el Padre Villota cierre filas con sus hijos y con el clero de Pasto para protestar contra el abuso del gobierno.

El Padre Villota amó también a su prójimo; no sólo de palabra sino de obra porque practicaba lo que dice San Pablo: "el que dice que ama a Dios y no ama al prójimo miente" De aquí que consagró toda su vida al servicio del prójimo. Para servir al prójimo fundó la Congregación y estableció los ejercicios, con los cuales se ha servido al prójimo como manda el Evangelio. Siempre vió en el prójimo a Jesucristo y por eso no le repugnó hacer el bien a sus mismos perseguidores. Vuelto del destierro en 1841 tuvo tanta maña que muchos de sus perseguidores frecuentaron de nuevo el Oratorio y fueron sus amigos y amigos de Dios y de su Iglesia.

4—"La oración fue la principal ocupación del Padre Villota, persuadido como estaba de su necesidad e importancia, ya como simple cristiano, ya como sacerdote oratoriano. Además del tiempo que prescribe la regla para la oración mental, destinaba gran parte del día y casi toda la noche a este santo ejercicio.

Y como de la abundancia del corazón suele hablar la boca, el asunto de sus pláticas familiares era la excelencia de la oración; ninguna otra cosa recomendaba a los Padres y a los fieles como hacerla todos los días y con mucha atención y constancia.

A la oración mental añadía fervorosas jaculatorias que solía repetir con tal devoción que despertaba en todos el fervor. Qué diremos del santo celo que tuvo para que los filipenses rezasen el oficio divino atenta, pausada y devotamente; para que se aparejasen á la celebración del santo sacrificio de la Misa, juzgando con bastante sabiduría, que de esto dependía el mayor provecho de sus almas. Con este fin estableció en la Congregación el rezo en coro á pesar de no obligarlo la regla, sino sólo las vísperas de los domingos.

El Padre Villota se disponía a celebrar con ferviente oración y muchas lágrimas. Su modo de vivir era una continua preparación para la Misa y una continua acción de gracias, como lo hacía San Felipe Neri, según su propio consejo: "Para celebrar la Misa es forzoso prepararse y para prepararse el sacerdote debe vivir de tal manera que a toda hora pueda decir Misa".

Sus devociones favoritas, después del Santísimo Sacramento fueron la devoción a la Santísima Virgen, en especial y a la Sagrada Familia y en general, a las santas imágenes y a todos los santos. Oigámos lo que dice a este respecto el Padre Aristides: "Desde la fundación de la Congregación estableció un número no pequeño de fiestas en su honor, con su novena correspondiente; costumbre que hasta ahora se conserva. Estableció además que se rezase todo los días el santo rosario en sus tres partes; dos por la mañana, desde las cuatro y la otra por la tarde a las seis. Hasta hoy el golpe de la campana del Oratorio dado a las cuatro de la mañana para invitar a los fieles a rezarlo es imponente. Cuántas emociones sublimes despierta esta hermosa costumbre de San Felipe !Que pensamientos serios no se despertarán en los pecadores que en aquellas horas quizá abandonan la mala casa y se retiran a descanzar de las fatigas de una noche de diversión!, al paso que las almas buenas dejan su lecho y corren presurosas al templo de Jesús del Río a consagrarle las primicias del día a la Reina de los Cielos....

Admirable fue la veneración que tributó a las santas imágenes y reliquias de los Santos. Hizo pintar una multitud de cuadros para colocarlos en la iglesia, la sacristía, el refectorio, los corredores del convento. No contento con esto consiguió que le regalaran muchas imágenes, personas que les tributaban poca devoción.

En el desastroso incendio de 1847 que destruyó casi todas las imágenes, hizo recoger todos los restos carbonizados y colocados en cajones decentes fueron

depositados debajo de los altares donde no pudieran ser profanados.

La lectura preferente que hacía dar en el refectorio era la vida de los santos, para que los miembros de la Congregación oyendo sus hechos admirables, sintieran deseo de imitarlos y acercarse más a Dios. (V. H. de la Congregación Aristides Gutiérrez págs. 90 y 91.)

5—En 1855 el famoso publicista Cordovez Moure visitó al P. de la Villota en su encierro de la Ermita. Oigamos cómo el célebre autor de "Reminicencias" describe dicha visita: "Seguimos, dice, nuestra excursión hasta llegar a la iglesia y monasterio fundados a expensas del venerable Padre Francisco Villota.

Conviene saber que al llegar a Pasto la noticia de que el Gobierno había sancionado la ley que suprimía los conventos menores, se aprovecharon de aquella circunstancia los revolucionarios de 1840 para sorprender al sacerdote sencillo y hacerle creer que el poder Ejecutivo estaba decidido a destruir la Religión Católica para sustituirla con la protestante: eso bastó para que imitando a San Pedro el Ermitaño, saliera a las calles y plazas de Pasto, montado a caballo, llevando un Crucifijo en alto y proclamara la guerra santa!"

(Con perdón del ilustre escritor: conocemos un documento de aquellos tiempos en que se ofrecía al protestantismo de Norte América fránquearle la República con tal que ayudara a la revolución.)

"Pronto salió del engaño —prosigue Cordovez— aquel santo sacerdote, quien para expiar tan funesto error se encerró durante su vida en uno de los oscuros y húmedos sótanos del edificio, de donde solo salía para celebrar la misa en la iglesia de Jesús del Río, que es la advocación bajo la cual se conoce, por que está edificada sobre un riachuelo que corre en esa parte de la ciudad; los clérigos que allí viven están

sujetos a las reglas de la Congregación de San Felipe Neri. (El P. Villota vivió en una celda oscura, porque mantenía cerrada la puerta, pero no en un sótano y esta celda que conocida hasta por los compañeros del que esto escribe.)

Previo respetuoso anuncio, se nos permitió llegar hasta el calabozo que servía de morada al Padre Villota; no pudimos sustraernos a las impresiones de asombro y veneración que nos causó la vista del anciano anacoreta: usaba toda la barba y los cabellos largos, blanco como la nieve. A pesar de la oscuridad del lugar, alcanzamos a distinguir sus expresivos ojos cuyas miradas dulces y serenas revelaban el ascetismo resignado y lleno de confianza; nos dirigió palabras de bondad, humildad y cortesanía; nos hizo presentes los peligros que corrían en el mundo los jóvenes bien parecidos, como éramos y nos conjuró a que, en todas nuestras acciones, tuviéramos presente a Dios que nos veía; y como la virtud se impone, no tuvimos empacho en recibir de rodillas la bendición con la cual nos despidió. Sin dificultad nos creerá el lector que salimos preocupados de aquel sitio sagrado....." ("Reminicencias" pág. 260.

6—Como todos los santos supo defenderse de las mujeres, cuando el venerable sacerdote tenía que tratar con ellas, hacíalo con bastante gravedad y modestia. Hubo una de éstas que oyendo decir que el Padre Villota tenía lindos los ojos, fue a la portería con el objeto de conocerlos, en ocasión que el Padre trataba con algunas personas. Este, cual si hubiese adivinado la curiosidad e intención de la mujer, levantó disimuladamente su bastón y le dió con él un golpe en la cabeza, quedando ella escarmentada y bien pagada de su antojo.

Bien cumplía el santo sacerdote con aquel consejo de San Jerónimo a Rústico; "Las mujeres os conozcan por el nombre, pero que no vean vuestro rostro".

La particular brillantez de los ojos del Reverendo Padre, tenía mucha semejanza a lo que se refie-

re de San Felipe, que por su virginal pureza conservó hasta la edad de ochenta años viva y brillante la mirada".

7—El sufrimiento es el crisol de las almas. Los santos casi siempre son probados por el sufrimiento; en sus mismas obras en beneficio del prójimo, encuentran incomprensiones, interpretaciones torcidas, hasta de los mismos que debían alentarlos. Tal aconteció al Padre Villota.

El Padre Aristides dice a este respecto: "El Padre Villota parecía haber nacido para conseguir los lauros en el bastísimo campo de su infatigable misión evangélica. Así lo demandaban sus heróicas virtudes, abnegación y patriotismo; así lo exigía su larga vida gastada únicamente en servicio de Dios y del prójimo; así lo reclamaba la gratitud de los favorecidos.

Por otra parte lo inocente de su vida y costumbres, el habérselo encontrado siempre austero y penitente hasta en su avanzada ancianidad; todo esto parecía darle derecho a verse libre de los tiros de la calumnia y la maledicencia. Sinembargo no fué así, porque el cielo había preparado el crisol donde debía purificarse, la corona de flores recogida en las faldas del Calvario, salpicada con la sangre del martirio y rociada con el llanto. La ingratitud de los hombres debía poner en sus manos por palma, la caña de la irrición y mansillar la túnica inconsútil de su honor y dignidad".

El demonio, como ya hemos insinuado, le proporcionó muchos sufrimientos. De los combates trabados con él fueron testigos muchos de los que tuvieron la suerte de vivir a su lado. Se le oía frecuentemente increpar duramente a Satanás por sus pretenciones de quererle reducir a sus sugestiones; algunos le vieron levantar el bastón y descargarlo contra el enemigo invisible y le oyeron invocar con angustia los nombres sagrados de Jesús, María y José, para derrotar a su enemigo. El demonio, como dijimos, llegó hasta atarlo fuertemente en un naranjo que había en el patio de

la casita en que habitaba.

Agreguemos a esta la persecución espiritual, las continuas sugestiones del Maligno y tendremos que reconocer que el santo Fundador pasaba por el mismo calvario que San Antonio Abad o San Clemente de Ancira.

Los hombres y hasta la naturaleza también le brindaron la copa amarga del sufrimiento. Considérese las innúmeras contradiciones que sufrió en la fundación del Oratorio, las inundaciones de su Ermita en los grandes inviernos, el incendio de su iglesia, cuando esta se hallaba aparejada con todos los paramentos para celebrar dignamente los divinos misterios; y considérese —frente a estos inconvenientes— su temple de alma, su serenidad para reconstruir lo destruido, su confianza en Dios para desvaratar las falsas interpretaciones, y entonces se comprenderá que el benemérito Fundador iba por el camino de los Santos.

Pero lo que más le hizo sufrir fue, sin duda, la malhadada "Guerra de los conventillos" Creemos que no hay calvario mayor que el que sufrimos cuando estando íntimamente persuadidos de la rectitud de nuestras obras e intenciones, haya quienes las interpreten al revez. Y si quien lo hace es un Superior, que debe comprenderlo, el dolor crece de punto.

El Padre Villota sufrió por él mismo, porque a semejanza de San Pedro de Alcántara y San Felipe, castigaba su cuerpo con la disciplina. Eran frecuentes sus maceraciones como lo atestiguan las personas que le acompañaban. De allí que su cuerpo estaba esqueletizado y encorvado y su rostro fuera apenas un saco de piel amarillenta y de huesos perfectamente delineados. En su cara no había de vivo más que los ojos y por ellos se asomaba toda su alma de verdadero asceta.

DONES SOBRENATURALES

8—Los dones sobrenaturales son la prueba más clara de que Dios está con sus santos. Del Padre Villota se cuentan inumerables, pero aquí vamos a refe-

rir aquellos que tienen más respaldo por haberlos presenciado muchos testigos o demasiado evidentes para ponerlos en duda.

a) En cierto día estaba el Padre Villota arrodillado en la iglesia orando, como de costumbre; de pronto se presentó D. Maximiliano Chaves, amigo del Padre y admirador de sus virtudes. El señor Chaves deseaba hacer una consulta de conciencia, pero temiendo ser inoportuno se detuvo a poca distancia. El Padre lo mira y le manda que se acerque. Ya junto al Padre no se atreve a formular la pregunta, entonces el Padre le dice: Velo éste! El amor propio te impide que hables. Lo que te atormenta es esto, no es verdad? (Aquí le dice el Padre lo que pensaba el señor Chaves y le resuelve la dificultad, por lo que éste sale satisfecho y cada vez más convencido de la gran santidad del venerable anciano.)

b) Otro día, mientras rezaba el oficio divino en coro con los Padres, al concluir dijo: "Mis Padres, cuando se reza el oficio se lo debe hacer con atención. Ese confesonario pónganlo donde quieran". Como los Padres se interrogaban mutuamente, a que se refería aquello del confesonario, uno de los Padres confesó: "Sin duda se refiere a mí: efectivamente, mientras rezábamos estuve pensando pedir permiso al Padre para colocar mi confesonario en otro lugar".

c) Refería D. Bonifacio Luna que su hermano D. José, siendo realista, militaba en los campos del rey, después de que Pasto estaba en poder de los republicanos. En Catambuco peleó contra Flórez y lo tomaron prisionero y lo llevaron a los cuarteles de Pasto. Don Manuel su padre, lleno de angustia se presentó al Convento para contarle el caso al Padre Villota; éste le desimpresionó y al despedirle le dió una medallita para que el preso se la pusiera en el pecho, diciéndole: "Dígale usted a José que después de ocultar la medalla, se levante disimuladamente y sin ningún temor se venga aquí al Convento".

Don Manuel, lleno de confianza, fue al cuartel,

después de muchos esfuerzos logró hablar con su hijo y manifestarle lo que ordenaba el Padre. Cuando hubo salido D. Manuel el preso se colocó la medalla y con la mayor naturalidad salió del cuartel pasando por delante de tres soldados que lo custodiaban y se encaminó al Convento de San Felipe. Una vez aquí el Padre Villota le ordenó que se pusiera la sotana y sirviera de hermano en el Convento. Así fue, D. Jose, desde ese momento —convertido en el Hermano José— siguió cumpliendo sus deberes, sin que nadie le reconociese, ni siquiera preguntase por él.

d) Un sobrino del Padre Villota que estaba estudiando para sacerdote, de pronto desistió y dejó los estudios; el Padre desaprobó el hecho afirmando que su sobrino debía ser sacerdote, y que no dejara los estudios. El sobrino después de poco se casó y tuvo dos hijos, pero muerta la esposa siguió los estudios eclesiásticos y se hizo sacerdote. Los hijos más tarde también fueron sacerdotes, uno de ellos el ilustre Jesuíta Eliseo Villota.

e) En cierta ocasión fueron a cobrar una deuda y el Padre Villota mandó al Hermano Salvador a traer dinero a la celda. El Padre guardaba el dinero en una totuma, pero el Hermano la encontró vacía y regresó a decir que no había dinero. El Padre se levantó y juntamente con el Hermano se dirigió a la celda y fue grande la admiración del Hermano cuando encontró la totuma llena de dinero, de modo que pagó la deuda y le sobró la mayor parte.

f) El Padre Aristides, refiriéndose á estos dones sobrenaturales de nuestro eximio Fundador dice lo siguiente: "Asegúrase que el Padre tenía el don de penetrar las cosas ocultas, como lo manifestó en más de una ocasión, con asombro de los Padres y ante testigos fidedignos.

Trajo un sujeto un poco de dinero para que le celebrasen algunas misas. El Padre delante de varias personas empezó a escoger el dinero y separarlo; hecha la operación devolvió al interesado algunas monedas para

que las cambiara, diciéndoles: "Estan son fruto de la venta de aguardiente, no las recibo". Admirado el individuo de aquel descubrimiento, que él solo sabía, confesó a los circunstantes la verdad de lo que había dicho el Padre.

g) También conocía la suerte que en la eternidad había cabido algunas personas, va como prueba lo siguiente: Cuando murió su confesor el virtuoso Padre Raimundo Fajardo, se afligió en extremo, pero ordenó que cuanto antes le hicieran las exequias y lo sepultaran. Cumplióse su orden, y entonces con semblante alegre y sereno dijo a los congregantes: "Vamos a dar gracias al Señor del Río, porque el alma de nuestro hermano Raimundo ya subió a la gloria de Dios".

h) Nacióle un hijo a su hermano D. Manuel de la Villota, casado con doña Mercedes Polo Santacruz. Le pusieron el nombre de Francisco por el cariño y la veneración que tenían al Padre. En sabiendo lo sucedido fue el Padre a la casa de su hermano a cumplimentar a su cuñada y bendecir al niño. Apenas llegó, fue directámente a la cuna donde dormía tranquilamente Francisquito; levantó las cortinillas que lo cubrían y lo bendijo diciendo: "Francisco te llamas, pero yo te destino pára que vayas al cielo". Bajó las cortinillas y se despidió de su cuñada.

No bien había salido el Padre de la casa cuando la señora fuese a ver al niño, considerando que había dormido lo suficiente. Más cuál no fue su angustia cuando le encontró en la última agonía! La madre lloraba a gritos y culpaba al Padre y se arrepentía de haberle dado aviso del nacimiento de su hijo.

Se refieren muchísimos hechos más que demuestran los dones sobrenaturales que Dios había concedido a su siervo, pero nos abstenemos de consignarlos por no estar respaldados por testigos fidedignos. Los que dejamos referidos fueron presenciados muchos por los Padres de la Congregación o por los íntimos del eximio Fundador, personas absolutamente veraces.

i) Hay en la plazuela de San Felipe una piedra plana de grandes proporciones que sirve de muro a casa, frente a la puerta de la iglesia, que cuenta la tradición que el Padre Villota la llevó allí, porque les estorbaba en las edificaciones, después de declararse impotentes más de cien personas.

j) Fl Padre Villota, según refieren muchas personas, ha hecho inumerables curaciones, como de cólicos violentos, con solo decir "Santo Padre Villota ayúdame"; de hernias, con solo ponerse alguna cosa usada por él, y así de otras. Para no abundar demasiado, queremos transcribir la siguiente carta sobre una curación.

"Rdo. Padre Samuel Delgado

Presente.

Reverendo Padre:

Como agradecimiento, hago público el milagro obtenido por intercesión del alma bendita del que fue Rdo. Padre Francisco de la Villota.

Hallándome gravemente enfermo con una hernia, que ya estuve para hacerme operar, comencé hacer una novena y el tercer día de haberla comenzado fue el último de mis dolencias. Este fue el día 6 de junio pasado, y hasta la presente fecha me encuentro completamente sano de dicha enfermedad. Testimonio de esto pueden dar los doctores Julio Moncayo y Segundo N. Recalde quienes me iban a operar. Como, lo repito, desde aquella fecha se ha introducido la hernia y no me ha quedado señal alguna.

Como un sagrado deber, le suplico a Vuestra Reverencia publicar este milagro, y doy infinitas gracias al Santísimo Corazón de Jesús, que por intercesión de su Siervo, me encuentro sano.

Cuan dulce y eficaz es poner la fe y la confian za en el Señor y en María Santísima.

Pasto, noviembre 13 de 1941

Gonzalo Bucheli Figueroa."

Como este hay muchos hechos que son verdaderos milagros. Sinembargo no ponemos otros, porque nuestros mayores se han descuidado de consignarlos siquiera sea en una carta o documento, con firma responsable.

CAPITULO 3º.

Ultima enfermedad y muerte edificante

Su agotamiento acelerado, el supremo instante—La autopsia del cadáver—Honras solemnes—Los ecos de la prensa—Decreto de honores del H. Cabildo.

1—El padre Aristides pinta así el agotamiento y la muerte del eximio Fundador del Oratorio de San Felipe: "Tiempo ha que se sentía escaso de fuerzas vitales, porque se las había arrebatado, no tanto la edad que no era muy avanzada, cuanto la penitencia que había sido continua y rigurosa. Vivía de milagro, porque su extenuado cuerpo no recibía ningún alivio ni en el alimento, ni en el abrigo; menos en el sueño y descanso. El hombre antiguo, en el lenguaje ascético, mejor dicho la carne, ya se había acabado y sólo vivía, el hombre nuevo, según el espíritu de Cristo Crucificado.

No por eso dejó de celebrar el santo Sacrificio de la Misa, de asistir a los actos de Comunidad, al tribunal de la penitencia y a otras necesidades de los prójimos, hasta la víspera de morir. Heroísmo sublime, propio de un Felipe Neri ¡Felices los que logran la gloria de acabar sus días al pie del cañón, como los buenos soldados, o al pie de la cruz, como los buenos sacerdotes, tremolando el pendón de Jesucristo!....

El 19 de julio de 1864, en acabando de celebrar con bastante dificultad, cuando se disponía a dar

gracias fue llamado por algunos penitentes al confesonario. Dirigióse a aquel lugar, no sin exalar algunos quejidos involuntarios por el dolor que sentía. Despachó a los penitentes y en tratando de irse a la celda, cayó desfallecido. Levantáronlo en brazos y así lo condujeron a su celda, en donde por obediencia de su confesor, se resignó a acostarse en la mísera tarima que tenía, desprovista de colchón y hasta de mantas.

La enfermedad tomaba creces y anunciba una muerte próxima. Los Padres afligidos sobre manera, acudieron a prestarle algunos socorros; vinieron los médicos, quienes declararon que la ciencia ya era inútil. Entonces ya no se pensó sino únicamente en habilitar a aquel justo para la partida hacia la eternidad. Diéronle el Santo Viático y la Extremaunción, que recibió con extraordinario fervor y alegría, renovando su espíritu y esforzando la voz....Pidió en seguida una cera encendida que le recordaba la lámpara de las vírgenes prudentes y bien provisto de aceite y de luz se dispuso a entrar en las bodas del Esposo.

Siguió la agonía, que no fue muy prolongada, ni penosa, sino dulce, como la de aquel que tiene la absoluta seguridad de caer en los brazos del Amado. Rodeábanle sus hijos entre sollozos y suspiros, invocando los dulces nombres de Jesús, María y José e invitando a los ángeles, sántos y bienaventurados para que salieran al encuentro de su querido Padre (1)

Expiró tierna y tranquilamente en el regazo del Señor a la una de la mañana del 20 de julio, día miércoles, en el cual Colombia se disponía a celebrar el aniversario de su emancipación. Murió a la edad de 74 años 6 meses 19 días.

Las campanas del templo de Jesús del Río clamorearon tristemente anunciando la muerte del venerable Fundador. La población alarmada, cual si le hubiera acontecido una desgracia personal, acudió

---

(1) En la recomendación del alma al ayudarlo a bien morir.

dando gemidos a la plazuela de Jesús: trató de invadir el templo, penetrar en el convento para mirar de cerca el cadáver y llevarse si fuera posible algún objeto como sagrada reliquia.

Tomóse por entonces la precaución de cerrar las puertas y poner guardias en ellas, mientras los médicos hacían la autopsia, embalsamaban el cadáver y lo arreglaban de modo conveniente.

2—El señor Jefe Municipal, puesto de acuerdo con el Rdo. Padre Prepósito y demás Padres graves de la Comunidad, resolvieron hacer la autopsia al cadáver del ilustre desaparecido, para lo cual este mismo empleado nombró a los profesores Manuel Francisco Eraso y Pedro Celestino Viteri para que la practicaran, como entendidos de la materia. Para integrar la comisión también fue nombrado D. Maximiliano Chaves, entendido en medicina y jurisconsulto sobresaliente.

Instalados en la capilla del convento, cerradas todas las puertas que podían dar acceso a los curiosos y devotos, procedieron al cumplimiento de su cometido; acto que duró por dos horas, hasta que abrieron el cadáver y se dieron cuenta científica de las causas que habían ocasionado la muerte.

Cada uno de los miembros de la comisión rindió su informe ante las autoridades del Municipio; informes que publicamos a continuación:

Don Manuel Eraso dijo:

"En la autopsia practicada el 20 de los corrientes en el venerable cadáver del Presbítero Dr. Francisco de la Villota, con el objeto de embalsamarlo para conservar incorruptibles las reliquias hice las siguientes observaciones:

El cuerpo en lo general presentaba completa flacidez y consunción de toda su sustancia; en la parte anterior de la región toráxica noté la piel muy lívida, cárdena, con señales de depresión como causa-

da por cuerpo extraño que había comprimido fuertemente dicha región; examinado uno de los brazos se exibían en su tercio inferior vestigios de una ligadura circular algo forzada. Procediendo a la disección de la mensionada región y de la abdominal, para desentrañar los órganos y víceras, que debían embalsamarse por separado, me ocupé de una manera prolija en poner a descubierto el órgano más importante de la vida animal, el corazón, del cual, cuando el señor Richerand de su Fisiología hizo la descripción de las funciones que aquel desempeña en la circulación de la sangre, dijo era *primum vivens et ultimun moriens;* órgano en mi concepto después de quince horas que habían trascurrido desde la que dejó de existir el santo sácerdote, hasta las cuatro de la tarde en que se dió principio a la indicada disección, habíase hallado aun lleno de vida órganica como se dejaba ver por su magnitud considerable y el color de rosa alejandría de su perenquina, conteniendo en sus ventrículos los restos de una sangre cuya coloración era de púrpura. Los pulmones y el hígado se hallaban atrofiados, indicando que sus funciones habían sido desempeñadas con irregularidad por falta de actividad vital, y la vejiguilla de la hiel estaba casi llena de un bilis de color verde oscuro; el bazo, órgano de la sanguificación según algunos autores, lo conservé trayéndolo a mi casa veinticuátro horas después de la disección cadavérica y dos días después de esta lo abrí, y examinando su contextura, salía abundante sangre de color de amapola en la que empapé una porción de algodón para dejarlo enjuto y a continuación lo embalsamé para repartirlo á varias personas que me pidieron por reliquia; el estómago e intestinos no contenían sino muy pocas materias fecales que revelaban la abstinencia de alimento que algunos días antes de la muerte tomar pudiera nuestro sufrido penitente, reemplazando si a la vacuidad de los intestinos, la acumulación de gases de muy poco factor. Ultimamente descubrí el órgano que a mi recto y sano juicio causó la muerte al doctor Villota: el riñón izquierdo, el que en su estado patológico, le desarrolló la enfermedad llamada nefritis; con efecto, presentaba cinco pústulas de diámetro de media pulgada cada una,

llenas de cerosidad purulenta e implantadas en su faz izquierda, exfacelando la gangrena a dicho órgano el que en conjunto de otras mortificaciones, tanto físicas como morales combatieron su enervada constitución, hasta hacerlo rendir su vida en la noche del día martes para amanecer 20 del mes y año en curso.

Pasto, 22 de julio de 1864.

Manuel F. Eraso

El señor Pedro Celestino Viteri dijo:

"El 20 del presente mes, a las cuatro de la tarde tuvo lugar la autopsia del cadáver del Rdo. Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri, Presbítero Francisco de la Villota a presencia del señor Jefe Municipal y de varias personas respetables.

Halláse el cadáver en el recinto de una pequeña capilla, colocado sobre una mesa de madera y vestido con sencillez, su actitud aunque humilde infundía veneración y respeto; su rostro sereno manifestaba tranquilidad y sus párpados cerrados ocultaba la brillantez de sus ojos, cuyas pupilas conservaban toda su trasparencia. Las sombras que naturalmente traza la edad sobre las facciones, habían desaparecido y su aspecto no correspondía a los setenta y más años de su existencia: todo su conjunto en fin, daba a conocer aquella paz interior propia de las almas justas, para quienes la muerte no es más que el principio de su felicidad.

Abierta la cabidad abdominal fueron extraídas las víceras contenidas en esta región, cuyo examen dió los siguientes resultados: el corazón perfectamente sano, contenía un poco de sangre negra en sus cavidades izquierdas, y después de separado se le preparó convenientemente para colocarlo en un frasco herméticamente cerrado. Los pulmones distendidos daban señales de congestión, el hígado parecía haber sido el asiento de una marcada irritación hacia su cara convexa, y los riñones aumentados de volumen y conges-

tionados e injurgitados de sangre contenían en su sustancia pequeños quistes de paredes cerosas, llenos de un líquido transparente sin color. Los demás órganos nada ofrecían de particular y fueron depositados con las precausiones necesarias en un frasco de mayor capacidad.

Vacías ya las cavidades esplánicas, se procedió cuidadosamente a embalsamar el cadáver y terminado este acto se le revistió de las insignias sacerdotales para conducirlo al templo, donde un gran concurso le aguardaba para tributarle los homenajes de la más pura gratitud; se oyó resonar entonces un grito universal de dolor, testimonio el más auténtico de las relevantes prendas del que acababá de fallecer. Las lentas enfermedades y su continua indisposición convirtieron la mayor parte de su vida en una larga agonía, sin alterar los impulsos de su natural piedad, ni impedir el estricto cumplimiento de sus complicádos deberes.

El teatro en que representó su papel este hombre de bien fue oscuro y extrecho, pero el actor era sublime. Los Sócrates, los Aristides, los Epaminondas cuya virtud llenó de aplausos los antiguos días hubieran cedido la palma a este justo, que fue consuelo de la desgracia y amigo de la humanidad.

Pasto, julio 27 de 1864

Pedro Celestino Viteri

D. Maximiliano Chaves dijo:

"El señor Jefe del municipio me comisionó para coadyuvar a la disección anatómica del cadáver del Presbítero doctor Francisco de la Villota; después de tributar a tan digno empleado mi profunda gratitud por haberme proporcionado la satisfacción de cooperar a la conservación de las reliquias del hombre más virtuoso que ha tenido el país y que falleció a los 74 años 6 meses 19 días, paso a manifestar mis observaciones:

Asociado a los profesores doctores D. Manuel Francisco Eraso y D. Pedro Celestino Viteri, verificamos la autopsia, consultando la relación patológica con las funciones fisiológicas: nuestra atención se ocupó seriamente de los órganos locomotivos que se hallaban perféctamente arreglados, lo mismo que los miembros toráxicos y abdominales; pero la aponeurosis del sistema muscular estaba destruido y en su última expresión de existencia anatómica; los de la región facial, toráxica, lumbar etc. etc. etc. igualmente que los de la región cervical, que manifestaban el continuo martirio que había sufrido para su destrucción, pues la apófisis y vértebras dorsales se hallaban pronunciadas como los cartílagos En los extremos superiores, el triceps, el ancona, el cubital los flecsores, supenador etc. denotaban haber perdido su acción por haber mortificado un cuerpo extraño esa región.

Exáminada la región explanológica, los intestinos se hallaban límpios de toda materia fecal y el nefroy había perdido su figura esferoidal y tanto en la escotadura como en el borde convexo se hallaban las cápsulas repletas de un líquido claro en vez del amarillento; dichas cápsulas se hallaban también en los lóbulos.

Los facultativos opinamos que había dejado de funcionar este órgano en la acción sacretaria urinaria, lo que le había causado la muerte.

En el sistema angeológico, el corazón me pareció arreglado para la respiración, sin que la pleura ni el pericardio hayan tenido lesión, ni menos las aurículas y ventrículos: esta vícera, agente principal de la circulación, se hallaba en estado natural.

Pasto, 25 de julio de 1864

Maximiliano Chaves

3—El cadáver, una vez embalsamado por los facultativos, fue llevado a nuestro templo, donde per maneció toda la noche y gran parte del otro día,

recibiendo la veneración de todas las clases sociales. Para evitar que lo despedazaran y se llevaran los vestidos, como reliquias, el Jefe Municipal ordenó custodiarlo, pues ya le habían cortado parte de la oreja.

A petición de las autoridades eclesiásticas, del Clero, de las autoridades civiles y del pueblo las exequias se celebraron en la catedral, donde fue trasladado el cadáver en la tarde del 21. De todas las iglesias se disputaban el honor de hacerle las exequias, pero no siendo posible, le celebraron vigilias solemnes.

En la mañana del 22, el ilustrísimo Señor Vicario, todas las Comunidades religiosas, el Clero y todo el pueblo que pudo contener la iglesia acompañaron a nuestra Comunidad en las honras solemnísimas que se celebraron. Al terminar, a eso de las once, el Rdo. Padre Manuel María de Guzmán subió al púlpito y pronunció una emocionadísima oración fúnebre que arrancó lágrimas y sollozos de todos los asistentes.

(Desgraciadamente esta pieza magnífica que debiera figurar en este lugar fue improvisada y de ella no existen sino las noticias de la prensa).

La vuelta del cádáver a su casa e iglesia, donde debía dormir el sueño de la loza, revistió los mismos carácteres de grandiosidad. Las gentes acudieron en tropel, sin dejar un solo instante sus lamentaciones por la eterna separación del que había sido en vida su Maestro y verdadero conductor.

La prensa gimió de dolor. Se escribieron las más bellas apologías de lá austeridad de su vida; de su mansedumbre para perdonar a sus gratuitos enemigos; de su celo por la salvación de las almas. Los poetas también pulsaron su lira para cantar las virtudes del santo, en inspiradas elegías.

Del periódico "El Guáitara": tomamos los siguientes apartes:

"Era el 19 de julio de 1864, víspera del aniversario magno para los hijos de Colombia, el crepúsculo estaba tan en consonancia con la alegría de nuestros corazones que de común acuerdo y como tocados por un conductor eléctrico concebimos la grata emoción que creíamos se nos preparába para veinticuatro horas después. Escrito estaba ya el programa de las diversiones en que pensábamos solazarnos; pero deseosos de dar una agradable sorpresa a la ciudad lo habíamos aumentado y la aparición del veinte ocurrió cuando recapitulábamos lo que se debía hacer.

Nos comenzaba a calentar el sol, pero qué sol! El sol de la libertad que tan esplendente es en nuestro suelo, tan distante de los círculos polares como de los tronos de los tiranos. A ese fulgor creímos ver conmoverse los manes de Bolívar, Santander, Nariño, Ricaurte, Girardot y mil próceres más a quienes en señal de agradecimiento, pensábamos hacer en nuestros discursos laudatorios, a que por tantos títulos se hicieron acreedores y cuyas cenizas se animaron siempre con el calor de nuestra gratitud. Pero....Cuán falaces son las ilusiones de los hombres! Demasiado conoció esto Dumas cuando dijo: "La vida es una parada en la antesala de la muerte" Quién ni por un momento iba a imaginarse que tan risueñas esperanzas fueran precursoras de un tan inesperado luto!

El Presbítero Francisco de la Villota, Prepósito de los Padres Congregados en la Casa de San Felipe Neri: el hombre modelo de la virtud: el sostén de la moral del país; el verdadero apóstol del Evangelio.. ha muerto! Y este acontecimiento, considerado a la altura de su magnitud, ofrece una irreparable pérdida para la nación.

El Jefe Municipal excita a los habitantes de esta ciudad a llevar, de por vida, si posible fuere, el luto en el corazón y a las puertas, ventanas y balcones de su casa, por lo menos mientras tan respetable cadáver se halle insepulto.

Las bellísimas flores que un momento adornaban ventanas y balcones de la población fueron cu-

biertas con crespones funerarios, ramas de ciprés, sauce y mirto. Acompañamos en el sollozo general al desordenado grupo que al templo de Jesús se dirigía; llegamos a él dando rienda suelta al grito de la naturaleza. Parecíamos oir por todas partes: "Llora, rasga tus vestiduras, cubre tu cabeza con ceniza y sucumbe bajo el peso de tu dolor".

Mientras el lúgubre plañido de las campanas pregonaba la pérdida que el Catolicismo había hecho, mientras la multitud se atropellaba buscando entrada al local donde se embalsamaba el cadáver; mientras el enlutado templo se llenaba con los fúnebres canticos conque la Iglesia ruega a la Divinidad por los difuntos: "Llora, rasga tus vestiduras, cubre de ceniza tu cabeza y sucumbe bajo el peso de tu dolor" gritaban todos los corazones....

Cuando el féretro que tan preciosas relíquias contenía era trasportado en hombros de los sacerdotes a la catedral, donde le estaba preparando un suntuoso catafalco, iluminado con quinientos cirios y lámparas de gas; cuando cada una de las horas de la noche que pasó en tan augusto recinto, cantándosele vigilias por todo el Clero, acompañadas de la mejor música del país; cuando cubiertos los altares como los ministros de ellos, desde las cuatro de la mañana, se ofrecían al Eterno Padre las Hostias pácificas; cuando al concluir la solemne misa, a las once del día, se dejó oir de la cátedra de la verdad el *Orador Sagrado del Sur* (1) haciendo el justo encomio de las elevadas virtudes del difunto; cuando ese orador, tocando con su elocuencia la sensibilidad del auditorio, le hizo prorrumpir en descompasados gritos de dolor que se repetían por las bóvedas del templo....entonces...." Llora, rasga tus vertiduras, cubre tu cabeza con ceniza y sucumbe bajo el peso de tu dolor" porque su noble corazón ya no palpita, porque están apagados sus ojos centellantes, cellados sus labios de oráculo.

Terminadas las exequias con la solemnidad relacionada volvió el fúnebre convoy al templo de

(1) El Padre Guzmán

Jesús, que el eminente Prepósito fundó en su adolecencia. Lo dejamos entregado a sus hijos a quienes tan esmeradamente educó en la escuela del Cristianismo, y ellos redoblando aún sus oraciones, le dieron sepulcro, como también al corazón embalsamado. Estando presente el señor Jefe Municipal promotor de las exequias en la catedral, en representación del Municipio, y todo el pueblo de riguroso duelo".

"No hay desventura que deje abierta una puerta a la esperanza "Cuál era la nuestra? La vista del tétrico semblante de todos los habitantes de la ciudad, que nos demuestra su luto, no es el vestido amarillo que se estila en algunas cortes del Asia; no el pardo, de los persas; no el ceniciento, de las tribus árabes; no el azul, de los turcos; ni el blanco, de los chinos. Es.... "de por vida" el corazón!"

4—El Concejo Municipal dictó el siguiente Decreto de honores:

El pueblo de Pasto y en su nombre la Corporación Municipal.

CONSIDERANDO:

Que la vida del Presbítero Dr. Francisco de la Villota y Barrera fue una dilatada serie de acciones de las más acendradas virtudes, puesto que no la empleó en otra cosa que en enseñar al pueblo lo sublime de la Biblia, en la Cátedra del Espíritu Santo; que dió consuelo al afligido, alimento al mendigo, resignación al enfermo; en suma que fue el mejor evangelizador.

ACUERDA:

Artículo 1°– Deplora profundamente la irreparable pérdida de uno de sus más preclaros sacerdotes que dejó de existir el 20 que rige, Doctor Francisco de la Villota, legando al país sus eminentes virtudes y un tierno recuerdo en el Oratorio de San Felipe Neri, del cual fue Fundador y Prepósito y en conse-

cuencia le tributa enorgullecida un rendido homenaje, registrando en sus anales el nombre de tan esclarecido Ministro del Santuario.

Artículo 2º–Su retrato será colocado en la sala donde tiene sus sesiones esta municipalidad, con la siguiente inscripción: "La municipalidad de Pasto dedica este homenaje de gratitud al virtuoso, cuanto ejemplar Presbítero Dr. Francisco de la Villota, Fundador y digno Prepósito del Oratorio de San Felipe Neri. 30 de julio de 1964".

Artículo 3º–La cantidad que se necesita para el objeto de que habla el artículo anterior, el Jefe Municipal la tendrá como presupuesto en el departamento de gastos generales·

Dado en Pasto a 30 de julio de 1864

El presidente, Pedro Marcos de la Rosa

El Secretario, Maximiliano Chaves".



Queremos dejar constancia de nuestra gratitud eterna a los Cabildantes de 1864 y parangonar su proceder noble, hidalgo y comprensivo hacia los hijos epónimos de la tierra, con el proceder de los Cabildantes de 1930 que *tiraron ese mismo retrato* a un desván, de donde fue rescatado por sus hijos.

(Sinembargo no nos extraña ese proceder, porque las mismos *Cabildantes votaron al mismo desván* la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús!!!.)

El retrato en referencia está pintado al óleo —por Serafín Bucheli— y representa fielmente al fundador del Oratorio, con todas sus características físicas y morales. Actualmente la Comunidad lo conserva, con especial veneración, en el refectorio de la Casa de Ejercicios.

CAPITULO 4º.

Declaraciones sobre las virtudes del P. Villota

Declaración del H. Salvador Cerón—.Declaración de D. Valerio Soberón, compañero del Padre Villota, hasta la muerte.

1—La declaración del Hermano Salvador Cerón es copia fiel de la original que se encuentra en el archivo de la Curia Diocesana y es del tenor siguiente:

Los infrascritos Notario y Secretario de la Vicaría General y Secretaría Episcopal, compulsan la copia que se ordena en el acto del Ilustrísimo Señor Obispo Diocesano de fecha 17 que cursa, (Octubre 1876.) la que, con sus antecedentes, es como sigue:

Ilustrísimo Señor Obispo Diocesano:

El propósito de la Congregación de Nuestro Padre Jesús del Río, de esta ciudad, ante Su Señoría Ilustrísima humilde y respetuosamente dice: que hallándose grávemente enfermo el Hermano lego Salvador Cerón, de esta Congregación, de edad muy avanzada y en peligro de morir, suplica a Su Señoría Ilustrísima se digne mandar se le tome declaración sobre todo lo que sepa y leconste acerca de la vida y ejercicios de virtudes de nuestro Padre Fundador, Presbítero Francisco de la Villota, que falleció el año de 1864, en olor de santidad, según voz pública; in-

ter tanto es posible crear el respectivo proceso de *fama sanctitatis* a mayor gloria de Dios y honra de la memoria de nuestro Padre Fundador.

De Su Señoría Ilustrísima espera se sirva decretar favorablemete y ordenar se dé a esta Congregación copia de dicha declaración para los fines convenientes.

Pasto, 15 de octubre de 1876.

Ramón María Jurado.

Diócesis de Pasto - Gobierno Eclesiástico

Pasto, 17 de octubre de 1876.

Como se pide: Comisionamos a nuestro Vicario General, para que en nuestro nombre y con todas las facultades necesarias, al efecto, reciba del Hermano Salvador Cerón la declaración que pide el Prepósito de San Felipe Neri, Presbítero Señor Ramón María Jurado, en la solicitud que antecede y con relación a la vida y virtudes del Fundador de la Congregación de San Felipe Neri de esta ciudad, Presbítero Señor Francisco de la Villota. Nuestro Vicario se acompañará del Notario Eclesiástico, de nuestro Secretario Eclesiático y dos sacerdotes de la misma Congregación y devolverá el original adjunto a esta solicitud y Resolución, a fin de que repose en nuestro Despacho, para los fines consiguientes, después de dejar una copia reservada en el archivo de la Congregación.

Esta solicitud y nuestra Resolución se leerán al al declarante, antes de tomarle la información jurada, teniendo en cuenta que este en su completo y cabal juicio y en la plenitud de su razón.

+ Manuel Canuto Restrepo,
Obispo de Pasto.

Pedro E. Mesías,
Secretario.

Vicaría General de la Diócesis

Pasto, octubre 18 de 1876.

Recibida: Cúmplase en todas sus partes con lo resuelto por el Ilustrísimo Señor Obispo Diocesano, en el Decreto que antecede y al efecto se señala el día 20 del presente mes, a las 10 de la mañana para practicar la diligencia que se solicita por el Reverendo Padre Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri, para lo que se citará al Señor Promotor Fiscal y se nombra testigos asistentes a los Presbíteros Gabriel María Rojas y Francisco Santacruz, miembros de la predicha Congregación.

Hágase saber,

Moncayo

Vergara,
Secretario, Notario.

En diez y ocho de octubre del corriente año, cité con el auto anterior al Promotor Fiscal Presbítero José María Zambrano, y firma, de que doy fe,

Zambrano

Vergara,
Secretario, Notario.

En veinte de octubre del corriente año y siendo las once del día notifiqué los autos anteriores del Ilustrísimo Señor Obispo Diocesano y de la Vicaría al Reverendo Padre Prepósito de San Felipe Neri, Señor Presbítero Ramón María Jurado, y firma, de lo que doy fe,

Vergara,
Secretario, Notario.

Jurado,
Prepósito.

En veinte de octubre del corriente año y siendo las once del día notifiqué los autos anteriores a los Señores Presbíteros Gabriel María Rojas y Francisco Santacruz, y firman, de lo que doy fe,

Vergara,
Secretario, Notario.

Rojas – Santacruz,
Oratorianos.

En la ciudad de Pasto a veinte de octubre de 1876 el Señor Vicario de la Diócesis doctor Francisco de Paula Moncayo asociado del Promotor Fiscal, Secretario Episcopal, Notario, Srio. Eclesiástico y de los Señores Presbíteros Gabriel María Rojas y Francisco Santacruz, pasó al Convento de la Congregación de San Felipe Neri, con el objeto de recibir la declaración jurada del Hermano lego Salvador Cerón, que se halla en cama gravemente enfermo, y al efecto le recibió juramento que lo hizo por Dios Nuestro Señor y una señal de cruz; bajo el cúal prometió decir verdad de lo que supiera y fuera preguntado, y siendo con arreglo a la solicitud anterior del Reverendo Padre Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri y autos del Ilustrísimo Señor Obispo Diocesano y de la Vicaría General de fecha 17 y 18 del presente mes que se leyeron, en su inteligencia dijo:

Preguntado por su nombre, edad, vecindad y del tiempo que entró en la Congregación de San Felipe Neri, contestó:

Que se llama Salvador Cerón, de edad poco más o menos, ochenta años, porque no recuerda, natural del pueblo de San Pablo, Viceparroquia de la Cruz, correspondiente a la Diócesis de Popayán y miembro de la expresada Congregación a la cual entró de Hermano lego desde el mes de julio de 1837.

Preguntado: que diga y le consta quién fue el fundador de la Congregación de San Felipe Neri de

esta ciudad y quien se hallaba de Prepósito en el año que el declarante entró como miembro de élla. Contestó:

Que el fundador de la Congregación fue el Padre Francisco de la Villota y que el mismo se hallaba de Prepósito en la citada época, cuando el declarante se incorporó en élla.

Preguntado: si antes de entrar en la Congregación y al tiempo que entró en élla el Presbítero Villota era ya tenido en la estimación pública como un sacerdote de ejemplares virtudes, contraído a su ministerio, al ejercicio de la oración y al retiro. Contestó:

Que es cierto el contenido de la pregunta, en todas sus partes.

Preguntado: si es cierto que el citado Señor Presbítero permaneció por veinte años poco más o menos retirado del comercio humano, sin salir de su convento, con excepción de una sola vez, que en compañía del declarante salió a visitar al Señor Don Francisco Zambrano que estaba enfermo y de allí pasó a visitar al Señor Presbítero Don Tomás de la Barrera, ya finado. Contestó:

Que era cierta la pregunta, en todas sus partes.

Preguntado en seguida sobre todo lo demás que le conste o haya oído referir de la vida o hechos notables del expresado Presbítero Villota. Contestó a las preguntas que le fueron haciendo:

1°—Que antes y después de entrar a la Congregación supo por ser pública voz y fama, y sin recordar por ahora a quienes oyó referir, que el expresado Señor Presbítero de la Villota en el terremoto del año 1834, que causó graves estragos a la ciudad, hizo manifestaciones muy claras de que sabía que iba a suceder este hecho; este anuncio lo hizo el día anterior a tan fatal acaecido, prediciendo que no tendrían lu-

gar las fiestas de corridas de toros que se preparaban para el día siguiente, y que oyó decir también que el citado Presbítero Señor Villota, personalmente con algunos materiales acuñó y aseguró la igamen del Señor del Río que consistía y estaba pintada al óleo en un paredón colocado en el camarín del altar principal de la iglesia y que la precitada imagen ni el paredón que la contenía no sufrió lesión alguna a causa de tan formidable temblor acaecido el 20 de enero del precitado año; también oyó decir, que aún no habiendo concluido el temblor, con un Cristo en la mano y a caballo recorría las calles de lá población exortando al pueblo a penitencia, porque él era opuesto a la celebración de las referidas fiestas, y que cuando corría las calles, repetía, teniendo el Cristo en las manos; "Aquí va el toro".

2°— Que le consta que el vestuario talar que usaba era grosero y tosco; de telas comunes; que la ropa interior era de lienzo ordinario, sin que usase nunca telas finas; que su calzado era asi mismo de cabuya y género tosco.

3°— Que en la época en que vivió con él, el declarante como encargado de la procura y del refectorio de la Casa de los Congregantes, observó que nunca tomaba agua natural.

4°— Que en sus alimentos era muy sencillo y muy parco en el comer; que el servicio que usaba para la comida era un plato de barro del país con una cuchara de madera tosca también fabricado en el país.

5°—Que su mortificación era continua, pero que el predicho Señor Presbítero era muy reservado, que juzgaba ayunaba todo el año: miércoles, viernes y sábado, y todos los días cuaresmales y además en los preceptuados por la Santa Madre-Iglesia.

6°—Que el lecho o cuja en que reposaba por la noche era sumamente pobre, desprovisto de colchón, almuhadas, sobrecamas etc.

7°—Que las limosnas que recibía para aplicar el Santo Sacrificio de la Misa las repartía a los poebres por conducto del declarante, que lo hacía en los días viernes en que se reunía una multitud de menesterosos a quienes se les daba en dinero, pan, siendo los únicos fondos que maneja el Presbítero de la Villota.

8°—Que como era tan desprendido de las cosas temporales de este mundo, no tenía ropa interior y por lo mismo no necesitaba de persona alguna que aseé o lave, pues la camisa se le cloncluía en el cuerpo.

9°—Que le consta que la oración mental en el predicho Sacerdote era constante y continuada, tanto de día como de noche y que oyó decir que en cierta ocación se había levantado en éxtasis.

10°—Que celebraba el divino Sacrificio todos los días hasta la víspera de la muerte, para cuya celebración se preparaba con algunas horas de oración, cele brando de las seis a las seis y media.

11°—Que la predicación de la divina palabra la ejerció constantemente, sólo él, antes de fundar la Congregación, y depués cuantas veces le era posible hacerlo y había necesidad; y siempre con mucho fervor, principalmente el Viernes Santos y los Ejercicios Espirituales que daba ya en los templos de la ciudad, ya en el templo de esta Congregación, dando y teniendo ejercicios eclesiásticos anualmente.

12°—Que usaba del sacramento de la penitencia con frecuencia, casi todos los días, con excepción de uno a otro día.

13°—Que el día del fallecimiento del Presbítero Francisco de la Villota hubo una concurrencia numerosa de toda clase de personas, sexo y condición, tanto de pobres como de ricos habitantes de esta ciudad que lamentaban la pérdida de tan virtuoso varón, que apenas podía contenerse la muchedumbre que deseaba venerar los restos del difunto y tomar una parte de

su vestido de uso, como lo hicieron algunas personas llevando señales del finado, como grato recuerdo.

14°--Que no le consta, porque eldolorde la y era pena le hizo retirarse a su celda pero que sí oyó decir voz pública, que no se retiró el grande concurso de gentes hasta tanto no dictara providencias para conseguirlo el Jefe Municipal en ese tiempo; que el declarante no presenció, pero sí oyó a muchas personas que los restos del aludido Señor Presbítero Villota los trasladaron con grandísimo aparato fúnebre y abundantes lágrimas de todo el pueblo de Pasto, el siguiente día del fallecimiento, con el objeto de celebrar honras fúnebres en el templo de la Catedral, cuya función fue asimismo muy concurrida y solemne; que de allí con la misma concurrencia y lágrimas lo condujeron a la bóveda que los Congregantes le habían preparado en el templo de Jesús.

15°--Que multitud de personas ponían cerca de la bóveda en que estaban depositados los restos, muchas ceras encendidas, hasta que los Padres de esta Congregación impidieron estos actos, como un abuso. Que no sabe más.

Que lo dicho es la verdad, en fe del juramento prestado, y leída que le fue su declaración, en ella se afirmó y ratificó; y como expresó no poder firmar por la enfermedad que adolece, aunque se encuentra en pleno uso de sus facultades intelectuales, lo hace un testigo con el Señor Vicario General, Promotor Fiscal, Secretario Episcopal y los dos testigos presenciales de la Congregación de San Felipe Neri; por ante mí el Notario Secretario, de que doy fe.

Francisco de Paula Moncayo.

Testigo, Juan Gregorio Pérez.

José María Zambrano, *Promotor Fical.*

Pedro E. Mesías, *Secretario Episcopal.*

Gabriel María Rojas, Francisco Santacruz.

El Notario, Secretario, Lucas Vergara.
Pasto, noviembre 13 de 1876.

El Notario, Secretario, Lucas Vergara.

Pedro E. Mesías, *Secretario, Episcopal.*

2º— La declaración de Don Valerio Soberón es como sigue:

Señor Provisor y Vicario General de Pasto:
Los sacerdotes que suscribimos, miembros de la Congregación del Oratario de Nuestro Padre San Felipe Neri, de Jesús del Río, ante Usía, con todo el respeto debido exponemos:

Que hallándose gravemente enfermo el Señor Valerio Soberón, y desahuciado por el médico, después de haber recibido los últimos Sacramentos, ha mejorado, no obstante algo; y se trata de aprovechar esta calma para que nos deje su declaración, acerca de todo lo que sabe y le consta, de la vida y santas costumbres del finado Padre Francisco de la Villota, a quien acompañó y sirvió desde la fundación de la Congregación hasta su muerte: en los términos que lo hizo el Hermano Salvador Cerón, y con el fin instruir el proceso *fama sanctitatis* del Fundador de nuestro Instituto.

En tal virtud, suplicamos a Usía humildemente, y a nombre de nuestra Congregación, se digne mandar rendir la declaración jurada del Señor Valerio Soberón, comicionando un juez y secretario ad hoc, bien sea el Señor Cura de esta Parroquia o cualquier otro secerdote de fuera de la Congregación, que Usía estime conveniente.

Esperamos que Usía, animado de estos mismos deseos, resuelva favorable y prontamente nuestra solicitud.

Minda, 30 de septiembre de 1878.

Felipe Santiago López,

Ministro de la Congregación.

Francisco Santacruz,

Congregante.

El Provisor y Vicario de la Diócesis de Pasto.

Vista la anterior solicitud elevada a esta Vicaría por los sacerdotes Presbíteros Doctores Felipe Santiago López y Francisco Santacruz, miembros de la Congregación de San Felipe Neri, en la ciudad de Pasto, y estimado muy justa y loable su petición, accedemos a élla y al efecto comisionamos y autorizamos al Señor Cura de la Parroquia de Yacuanquer, Presbítero Primitivo Salazar, para que, trasladándose a la hacienda de Minda, acompañado de un secretario ad hoc, que nombrará y juramentará, reciba declaración juratoria al Señor Valerio Soberón de conformidad con el contenido del anterior memorial. Ordenamos al Señor Juez comisionado, proceda en ese delicado asunto, con las precausiones del caso y con inviolable reserva, tanto por su parte, como por la del Secretario que nombre, que debe ser de reconocida honradez y sanos principios religiosos.

Practicada que sea, a continuación, dicha diligencia se devolverá todo el original a los interesados para que se conserve cuidadosamente en el Oratorio de la expresada Congregación, debiendo remitir a nuestro Despacho, y con seguridad, una copia auténtica de lo obrado.

Tulcán, octubre 15 de 1878.

José María Zambrano.

Rufino Santacruz.

Ministerio Parroquial

Yacuanquer, noviembre de 1878.

Recibido en esta fecha, cúmplace lo ordenado por el Señor Provisor y Vicario General en la resolución que antecede, y para la práctica de estas diligencias se nombra de Secretario ad hoc al Señor Pedro José Insuasti, quien estando presente, prestó el juramento legal, que lo hizo por Dios Nuestro Señor y una señal de Cruz, bajo la cual ofreció desempeñar fiel y legalmente el destino para que ha sido nombrado, en prueba de lo cual firma conmigo,

Primitivo Salazar.

Pedro José Insuasti, *Secretario ad hoc.*

En la hacienda de Minda, jurisdicción de la Parroquia de Yacuanquer, a los once del mes de noviembre del año del Señor, de mil ochocientos setenta y ocho, el Señor Cura Párroco, como Juez comosionado, se trasladó a la casa donde habitaba el Señor Valerio Soberón, con el objeto de llenar cumplidamente con lo ordenado por el Señor Provisor y Vicario General de esta Diócesis, y al efecto; después que se instruyó en el deber que tiene de decir verdad como católico romano, se le tomó juramento que lo hizo por Dios Nuestro Señor y una señal de Cruz, bajo la cual prometió decir verdad en todo lo que supiere y fuera preguntado; y poniéndole de manifiesto la solicitud y resolución que antecede se le interrogó para que diga:

1º—Su nombre, edad, estado, oficio, religión y vecindad, contestó:

Se llamaba Valerio Soberón, mayor de setenta años, viudo, agricultor, católico, apostólicó romano y vecino de Pasto.

2º—Diga si conoció al Reverendo Padre Doctor Francisco de la Villota, y desde que tiempo; si desde que era secular o sacerdote? Contestó:

Qué si conoció al Reverendo Padre Villota, cuando fue ya sacerdote y que le acompañó y sirvió desde que él declarante tenía catorce años de edad, hasta el año de 1864 en que murió dicho Padre.

3º—Diga si le consta o supo, que el Reverendo Padre Doctor Francisco de la Villota, fue el Fundador de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri de Jesús del Río de Pasto y que circunstancias especiales observó en su fundación, que hagan recomendable la conducta del expresado Padre como también las que precedieron en su modo de obrar antes de establecerse el Instituto? Contestó:

Que le consta todo el contenido de la pregunta; esto es que el Reverendo Padre después que regresó de Lima de recibir las órdenes sagradas principió su carrera sacerdotal separándose absolutamente del mundo y de su familia; y que para el efecto edificó una Ermita contigua a la capilla del Río; para vivir en completo retiro; que incontinenti, procedió a reformar la enunciada capilla del Señor del Río, dándole extensión y adorno; que después de concluída esta edificó la antigüa Casa de Ejercicios Espirituales, después de obtenida la respectiva licencia del Cabildo de la ciudad de Pasto; en cuya casa practicaba su misión apostólica, haciendo presente a los fieles que la ira de Dios estaba justamente irritada y que era necesario aplacarla por medio de la reforma de costumbres y haciendo uso del sacramento de la penitencia, complaciéndose al ver que su voz hizo eco en el corazón de sus oyentes por los admirables frutos que sacaba y que desde ese entonces se acostumbró la frecuencia de sacramentos, la predicación de la palabra divina y la asistencia de los enfermos, no menos que las distribuciones y rezos en la capilla de Jesús, los hacía dicho Padre él solo, con mucho fervor y constancia especialmente en el tiempo de la cuáresma. Que todo lo referido lo sabe el declarante por haberlo oído referir a un sacerdote muy virtuoso a quien le constaba, y por ser pública voz y fama desde aquel tiempo, que desde entonces manifestaba dicho Padre en sus sermones y pláticas mucho conocimiento de las *Santas Escrituras;* que le

consta que él fue el Fundador de la Congregación de San Felipe Neri de Pasto, que para esto edificó antes un pequeño convento con celdas muy estrechas; que quiso establecer el Instituto de San Cayetano Teatino o el de San Camilo de Lelis; pero que el Ilustrísimo Señor Lasso de la Vega, Obispo de Quito, a cuya jurisdicción pertenecía Pasto, mandó que se estableciera el de San Felipe Neri, que el mismo Ilustrísimo Señor Lasso, instaló la Congregación con Misa pontifical, y le dió al Padre Villota, por socios ocho alumnos o novicios, los unos ordenados *in sacris* y los otros de menores órdenes, con los que dió principio a la observancia de la regla de San Felipe Neri; que dicho Padre puso por congrua sustentación para su Comunidad los pocos bienes que heredó de sus padres y los que él había adquirido y a estos se agregaron cinco mil pesos de donación que hizo el Ilustrísimo Señor Lasso, para el mismo efecto, los que después se perdieron en parte por circunstacias especiales que ocurrieron:

4º—Diga todo lo que sepa de la vida y costumbres del expresado Padre Villota, desde niño hasta que fue sacerdote.

Contestó que nada le consta; poro que oyó referir a personas fidedignas, a quienes les constaba, que el expresado Padre Villota, desde niño fué muy virtuoso y muy aplicado a los ejercicios espirituales que los hacía cada año para sí y para los demás, con notable fruto, fuera de los ordinarios de cada día que practicaba en su casa; que fue maestro de latinidad en Pasto, y que en cierta ocasión habiéndose retirado con sus alumnos al campo para instruirlos y corregirlos, notaron éstos, que, separándose de éllos se ocultó en una cuevá a orar delante de una imagen de Jesús, y como demorase mucho fueron a observarlo, y lo encontraron tendido en tierra, casi moribundo y arrojando espuma por la boca, que cuando volvió de este desmayo se le greguntó que le había sucedido, y contestó "que eso solo se sabría el día del juicio". Que también supo, que cuando venía de Lima dicho Padre, su familia se preparaba con buenos obsequios para reci-

birlo y para festejar su primera misa y que él huyendo de esta pompa mundana, los dejó burlados y se fue a una finca de campo para celebrar sin obstentación.

5°—Preguntado: si el expresado Padre Villota, siendo ya sacerdote, continuó en santas costumbres, antes de la fundación de la Congregación y después hasta su muerte con el ejercicio de su ministerio y en la dirección de la Congregación, tanto en privado como en público. Contestó:

Que le consta al declarante que tanto, antes como después de la fundación de la Congregación, el referido Padre no solo continuó en santas costumbres, sino que cada día nejoraba en el ejercicio de las virtudes privadas y públicas manifestando mucho celo por la salvación de las almas, en la corrección de las costumbres, y en la dirección del *Instituto*, manifestandose muy ejemplar en su obsevancia y muy celoso para con sus hijos sin que desmayara un punto en el ejercicio del confesonario hasta sus últimos días.

6°—Preguntado para que diga lo que sepa o le consta de las virtudes heróicas y hechos extraordinarios del mencionado Padre Villota. Contestó:

Que era muy austero en sus costumbres y muy reservado en sus penitencias; que ayunaba ordinariamente tres días de cada semana, que los ayunos de la cuaresma y los demás de obligación de todo el año, los observaba estrictamente; que su alimento era muy pobre y muy reducido y que muchas veces lo mesclaba con otras sustancias extrañas y desagradables para mortificarse; que usaba un servicio de barro para mortificarse; que maceraba el cuerpo con disciplinas todas las noches, que también se le encontraron señales, después de muerto, de haber usado cilicios; que su vestido era una sotana muy tosca, su calzado, unos alpargates negros y una especie de capilla que le cubría la cabeza, que durante el tiempo de veinte años no salió a la calle y solo moraba en su celda y en la iglesia; que durante este tiempo no tomó agua en la comida; pero si las de remedio, ni se le vió mudar el

vestido ni la ropa blanca interior, que se le caía a pedazos y que en todo este tiempo no usó de lavandera; que su oración era contínua, especialmente en el tiempo de jubileo del Señor del Río, y que no se separaba del presbiterio hasta que no se cubria Nuestro Amo; que en los primeros años de la Congregación hubo un fuerte terremoto en Pasto y al declarante le consta que desde la víspera de este suceso el expresado Padre se ocupó, en unión con el declarante, en apuntalar la Imagen del Señor del Río, y que el siguiente día, al tiempo del terremoto, salió a la plaza principal en unión de los otros Padres, con un Cristo en la mano, a predicar penitencia y a impedir las fiestas públicas, que iban a empezar ese día, diciendo: "Aquí teneis al primer toro". Pues el Padre se había opuesto mucho a que hicieran esas fiesta, anunciándoles que Dios iba a mandar un castigo del cielo, que no decía cual era, poque sólo quedaba oculto en su pecho. El declarante asistió al Padre Villota en su última enfermedad, en su muerte, sirviéndole en todo, y observó, que todavía confesó algunas gentes, hasta la víspera de morir y celebró también misa hasta la víspera, no obstante el malestar de su salud; que recibió los últimos sacramentos con grande fervor y devoción; que poco antes de morir, el mismo hizo presente que era necesaria la vela del bien morir, que espiró sin mayor fatiga, como si se hubiera dormido, que el mismo declarante lo amortajó, bajándole de una pequeña camita, donde se le hizo acostar antes, pues toda la enfermedad la había pasado en una silla; que los Padres mandaron que no se hiciera saber pronto su muerte, para tener lugar de preparar todo y celebrar con tranquilidad antes que el concurso de la gente les estorbara; que luego por el clamor de las campanas, se supo su muerte, concurrió grande multitud de gente de toda la ciudad y hasta de los barrios más rêmotos de élla a lamentar su muerte y encomendarse a él, como si fuera santo y a pedir reliquias de su cuerpo y vestidos, y como le arrancaran parte de la oreja para llevársela de reliquia el Señor -Jefe Muinicipal mandó poner guardia para evitar le despedazasen y quitasen sus vestidos; que de todas las iglesias de la ciudad pedían su cadáver para hacerle las honras

fúnebres, y que no habiendo conseguido, se le hicieron solamente los honores funerales en la Catedral, por pedimento de las autoridades eclesiásticas y civiles y de todo el pueblo y en las demás iglesias solo le cantaron vigilias: que su cuerpo estuvo expuesto a la veneración pública tres días; que los clamores de las campanas duraron ocho días, y que por el mismo espacio de tiempo estuvo enlutada la ciudad por orden del Jefe Municipal; que en esos mismos días, antes de morir el Padre, había muchos preparativos para unas fiestas de plaza muy solemnes que se debía hacer; que el Padre Villota se opuso mucho a éllas manifestando que la iglesia estaba de luto por la persecución que en ese tiempo se le hacía y que por esto no convenía sino acompañarla en su tristeza; que con motivo de su muerte abandonaron enteramente los preparativos y no los hicieron; que es tal la veneración del pueblo a las virtudes del expresado Padre que desde entonces hasta ahora concurren a orar delante de su tumba y a ponerle velas encendidas, no obstante haber prohibido esto último el Reverendo Padre Prepósito de la Congregación; que también ha oído referir a los antiguos, personas verídicas, que cuando el expresado Padre aumentó más el templo de Jesús, había una pieda muy grande donde debía quedar la puerta principal, que reunidos muchos indios y mucha gente del pueblo en número de más de cien personas para retirarla por medio de sogas y rejos muy fuertes se arrancaron estos y no pudieron, que entonces el mismo Padre Villota vino ayudar y que sin necesidad de sogas y rejos, después de haber hecho la señal de la Cruz sobre la piedra, empujandola él por detras y los demás a pulso la pudieron retirar facilmente al axtremo opuesto de la calle que hoy da frente a dicha iglesia, haciendo parte del edificio de una casa que todavía existe.

Finalmente que ha oído referir otros muchos milagros que han sucedido durante la vida de dicho Padre: predicciones o anuncios que hizo y que se han cumplido y curaciones milagrosas después de su muerte, con la aplicación de sus reliquias. A la 7ª que no le consta y que omíte por no permitirsélo la enfermedad.

Que lo expuesto es la verdad, en fuerza del juramento prestado, y leida que le fue esta declaración en élla se afirmó y ratificó y firma con el Señor Jüez Eclesiástico y con el infrascrito, Secretario de que certifico,

El Juez comisionado,

Primitivo Salazar.

El declarante,

Valerio Soberón.

El Secretario ad hoc,

Pedro José Insuasti.

Concluidas las presentes diligencias, dejando una copia auténtica, devuélvanse como la ordena el Señor Provisor y Vicario General.

Fecha ut supra.

Insuasti,

Secretario ad hoc.

Número 154 - Pasto, noviembre 18 de 1878.

Al Reverendo Padre Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri.

En cinco hojas útiles remito a usted, copia autorizada de las diligencias mandadas a practicar por el Provisor y Vicario de la Diócesis sobre la *fama sanctitatis* del Presbítero Doctor Francisco de la Villota, de feliz recuerdo.

Sírvase usted acusar el recibo correspondiente.

De usted seguro servidor,

F. de P. Moncayo.

CAPITULO 5.

Exhumación de los restos del P. Villota

Acto de la exhumación y honras solemnes. Oración fúnebre pronunciada por el Rdo. Padre Néstor María Ordóñez. C. O.

1.— El Rdo. Padre Aristídes testigo presencial y autor principal del acto de la exuhmación, lo refiere de la siguiente manera: "Dos circuntancias especiales motivaron la exhumación de los restos del venerable Fundanor del Oratorio: la demolición de una gran parte del antigüo templo, por estar comprendida en el plano del nuevo edificio, y la de dar un pequeño ensanche a la capilla de Nuestra Señora del Tránsito, en donde se encontraba la bóveda sepulcral del Padre Villota.

En efecto, por orden expresa del Rdo. Padre Prepósito de la Congregación, Ramón María Jurado, a las ocho de la noche del 2 de julio de 1897, octava de la fiesta de San Felipe Neri, los Rdos. Padres Oratorianos Francisco Santacruz, Modesto F. Muñoz, Delfín Torres, José Munuel Santacruz, Aristides Gutiérres, Juan Bautista Bucheli, Ramón Ordóñez y Nestor María Ordónez, acompañados de oficiales, procedieron a la exhumación.

Encontróse el cuerpo bien disecado, parte de la piel adherida a los huesos; las manos algo frescas y la hosamenta bien conservada.

Con mucho cuidado se recogieron los fracmentos del vestido y cenizas. El Rdo. Padre Aristídes Gutiérrez y el Hermano Ignacio Ibarra fueron comisionados para limpiar los huesos y depositarlos en la urna cineraria que para el efecto se había preparado"

Esta exhumación se efectuó a los treinta y tres años de la muerte del venerable Padre Francisco de la Villota y Barrera.

A partir de esta fecha se empezaron los preparativos para unas honras solemnes que se celebraron después, según afirma el mismo Padre Aristídes de la manera siguiente: "El día 16 de septiembre de este mismo año (1897) a las 10 de la mañana, celebráronse honras solemnes al benemérito fundador, con asistencia del Clero Secular y Regular, Hermanos Maristas, Magistrados, Cogregaciones piadosas y gran concurso del pueblo. El Rdo. Padre Nestor María Ordóñez, pronunció el discurso fúnebre que a continuación incertamos. El artístico y elegante catafalco donde se colocó la urna cineraria, fue obra del distinguido arquitecto oratoriano Rdo. Padre Juan Bautista Bucheli.

El Rdo Padre Nestor María Ordónez recibió de su Superior la orden de pronunciar la oración fúnebre la víspera de la indicada función, rindióse humildemente a la voz de la obediencia, y con la unción y elocuencia en él características dijo:"

2.— La siguifente es la oración fúnebre pronunciada por el Padre Ordóñez:

"Non recedet memoria ejus et nomen requiretur a generatione in generationem. Sacerdos magnus, qui in vita sua suffulsit domun et in diebus suis corroborabit templum. (Ecle. L. I.)

Nunca se borrará su memoria, y su nombre pesará de generación en generación. Sacerdote grande que sostuvo durante su vida la Casa del Señor y corroboró su templo.

"Angel celestial, seráfín ardiente que sostienes el Libro de la vida, vuelve algunas páginas, te ruego y descúbreme el nombre del santo cuyas virtudes quiero cantar" En letras de oro y bordado de diamantes aparece en medio de un círculo luminoso el preclaro nombre de Francisco de la Villota; se destaca entre nimbos de luz en la misma brillante página la sombra venerable de un anciano que, con el dedo en los labios, me obliga al silencio. Lo reconozco, lo venero, caigo de rodillas temblando de respeto y de amor y exclamo con el Profeta: "Láudate Dominum in sanotis ejus" Glorificado sea el Señor en sus Santos.

No tenéis Padre derecho a la modestia, y sí, lo tengo yo, aunque el mínimo de vuestros hijos para, ensalzar vuestras virtudes.

No me lanzaré, señores, a declamar en patéticos transportes y en conmovedoras exclamaciones un acontecimiento resiente, ruidoso, conmovedor; no me veré precisado a dominar con voz robusta el clamoreo confuso de las campanas, de las voces, de los gritos de admiración, de los llantos y gemidos de niños, mujeres, ancianos y de todas las claces sociales en una ciudad conmovida toda como una sola familia en la muerte de su padre; no escucharéis el ay! lastimero de un corazón que acaba de ser herido por la mano del dolor, quiero tan sólo sentarme ante la tumba del más ilustre de los pastusos, del sacerdote santo, del felipense modelo, y compartir con mis paisanos los recuerdos venarandos de la figura más esclarecida de nuestro suelo. Aquí nos detendrenos en tranquilos coloquios a recordar sus virtudes heróicas, respirando el suavísimo olor de santidad y bañados por un común destello de luz que despiden sus reliquias adoradas: bien así como se sentaban los hijos de los patriarcas, descendientes de un mismo tronco, bajo las movedizas tiendas del desierto o sobre las raices de una palmera a solazarse con los recuerdos de los antepasados y a estimularse a la virtud con la memoria de sus virtudes

Fue Francisco de la Villota el bástago de esta noble familia de nuestra cara patria. Nacido de Virtuosísimos padres. D. Crisanto de la Villota y Doña María Ana de la Barrera, vió la luz el 2 de enero de 1790. Ofrecieron sus padres a Dios este fruto de su

santo amor. Dotado por el cielo con las más bellas cualidades de cuerpo y de espíritu, crecía este lirio en el fertil terreno de la familia más eristiana, amparada su inocencia por la inocencia de sus padres y regado por el cielo el roció de la divina gracia. Su santa madre murmuraba a su oido fervorosas oraciones que se grababan en la memoria y en el corazón del niño, y con el amor á sus padres prendióse en él, el amor de Dios, de tal manera, que la virtud era la admósfera en que respiraba, el elemento en que vivía y las únicas aspiraciones de su tierno corazón. Importunába a sus padres, porque le condujesen a la iglesia en la que se dejaba ver en la actitud de un santo. Eran sus diversiones en casa, formar altares con sus demás hermanos y entretenerse en funciones religiosas, desempeñando en ellas, siempre este sacerdote en miniatura las partes de fervoroso celebrante y de entusiasta orador, habiéndose denotado que, desde entonces, salían profundamente conmovidos las personas que le oian, y para muchos (es cosa atestiguada) que la chanza se trocó en serios propósitos de converción. Era de ver como en tan tierna edád se apartaba a los rincones de la casa, como un Gonzaga, en el Palacio de Casteglione, a flagelar su cuerpo con sangrientas disciplinas, o bien retirándose al huerto, como Teresa de Jesús, se solazaba con su Amado en tiernos coloquíos de amor.– Benditas primicias de una educación santa y de los ejemplos más santos aún de sus virtuosos padres!

Rodaban así los años de su niñez entre el candor y la inocencia como se deslizan las aguas del plateado arroyo en las llanuras de una fertil vega, entre las amapolas y sensitivas que humedecen sus estambres en el límpido cristal.

En su adolecencia era ya un anciano de maduro juicio, de mucho aplomo en su raciocinios, de gentil apostura, de modales nobles y cortesanos, de genio vivo, temperamento nervioso y por lo mismo activo, franco, ocurrente y lleno de todas las gracias que pudieran hacerle brillar entre las más escogidos concursos; pero tan bella flor era flor de los desiertos; atraíalo la soledad con sus misteriosos encantos; veíasele

atravezar las oscuras calles del cementerio como eso genios que respiran el aire de las tumbas y sienten vivificarse su espíritu en la helada admósfera de los muertos; era este el paseo de su afición; pasaba de vez en cuando del cementerio adelante, y atravesando una y otra dehesa; detenía sus pasos al pie de una cascada que precipita sus aguas entre pedriscos y malesas e iba a fijar su asilo en una gruta enteramente sola y abandonada, como la paloma bíblica que deja los poblados y va a dar sus quejas en las cavernas del peñón, en la hendidura de la piedra; "in caverna maserie". –Quién nos cantará lo que allí pasaba entre esta alma privilegiada y el Dios de los desiertos ? y Allí se ofrecía como la víctima inocente por los pecados de los hombres; allí descargaba sin piedad sobre su cuerpo tierno y desnudo y pura los duros golpes de la penitencia y derramaba con las gotas de su sangre. las lágrimas purísimas de consuelos celestiales que brinda la mortificación cristiana; y ambos preciosísimos licores, purpúreo el uno y el otro cristalino. eran ofrecidos en una misma copa de oro por los ángeles de la inocencia y la penitencia ante el acatamiento del Eterno.

Premió el Señor estas virtudes con una decidida vocación a la carrera del Sacerdocio. Deja, como otro Abraham, el país y la casa de sus padres, va por paises extraños en busca de más vasta instrucción de la que pudiera proporcionarle su país natal. Su espíritu aspira a embeberse en las ciencias como lo estaba en la virtud: atraviesa los mares, penetra en tierras desconocidas y brilla en la Universidad de Lima con todo el desarrollo de su precoz inteligencia; admira a sus colegas; los edifica con sus ejemplos y acepta los laureles del doctorado para hacer de ellos nuevo holocaustro a su Señor, sepultando sus títulos en el olvido perdurable.

Si sale de Pasto joven, inteligente y virtuoso, vuelve a su país amado, sacerdote sabio y santo. Así vuelve la paloma de las ricas eras trayendo para sus hijos en su pico los granos que depositará en el nido. Así llega de los jardines la abeja solícita que sabe discernir el veneno del almibar, trayendo este para tra-

bajar en sus colmenas. Su corazón arde con el celo de los apóstoles y se dilata sin término para empresas grandes, su lengua es espada cortante de dos filos que pone en juego desde la cátedra sagrada, como en el taller, en las plazas, en los campos, en los corrillos y en todas partes, la contundente lógica, las sentencias bíblicas, la elocuencia irresistible, la persuación, las lágrimas y el ejemplo, y se hace todo a todos para ganar a todos para Cristo.

Cuando va la tórtola en el otoño buscando, las espinas que se han escapado al segador, encuéntrase de vez en cuando un dorado manojo que no puede levantar, pero dejar tampoco; vuelve entonces afanada, convida a sus compañeras, y el ave generosa les hace compartir tan precioso hallazgo: así Francisco se encuentra con numerosos haces de trigo en los campos del Señor: se mueve, no descansa, se fatiga, interesa y convida a otros tantos operarios; los asocia a su labor, y formando un modesto cuerpo de lidiadores apostólicos vuelan sus nombres a la ciudad eterna para recibir del Vicario de Jesucristo la misión y bendición en el nuevo apostolado. Notifícase el infierno, le arma sangrienta lucha, se le obstina con pertinacia, pero el corazón de Francisco es grande y más grande todavía su influjo en el cielo. Será necesario luchar contra los hombres, contra los elementos, contra el infierno entero, pero -Qué no puede la oración del justo?

El terremoto ya no le encontrará desprevenido porque *preternaturales* anuncios le intiman precaverse. De pronto una piedra de mole sorprendente impide la construcción de la Ermita de Jesús del Río; pero -Oh prodigio! Hace el Padre Santo la señal de la cruz sobre la inconmovible masa y vuela al punto, entre los aplausos de sus admiradores, el pedrón que rueda dócil al impulso de sus brazos débiles.

Espíritu de ciencia y de sabiduría, tu que conviertes las piedras en hijos de Abraham, tu que haces enmudecer la lengua del sobervio y pones palabras de sabiduría en los labios del infante, tu que das fuerza al débil y prestas la elocuencia de los cielos a rudos

pescadores, sostén mi flaqueza y mueve mis labios; pues voy a referir las penitencias de otro Pablo, en la Tebaida de su celda; la pobreza del nuevo Francisco, entre las comodidades de la tierra; la castidad del ángel, que se escapa de entre los brazos de Jacob; porque no es permitido al ángel detenerse entre los hombres; voy a referir el candor de la paloma del arca que vuela del náufrago mundo a sepultarse en el encierro para no manchar sus níveas alas en el fango del diluvio; voy a hablar del nuevo Elías y del Moisés nuevo que se interpone con la eficacia de sus ruegos entre el mundo culpado y Dios ofendido.

Fiel imitador de Jesucristo, varón de dolores y copia exacta de Nuestro Padre San Felipe Neri, Francisco se mantuvo mortificado de por vida. Su retiro fue el de un austero anacoreta de la Nubia o de la Libia. Su silencio era interrumpido tan solo por sus plegarias fervorosas que hacían el alimento de su vida. Su ayuno no se interrumpió jamás, admirando todos como podía un cuerpo débil y trabajado por la penitencia, sostenerse con tan exiguos alimentos.

Después de su muerte los facultativos que practicaron la autopsia de su santo cadáver se hallaron maravillados al encontrar el organismo que casi había carecido de sus funciones en fuerza de la abstinencia, y algunas partes del cuerpo notablemente estropiadas por el silicio que las comprimiera. Sólo en altas horas de la noche y después de prolongadísimas visitas al Santísimo Sacramento, concedía algún reposo a su cuerpo sobre el lecho, desprovisto de mantas y de todo abrigo, que le prepararon la penitencia y la pobreza; por que esta fue tanta en nuestro Padre que le había hecho tomar al pie de la letra las palabras del divino Salvador: "No llevarás dos túnicas ni calzado en los pies" aplicadas a los apóstoles, o estas otras aplicadas al mismo Jesucristo; Las raposas tienen sus madrigueras, las aves tienen sus nidos pero el Hijo del Hombre no tiene una piedra donde reclinar su cabeza"

La única túnica del Santo Padre era de tela grosera a imitación de San Juan Bautista en el Desierto. –Cómo confunde la susteridad de Francisco la vida muelle y voluptuosa de este siglo afeminado y sensual;

No es raro que detrás de tantas espinas y cercas se conservase pura e invulnerable la castidad de este ángel, castidad tan preeminente que se denunciaba en el clarísimo brillo de los ojos, los que despedían una luz tan viva que nadie podía resistir a su mirada.

Aquí al pie de los altares, y como su mejor ornamento, exhalaba embriagador perfume esta flor, trásplantada del jardín del Paraíso. Aquí junto al Tabernáculo había echado sus raíces esta planta delicada y brindaba sus flores al Esposo de las almas puras.

–Quién contaría las horas de éxtasis sublimes, cuando con su cuerpo en la tierra, hincado de rodillas, tenía su corazón en los cielos, a donde había volado en alas de la oración? Qüién nos dirá lo que pasaba entonces en su corazón de fuego cuando quedaba embargado los días y las noches en comtemplación profunda, y lo encontraba el alba como a la Esposa de los Cantares, asido a los brazos del Amado?

Su vida fue un éxtasis de amor contínuo que con su intensidad fue debilitando y prostrando la materia al paso qüe levantaba su espíritu hasta el cielo. Así sucedió; porque tantas abstinencias y trabajos por una parte y por otra tanta atención de su espíritu a regiones más alevadas de la tierra, produjeron el desequilibrio que cortó sus preciosos días, dejando a la tierra el aroma de sus virtudes y elevándose a la gloria en alas del Amor ferviente.

No seré yo quien cuente las fiestas del Empíreo al recibir al justo, ni las lágrimas, los gemidos, el luto, la consternación patética de la ciudad entera que corre a abrazarse de sus sagrados restos y proclama por todas partes al siervo del Señor, al Padre grande, la Santo!!

Sombras venerables de los Laras, Fajardos, Rojas y Guzmanes, ya me parece veros alrededor de este modesto catafalco batiendo vuestras triunfales palmas y haciendo la cohorte con sendas coronas de gloria en vuestras sienes, al Fundador, al Padre, al Maestro que os enseñó con la palabra y con el ejemplo' el camino de la virtud y os precedió en el sendero por donde marchásteis a la inmortalidad. Deponed vuestras palmas y coronas ante estas cenizas veneradas para honrar a nuestro Padre y adornad con ellas el monumento del más ilutre de los hijos de Pasto, del Santo del Oratorio, del prohombre de Colombia.

Y vos oh siervo del Señor y Padre de esta humilde Congregación de Neri. Olvidaréis a vuestros hijos? –Me olvidarés a mí ? Me dicen Padre, que allá en el cielo se estrechan los vínculos de caridad, se refinan los sentimientos, se acrecienta la solicitud de los padres para con sus hijos huérfanos del mundo. Esto nos consuela, esto nos anima y nos hace esperar que desde allá impartiréis copiosa bendición sobre esta parte de vuestra herencia, sobre vuestra cara Pasto y sobre sus hijos, fervientes admiradores de vuestras virtudes, en cuyos corazones tenéis estatuas levantadas por el amor y la gratitud que no mueren con los hombres.

Pastusos: vuestro es este puñado de cenizas que reposará en esta vuestra propia Casa y vuestro también es este puñado de sacerdotes amigos, que gozan cuando os ven gozar y lloran cuando lloráis vosotros. Sigamos todos como hijos de un mismo Padre, las huellas de sus pasos, pues esa es la ruta que conduce a la felicidad, a la verdadera grandezá; porque si con tanta razón se ha dicho que, *sólo Dios es grande*, también es evidente que *solo es feliz el hombre que ama a Dios.*

Si la gloria humana, según dicen allá los hombres del mundo, consiste en ser uno *grande y útil*, desde este punto de vista el Rdo. Padre Francisco de

la Villota, tiene esta luminosa aureola. Es grande y muy grande en la extensión de la palabra; grande en virtudes cristianas, porque subió como se ha visto a la cumbre de la perfección evangélica; grande en la abnegación, para lo cual sacrificó desde la infancia hasta la muerte su preciosa vida: renunció talentos, hacienda, parientes, prendas personales que pudieran hacerle lucir en el teatro del mundo, sólo para abrazarse de la cruz de Jesucristo y poder servir de Cireneo al peso enorme que lleva sobre sus hombros la mísera humanidad. Grande en el patriotismo, pues pudiendo buscar y encontrar mejor terreno en país extraño para realizar sus grandiosos proyectos de beneficencia cristiana, con más aplauso y quizá con mejor éxito, prefirió su humildísimo país natal, en donde como en todas partes, *nadie es profeta*, y allí esperó con ansia el premio de la gratitud humana: la corona de espinas entretejida por la calumnia y la cruz en que debía ser crucificado como malhechor, con su respectivo *inri*, que debía leerlo todo el mundo!

No solamente fue grande sino útil, digo más: necesario a su país en el tiempo en que apareció; porque este pueblo que en aquel entonces carecía de hombres verdaderamente apostólicos que ejercieran con el ministerio de la palabra divina el poderoso influjo que dan los ejemplos luminosos del buen vivir y el heroísmo sublime que presentan todos los días los fieles imitadores de Jesucristo.

En más de medio siglo, cuando las Comunidades religiosas establecidas en el país fueron continuamente persegidas y aun suprimidas, sus bienes confiscados; cuando Pasto en el mapa de la Gran Colombia aparecía como un punto negro distinguido sólo por su fanatismo y ciego amor a la corona de España; y cuando se trataba de eliminar esta ciudad como a la de Cartago, el Reverendo Padre Villota funda la Congregación Neriana para salvar los intereses sagrados de esta región del sur y consolar a un pueblo, vil e injustamente calumniado por sus hermanos y aborrecido de los extraños.

El gran Padre, el Padre Santo de los católicos pastusos vive y vivirá siempre en la Congregación del Oratorio: esta es su mejor obra, el más precioso ornamento de su vestidura sacerdotal. Su figura atlética, bien musculada, a semejanza de la de los apóstoles nos perece verla destacarse encima de la gran cúpula de la Basílica, que la piedad cristiana ha levantado sobre la humilde y oscura celda en donde se santificó, vivió y murió el apóstol de Pasto.

Verdad, la sociedad moderna todavía no le ha levantado una estatua, ni le ha cantado con sonoros versos sus virtudes y patriotismo; porque Villota es el sacerdote católico, porque el sacerdote católico es superior al mundo y el mundo aún ignora lo que significa el sacerdote!

—Y qué tiene esto de extraño? Levanten en hora buena estatuas colosales a los demagogos, a los tiranos de la patria y a los que tienen la triste celebridad de blasfemar del nombre adorable del Redentor del mundo! La virtud, el talento, el patriotismo cristiano deben eclipsarse ante la niebla que se levanta húmeda y oscura de los lodazales fétidos de nuestras sociedades descatolizadas. Las estatuas del justo no se funden en los hornos enardecidos por el soplo del libertinaje, ni se inaguran en el campo de la diosa Flora, del Paganismo, en medio de bacanales.

Al venerable Fundador del Oratorio Neriano de Pasto, bástale ceñir en la tierra la corona inmarcesible que le han tejido las eximias virtudes cristianas y sacerdotales; y en el cielo haber recibido la Corona de Justicia que sabe retribuir el Dios premiador de las buenas obras.

No muy tarde el cielo que sabe enaltecer al justo sobre la mezquindad de la tierra y glorificar a sus siervos, levantará la memoria del Reverendo Padre Francisco de la Villota a la categoría y culto de los altares. Felices días aquellos que contemplen esta apoteosis de la virtud acrisolada de un sacerdote pastense! Nosotros no le veremos, pero sí nos consuela

esta risueña esperanza; desde ahora damos gracias a Dios Nuestro Señor por habernos dado un amigo suyo, que a la vez que intercede en el Paraíso por nosotros, ocupa acá, en la galería de nuestros prohombres, un lugar eminente; y su nombre solo basta para iluminar un siglo y dar gloriosa historia a un pueblo".

CAPITULO 6º.

Ilustrísimo Señor Rafael Lasso de la Vega

Por qué debe figurar en nuestra Historia.— Nacimiento.— Formación Ordenación.— Ministerio parroquial.— Episcopado.— Congreso de Cúcuta.— El Senado en 1823.— Obispo de Quito y Fundador de la Congregación.— El Señor Lasso de la Vega y la Virgen de Chiquinquirá.

1.—Por qué debe figurar en nuestra Historia el Ilustrísimo Señor Rafael Lasso de la Vega?

—Por gratitud. El Ilustrísimo Señor Rafael Lasso de la Vega en carta que hemos consignado en la primera parte de este libro, determinó que el instituto que debía fundarse debía ser el de San Felipe Neri; de allí que los filipenses le debemos a Su Señoría el dulce y glorioso título de hijos del Apóstol de Roma y amigo de la juventud; de allí que tengamos —en vez de cuidar los enfermos del cuerpo— la misión más alta todavía: de vendar las heridas del alma, de atraer a los pecadores a la vida cristiana y llevarlos a Dios.

El Ilustrísimo Señor Lasso de la Vega hizo mucho más, como ya sabemos; puso toda su autoridad, para disponer lo necesario a la fundación. Conocemos los Decretos que dictó, firmados por su Secretario Doctor Pedro Suárez, para dar base canónica y jurídica a nuestra Congregación.

Con el entusiasmo más grande, con la más sentida emoción recibió en la Ermita de Jesús Nazareno al Padre de la Villota y sus ocho compañeros, como Prepósito y súdbitos de la primera Congregación del Oratorio, en Pasto.

De todas sus diligencias, de todas sus acciones, de todas sus palabras se deduce su espíritu apostólico; su deseo ardiente por la salvación de las almas y su firme confianza de que los nuestros através de los siglos llenarían a cabalidad estos fines. Y así ha sido, con el auxilio de Dios y de nuestro Padre San Felipe: creemos que en ningún momento de la historia, nuestra humilde Congregación ha transitado por caminos distintos.

Su Señoría hizo todavía más: comprendiendo que el fondo para garantizar la existencia del Instituto era pequeño, de sus propios sueldos, agregó cinco mil pesos, que según su voluntad debían emplearse en bienes raices. De esta suma, los tres mil pesos, que llegaron al poder del Padre Villota, están puestos en el fundo denominado Franco-Villa o La Loma, propiedad que ha proporcionado abundantes medios de subsistencia a nuestra Comunidad.

El Ilustrísimo Señor Lasso de la Vega hasta la muerte —que fue a poco de su regreso a Quito— fue solícito por nuestra Congregación, absolviendo todas las consultas que le hiciera el Padre Villota, hasta en los menores detalles.

Justo es por lo tanto que el eximio Prelado sea tenido como nuestro Fundador, después del Padre Villota, y que los filipenses de todos los tiempos le profesemos el amor y la veneración que profesan los buenos hijos a su Padre.

Nuestros mayores lo han practicado así, por eso a la cabeza de nuestros insignes benefactores figura el nombre del Ilustrísimo Señor Rafael Lasso

de la Vega, y desde los tiempos más remotos su retrato figura en la galería de nuestros padres y hermanos.

2.— Siguiendo los datos que nuestro Padre Aristídes nos ha dejado, en la obra que tantas veces hemos citado, haremos una breve biografía de este excelente Prelado y nuestro benemérito cofundador y padre.

a) De ilustre abolengo por sus acrisoladas virtudes cristianas y por la pureza de su sangre, vino al mundo el niño Rafael. Fueron sus padres: Don Nicolás Feliciano Lasso de la Vega y Doña Estefanía Josefa de la Rosa Lombrado.

Su nombre Rafael, puesto en memoria de San Rafael Arcángel, fue el feliz augurio de sus futuros emprendimientos, En efecto, siempre fue *la medicina de Dios* tanto en su ministerio parroquial como en su meritorio episcopado.

Para honor nuestro, el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Lasso de la Vega era colombiano, pues sus padres estaban avecindados en Santiago de Veraguas, Panamá, que en esos tiempos pertenecía a la Gran Colombia y aún a la misma Colombia.

b) Como colombiano sus padres le enviaron a Santa Fe para hacer sus estudios. *Aquí fue Colegial de boca y de manto*, en el Colegio del Rosario, donde fue recibido el 30 de marzo de 1783, siendo Arzobispo el Ilustrísimo Señor Don Antonio Caballero y Góngora.

Supo sobresalir en sus estudios de Humanidades y Filosofía, y como se sintiera con vocación para el Sacerdocio, hizo en el mismo Colegio, estudios de ciencias eclesiásticas. Más tarde, perfeccionados estos estudios, recibió las sagradas órdenes de manos del Ilustrísimo Señor Don Baltazar Jaime Martínez Compañón, el 7 de abril de 1792.

Por algunos años fue cura de Funza. Como su celo por la salvación de las almas y sus talentos eran sobresalientes el 18 de diciembre de 1804 fue llamado a formar parte del Capítulo Metropolitano de Santa Fe y ocupó la silla de Canónigo Doctoral. En este puesto supo distinguirse por su sólida preparación en la Sagrada Teología y por su aplomo en dirimir las cuestiones más abstrusas de la Ciencia de Dios.

Su fama lo llevó bien pronto a la catedral de Panamá, donde tuvo la ventaja de estar en su patria chica y ser quizá más visible a la Corona, que en esos tiempos tenía tanta parte en el ascenso de los eclesiásticos, a las más altas dignidades.

c) El 8 de marzo de 1816, estando todavía en su silla canonical de Panamá, fue preconizado Obispo de Mérida de Maracaibo (Venezuela). Tan pronto como recibió las Bulas regresó a Santa Fe donde recibió su consagración episcopal en la catedral metropolitana de manos del Ilustrísimo Señor Arzobispo Doctor Don Juan Bautista Sacristán, el 11 de diciembre del mismo año.

Sin pérdida de tiempo se marchó de Santa Fe hacia la capital de su Obispado. Los de Mérida, que ya conocían las virtudes y talentos de su Obispo, lo recibieron con los mayores agasajos; pero el celoso Pastor dió término a las manifestaciones de alegría y empezó su ministerio pastoral. Queriendo conocer su iglesia y su clero hizo una visita prolija; primero a la catedral y sucesivamente a cada una de las parroquias.

Su carácter bondadoso a la vez que firme le granjearon la simpatía del clero, que desde luego se puso a sus órdenes y empezó a poner en práctica sus sabias determinaciones. Al pueblo se lo ganó con la misma suavidad, haciéndose todo para todos, como hacen los Prelados que imitan a Jesucristo.

Como demasiado sabía que el éxito del ministerio pastoral consiste en tener celosos ministros, puso

todas sus energías y todo su corazón a la reforma del Seminario, lo que luégo consiguió, con el tino que le era característico.

En 1818 la revolución había sufrido un colapso y parecía extinguirse el peligro para la Corona. Casi todos los prelados eran realistas y miraban el triunfo de la revolución como el triunfo del error. El Señor Lasso de la Vega, respiró cuando juzgó extinguido el peligro, pero bien pronto los patriotas empezaron a rehacerse y entonces el Prelado empezó a temblar por la suerte de la Corona y erradamente también por la suerte de la Iglesia. Para conjurar este peligro dictó medidas enérgicas contra los patriotas, medidas que consistían en mandar a los párrocos que predicasen contra la guerra, amenazando a éstos con suspensiones en caso de adhesión a los republicanos y desobediencia de sus órdenes. No contento con esto dirigió circulares a las autoridades para que pusieran todos los medios a fin de permanecer fieles al monarca y evitar el triunfo de la revolución.

Pero todas estas medidas fueron inútiles; porque el Libertador el 7 de agosto de 1819, con sus valientes compañeros Santander, Anzoátegui etc., derrotó completamente a Barreiro en el glorioso campo de Boyacá.

Cuando el Señor Lasso de la Vega tuvo conocimiento del desastre –según sus ideas de entonces– declaró suspensos a los sacerdotes que siguieran la revolución y se internó por las regiones de Venezuela, por Barquisimeto, regiones que se hallaban ocupadas por las fuerzas de Don Pablo Morillo.

Sin embargo el Señor Lasso de la Vega no perseveró por mucho tiempo en su error de creer a la revolución como enemiga de la Iglesia de Cristo, pues dice Groot, en su Historia Eclesiástica y Civil: "...desde que se le inspiró confianza por parte del Libertador, con respecto a las cosas eclesiásticas, volvió

sobre sus pasos, guardando siempre un lenguaje mesurado y con carácter manso y humilde, que manifestaba la buena fe con que procedía."

Es claro que esta conducta tinosa e inteligente evitó muchos males a la Iglesia y facilitó la inteligencia con los fundadores de la República.

"Cuando la ciudad de Macaraibo fue tomada por los patriotas el 28 de enero de 1821, el Ilustrísimo Señor Lasso de la Vega estaba en élla, e inmediatamente la autoridad le envió un comisionado para que no saliese a la calle por temor de que pudiera proporcionar alguna dificultad. Llamado luégo a la Casa del Cabildo para que hiciese exposición de sus ideas, manifestó que estaba dispuesto a continuar desempeñando sus funciones del ministerio pastoral sin intervenir en nada en los asuntos políticos; pero que si esta declaración no era suficiente, que podían disponer de su persona como quisiesen, puesto que él estaba listo para presentarse al Congreso a darle cuenta de sus actos y de los motivos por los cuales había sostenido la causa de los españoles.

Algunos días después el Libertador y el Ilustrísimo Señor Lasso de la Vega se encontraron en Trujillo, en donde éste lo recibió con los sagrados ritos del Pontifical en la puerta de la iglesia. Por la tarde pasó á visitarlo en la casa en que estaba alojado, el general Urdaneta y el Libertador lo recibieron con las mayores manifestaciones de aprecio, y después de mil ofrecimientos y pruebas de confianza, la conversación rodó sobre asuntos de independencia y patriotismo. El Ilustrísimo Señor Obispo manifestó que siempre se había gloriado de haber nacido americano; que nunca había adulado al poder real, atribuyéndole origen divino, eterno o invariable, siendo cierto que el consentimiento de los pueblos es al que debe reducirse todo sistema de gobierno y a cuya reunión da Dios la soberanía; añadiendo que era palpable cuanto había adelantado esta parte de la República, desde la

acción de Boyacá, y últimamente dijo que era innegable el que habiendo llegado la América a la edad viril de las naciones, tenía razón para proclamarse independiente de España, agregándose además la de los atentados que estaban cometiendo en las Cortes contra la Religión y la Iglesia." (Groot Historia Eclesiástica y Civil).

3.— El Ilustrísimo Señor Rafael Lasso de la Vega fue elegido como Representante al Congreso de Cúcuta en 1821, por la provincia de Maracaibo. Pero como el ministerio pastoral reclamaba su atención inmediata, pidió permiso para cumplir sus deberes episcopales, antes de tomar posesión. Felicitó al Congreso por su reunión y exhortó a los fieles a la obediencia de sus decisiones. Cuando hubo cumplido sus deberes pastorales se presentó en Cúcuta, rindió su juramento de obediencia y ocupó su puesto. Luego se le presentó la oportunidad de sincerar su conducta. Dijo: "que era español de pura sangre, que todos sus antepasados fueron peninsulares y que consideraba un deber de conciencia sostener al Rey que era el Soberano de España y de las Américas; que él había cambiado de parecer desde el triunfo de Boyacá y desde que supo que Fernando VII había jurado la Constitución que había dado al pueblo español, en virtud de la cual el mismo monarca reconocía la soberanía del pueblo español, y así el pueblo de Colombia había quedado desligado de la Corona y con legítimo derecho para independizarse.

Prometió trabajar en favor de la República ante la Santa Sede y porque se estableciera las relaciones con su Santidad Pío VII, que era el Pontífice reinante en esa época. El Ilustrísimo Señor Lasso defendió en el Congreso los derechos y la disciplina de la Iglesia con entusiamo y decisión, y lleno de firmeza sostuvo que los diezmos pertenecían a la Iglesia y que el gobierno civil no tenía por qué legislar en esa materia y formuló la sana y correcta doctrina acerca del patronato que se quería dar a la autoridad laica, no siendo el gobierno de Colombia continuación

de la monarquía española, sino un gobierno nuevo, proclamado por el pueblo y constituído por sus representantes.

El Ilustrísimo Señor Lasso de la Vega verdaderamente dejó el realismo y se afilió a la causa de la independencia americana y de esto dió pruebas en su sabia pastoral dirigida a los fieles de su Diócesis el 13 de septiembre de 1822, con motivo de haber sido tomada la ciudad de Maracaibo por el general Morales, después de una acción desgraciadamente perdida. "Bastaría, dice, esto para haberse compungido nuestro corazón, no dudando de los gravísimos padecimientos que aquella ciudad habrá sufrido y continuará sufriendo, pero si aún esto, convencidos de que el mal no es ajeno sino de toda la República de que somos ya parte, debe añadirse algo. Manifiesto es que los diferentes puntos de la laguna franquean breves caminos a todos los puntos del interior y que si la fidelidad al gobierno no es constante y no nos esforzamos a la defensa de la patria, aunque esté por tan débiles armas en contrario, no puede perecer, mucho, mucho, tendremos igualmente que sufrir.

Por tanto, una y otra vez os exhortamos a todos y a cada uno en particular que no dudéis que os obliga en conciencia la obediencia al gobierno: que no podéis maquinar contra él, que le habéis jurado vuestro servicio real y personal; y que, sobre todo que el pueblo español jamás ha tenido soberanía sobre nosotros, ni hallamos razón ni convenienca alguna política ni moral para que se use de la fuerza e intente, no conquistas sino devastaciones.

Llenad vuestros deberes, recibiendo en tanto nuestra bendición, seguros de que presentamos a Dios nuestras oraciones por la paz, la tranquilidad y feliz éxito de la República."

"Al año siguiente fue el Ilustrísimo Señor Lasso de la Vega miembro del Convento Eclesiástico formado por los apoderados de las sillas episcopales de la

República, en virtud de la resolución del Congreso Constitucional de Cúcuta, de 12 de octubre de 1821, para el arreglo de los asuntos eclesiásticos. Esta respetable Corporación nada resolvió, porque nada podía hacer y se contentó con acordar que se debía recurrir a la Santa Sede para el arreglo de todos los asuntos relacionados con la Iglesia y sus sagrados ministros.

El 19 de abril de 1823 el Ilustrísimo Señor Lasso, de acuerdo con el Capítulo Metropolitano hizo la consagración del magnífico y hermoso templo de la Catedral de Bogotá, obra dirigida por el arquitecto capuchino Fray Domingo Petrez y en la cual trabajó con entusiasmo el Doctor Fernando Caicedo Flóres, más tarde Arzobispo de Bogotá. La dedicación de la majestuosa Iglesia se hizo bajo el título y protección de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. Esta inscripción se hizo grabar en una hermosa loza con letras de oro y se le agregaron estas palabras: "Santa Fe religiosa prosperará" la cual loza se colocó sobre el dintel de la puerta principal.

Concurrió al Senado de la República en los años 1823 y 1824 y es muy justo hacer notar que si todos los miembros que asistieron a los Congresos de los primeros años de la vida de Colombia, hubieran tenido la ilustración, el patriotísmo y las virtudes del esclarecido Prelado no se habrían echado las bases para los atropellos que más tarde hicieron a la Iglesia, pues el Señor Lasso, con precisión, energía y firmeza sostuvo los derechos sagrados de la Esposa de Inmaculada de Cristo. Es cierto que la ley del Patronato se expidió y fue sancionada por el Poder Ejecutivo el 28 de julio de 1824, a pesar de que el Capítulo Metropolitano suplicó que se detuviese un poco la discusión hasta que se concluyese una memoria que deseaba presentar demostrando que la Nación no podía entrar en el derecho del Patronato mientras no se le delegase por la Santa Sede; pero que si no era posible guardar, se permitiese a uno de los Prebendados que fuera a exponer sus razones." (Groot Historia Eclesiástica y Civil.)

"Las opiniones extravagantes del virtuoso Obispo de Mérida, dice el Doctor José Manuel Restrepo, aunque tuvieron poco séquito en el Senado, no dejaron de causar embarazos. Lasso las publicaba por la imprenta y esto fomentó el partido fanático que siempre existió en Bogotá." El historiador José Pablo Restrepo contesta: "En cuanto a las extravagancias del Ilustrísimo Señor Lasso no sabemos en que puedan consistir. Este virtuoso Prelado demostró que el principio republicano exigía que en las leyes se consultase la voluntad de los pueblos; y que como los pueblos eran católicos, no querían ni podían querer que se diese leyes que pugnasen contra los mandatos y preceptos de la Religión. –Tiene esto algo de extravagante? No. Es por lo contrario la esencia misma de lo que debe ser el sistema representativo. Esto nos parece evidente. Pasando luégo a otro género de consideraciones, demostró que el derecho de Patronato no era inherente a la soberanía, porque entonces lo habrían ejercido los más sanguinarios perseguidores de la Iglesia como los Nerones, Dioclesianos, y que el gobierno republicano no había adquirido por herencia, ni por sustitución de los Reyes Católicos, porque esa clase de derechos no era transmisible de semejante manera. Los Reyes elegían válidamente en virtud de la delegación hecha a éllos por la Santa Sede y el gobierno no podía hacer lo mismo, sino en virtud de una delegación semejante; hecha directamente a él. –Que hay en esto de extravagante? Nada por cierto."

"El Congreso de 1827 nombró al Ilustrísimo Señor Lasso Obispo, de Quito en reemplazo del Doctor Manuel Santos Escobar, que estaba nombrado para esa Sede y había muerto, y en la Catedral de Mérida que él dejaba, consagró a su sucesor el Ilustrísimo Señor Doctor Buenaventura Arias el 19 de agosto del mismo año, con el título de Vicario Apostólico de Mérida; y el Ilustrísimo Señor Doctor Ramón Ignacio Méndez también de Mérida el 18 de marzo de 1828, la Santa Sede lo preconizó para la Sede de Quito, para la cual le había nombrado el Congreso de Colombia el 15 de diciembre de 1828. Al año siguiente

ocupó su silla, la que desempeñó solamente dos años..." (Gonzalo Uribe V. Obispo Colombianos.)

Ya sabemos que el Señor Lasso, tan pronto como ocupó la silla de Quito, en vista de las informaciones del Padre Villota y de las que le dieran en la Curia Diocesana, ultimó todos los preparativos que culminaron con la fundación de la Congregación. El mismo vino a Pasto en el año de 1830 y sólo cuando el Padre Villota y los ocho compañeros quedaron instalados como hijos de San Felipe Neri, en la Ermita del Señor del Río, regresó a su Sede, y a poco murió en 1831.

4.—En la Historia de la Virgen de Chiquinquirá, escrita por un dominico, encontramos el siguiente dato que honra grandemente a nuestro cofundador el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Rafael Lasso de la Vega: "El Señor Obispo de Mérida fue gran devoto de Nuestra Señora, había hecho el viaje a pie (desde Mérida en Venezuela). Habiendo este Señor encontrado el templo conluído, hizo su consagración y dedicación solomne el 11 de septiembre del año de 1823. No contento con esto, el devoto Obispo, acudió a Roma en demanda de un oficio y fiesta propia de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá. Atrevida era la petición del Señor Lasso de la Vega, pues comprendía el reconocimiento oficial y decisivo dado por el Tribunal Supremo de la Iglesia Católica sobre la Renovación milagrosa de la Virgen. Y como en Roma están tan acostumbrados a ver milagros verdaderos en los procesos de beatificación y canonización de los Siervos de Dios, y saben por experiencia que, entre muchos milagros indiscutibles, se presentan con frecuencia hechos que parecen milagros y al fin después de maduro examen, resulta que son hechos producidos por causas naturales; no es extraño que suspendiera su juicio la Sagrada Congregación de Ritos sobre la renovación milagrosa de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Respondió al Señor Obispo de Mérida: "Necesario es, antes de proceder a la concesión de su solicitud, que se ampliaran los

datos y se envíe el voto de los Obispos de Colombia, junto con los documentos en que deben apoyarse las lecciones históricas del Oficio."

Estas son las palabras de la resolución, dada el 6 de marzo de 1825 por la Sagrada Congregación de Ritos.

El Papa Pío VIII confirmó la resolución el 29 del mismo mes y año.

El Obispo de Mérida había suplicado también se concediese a Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá el título de Patrona menos principal de Colombia, y la Sagrada Congregación hizo más, por el Decreto de 1829, pues la declara *Patrona aeque Principalis*.

Desde entonces nuestra milagrosa Imagen tiene Oficio propio en toda Colombia, con rito de primera clase, con octava en su propia iglesia y con rito doble mayor en las demás de Colombia...

Para la más pronta consecución de lo que se proponía el Ilustrísimo Señor Lasso de la Vega, fue a Roma Don Francisco Pomares, como Procurador, el cual satisfecho de haber logrado resolución favorable, quiso conseguir algo más y tuvo el placer de lograrlo. Prueba de ello es la Bula que obtuvo del Papa Pío VIII en la cual se concede indulgencias especiales a la Iglesia de Nuestra Señora de Chiquinquirá. La Bula fue dada el 28 de agosto de 1829 y las indulgencias que en ella se concede perpetuamente son las siguientes: indulgencia plenaria el 26 de diciembre, en la cual se verificó la renovación. etc. etc.

Una prueba del aprecio y estimación que tenía el Papa al Ilustrísimo Señor Lasso de la Vega fue la de haberlo delegado para absolver a varios canónigos de la Iglesia Metropolitana de Bogotá que habían incurrido en censura reservada por haber recibido Beneficios del gobierno, sin la confirmación de la Santa Sede..."

CAPITULO 7º

Manuel María de Guzmán

Nacimiento y formación primaria y secundaria.— Su entrada a la Congregación y oficios.— Virtudes del eximio Filipense.— El orador y el poeta.— Ultimos años y muerte edificante.

1.—Residentes en la ciudad de Pasto, los padres de Manuel María de Guzmán, tenían una bella finca, denominada el Cid, en la parrroquia de San Nicolás de Tolentino, de Guaitarilla. En esta propiedad pasaban muchas temporadas, en una de las cuales vino al mundo Manuel María de Guzmán, hijo legítimo del honorable caballero Don José de Guzmán y Doña Ana María de Quiñones, ambos pertenecientes a distinguidas familias, tanto por la limpieza de su sangre, como por sus relevantes virtudes domésticas y sociales.

El niño creció, por lo tanto, en ese ambiente patriarcal en que vivían las familias distinguidas de aquellos felices tiempos. No era extraño que antes del uso de la razón ya mostrara inclinación a la piedad y el más profundo respeto y acatamiento por las cosas de la Religión.

Su primera formación la hizo en las escuelas de la ciudad, que si atrasadas, en lo que mira a los métodos de enseñanza, eran todas celosas de la mora-

lidad y religiosidad de los alumnos. Aunque no conste, pero es seguro que estudiaría sus asignaturas de secundaria con los Franciscanos, que eran entonces grandes maestros de Filosofía y Teología; lo que si consta se que desde muy joven se aficionó de los ejercicios que tenía establecidos el Padre Francisco de la Villota, en la Ermita de Jesús del Río, que puesto bajo la dirección de tan experimentado Maestro, empezó a sentir, desde entonces, deseos de abandonar el mundo, sus pompas y vanidades y consagrarse por entero al servicio de Dios.

El Padre Aristides afirma que desde 1823 el joven Manuel María de Guzmán se entregó a la dirección del Padre de la Villota y empezó a recibir lecciones tanto de ascética como de ciencias eclesiásticas.

2.—El 26 de noviembre de 1830 encontramos al joven Manuel María de Guzmán entre *los ocho* que acompañaron al Padre Fundador, como primeros filipenses. En ese día, según cuenta la Historia, recibió el diaconado y a los dos días siguientes, el presbiterado. Lo que hace pensar que poco antes recibiría la tonsura, las órdenes menores y el subdiaconado, ya que no había Obispo en la ciudad y el Señor Lasso de la Vega era el Ordinario propio de la provincia eclesiástica de Pasto, hasta aquella fecha.

El Padre Manuel María de Guzmán fue por consiguiente el primer sacerdote filipense o el primer obrero de la obra grandiosa en que estaba empeñado el Ilustre Fundador de la Congregación. Su fervor, su temperamento emotivo, y sus talentos nada comunes hicieron de él, el filipense modelo que se consagró en cuerpo y alma al servicio de su Comunidad.

Cuando el Padre Villota tuvo que ausentarse de la Congregación en 1840, el Padre Guzmán la gobernó como *Senior*. El formuló la respuesta respetuosa, pero firme, cuando el Señor Jiménez, Obispo de Popayán quiso inmiscuirse en los asuntos internos de la Congregación. Su respuesta fue tan eficaz que, aunque contrariaba los instintos dictatoriales de Su

Señoría, le hizo comprender que una Comunidad que tenía a su favor dos Bulas de Romanos Pontífices para garantizar sus reglas, no puede ser alterada por un Obispo.

El Padre Guzmán detestaba toda superioridad, su carácter reconcentrado y místico le hacía gustar del encierro de su celda, más que de la sociedad y es claro que un Prepósito tiene que intervenir en la sociedad. Con todo tuvo que gobernar la Congregación, además del año 40, al 47, del 64, al 69, después de la muerte del Fundador.

Le tocó resolver el asunto espinoso del traslado de laCongregación a San Francisco, propuesto por el Señor Tejada, y supo salir airoso por la mensura y respeto con que trataba a los superiores. Terminado el segundo período ya no quiso más un cargo que su humildad juzgaba demasiado alto, pero entonces ya surgió el Padre Ramón María Jurado que, cual otro Fundador, llevara las riendas del gobierno por muchos años, sin sentir desfallecimiento.

3.—El eximio filipense tuvo virtudes naturales y sobrenaturales. Fueron relievantes su piedad en general y su devoción a la Santísima Virgen; su delicadeza y cultura, su oración mental, con que se preparaba a la celebración de la Santa Misa y la exactitud en el cumplimiento de sus deberes.

Desde niño, como hemos dicho fue aficionado a la piedad: el respeto a las cosas santas era connatural en él, y esa piedad interior se revelaba en su actitud, en sus palabras. Cuando oraba su continente era recogido, cuando hablaba de Dios o de la religión sus palabras salían caldeadas del fuego interior. Suele suceder que la frecuencia de tratar las cosas santas engendra confianza y a veces menosprecio, pero en Padre Guzmán esa frecuencia aumentaba el fervor, porque su fe ardiente le enseñaba a cada paso la excelencia de las cosas sántas que a diario trataba.

Amaba a la Virgen Santísima con ternura filial; en las conversaciones, en los sermones solía llamarla su Reina y Señora. Honraba a la Santísima Virgen con toda clase de oraciones, pero en especial con el Santísimo Rosario. Fue su devoción favorita; se puede decir que nunca lo soltó de las manos, sobro todo en los últimos años de su vida.

Su cultura era proverbial. Trataba a todos con dulzura y le agradaba que todos fueran cultos. En cierta ocasión un estudiante –estando el Padre de Prepósito– le manifestó que un benefactor estaba enfermo en la cama y el Padre Guzmán todo lleno de cuidado le dijo: "Hijo mío vete a visitarlo, hay que ser agradecidos."

Era agudo en sus conceptos y a veces gustaba del gracejo y de la broma, pero nunca hería a nadie; al contrario sus chistes dejaban satisfecho a quien hacía su objeto. Virtud es esta humana, pero tan necesaria para vivir en sociedad, especialmente en un convento.

Como su Padre y Maestro, se entregaba frecuentemente a la oración mental. Siempre se le vió reconcentrado: desmenuzando en su espíritu alguna verdad religiosa o considerando la inestabilidad de las cosas de la tierra. Nunca dijo misa sin haberse preparado siquiera con una hora de oración mental, y nunca dejó de solazar su alma en una fervorosa acción de gracias.

En el cumplimiento de sus deberes desafiaba a los principiantes: toda la vida demostró con los hechos que el cumplimiento del deber es el camino trillado para llegar al cielo.

4.—Dotado de un gran talento y de una exquisita sensibilidad fue docto en las ciencias eclesiásticas, en la Sagrada Escritura, pero sus campos favoritos fueron la oratoria y la poesía.



R. P. Manuel María de Guzmán C. O.

En los primeros años de su vida siempre compuso sus sermones. Se ajustaba a las reglas de la oratoria clásica; pulía y repujaba el escrito hasta dejarlo perfecto y después se lo aprendía de memoria con la mayor exactitud.

Este modo de predicar fue creándole una aureola de fama entre sus conciudadanos que le llamaban –por antonomasia– *el Orador del sur*. En los últimos años, cuando su acervo literario era vasto, dejó de escribir y casi siempre improvisaba; pero qué improvisaciones! Las más de las veces hacía prorrumpir en llanto a todo el auditorio o en aplausos dentro de la misma iglesia, cuando se trataba de cosas halagüeñas.

Desgraciadamente no tenemos un solo sermón de los muchos que escribió el Padre Guzmán porque -como su Maestro el Padre Villota- los arrojó a las llamas, por el bajísimo concepto que tenía de sí mismo y de sus habilidades. Humildad? Sí humildad, pero perjudicial para la Congregación que se hubiera honrado con las producciones de tan hábil orador.

De sus escritos en prosa apenas tenemos algunas novenas que hemos citado en la primera parte y un discurso de ocasión que luégo transcribiremos. Allí hay piedad, hay unción, donosura de estilo y profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras.

El Padre Aristides, maestro en el arte del bien decir, afirma que "las obras del Padre Güzmán pueden colocarse al lado de las obras del Padre Granada y formar parte de una bibleoteca mística de las personas amantes de la perfección cristiana." Elogio que nos parece justo a juzgar por la fama que la tradición ha conservado. El "El orador del Sur" le apellidaron sus conciudadanos y nuestros Padres grandes nos han hablado de él, como del orador y poeta insuperable.

El discurso de ocasión a que hemos aludido fue pronunciado, por su autor, en la llegada a Pasto del Ilustrísimo Señor Obispo Manuel Canuto Restrepo; el Padre estaba ya muy anciano y habló en nombre de la Congregación. Helo aquí:

"Ilustrísimo Señor:

Por la triste cualidad de ser yo el más anciano entre los hijos de San Felipe Neri, que componen esta Congregación, me han hecho la honra de elegirme para que en su nombre dirija la palabra a V. S. I.; y lo hago con los sentimientos de aprecio y respeto que siempre he profesado al saber, a la virtud y al mérito verdaderos, y con la sumisión que debo al ilustre Jefe de la Iglesia pastopolitana.

Ilustrísimo Señor: con el placer que inspira la posesión de un bien, ardientemente y por mucho tiempo deseado, saludamos a V. S. I. y le felicitamos,

no solamente por su arribo a la capital de su Diócesis, sino también por verle ya en el campo que el Espíritu Santo le ha designado para su cultivo, y que es una parte de la Iglesia que el Hombre Dios adquirió con su sangre.

Recomendación grande, ciertamente, para dar un valiente esfuerzo al piadoso y magnánimo corazón de V. S. I. en los grandes y multiplicados trabajos que demanda el cultivo de este mismo campo, que V. S. I. tendrá que regar con sus sudores y con sus lágrimas.

Y si desde ahora consideramos a V. S. I. acreedor a nuestras más cordiales felicitaciones, es por la confianza que tenemos de que el extenso campo de esta iglesia, convertido en un hermoso regadío producirá opimos frutos de vida y salud, que serán otros tantos esmaltes que hagan más resplandeciente y preciosa la corona del excelente operario. Fúndase esta consoladora esperanza en las relevantes prendas con que la Providencia divina adornó y preparó a V. S. I. para la alta dignidad a que lo había de exaltar. Fúndase también en que esta excelsa dignidad no fue buscada, ni querida por V. S. I. sino más bien modesta y humildemente rehusada; y por eso creemos a V. S. I. comprendido en aquellas palabras que el Salvador dirigió a sus Apóstoles: "Non vos me elegistis; sed Ego elegi vos, et posuit vos ut eatis, et fructum aferatis, et fructum vester maneat; ut quodcumque petieritis Patrem in nomine meo det vobis."

Corrobora y afirma nuestro pensamiento la circunstancia muy notable que contemplamos en el instrumento de que el Señor se sirvió para verificar el ascenso de V. S. I. Ah! Este instrumento fue el Gran Pontífice Pío IX. Este sabio, diestro y celoso Piloto que Nuestro Señor se eligió para regir y gobernar a su Iglesia, en la época más borrascosa y difícil de cuantas esta misma Iglesia ha atravesado. Este instrumento fue ese Padre tierno que tiene en su corazón a todos los fieles, como a hijos muy

queridos. Este instrumento fue ese hombre verdaderamente grande, cuyo mérito sublime ha hecho salvar aquella regla o principio, generalmente recibido del Santo Obispo Máximo: "Lauda post vitam, magnifica post consumationem" pues en el estado de viador se le honra ya con el título de Magno.

No amplifico ahora esta circunstancia tan gloriosa para V. S. I. y de tanto consuelo para nosotros; pero no puedo callar otra no menos gloriosa y consolatoria, la de que V. S. I. es uno de aquellos felices y distinguidos devotos de María, que le ofrece en sus altares las flores de su corazón. –Y qué bien no podrá hacer V. S. I. en el alto puesto en que le ha colocado, no la ambición ni el deseo de engrandecerse, sino la benéfica Providencia del Señor Nuestro Dios, protegido por aquella Gran Señora sublimada por el Altísimo con el poder de Reina y enternecida con el amor de Madre?

Tampoco callaré esas penas y esos regocijos que menciona el Santo Profeta David en el Salmo 125 aplicables a los operarios evangélicos. –Con cuánto trabajo, con cuántas fatigas y congojas prepara el labrador el campo y riega su semilla adquirida, superando grandes dificultades? "Euntes ibant et flebant mitentes semina sua."

–Más, qué dulce consuelo se derrama en su alma, qué deleitable placer llena su corazón, cuando ese campo preparado con tantos trabajos, regado y abonado con el sudor de su frente, le ha producido abundantes y preciosos frutos, que en hermosas gavillas conduce a sus graneros! "Venientes autem venient, cum exultatione portantes manipulos suos."

Ilustrísimo Señor. –Por qué no podremos aplicar estas palabras divinas a la sagrada persona de V. S. I. en su carácter de alto operario en la Viña del Gran Padre de Familias?

Se las aplicamos Ilustrísimo Señor, y nosotros como Viña dichosamente encargada al cuidado de tan excelente operario, exclamamos llenos de entusiasmo:

Gloria, honor y bendición al Padre de las Misericordias y Dios de todo consuelo que nos favorece con tan grande bien! Loor eterno, eterna gratitud al Santo Pontífice Pío IX que realizó en nuestro favor los designios de la Providencia divina!

Larga vida y alta prosperidad al muy ilustre Jefe de la iglesia pastopolitana!"

En un discurso de ocasión que suele hacerse de una plumada no se puede medir toda la profundidad de un orador, pero en este sí se distingue la habilidad del escritor y su versación en las Sagradas Escrituras.

El Padre Guzmán era además de escritor de ejecutorias, gran teólogo. Solía dictar, en la Comunidad, conferencias, ya dogmáticas ya morales. El Padre Ramón María Jurado, autoridad en el asunto, confesaba –según lo diremos en su biografía– que a estas conferencias debía sus conocimientos en las ciencias teológicas.

El Padre Guzmán es además poeta y poeta verdaderamente inspirado Tampoco son muchas las obras que conocemos, pero basta y sobra con ellas para colocarlo en el puesto más destacado. Sus temas son todos místicos, como lo era su espíritu. Es claro y trasparente como el agua de las fuentes; suave y emotivo como las brisas. Aunque son tan conocidas sus *Letras*, debemos consignar aquí al menos la de la Santísima Virgen María. Si el nombre de María es de suyo más dulce que el panal, en los versos del Padre Guzmán esa dulzura alcanza sus tonalidades más suaves, porque se hace divina. Oigamos las Cinco Letras de María:

Mar de gracia eres María,
Madre de Dios, Madre nuestra,
Madre que al hombre se muestra
Madre tierna y Madre mía.

Aurora radiante hermosa,
Al Sol divino increado
Anunciaste, y Humanado
Lo diste al mundo, amorosa.

Ampara dulce María
A quien tu socorro implora,
Ampara, oh Gran Señora,
Esta alma que en tí confía.

Rosa eres sin espinas,
Rosa de suaves olores;
Reina de místicas flores
Riego de lluvias divinas.

Invicta Virgen María
Infernal poder venciste
Y con tu triunfo nos diste
Inclito honor y alegría.

5.—El Padre Guzmán tuvo un calvario casi toda su vida: los escrúpulos. En los últimos años este sufrimiento se le agudizó. No creyéndose digno de acercarse al Altar dejó de celebrar, pero entonces se arrastraba penosamente hasta la iglesia, donde oía infaliblemente la santa misa con la devoción más grande.

Infundía respeto verlo en cualquier rincón del presbiterio siempre pasando las cuentas de su rosario o en coloquios ardientes con el Santísimo Sacramento, sobre todo en la elevación.

Rayaba en los noventa y cinco años y no dejaba una sola de sus devociones: la visita al Santísimo Sacramento, el Rosario a la Santísima Virgen y la Santa Misa. Por último quebrantado por una persistente calentura, le obligaron a guardar cama, pero entre las mantas pasaba las cuentas de su rosario y dirigía fervorosas oraciones a la Madre de Dios. En los últimos días ya casi privado del uso de la razón, aún seguía pasando las cuentas de su rosario.

"Para morir, dice el Padre Aristides, hizo una petición al Señor bastante larga: pidió por el triunfo de la Iglesia, por el Romano Pontífice, por la Congregación de San Felipe y sus hermanos de Comunidad. Preguntó en seguida qué horas eran y habiéndosele contestado que era la una de la mañana (24 de octubre de 1895, día de San Rafael Arcángel), con voz medio apagada ofreció las obras del día y con ellas su muerte. Entonces dulce y tranquilamente durmió en el ósculo del Señor a la edad de noventa y cinco años, cinco meses.

Quedó su rostro tan agradable que las gentes que acudieron para llorar su muerte y venerar su cuerpo se acercaban a él paseídas de una devoción y ternura edificantes; quiénes le besaban los pies y las manos y otros a hurtadillas le cortaban los cabellos y ornamentos sagrados de que estaba revestido para guardarlos como preciosa reliquia.

A las diez de la mañana del veinticinco fueron las exequias. Asistieron a ellas: el Ilustrísimo Señor Obispo Manuel José de Cayzedo, el Vicario General, los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús, el Clero, el Señor Prefecto de la Provincia y una numerosa concurrencia. La ciudad de Pasto se enlutó durante tres días, porque además de haberlo hecho espontaneamente muchas familias, la autoridad civil ordenó enlutar la ciudad en señal del dolor que le afligía, por haber perdido un venerable sacerdote, que había sido uno de los fundadores de la Congregación del Oratorio y el lustre del Clero católico."

CAPITULO 8º

Algunos de los primeros filipenses

El Padre Manuel Lara.— El Padre Francisco Trejo.— El Padre Juan Enríquez.— El Hermano Salvador Cerón.— El Padre Nicanor Espinoza.— El Padre Raimundo Fajardo.— El Hermano José Díaz.— El Padre Gabriel Rojas Polo.

1.—El Padre Manuel Lara. Es muy poco lo que sabemos. Desde muy niño fue devoto de la Santísima Virgen, la visitaba todos los días en su iglesia favorita (1) y la llamaba su Esposa.

Para patentizarle este amor tuvo la feliz ocurrencia de pedir a su madre un poco de dinero con el cual hizo construír un anillo de oro. Cuando lo tuvo en su poder se fue calladamente a la iglesia de La Merced y con todo el amor puro de un niño lo colocó el anillo en el dedo de la Virgen, sellando de este modo sus místicos desposorios con élla.

Desde entonces se entregó por entero al servicio de Dios, sin permitirse ningún desahogo de los que tanto busca la juventud. Más tarde atraído por los ejercicios de piedad que practicaba el Padre de la Villota en la Ermita de Jesús Nazareno, pidió ser admitido entre los primeros discípulos de tan buen Padre, e hijos de San Felipe Neri.

---

(1) En la Merced

Cumplido su deseo, se presentó en la Ermita el 26 de noviembre de 1830 y con siete compañeros más fue admitido como miembro de la naciente Congregación por el Ilustrísimo Señor Obispo Doctor Rafael Lasso de la Vega.

A partir de aquí se consagró a la piedad, bajo la dirección de tan buen Maestro, perfeccionó sus estudios secundarios, estudió Sagrada Teología y ordenado sacerdote, luchó al lado del Padre Fundador para reconstruír la vida cristiana, trastornada por las discordias civiles en los comienzos de la república.

Se dice que fue émulo de las virtudes del eximio Fundador, que como él siguió siendo devoto ferviente de la Santísima Virgen, custodio insomne del Santísimo Sacramento e incansable en el tribunal de la penitencia.

El Padre Villota tenía tanto aprecio de su virtud que muerto el Padre Fajardo lo eligió para su director y confesor. También fue confesor muy solicitado de las principales damas de Pasto, a quienes no sólo confesaba, sino que con el mayor tino y suavidad llevaba a la perfección.

El Padre Manuel Lara murió a la edad de sesenta años, el 30 de diciembre de 1864, cinco meses después de muerto el Padre Fundador. Su muerte fue generalmente sentida, pero en especial por las damas a quienes había llevado a la virtud. Fue enterrado en la antigua iglesia de los Padres.

2.—También sabemos muy poco del Padre Francisco Trejo. Entró en la Congregación el 26 de noviembre de 1830; el mismo día en que el Ilustrísimo Señor Lasso de la Vega la declaraba instalada bajo las Reglas de San Felipe Neri.

Acabó de perfeccionar sus estudios bajo la dirección del Fundador y al ser ordenado sacerdote entró a formar parte de la falanje aguerrida que puso los

cimientos de la religiosidad en el sur, entre los fragores de las guerras civiles que sobrevinieron en los primeros años de la república.

Trabajó con los primeros filipenses para restañar las heridas abiertas por el odio fratricida y logró con ellos implantar la caridad de Cristo entre las diversas facciones en que estaban divididos nuestros conciudadanos.

Con Don Pedro Espada construyó una casa que llamaron *El Beaterio* y que estaba destinada a recoger a las jóvenes solteras que quisieran dedicarse al servicio de Dios, bajo la observancia de algunas prácticas ascéticas. *El Beaterio* por voluntad de sus dueños pertenecía a la Congregación de San Felipe Neri y a él vinieron más tarde las Reverendas Madres Conceptas, cuando fueron arojadas de su convento y les arrebataron todos sus bienes.

El Padre Trejo murió en el servicio de la Congregación y fue sepultado en el templo, como entonces se acostumbraba.

3.—El Padre Juan Enríquez nació y se formó en la ciudad de Pasto. Ya era sacerdote cuando entró en la Congregación el 20 de febrero de 1834. Sus costumbres habian sido intachables y ardía en celo por la salvación de las almas, por cuya razón nuestro Fundador no tuvo inconveniente en contarlo entre los obreros de la magna empresa en que estaba empeñado.

Por una comunicación del Ilustrísimo Señor Jiménez, Obispo de Popayán, se corrobora este concepto. En los confusos tiempos del año de 1840 dicho Señor Jiménez reprende a su Vicario en Pasto, Don Juan Ignacio Astorquiza, por haber suspendido al Padre Juan Enríquez, y concluye: "...dicho eclesiástico es el más recomendable para mí, en nada se ha mezclado, ni es capaz de meterse en cosa alguna, sino en encomendarnos a Dios..."

El Padre Enríquez trabajó con el Fundador y los primeros filipenses en la reconstrucción religiosa y moral del sur; se distinguió por su celo y caridad en el terremoto del año 34, consolando a los afligidos habitantes de la ciudad y socorriéndolos en todas las formas que le era posible. Acompañó en las misiones que se dieron en Pasto y otras poblaciones con motivo de los terremotos.

Murió con muerte edificante el 22 de julio de 1841. Sus restos fueron enterrados en la antigua iglesia de la Congregación.

4.—El Hermano Salvador Cerón, compañero y confidente del Fundador. Había nacido en San Pablo, Viceparroquia entonces de la Cruz del Mayo, Deócesis de Popayán. Su familia era muy pobre, pero honrada. Habiendo oído hablar de las virtudes de Padre de la Villota y deseoso de perfección se vino a Pasto y se puso a los pies del Fundador.

El Padre le recibió como Hermano lego en julio de 1837 y para experimentarlo lo puso a servir a los congregantes en el refectorio. En poco tiempo pudo apreciar su rectitud, seriedad y demás virtudes, que le granjearon toda su confianza y aprecio.

Por sus manos pasaban las limosnas que tanto la Comunidad como el Padre de la Villota hacían a los pobres y él manejaba sin restricciones todas las cosas de la Casa.

Se sabe que el Hermano Cerón acompañó al Padre Villota desde el año 1837 hasta 1864; que el Fundador lo amó entrañablemente y depositó en él toda su confianza. El Hermano le correspodió en la misma medida: le amó como a verdadero Padre y le sirvió con la veneración y el cariño de hijo.

Por esta intimidad edificante el Hermano llegó a conocer los secretos de la mística y a seguir de cerca las pisadas de su Maestro. Era hombre de oración mental y sabía buscar en ella la solución de todas las dificultades.



Hermano Salvador Cerón, C. O.

Piadosísimo en la oración vocal, siempre se le veía pasando las cuentas del rosario o entregado en su celda a la lectura de algún libro devoto. Era cariñoso con los muchachos que asomaban por el convento y sabía atraerlos con bellas estampas o con una buena revanada de pan. Nunca despachó a los pobres con semblante desabrido, al contrario se valía de todos los medios para socorrerlos materialmente e inducirlos a la resignación.

En el retrato que se conserva en la sala del Convento revela esa virtud interior que poco a poco fue adquiriendo en el Oratorio y de la que existen hasta ahora los mejores recuerdos. Murió a la edad avanzada de 120 años el 1° de octubre de 1880. Antes

de morir rindió su declaración jurada sobre la vida y virtudes del Venerable Fundador.

5.—El Padre Nicanor Espinoza. Nació en esta ciudad en el año de 1796. Su familia, que hasta ahora existe se distinguió siempre por su piedad y laboriosidad. Se formó en las escuelas de la ciudad y más tarde llamado al sacerdocio estudió Sagrada Teología hasta coronar sus anhelos con la ordenación sacerdotal. Bien pronto solicitó su admisión en la Comunidad, logrando su empeño en 5 de enero de 1839.

En las falanjes nerianas se distinguió siempre por su constancia en el púlpito y en el confesonario y sobre todo por la piedad y santo respeto con que trataba las cosas de Dios.

Intervenía con el mayor empeño en todas las obras emprendidas por el Fundador y le sucedió a éste en el empleo de Cronista de la Congregación. Las Crónicas que nos ha dejado escritas, en excelente letra, campean por su sencillez y sobre todo por su piedad. Todos los acontecimientos aún los adversos, los atribuye a la piadosa mano del Señor del Río, para quien redundan en honor y alabanza. Pinta en éllas con toda exactitud los aciagos tiempos del año 1840, en que nuestra Congregación pasó por las pruebas más duras; siendo expulsado de su seno el mismo Fundador. Se lamenta en tono patético por el incendio de 1847 y canta un himno de alabanza por la reparación casi inmediata de nuestro templo.

El Padre Espinoza fue dueño de una cultura bastante envidiable que supo adquirir en los momentos que le dejaba libre su ministerio. Competente en Filosofía, docto en Teología; ciencias que además sabía comunicar a sus discípulos con facilidad y con placer, como lo hacen los buenos pedagogos. En esta tarea le ayudaba su carácter suave, casi siempre inclinado a perdonar las imperfecciones humanas.

Por estas dotes era muy estimado de la sociedad y su muerte fue muy lamentada. El Padre Espinoza murió víctima de la caridad, con una fiebre perniciosa que contrajo auxiliando a los apestados.



R. P. Nicanor Espinoza, C. O.

El Padre de la Villota, tan resignado en todos los acontecimientos adversos, al ver que expiraba el Padre Espinoza dijo muy entristecido:

-"Ay! Se me ha cortado el brazo derecho!"

Su muerte que tuvo lugar el 13 de febrero de 1856, fue la de los justos. Sus despojos -después de un funeral muy pomposo- se depositaron en la iglesia de la Congregación.

6.—El Padre Raimundo Fajardo, pariente de la familia de este apellido. Nació en la ciudad en el año de 1797. Hizo su instrucción primaria en las escuelas de la ciudad, y la secundaria en el Colegio

Provincial. Más tarde inclinado al sacerdocio estudió sagrada Teología y una vez habilitado se ordenó de sacerdote. No creyéndose seguro en el siglo entró a la Congregación el 12 de mayo de 1839.

Era de carácter dulce, razón por la cual sus contemporáneos afirmaban que carecía de hiel. Ya en la Congregación desplegó las alas de su piedad y se entregó de lleno a la salvación de las almas, bajo la dirección del Santo Fundador. Que era muy hábil en el arte de las artes –como llaman los místicos a la dirección de las almas– lo prueba el hecho de que el mismo Fundador lo tuvo como confesor y director hasta la muerte.

El Padre Fajardo murió a la edad de sesenta años el 12 de octubre de 1857 Fue su muerte muy sentida por los congregantes y por las gentes que le habían conocido íntimamente. Se lo enterró en la iglesia de la Comunidad, como entonces se hacía con todos los congregantes.

7.—El Hermano José Díaz. Nació en Chachagüí, Corregimiento del Distrito de Pasto, el año de 1807. De familia pobre, pero honrada y laboriosa que supo inculcarle los mejores sentimientos de piedad. Llevado del deseo de consagrarse por entero a Dios y habiendo oído hablar de las prácticas edificantes de nuestra Congregación, pidió ser admitido en élla, el 12 de mayo de 1839.

Una vez en la Congregación fue modelo de todas las virtudes especialmente en la humildad, oración, caridad y mortificación.

Se cuenta que un día el Ministro de la Congregación le reprendió con aspereza, por una de esas equivocaciones que suelen ser frecuentes en la vida de Comunidad. El Hermano Díaz –no obstante su inocencia– recibió el regaño con serenidad y tan pronto como el Padre hubo terminado, se arrojó a sus plantas y le pidió perdón por el disgusto que había tenido.

Aunque sin letras había aprendido el arte difícil de la oración mental y se entretenía en élla con grande provecho de su espíritu. Era de corazón bondadoso; no podía ver los sufrimientos ajenos sin sentirse conmovido y listo a remediarlos. En los propios dolores era resignado; siempre les hizo frente con valor y paciencia.

Fue hábil para la pintura y escultura, sin que pasase de mediano. Repuso todas las imágenes que se quemaron en el incendio de 1847; retocó y puso colores a la imagen del Señor del Río, sin que perdiera nada de su primitiva belleza; pintó en pared los cuadros del Señor del Río que existen en Migitayo y Franco-Villa y muchísimos otros en lienzo, algunos de los cuales todavía existen. Grabó en acero las imágenes de la Santísima Trinidad, de Jesús del Río, de San Felipe, de Nuestra Señora de la Cueva Santa y otras más, que andan dispersas.

Como padecía una enfermedad grave y sus familiares quisieran atenderlo, para que se repusiese pronto, los superiores consintieron en que se fuese a una finca de sus padres en Chachagüí, donde murió a la edad de 50 años, el 13 de junio de 1857.

8.—El Padre Aristides, en su Historia de la Congregación, escribe del Padre Rojas Polo, lo siguiente:

"El día 5 de mayo de 1894, a las once de la mañana fue el trance de esta vida mortal a la eterna del M. R. P. Gabriel María Rojas Polo, miembro distinguido de la Congregación Neriana de Pasto y uno de sus mejores ornamentos.

Más de cuarenta años fue filipense que edificó esta casa con el ejemplo de sus virtudes sacerdotales, celo apostólico y extricta observancia de la regla de nuestro Instituto. El Padre Rojas Polo gozó aquí y afuera de fama de consumado orador sagrado. En efecto poseía notablemente el dón de la palabra, facilidad en la elocución, respetable presencia, erudición

en la Sagrada Escritura, los Santos Padres e Historia Eclesiástica; todo acompañado de celo ardoroso y energías de pocos igualadas; asiduo predicador y confesor, a pesar de los achaques de la vejez, no abandonó jamás estos ministerios, inclusive la oración mental y vocal –propio de nuestro Oratorio– hasta las vísperas de su muerte.

En efecto en la tarde del 1° de mayo con motivo del santo mes de María, subió al púlpito e hizo una recapitulación de las devociones salvadoras de las almas Jesús, María y José, cuyas cofradías o asociaciones están canónicamente erigidas en nuestra iglesia. Los días siguientes –como de costumbre– asistió por las mañanas al confesonario y en la tarde al ejercicio del santo mes de María. En la tarde del cuatro, primer viernes, recibió la bendición con el Santísimo Sacramento, que había estado expuesto durante aquel día, confesó algunos Padres de la Casa y luégo se retiró a la celda.

Al otro día, cinco de mayo, notando los hermanos del Oratorio que no había madrugado a celebrar –según su costumbre– se acercaron a la celda y le encontraron en estado agónico. Inmediatamente dieron parte al superior y demás congregantes, quienes acudieron a administrarle el Santo Viático y la Extremaunción. Al terminar estas ceremonias, antes de retirarse el Santísimo de la celda, plácidamente entregó su espíritu al Creador.

El triste clamoreo de las campanas del Oratorio pronto anunció a los fieles el inesperado fallecimiento de este benemérito sacerdote. Llenáronse el templo y la Casa de inumerable concurso, no sin llenarnos de lamentos y alaridos. En la tarde del indicado día, después de la distribución del Santo mes de María, fue conducido su cuerpo a la iglesia para el otro día celebrarle las exequias. A estas concurrieron el Ilustrísimo Señor Cayzedo, el Vicario General, los Reverendos Padres de la Compañía de Jesús, el Clero,



R. P. Gabriel Rojas Polo, C. O.

los Magistrados y numeroso público. A la una de la tarde de aquel día se le dió sepultura en la iglesia de Jesús del Río."

CAPITULO 9°

R. P. Ramón María Jurado

Nacimiento.— Estudios y ordenación.—Su entrada a la Congregación.— Viaje a Lima y su regreso.— Prepósito de la Congregación.— Destierro, regreso y actividades.— Virtudes del ilustre filipense.— Ultimos años.— muerte y honores.

1.—El Padre Ramón María Jurado nació el 28 de junio de 1829. Sus padres, Don Fernando Jurado y Doña Gabriela Bravo, estaban adornados de las mejores prendas, razón por la cual el niño cultivó desde su más tierna infancia la virtud. No había hogar entonces en Pasto donde la piedad, el amor entrañable a la Santísima Virgen de Mercedes no fueran el sentimiento más arraigado; de aquí que Ramón María sintiese atracciones irresistibles al bien y lo practicase sin dificultad.

Aunque recto y bien inclinado no dejaba de ser travieso como todo los niños de complexión sana y vigorosa. Se cuenta que en cierta ocasión estaba una hermosa yegua amamantando a su potrillo; el niño concibió la idea de sacarle leche –como había visto les sacaban a las vacas– y se metió debajo del animal y empezó la operación. La yegua, que no estaba para bromas, lo arrolló con la pierna y lo arrojó unos cuantos metros de distancia. Una señal que llevaba

en la frente le sirvió toda la vida para corregir en los niños esa travesura connatural que los empuja a empresas temerarias.

La instrucción primaria la hizo en las escuelas de la ciudad, donde asistía siempre con la mayor puntualidad y se distinguía por su amor al estudio y la mayor obediencia a los maestros. Los estudios secundarios no sabemos donde los hizo, pero es de creer que asistiría al Colegio Provincial o Académico y que después, cuando se decidió por la carrera del Sacerdocio, recibiera lecciones de algún sacerdote docto, como se estilaba en aquellos tiempos, por no haber todavía Seminario y haberse disuelto los franciscanos que antes formaran al Clero. Tampoco consta, de manos de quién recibiera la ordenación sacerdotal. Pero desde 1849 hasta 1860 fue Obispo de Pasto el Ilustrísimo Señor José Elías Puyana, como auxiliar del de Popayán, hasta el 59 y como titular hasta el 60, es de creer que el Padre Jurado fue ordenado en el 55, por el Señor Puyana.

2.—Su entrada a la Congregación la cuenta el Padre Aristides en los siguientes términos: "El 16 de julio de 1856 se presentaba al venerable Fundador de la Congregación, del Oratorio de esta ciudad, un sacerdote joven, que había renunciado varios puestos eminentes en la cleresía, con los cuales quería honrarlo su bondadoso Obispo, el Ilustrísimo Señor Puyana, conocedor de las virtudes y ciencia del nuevo levita, quien ya desde entonces lucía como lámpara en el santuario del Señor. Era el Presbítero Don Ramón María Jurado.

Educado desde niño en la escuela de la oración, en élla había aprendido a menospreciar las honras y dignidades; por esto el cargo de Párroco que, por algunos meses desempeñó con escrupuloso tino y laudable prudencia, le pareció superior a sus fuerzas y le hizo estremecer la consideración de los peligros que le rodeaban, juntamente con la estrecha cuenta que de ello le tomaría el Supremo Juez.

Dirigióse decididamente al Oratorio de San Felipe Neri, mirándolo como tabla de su salvación, y, postrándose a los pies del Reverendo Padre Prepósito, Francisco de la Villota, con lágrimas en los ojos y por amor de Dios, le suplicó se dignara recibirle en aquella bendita Casa. El anciano Superior, por cierta intuición secreta, reconoció en el joven postulante grandes prendas personales, adivinó lo que sería en el Instituto, y sin vacilación –estrechándole contra su pecho– lo admitió y contó en el número de sus hijos predilectos.

La Congregación del Oratorio era por entonces un núcleo brillante de ascetismo acendrado. Algo así como en Roma acudían en torno de Felipe Neri los insignes prelados, religiosos, doctores y sujetos distinguidos, con el objeto de aprender de aquel gran maestro del espíritu, la ciencia de la vida; de la misma manera penetraban en la reducida celda del Cenobita Villota, los individuos más conspicuos en virtud y letras, para aprender de él la doctrina santificadora de las almas. En la época a que nos referimos ilustraban con sus virtudes y talentos los claustros de San Felipe, los Reverendos Padres Manuel María de Guzmán, *el Orador del Sur;* Raimundo Fajardo, padre espiritual del eximio Fundador; Gabriel María Rojas, notable morolista y orador de nerviosa palabra; Rafael Caicedo, de carácter columbino y suavísima unción; José María Zambrano, alma generosa y empresaria; el Doctor José María Yerovi, varón letrado, que reclama el honor de los altares. A esta selecta falanje de fervorosos oratorianos se asoció el Presbítero Ramón María Jurado..." (Historia de la Congregación.)

Una vez instalado en la Congregación el Padre Jurado se dedicó por entero al cumplimiento de sus deberes como filipense: la oración, el estudio y la salvación de las almas.

Como el Padre de la Villota, el Presbítero Jurado, dedicaba muchas horas del día y de la noche a la oración mental y vocal. Preparaba sus puntos de

meditación y era puntual en desmenuzarlos despacio con la deleitación del que conoce esas *sendas ignoradas*. El tiempo restante lo empleaba en el estudio, la preparación de sermones y el confesonario. De aquí el fruto que hacía su palabra en las almas y ese grande experiencia para tratar de ciertos temas que suelen ser escollo para los sacerdotes poco experimentados. Sus libros preferidos fueron las: Sagradas Escrituras, los Santos Padres de la Iglesia, los Concilios, la Historia Eclesiástica, sin que alguna vez no tomara en sus manos algún libro profano, como auxiliar de sus empresas. Sirvieron mucho a su cultura eclesiástica las conferencias morales que acostumbra la Congregación todos los días, menos los jueves y domingos, en la comida de la tarde.

Por aquellos tiempos dictaba conferencias de moral, ascética y liturgia el Padre Manuel María de Guzmán, y el Padre Jurado confesaba que a las conferencias morales del Oratorio y a las exposiciones del Padre Guzmán debía todos sus conocimientos de las ciencias eclesiásticas.

3.—Cuando el Padre Jurado se había hecho dueño de una cultura eclesiástica bastante completa y sabía utilizarla con el celo y la competencia más grande en el púlpito, en las conversaciones y en el confesonario, estalló una persecución, al descubierto, contra la Iglesia Granadina.

Un ministro de Jesucristo no podía permanecer mudo ante los decretos de Tuición, Desamortización de bienes de manos muertas, Expulsión de los Jesuítas, Extrañamiento del Internuncio de su Santidad y otras medidas inconsultas del Gobierno, por los años de 1861, 62 y 63.

"Los Reverendos Padres Zambrano y Jurado, de modo especial, escribe el Padre Aristides, tronaron desde la cátedra contra los atentados de la inmunidad eclesiástica. Su ardoroso celo les mereció ser señalados con el dedo del genio irritado de la tormenta, y para evitar sus fatales consecuencias, resolvieron abandonar

eventualmente la Congregación; marcharon, el primero a Quito y el segundo a Lima, donde se recogió en casa de los Padres filipenses hasta 1865, año en que regresó a su amada Congregación".

Según tenemos averiguado este viaje no se realizó con el beneplácito de la Congregación, ni fueron forzados a él por decreto de extrañamiento. El Padre Jurado quizá con el deseo de ejercitar su celo en el campo neriano se albergó en la casa de los filipenses, pero tuvo la mala suerte de encontrarlos en difícil situación pecunaria: los Padres no podían hacer mesa común y tenían que acudir a los hoteles o a las casas particulares y ésto naturalmente hacía nula la vida de Comunidad.

Con todo, el Padre Jurado no quiso alojarse en otra parte y pasó las mismas contigencias de sus hermanos y muchas veces hasta dejó de comer para no exponerse a los peligros que podía correr fuera de la Casa.

Desde su llegada a la ciudad de los Virreyes se dedicó a la predicación, al asiduo confesonario, no abandonó su oración ni el estudio, lo que le valió la estimación de las gentes de bien. Una Señora, cautivada por las excelentes cualidades del Padre Jurado y sabiendo que se hallaba en las mayores dificultades, le ofreció generosamente servirle la comida desde su casa.

El Padre Jurado permaneció en Lima como seis meses al cabo de los cuales resolvió regresar a Pasto y a la Congregación. Escribió reiteradamente al Padre Guzmán -que era el Prepósito- pero este, inexorable, siempre le dió la negativa. Hay que advertir que el mismo Fundador antes de morir había pedido a los Padres que si el Padre Jurado regresaba, lo recibieran inmediatamente; tal era el concepto que tenía de las prendas del ilustre sacerdote que había abandonado la Congregación, quizá llevado del deseo de mayor perfeccionamiento.

A pesar de las negativas, el Padre Jurado regresó a Pasto y a su amada Congregación. No sabía el modo de introducirse, pero Dios prevería. Cuando estuvo en las goteras de la ciudad, el peón le preguntó: Dónde descargo las petacas; en su casa o en el Convento! Entonces -según contaba después- sintió un impulso irresistible y contestó al mozo: -Descarga en el Convento. Al acercarse, venía hablando consigo mismo: Te rechazan y tú empeñado en llegar a tu Convento. Cuando estuvo en la portería, penetró como en su casa y nadie le puso obstáculo, ni le pidió explicaciones. Siguió viviendo su vida de antes y desplegando con mayor energías sus grandes actividades en beneficio de las almas.

4.—A los tres años completos de su regreso, la Congregación concibió la idea de levantar un nuevo templo, porque el antiguo, levantado por el Padre de la Villota, ya era insuficiente para contener el sinnúmero de gentes que lo frecuentaban. Y como la Congregación había aumentado su personal y por lo mismo intensificado sus labores se hacía necesario otro templo.

Consultados los pareceres todos los Padres resolvieron comisionar a los Padres Ramón María Jurado y José María Zambrano para que solicitaran limosnas y se proveyeran de todos los elementos para iniciar la obra. En tal virtud el Padre Jurado- que gozaba de mucha estimación en la ciudad y en los pueblos circunvecinos, empezó a moverse, llegando a reunir en poco tiempo cantidades de consideración y ofertas de materiales suficientes para que la obra marchase sin tropiezos. Los comisionados recorrieron el departamento de Nariño, gran parte del Cauca y algunos lugares del Ecuador, donde el Padre Jurado era muy conocido y estimado.

Ya hemos referido, en la primera parte de esta obra, cómo el Señor Tejada -por cariño a la Congregación- se opuso a que se iniciara los trabajos del templo y cómo después el Vicario Señor Rafael Cabrera bendijo los cimientos y se empesaron los trabajos con el mayor entusiasmo.

En su viaje al Ecuador el Padre Jurado se trajo el notable ingeniero constructor Don Mariano Aulestia, quien hizo los planos y empezó a realizarlos el 8 de diciembre de 1869.

Como puede adivinarse el Padre Jurado era el alma de las actividades de la Casa no sólo en lo que se refería al templo sino de todos sus actos: misiones, ejercicios de La Piscina, predicación de la divina palabra en el templo, confesonario, etc. En vista de todo esto la Comunidad –sin retincencias de ninguna clase– le nombró como Prepósito el 31 de diciembre de 1869.

Una vez al frente de las actividades de la Congregación el Padre Jurado concentró todas sus energías a la realización de la magna obra comenzada.

"Con su elocuente voz y genial gracejo levantó inusitado entusiasmo en la ciudad y pueblos circunvecinos; con destreza inimitable hace abrir las arcas del avariento, trocándole en pródigo. Los pobres le presentan para la Casa del Señor la única alhaja que poseen; las mujeres, a semejanza de las hebreas, se despojan de su gargantillas, de sus aretes y anillos; los campesinos en festivas turbas le traen los materiales. En una palabra, el nuevo Prepósito tiene la magia seductora de ganarse los corazones. Para todos y cada uno tiene en sus labios una palabra benévola, un chiste agudo, una ocurrencia felicísima.

Obra de su sabia dirección es también la Casa de Ejercicios, costeada –como ya hemos dicho– por los esposos Don Juan Ramón Revelo y Doña Rosario Paredes. El Padre Jurado al conocer las bellas prendas de estos excelentes esposos, los dirige con clarividencia y los encadena a la obra que ha dado más gloria a Dios y a la Congregación.

5.—Ya hemos referido detenidamente el destierro que tuvo que sufrir nuestra Congregación en el año 1877, aquí queremos únicamente destacar la

actuación del Padre Jurado, como Superior de la Casa y como Sacerdote integérrimo, sin miedo y sin tachá.

Como gobernara el partido liberal, muchos de sus representantes no podían olvidar las tremendas catilinarias que el celoso sacerdote había dirigido desde el año 1861 contra las medidas hostiles a la Iglesia. Algunos *liberales* hacían circular en corrillos que llegada la oportunidad se vengarían del *atrevido que había tenido la osadía de cantarles la verdad.* Y la oportunidad se llegó con los tratados que los dos partidos celebraron en el Tablón de Gómez, según los cuales los liberales pudieron entrar en la ciudad, en el mes de junio de 1877.

No había pasado un mes y las amenazas tuvieron su fiel cumplimiento. Cuando la Congregación hacía tranquilamente sus retiros mensuales, el 2 de julio del mismo año, apresaron al Padre Jurado, al Padre Guzmán y al Padre Gabriel Rojas Polo y los extrañaron del territorio el 4 del mismo mes. A los demás Padres les *dió garantías* el Jefe Municipal Don José Guerrero y les mandó que abandonaran la Congregación, porque el Gobierno ya no la permitía.

El Padre Jurado no era de los que se amilanaban con una contrariedad. Sin creer que el destierro sería perpetuo, planeaba las actividades futuras de la Congregación. En 1779 a su regreso del destierro se trajo a Don Benigno Orbegozo y realizó el mejor sueño de su vida y de sus veladas de desterrado: el Colegio de San Felipe Neri.

Ya sabemos lo que hizo cuando entró de nuevo en posesión de su cargo en esta Congregación: reconstrucción moral por medio de los ejercicios de La Piscina, el ministerio de la iglesia; construcción intelectual por medio del Colegio y formación de auténticos ministros de Jesucristo, de aquellos que no llevan sus credenciales en la propaganda, sino en el cerebro y en el corazón.

6.—Fueron muy relevantes las virtudes del Padre Ramón María Jurado. Las tuvo naturales y sobrenaturales. Entre las primeras trataremos únicamente de la firmeza de su carácter, de su conocimiento del corazón humano, de su don de gobierno y de su exacto cumplimiento del deber.

a) Su firmeza de carácter se podía admirar en todos sus actos: siempre que se proponía hacer alguna cosa la terminaba, por graves que fueran las dificultades que se le presentaran. En la recolección de las limosnas para el templo tuvo que sufrir algunas incomprensiones; hubo quien dijera que se enriquecía personalmente a espaldas de la obra; otros afirmaban que siendo la obra de tantas proporciones no debía contribuirse a ella, porque jamás se realizaría; otros que la limosna no debía darse a los filipenses, que no eran religiosos mendicantes, sino a los que lo eran... En fin sabido es que el diablo se vale hasta de los buenos para estorbar las obras de Dios; pero el Padre Jurado nunca se desalentó: antes de ser Prepósito puso todo el interés en la recolección de fondos, porque sabía que la suma de centavos hace los capitales; después de ser Prepósito redobló su actividad y tuvo palabras tan presuasivas que revivía la llama del entusiasmo donde quería apagarse.

Su firmeza de carácter la mostraba en su conducta personal. Siempre rectilíneo, siempre celoso de su dignidad de sacerdote y de Superior de una modesta Comunidad, destinada por Dios y su Fundador para trazar derroteros seguros a un gran pueblo.

Y esa firmeza de carácter la exigía de sus súbitos y aún de sus superiores. Bastaría referir dos casos concretos, entre muchísimos que cuentan los que tuvieron la suerte de vivir a su lado. El primero se refiere a tres aspirantes a la Comunidad que estando en el presbiterio ayudando una misa cantada no tenían –en concepto del Padre Jurado– toda la compostura que requiere un acto tan divino. Entonces el Padre les dice, levantando la voz:

–Cómo es posible hermanitos que estando delante de Dios os portéis de esa manera? Los ángeles que son criaturas purísimas tiemblan en su presencia y se cubren el rostro con sus alas!

Terminada la misa los llamó a la sacristía, donde absorto en sus meditaciones permanecía cerrado los ojos. Los jóvenes seminaristas esperaban de pies la continuación de la reprimenda. Pasado algún tiempo en esta actitud uno de éllos, el más travieso, se acercó a un ropero y tomando un cíngulo, como incensario, incensó tres veces al Padre; en la última vez, el extremo del cíngulo le tocó la nariz y entonces abriendo los ojos comprendió la burla. Lleno de santa indignación dijo:

–Válgame Dios, burlándose del pobre viejo!

Después los llevó al confesonarió y allí en presencia de las beatas les hizo un sermón sobre el respeto que se debe tener a las cosas santas, especialmente al Santo Sacrificio de la Misa y del respeto que se debe profesar a los superiores y especialmente a los ancianos.

Siempre que debía regañar llamaba a los súbditos al confesonario y allí entre lamentaciones e invocaciones de los nombres de Dios y de los santos corregía todas las irregularidades de los congregantes. Imprudencia? Quizá. Pero todo marchaba recto y todos temían cometer la más leve falta por temor de disgustar al Padre Jurado!

El segundo caso que demuestra su firmeza de carácter se refiere a un sacerdote respetable de la Congregación. Es el caso que este sacerdote se comprometió a decir una misa en la Catedral y olvidó pedir el permiso –como se acostumbra– a la mañana siguiente, como el Padre Jurado no se levantaba temprano, el sacerdote en referencia se marchó, con la esperanza de que no se notificaría.

Apenas había regresado fue llamado a la celda del Padre Jurado y se inició este interrogatorio:

El Padre Jurado -Padre mío, celebró esta mañana?

El Sacerdote -Si Padre, celebré.

El Padre Jurado -Dónde celebró mi padre? Porque aquí no celebró.

El Sacerdote. -Padre, perdónome, me comprometí a celebrar en la Catedral y no pude pedirle oportunamente permiso.

Una tremenda filípica en la que el superior trazaba las normas de la vida de Comunidad, vida de sujeción, de esclavitud a las Reglas, fue el remate de este interesante diálogo en el cual tenemos que alabar tanto la entereza para corregir como la humildad del súbdito para recibir la corrección.

Dijimos que esa misma firmeza de carácter exigía de sus superiores y esta afirmación está respaldada con muchísimos hechos. Nadie más sumiso para sujetarse al Prepósito, cualquiera que el fuese, pero cuando éste aflojaba las riendas -con la mayor mesura- el Padre Jurado le reclamaba. Cuando en 1900 -en vista de sus años y de sus enfermedades- los Padres le remplazaron con el Padre Federico Guerrero, el Padre Jurado no pude tolerar que este hiciera concesiones que no se habían acostumbrado. Dicho sea en honor del Padre Guerrero, las concesiones no llegaban a relajar la regla, pero el anciano venerable quería que todo marchase con esa encomiable estrictez con que él había conducido a la Congregación.

Y aquí es del caso comentar: nuestra Regla es suave y flexible, como era el carácter de nuestro Padre San Felipe, pero el Padre Francisco de la Villota y el Padre Jurado le quitaron un tanto esa suavidad y flexibilidad en apoyo del orden y la estrictez. Por esta razón el Padre Posada S. Jesuíta -con la mayor agudeza- decía de las prácticas de la Congregación que eran *ramonadas y jureradas.*

Sin embargo esas *ramonadas* formaron sujetos tan recomendables, que hasta ahora se los recuerda y se los cita como modoladores de la vida filipense.

b) El Padre Jurado fue el oráculo de su tiempo, porque Dios lo había dotado del conocimiento más perfecto del corazón humano. Por este conocimiento le fue fácil arreglar todas las diferencias de dentro y fuera de la Congregación.

Dentro de la Congregación estaba enterado absolutamente de todo: del carácter y lás inclinaciones de sus súbditos, de sus debilidades y de sus arrestos. Le bastaba llamarlos a su celda y todo se arreglaba como por encanto. Si algunos no se resentían por su demasiada franqueza, el Padre tenía tanta habilidad que bien pronto le hacía reconocer su falta. Siempre estuvo del lado del débil, lo que constituye una de las dotes más difíciles de gobierno. Supo castigar y premiar. Castigaba hasta con el látigo, como ya hemos referido en la primera parte, y premiaba con sus palabras de estímulo y no pocas veces con obsequios de consideración.

Y pongamos aquí un caso concreto: El Padre Néstor María Ordóñez era un sacerdote ciento por ciento filipense; apegado a su Comunidad, como el hijo más amante de su madre; un talento de primer orden y de una preparación poco común. Cuando empezó a lucir en la sociedad, cuando honraba a la Congregación en el Rectorado del Académico, el Padre Jurado empezó a temblar. Con prudencia se lo advertía. Mas tarde dejó de ser superior, el Padre Guerrero que le había sucedido estaba en Pasto y el Padre Jurado con algunos sacerdotes -y entre ellos el Padre Néstor- estaban en Franco-Villa. Desde esta hacienda el Padre Néstor escribió una carta al Padre Prepósito pidiéndole permiso para viajar a Bogotá, donde quería perfeccionar sus estudios y recibir un grado con el cual daría más honra a la Congregación. El Padre Prepósito le consultó el caso al Padre Jurado, por medio de una carta, y este le suplicó que negara el permiso y llamara al Padre Néstor a Pasto. Así las

cosas, cuando los Padres regresaban de la temporada y estando en Buesaco, camino de Pasto, el Padre Néstor desapareció; se había marchado a Bogotá.

Alguno dirá que si se hubiera concedido el permiso el Padre Néstor habría regresado a la Congregación. Todo eso es problemático, lo único seguro es que el Padre Jurado sabía perfectamente que los honores y el dinero son la tentación más fuerte que puede tener un filipense.

No sólo supo el Padre Jurado arreglar las diferencias de su Congregación, su influencia se extendía a todos los gremios sociales; como ya referimos él fue el árbitro hasta de las cuestiones políticas. Los personajes más influyentes venían a su celda y nunca salieron sin orientaciones seguras; él arreglaba las diferencias y apagaba el fuego que amenazaba consumir los hogares. Bastaba que supiese que alguna persona tenía un defecto perjudicial a la sociedad ya lo llamaba para aconsejarlo. Se cuenta de un señor muy ilustrado frecuentaba nuestro Oratorio y gustaba de escuchar todos los sermones. Supo el Padre que dicho Señor despedazaba a los oradores con razón o sin ella; lo llamó a su celda, lo corrigió con la mayor mesura, haciéndole ver que las mejores prendas de talento y de sabiduría se hechan a perder por los pecados de la lengua. Dicho Señor no volvió a escuchar los sermones de nuestra iglesia, pero aceptó humildemente las correcciones del Padre Jurado.

Gozaba de tánto prestigio que los eminentes Prelados que gobernaron la Diócesis de Pasto durante la vida del Reverendo Padre Jurado, entre otros los Señores Restrepo, Velasco, Caicedo y Moreno Díaz, cuando lo visitaban no sólo lo hacían con respeto y cariño sino hasta con veneración, y acataban sus conceptos. Y el Reverendo Padre Luis Muñoz, miembro notable de la Compañía de Jesús, que lo visitó después de su regreso de España quedó tan edificado y encantado de nuestro Prepósito, que decía que se admiraba que no hubiera sido el Padre Jurado el

verdadero Obispo de la Diócesis. Pero ya se sabe que "nadie es Profeta en su tierra". Según la expresión del divino Salvador.

c) Después del Fundador ningún filipense ha sido tantos años superior de la Congregación y sin duda ninguno ha ejercido el cargo con más eficacia y más honor para la Casa como el Padre Jurado.

Su grande autoridad es proverbial entre nosotros: bastaba una simple insinuación suya para que todo se cumpliese conforme a su deseo. Esta prontitud en la obediencia dependía de dos cosas: de su firmeza nunca desmentida y de su ejemplo para practicar lo que mandaba. Queremos referir un hecho entre mil, que prueba el respeto que se le tenía: debiendo ordenarse uno de nuestros hermanos y no habiendo Obispo en Pasto, el Padre Jurado resolvió llevarlo él mismo a Ibarra, en compañía de otro sacerdote joven. Entonces se hacían los viajes a caballo. Cuando estaba ya cerca de llegar a Ibarra, el ordenando dice al joven sacerdote: He traído de Pasto un frasco con un poco de aguardiente, si S. R. quiere podemos tomarnos una copa. Imposible, contesta el sacerdote, en presencia del Padre Jurado! Más adelante, por esas contingencias de los viajes a caballo, el Padre Jurado se adelanta y los otros dos se quedan en un recodo del camino. Era la oportunidad para asentar el polvo: toma el sacerdote su bocado y cuando el joven ordenado levanta el frasco y brinda por el Santo Patriarca, éste, que se había regresado, se presenta... El frasco se cayó de las manos y tuvieron los dos que soportar la más tremenda filípica hasta llegar a la posada. Entre lo más suave que decía el Padre Jurado estaban estas frases: Imposible ordenar a borrachos! No se conciben sacerdotes borrachos ni menos filipenses borrachos!

Llegados a la posada el Padre Jurado mandó a comprar una botella de aguardiente y un poco de alcanfor y llamando aparte al candidato, tomó el aguardiente, le puso alcanfor y le dijo: Hermanito, esto está envenenado, no se lo vaya a tomar, y reanudó la filípica.

Cuando llegaron a Ibarra y se instalaron en el hotel llamó de nuevo al ordenando y poniendo un crucifijo en la mesa le hizo jurar que jamás en su vida tomaría una sola copa de aguardiente y no contento con un simple juramento labial, lo obligó a tomar la mano enclavada de Cristo y a repetir el juramento.

Exageración? Talvez. Pero realmente el sacerdote jamás debiera tomar licor, menos el filipense!

Ese don de gobierno, esa grande autoridad que Dios había concedido al Padre Jurado hicieron de él al superior sin segundo. Por estas dotes nunca tuvo dificultades en su gobierno, nunca los súbditos analizaron sus mandatos, siempre los obedecieron.

d) Si se nos pregunta, cual era el secreto de su grande autoridad, sin vacilar contestamos: porque sabía cumplir sus deberes. La palabra seduce, dice la Sagrada Escritura, pero el ejemplo arrastra.

Siempre fue el primero en el cúmplimiento de la Regla; nunca se dispensó de ella por graves que fueran los inconvenientes. Sólo en los ultimos años de su vida, cuando la ceguera y sus dolencias graves se lo impidieron se redujo a su celda, desde donde daba ejemplo de religiosidad y no pudiendo dedicarse a la vida activa intensificó la vida contemplativa.

Qué sabía hacer cumplir los deberes ya lo hemos dicho, cuando no bastaba la insinuación, seguía el consejo de la Sagrada Escritura: descargaba el azote. Y bien sabemos que en su tiempo con este método realizó una obra que ahora sería imposible.

Sus virtudes sobrenaturales fueron las de todo buen sacerdote: el amor de Dios y del prójimo, la devoción a la Santísima Virgen y a la Divina Eucaristía, el celo por la salvación de las almas y la oración.

a) El amor de Dios lo llevó a la Congregación. Temeroso de perder su alma en medio del siglo, con un temperamento ardoroso, con talentos nada comunes; lo renunció todo para seguir de cerca a Jesucristo.

–Por qué escogió nuestra modesta Congregación?

–Porque el Señor del Río le sedujo desde el primer momento. Al mirarlo en su pared con la cruz a cuestas comprendió que ese era el sendero que debía recorrer el sacerdote. Porque el Padre Francisco de la Villota, con sus virtudes austeras, era el índice más seguro que le mostraba a Dios. Al Dios que había amado desde niño, que había buscado en la juventud y que acababa de distinguir claramente desde su ascensión al sacerdocio.

Y este amor tan sincero lo demostró en seguida con las obras. Apenas el Padre Villota lo admitió entre los suyos, ya era uno de los primeros en el cumplimiento de las reglas, fervoroso en las practicas de piedad y celoso por la salvación de las almas.

Porque sabía muy bien que el que ama a Dios y no ama a su prójimo es un mentiroso, tuvo por los desheredados de la fortuna una especial predilección: les socorría con limosnas abundantes y les hacía todos los favores que estaban al alcance de sus posibilidades.

b) Porque nuestra Congregación se fundamenta desde su origen en el amor de María, el Padre Jurado le profesaba la más tierna devoción: siempre procuró que sus festividades se celebrarán con la mayor solemnidad y que nunca se dejase de honrarla de manera especial en nuestra iglesia. Rezaba todos los días el santísimo Rosario y especialmente en los últimos años siempre estaba en su celda pasando las cuentas con la mayor devoción.

c) Adoró a Jesucristo en sus imágenes, pero en especial en la Divina Eucaristía. Mientras pudo hacerlo le visitaba todos los días a las doce, según la

costumbre inmemorial de nuestra iglesia; en las exposiciones nunca faltó del presbiterio, sin acertar a separarse, sino después de la reserva. Como nuestro Fundador, le visitaba también en algunas horas durante la noche.

d) El celo por la salvación de las almas es la característica de los buenos sacerdotes. El Padre Jurado siempre obró impulsado por ese celo. Por él levantó la segunda casa de Ejercicios, para la cual suministraron el dinero los piadosos esposos Don Juan Ramón Revelo y Doña Rosario Paredes de Revelo; por ese mismo celo pasaba muchas horas en el confesonario atendiendo con la mayor paciencia a los pecadores; impulsado por ese celo sostenía los ejercicios de la Piscina y procuraba las misiones en los pueblos y hasta en las regiones más apartadas.

e) Pero el secreto de sus obras de celo, el amor de Dios y del prójimo, la devoción a la Santísima Virgen y a la Divina Eucaristía; todo lo derivaba de la oración mental, que fue en él una agradable ocupación, en la que pasaba algunas horas del día y de la noche.

Mientras tuvo vista el mismo preparaba sus puntos de meditación y cuando tuvo la desgracia de perderla lo hacía practicar por algún sacerdote o un hermano de la Casa.

La profundidad y belleza de sus pláticas morales las derivaba de la meditación. Porque es evidente que quien considera y vuelve a considerar una verdad encuentra la manera más propia y más bella para expresarla.

El Padre Jurado siempre hablaba de Dios; tenía las expresiones más tiernas para su Santísima Madre; atraía al bien irresistiblemente; porque su corazón estaba caldeado en la fragua de los santos: la oración.

6.—En los últimos años, el Padre Jurado fue perdiendo ese vigor que siempre manifestaba, se le apagó la luz de los ojos y andaba a tientas de su celda a la iglesia. Sin embargo nunca se quejó de la divina Providencia; al contrario la ceguera despertó en su alma el ardiente deseo de los bienes eternos. En 1904 le practicó una operación el famoso oculista doctor Serrano; recobró un tanto la vista, lo que le permitió contemplar el templo concluído, obra en la que había puesto toda su actividad física y toda su alma.

"En los primeros meses del presente año (1907), dice el Padre Aristides, se notó que la salud del Padre Jurado estaba muy quebrantada; aquella robustez envidiable que antes había mostrado se marchitaba rápidamente. Agravóse el mal en el mes de mayo de 1907 al extremo de esperar de un momento a otro el desenlace fatal.

Creyeron los médicos que por medio de una operación podían darle algún alivio. Sujetóse obediente a la lanceta del cirujano más para tener ocasión de padecer por Jesucristo. Se preparó con mucho fervor para el viaje a la eternidad, recibiendo con edificante devoción el Santo Viático y la Extremaunción.

En este día 27 de mayo, preguntó: De que Santo celebra la Iglesia la festividad? Habiéndose contestado que de María Auxiliadora, añadió: Oh dulce consuelo, es el día de mi Madre!

Pasó la tarde y parte de la noche entregado a recitar fervorosas jaculatorias, que le eran familiares; rezó la tercera parte del rosario, y de vez en cuando con voz clara y pausada pronunciaba versículos de los Salmos alusivos a la dichosa muerte de los justos y grandes misericordias de Dios.

La aurora del 28 anunció que aquel día era el definitivo para la salida de aquella alma grande de este valle terrenal. La agonía se prolongó hasta las dos y tres cuartos de la tarde, instante en el cual entregó su espíritu al Creador.

Al primer clamoreo de las campanas de San Felipe la ciudad se consternó y sin distinción de clases acudieron las muchedumbres a venerar los sagrados despojos del extinto.

El venerable anciano había ordenado que a su muerte tuvieran abiertas las puertas del templo, desde las siete de la noche hasta las nueve, durante un novenario, para que los fieles acudieran a recitar las tres partes del rosario en sufragio de su alma, Esta disposición fue ejecutada al pie de la letra debido al cariño y veneración que le han tenido las almas piadosas.

A las diez de la mañana del 29 fueron las las exequias. Asistieron a ellas las autoridades eclesiástica y civil, el Clero, Comunidades religiosas, Colegios, Escuelas y multitud de pueblo. Celebró las honras el Padre Aristides, Prepósito de la Congregación, y pronunció la oración fúnebre el Padre Carlos Arturo. (V. Historia de la Congregación página 146).

8.—Las siguientes entidades dictaron decretos de honores: El gobernador del Departamento, el Consejo Municipal, la Universidad de Nariño, el Alcalde de la ciudad, el Ilustrísimo Señor Vicario y el Director de Educación Pública. Helos aquí:

Decreto Nº 71 de 1907 (Mayo 28) por el cual se honra la memoria del Presbítero Don Ramón María Jurado C. O.

El Gobernador del Departamento en uso de sus facultades legales y

CONSIDERANDO:

Que hoy ha fallecido en esta ciudad el Presbítero Don Ramón María Jurado, varón de preclaras virtudes;

Que durante su vida prestó señalados sevicios al país, no solo en su carácter sacerdotal, sino con

la fundación de Colegios para jóvenes de ambos sexos, en época en que el país carecía de éllos;

Que su labor evangélica, eminentemente cristiana y civilizadora fue de alta trascendencia;

Que a sus esfuerzos se debe el acrecentamiento de la Congregación Oratoriana de esta ciudad, que presta valioso contingente en la labor religiosa y educacionista; y

Que es un deber de honrar la memcria de los que sobresaliendo por sus virtudes, beneficio a la humanidad.

DECRETA:

Artículo único. La Gobernación deplora la muerte del Presbítero Ramón María Jurado y asociándose al duelo de la iglesia diocesana, recomienda sus virtudes como dignas de imitarse, y reconoce los servicios prestados por él como acreedores a la gratitud de los habitantes del Departamento.

Copia autógrafa de este Decreto se pasará al muy ilustre Vicario Capitular y al Reverendo Padre Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri.

Publíquese en hoja volante y en el Registro Oficial.

Dado en Pasto el 28 de mayo de 1907.

Julian Bucheli.

El Secretario General, Gonzalo Miranda.

Resolución N° 28 de 1907 (Mayo 28) por la cual se honra la memoria del Reverendo Padre Ramón María Jurado C. O.

El Rector de la Universidad de Nariño

CONSIDERANDO:

Que hoy 28 de mayo de 1907, acaba de fallecer en esta ciudad uno de los hombres más conspícuos del Departamento, el virtuosísimo y por muchos títulos ilustre y benemérito Reverendo Padre Ramón María Jurado;

Que el ilustre extinto en todo tiempo, y principalmente en la época de la más apremiante necesidad, desplegó su abnegación apostólica en pro de los intereses de la verdadera educación e instrucción de la juventud;

Que en varias épocas fundó y sostuvo con sus propios esfuerzos importantes planteles de educación así elemental como superior; y

Que el Departamento de Naríño debe al eximio difunto, los hombres más aptos que actualmente rigen sus intereses políticos y sociales,

RESUELVE:

Considérese en los Anales de la Universidad de Nariño como una página luctuosa el 28 de mayo de 1907, fecha en la que dejó de existir el Reverendo Padre Ramón María Jurado, cuyo ejemplo se recomienda a la juventud nariñense como la mejor lección de virtudes cívicas y morales;

Los Profesores y alumnos de la Universidad de Nariño en testimonio de pública gratitud hacia el sabio instruccionista y sacerdote modelo, asistirán a las honras fúnebres que se celebrarán en sufragio de su alma;

Publíquese la presente Resolución y envíese con nota de estilo al Reverendo Padre Prepósito del Oratorio Neriense y a los demás deudos del ilustre difunto sendos ejemplares.

Pasto, mayo 28 de 1907.

El Rector, Benjamín Belalcázar B.

El Secretario, Angel María Guerrero.

***

Resolución Nº 83

El Consejo Municipal de Pasto

CONSIDERANDO:

Que hoy ha fallecido en esta ciudad el Reverendo Padre Ramón María Jurado, benemérito sacerdote de la Congregación de San Felipe Neri;

Que el Reverendo Padre Jurado, durante toda su vida, ejemplar en virtudes, prestó a esta ciudad servicios importantes, tanto en la enseñanza de la juventud, como en la cátedra sagrada y en muchos otros ramos,

RESUELVE:

Registrar en el acta de este día, en señal de profundo sentimiento, la muerte de tan ilustre y virtuoso sacerdote y recomendar su memoria al respeto de todos los habitantes de esta ciudad.

Copia de la presente Resolución, con nota de estilo, será enviada a los Reverendos padres Filipenses.

Publíquese en hoja volante.

Dada en Pasto, el día 28 de mayo de mil novecientos siete.

El Presidente, Ricardo Zarama.

El Vicepresidente, Miguel Caicedo A.

Vocales: Carlos J. Guerrero, Epaminondas Navarrete, Buenaventura Paz L., Enrique de la Rosa, Ricardo F. Rosero.

Secretario, Nicolás Hurtado.

Decreto Nº 12 de 1907 (mayo 28) por el cual se honra la memoria del Reverendo Padre Ramón María Jurado.

El Alcalde Municipal de Pasto

CONSIDERANDO:

Que hoy ha muerto en la ciudad el Reverendo Padre Ramón María Jurado, antiguo Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri y miembro prominente del Clero de este lugar;

Que el Reverendo Padre Ramón María Jurado hizo al país señalados servicios, no solo en su carrera sacerdotal, por su celo irremplazable, sino apoyando directamente la fundación de planteles de instrucción, como el antiguo Colegio de San Felipe Neri, donde se educaron la mayor parte de los hombres notables del país;

Que la muerte de tan preclaro sacerdote es para Pasto, especialmente, un suceso deplorable; y

Que en los anales del Municipio debe quedar constancia del aprecio que sus representantes hán hecho de las excelsas virtudes e importantes servicios prestados por el extinto.

DECRETA:

La Alcaldía lamenta como un pérdida irreparable para Pasto el fallecimiento del benemérito Padre Ramón María Jurado, y se asocia al duelo de la Iglesia pastopolitana.

En señal de duelo, los habitantes de la ciudad colocarán banderas negras en el día de mañana, en las puertas y ventanas de las habitaciones.

Comuníquese y publíquese por la imprenta.

Dado en Pasto a veintiocho de mayo de mil novecientos siete.

Daniel Antonio Guerrero.

Joaquín M. Figueroa,
Secretario.

*
* *

Decreto Nº 6 de 1907 (mayo 29) para honrar la memoria del Reverendo Padre Don Ramón María Jurado.

Mons. Rafael Chaves, Vicario Capitular de la Diócesis de Pasto,

COSIDERANDO:

Que ayer 28 de mayo falleció en la ciudad, a la edad de ochenta años más o menos, el virtuoso y ejemplar sacerdote Reverendo Padre Ramón María Jurado, notabilísimo miembro de la Congregación de San Felipe Neri;

Que este ilustre finado, por su carácter bondadoso, por su vida y costumbres ejemplares, por su inagotable celo por la gloria de Dios, mereció siempre la estimación, respeto y veneración de todos;

Que consagró gran parte de su vida a la educación de la juventud de Pasto y a la formación del Clero de la Diócesis;

Que trabajó asiduamente y con admirable eficacia en la santificación de las almas por medio de misiones, y prestó en toda su vida importantes servicios a la Iglesia y a la sociedad; ya como Prepósito de la Congregación Neriana, ya como consejero y auxiliar en todas las obras de progreso cristiano emprendidas y llevadas a cabo en esta región meridional de Colombia, y

Que es de saludable estímulo y aún de estricta justicia reconocer todos estos méritos de nuestro hermano en el Sacerdocio, y recomendar su memoria a la posteridad.

DECRETAMOS:

La Vicaría Capitular lamenta profundamente la muerte del benemérito Padre Ramón María Jurado y considera sú pérdida como luctuosa para la ciudad;

Recomienda al Clero de la Diócesis sus virtudes, celo y actividad por el bien general, como dignos de imitarse y como merecedores de todo encomio.

En señal de duelo, la bandera de la Iglesia se enlutará y permanecerá izada en el Palacio Episcopal y en todos los templos de la ciudad durante tres días.

Copia del presente Decreto será remitida la Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri y a la familia del ilustre difunto.

Dado en Pasto el 29 de mayo de 1907.

Rafael Chaves.

Anselmo Guerrero,
Secretario.

De la Dirección de Educación Pública:

República de Colombia, Departamento de Nariño, Dirección de Educación Pública N° 34. Pasto 31 de mayo de 1907.

Reverendo Padre Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri

Presente.

Este Despacho, de modo especial, desea hacer presente ante esa Venerable Congregación Neriana, como así lo hace, por medio de este oficio, para pre-

sentarles el testimonio de su sincera condolencia, por la invaluable pérdida que acaba de sufrir con el fallecimiento del benemérito Sacerdote de esa propia Congregación, Doctor Don Ramón María Jurado (q. e. p. d.) cuyo paso por el mundo ha quedado grabado en verdad, con obras altamente benéficas, sobre todo en materia de instrucción y educación, que hacen perdurable en la memoria de los hijos de estas regiones del sur de Colombia, el recuerdo del citado Sacerdote.

Sírvase pues Vuestra Reverencia, aceptar esta sencilla expresión de duelo, como una prueba más de las profundas simpatías que le merece a este Despacho esa Venerable Congregación de San Felipe Neri, de la que es Vuestra Reverencia muy digno Prepósito en la actualidad.

Dios guarde a Vuestra Reverencia muchos años.

Enrique Muñoz,
Director de Educación.

CAPITULO 10º

Congregantes muertos del 17 al 25

Reverendo Padre Modesto F. Muñoz.— Hermano Froilán Sánchez.— Reverendo Padre Gonzalo Portilla.— Hermano Sixto Muñoz.— Reverendo Padre Francisco Santacruz.

1.—El Reverendo Padre Modesto F. Muñoz nació en Pasto en 1841. Fue hijo del legítimo matrimonio de Manuel María Muñoz y Tomasa Latorre. Su familia, si no tan distinguida por sus títulos nobiliarios, lo fue en alto grado por su honradez, su laboriosidad y sus virtudes hogareñas.

Como todos los verdaderos pastenses D. Manuel María era católico de tuerca y tornillo y siempre buscaba a Dios, esperando que las demás cosas se le dieran por añadidura. Nacido Modesto Felipe en un hogar de esta clase no hizo ningún esfuerzo para dar impulsos a su temperamento inclinado siempre a la piedad, al trabajo silencioso, a la modestia y a la caridad con el prójimo.

Su primera formación la debe al hogar. Allí al calor de los besos maternales aprendió a conocer a Dios y a temerle; allí aprendió esa rectitud moral, que fue su característica durante su larga vida; allí también se inició en el sendero de las ciencias y las letras. Sus padres fueron sus primeros maestros y

cuando su cerebro y su corazón le exigieron mayores conocimientos buscó maestros fuera entre los amigos de su familia o entre las personas caritativas que conocen la bienaventuranza: "enseñar al que no sabe".

Más tarde se inclinó al sacerdocio y como en ese tiempo todavía no se había fundado el seminario -cuyo progreso le debe la Diócesis al Ilustrísimo Señor Tejada que la gobernó desde 1867 hasta 1869- tuvo que hacer sus cursos de Sagrada Teología buscando profesores particulares, que sí los había y buenos entre los sacerdotes seculares.

Terminó sus estudios eclesiásticos en 1869 y con la aprobación del Vicario Capitular del Obispado en sede vacante, por la muerte del Señor Tejada, se marchó a Quito, donde recibió todas las órdenes inclusive el Sacerdocio, de manos del Ilustrísimo Señor Yerovi, a la sazón Arzobispo de la ciudad.

Inmediatamente regresó a Pasto lleno de arrestos para trabajar en la Viña del Señor, pero considerando los peligros que tiene un joven sacerdote, quiso escudar su debilidad dentro de los muros de nuestra Casa. Después de conseguir el consentimiento de su Superior Jerárquico, se puso a los pies del Reverendo Padre Guzmán -entonces Prepósito de la Congregación- y humildemente le solicitó lo admitiera en el número de los hijos de San Felipe.

Los Padres lo admitieron con mucho gusto el 22 de mayo de 1869. Tenía entonces 27 años. Con el auxilio de nuestros Padres, el joven sacerdote en breve perfeccionó sus estudios y empezó a trabajar, sobre todo en el confesonario.

En este ministerio fue el sacerdote más constante. Apenas desayunaba salía al confesonario y allí esperaba a los fieles rezando sus horas y pasando las cuentas del rosario. Hasta la muerte desempeñó este ministerio, habiendo sido confesor de la Comunidad y confesor especial del Padre Jurado y de los aspirantes a la Comunidad.



R. P. Modesto F. Muñoz, C. O.

El Padre Muñocito -como se le llamaba por cariño- era bastante cariñoso; antes de confesarnos se informaba de la crónica diaria con esta frase sacramental: "Uuu, y que hay de cosas?" Cuando le habíamos *soltado* lo más notable de los acontecimientos, había que caer de rodillas y empezaba lo serio.. Siempre acompañaba a los estudiantes en las temperadas de Franco-Villa y allá era exigente para los deberes de piedad, pero considerado, cariñoso y hasta buen compañero en una partida de *damas*, de trique o de ajedrez. En los juegos había que hacerse ganar para verlo contento, porque se resentía como un niño cuando lo derotaban.

Algunas veces acompañaba al Padre Jurado en las misiones, y en La Piscina era el fuerte para las confesiones.

En el destierro del 77 fue uno de los indultados por el Jefe Municipal Don José Guerrero. Después del entredicho se marchó, primero, a la Concepción, finca del Páramo, y luego fue nombrado cura de Obonuco, donde permaneció hasta el regreso de los desterrados.

Desempeñó en la Comunidad otros cargos como de Prefecto de la Iglesia, Corrector de faltas secretas y Ministro; cargos que supo desempeñar con verdadero celo. En la Iglesia es proverbial su prolijidad tanto en el cuidado de las cosas como en los inventarios. Fue cuidadoso para que no se alteraran las costumbres, sin olvidarse jamás del día en que se comenzaba una novena o había que hacer determinada práctica. En los inventarios no se contentaba con determinar cada cosa, sino que describía aún lo que iba adherido a ella. Al inventariar una estatua decía, por ejemplo: "La Niña tiene su niño". Una custodia con sus rayos dorados, con 50 piedras preciosas, etc.

Entre nosotros, el Ministro lleva el cuidado de los hermanos de la Comunidad. El Padre se preocupaba para que cumplieran sus deberes domésticos y religiosos y cuando sabía que eran negligentes él mismo los sorprendía en la celda para obligarlos a cumplir.

De la prensa de aquellos tiempos tomamos esta síntesis de su vida: "Fue manso y humilde de corazón, fervoroso devoto de Jesús Sacramentado, de María Santísima y de su esclarecido Padre San Felipe Neri; infatigable obrero de la Viña del Señor, se distinguió principalmente por su constancia en asistir al tribunal de la penitencia. Cuatro años antes de morir perdió la vista y esta prueba, la más ruda, la soportó como maestro en el arte del *bien sufrir*; se hacía llevar por un lazarillo al confesonario y allí permanecía muchas horas impartiendo el perdón a innumerables almas y dirigiendo a otras por el camino de la perfección cristiana".

Murió en la enfermería del Convento con un derrame viliar, asistido de todos los miembros de la Comunidad, después de haber recibido los santos

sacramentos, a los 79 años de edad; 49 y tres meses de congregante, y fue sepultado en el templo de Jesús del Río.

2.—El Hermano Froilán Sánchez, llamado por cariño *Sanchingas*, nació en el año de 1846. Fue hijo legítimo de Don Juan Sánchez y Doña Rosa Laso. Sus familiares, aunque pobres de bienes de fortuna, eran ricos de los mejores sentimientos. En este hogar –como en casi todos los de esos felices tiempos– se rendía pleitesía a Dios y a su Santísima Madre, en el secreto de la casa y hasta en la plaza pública, cuando el caso lo requería.

Los esposos Sánchez Laso no ahorraban sacrificios para hacer de sus hijos cristianos fervorosos e incondicionales seguidores de Jesucristo. Debido a esos esfuerzos contaron entre sus hijos un sacerdote, el el Padre Primitivo Sánchez, que fue muy ilustrado y desempeñó puestos honrosos en la Diócesis, y tres hijos de La Salle: Mateo, Hermenegildo y Filemón.

Froilán, que era de los menores, acompañó a su hermano sacerdote en algunas parroquias, pero cuando el Padre Primitivo se radicó en Pasto y Froilán comprendió los peligros de la ciudad para un hombre soltero, que no hobía sentido deseos de formar hogar, se vino al Convento y solicitó su admisión entre los Hermanos de la Casa.

Apenas admitido comprendió lo que significa llamarse hijo de San Felipe y se propuso serlo en verdad. Sin dificultad practicaba los oficios más humildes y por todas partes se le veía siempre sonríente. El Ministro de la casa lo colocó en el Refectorio. Ese era su puesto: se llegó a poseer tanto de su papel que parecía no haber nacido para otra cosa.

Amaba entrañablemente a los colegiales y con toda seriedad les daba frecuentemente la bendición, haciéndoles sobre la frente (y rozando la piel) la señal de la cruz. Los que le pedían la bendición eran sus predilectos; les guardaba siempre un buen pan con

una taja de queso; les daba sus sopas y sus secos, valiéndose de cualquiera industria para evitar los reclamos de las cocineras.

Al Hermano Sánchez le encantaba el oficio divino y solía algunas veces seguir a la Comunidad. En la procesión de Palmas nadie le disputaba el canto del "Gloria Laus" en la puerta de la iglesia; cantaba el "Tota Pulcra" todos los días en la visita y el "Miserere" en la disciplina de la Casa de Ejercicios.

Por su carácter bondadoso todo el mundo lo quería. Su pieza, que tenía siempre flamante y adornada con variados cromos, era el punto de reunión de los Padres, después de la comida y de ello derivaba el Hermano *Sanchinga* –como le decíamos por cariño– uno de los placeres más grandes de su vida.

Se vestía con decencia, especialmente cuando salía a visitar a la familia; sotana limpia; un buen manteo –cuando no flamante– aseado; sombrero de teja, solideo y medias del color del ornamento. Es decir: moradas en cuaresma; negras por ánimas, y de otros colores en los demás tiempos. Por las calles se detenía –con mucha ceremonia– para bendecir a los muchachos.

Todo esto. que en cualquiera parecería jactancioso, en *Sanchinga* era tan natural y simpático que nadie le criticaba y antes bien todos le estimulaban.

Siempre veía por encima de los anteojos y cuando todos le saludábamos de *Sanchinga*, soltaba la risa; una risa sonora que parecía una cascada por la que bajaran millones de pedazos de lata.

Pero *Sanchinga* no era un tipo vulgar e ignorante. Cuando se ponía a hacer reminicencias de hechos tenía en la punta de la lengua toda la historia de la ciudad. Hablaba de los toros, como residuo de las costumbres españolas y de las encantadoras Pastorelas que el había presenciado en sus mocedades. Hablaba de las familias más ilustres y conocía correctamente las actua-

ciones de Bolívar y de Nariño en la muy noble y muy leal ciudad de San Juan de los Pastos.

Tuvo dos devociones entrañables, aparte de las otras, la devoción a María Santísima y al Santísimo Sacramento. Por la mañana rezaba sus dos rosarios en la iglesia y por la tarde asistía con la Comunidad. Cuando estaba libre siempre se le veía pasar las cuentas de su enorme rosario. Jamás faltó a las doce y era de ver la devoción con que rezaba las visitas de San Alfonso que se sabía al pie de la letra y cantaba, como ya dijimos, el "Tota Pulcra".

En los últimos años empezó a sentir dolores reumáticos, pero no permitía que le quitaran el cargo de refectolero. Cuando alguno de los Padres le advertía que no se sentara en una piedra, junto al torno, reía con mucho agrado mirándolo por encima de los anteojos.

Fue amigo de los *curillos*. (Casi siempre se mantienen en el Convento de dos a cuatro de estos célebres cantores). El Hermano los llamaba por sus nombres y nunca olvidaba de pedirles su consabido pan con leche, que tanto les agrada. Cuando la vulpeja sorprendía alguno por la noche y lo devoraba, el Hermano Sánchez lo sentía como si hubiera sido una persona.

Cargado de años y de méritos el Hermano Sánchez entregó su alma a Dios, el 19 de enero de 1924. Había permanecido 20 años en la Congregación, edificando siempre con su buen humor, con su humildad y con su grande laboriosidad Fue enterrado en el cementerio de la Comunidad.

3.—Reverendo Padre Gonzalo Portilla, nació en la ciudad de Túquerres en el año de 1897. Descendiente de la familia Portilla, que siempre se ha distinguido por su religiosidad, Gonzalo fue piadoso desde su más tierna infancia.

Su primera instrucción la recibió en las escuelas oficiales, donde supo recomendarse por su buena conducta y la exactitud en el cumplimiento de sus deberes escolares.

Todavía niño, ingresó en el Colegio de San Felipe Neri, regentado por Padres de la Congregación. Aquí estudió Humanidades, Retórica y Filosofía, sobresaliendo en los ejercicios de redacción.

Bien pronto se inclinó al sacerdocio y comprendiendo los superiores que su vocación era verdadera, le dieron la sotana de seminarista neriano. Desde entonces se dedicó por entero a la piedad. Pedía a los superiores instrucciones sobre mística y consagraba las horas que le sobraban del estudio a la oración mental.

Comprendió desde luego que la humildad es el fundamento de todas las virtudes y especialmente de las que debe tener un sacerdote y se propuso alcanzarla valiéndose de todas las ocasiones. Nunca levantaba la voz delante de los superiores, jamás analizaba sus mandatos, se creía el último de todos y siempre repetía: "Este pobre *lego* de qué puede ser capaz".

Sus compañeros le pusieron –con este motivo– el apodo de Lego y el mismo procuraba acentuarlo repitiendo a cada paso: "Soy un pobre lego".

Cuando cursaba Filosofía, le aconsejaron que solicitara la admisión a nuestra Congregación, pero él contestó con su frase consabida: "De qué puede servir este pobre lego". Sinembargo, llevado del deseo de servir a Dios con más perfección, hizo la solicitud y fue admitido en el año de 1917.

A partir de aquí sólo se preocupaba de cumplir con sus deberes de novicio y siempre daba gracias a Dios por haberlo llamado a la vida filipense. Limpiaba su conciencia todos los días, porque se le hacía difícil recibir la sagrada Comunión con los polvillos que suelen pegarse al alma por santa que sea.



R. P. Gonzalo Portilla, C. O.

Terminada la Sagrada Teología los superiores le hicieron recibir las órdenes sagradas hasta el sacerdocio. Para este último se preparó con unos ejercicios muy fervorosos y temblaba al pensar que muy en breve tendría en sus manos a su Dios. Se ordenó de sacerdote el 25 de marzo de 1924.

Su ministerio fue muy corto: predicó un sermón en la iglesia, el día de la coronación diocesana de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. El sermoncito era hijo de su espíritu: muy correcto y muy piadoso. Ayudó a predicar unos ejercicios en la Cárcel, en los que reprendía los vicios con toda la libertad evangélica, como lo hiciera el más experimentado sacerdote.

Tenía mucho miedo de decir la Santa Misa. Muchas veces llegó a confesarse hasta dos veces, una por la noche y otra por la mañana.

Cuando preparaba sus exámenes para oír confesiones sintió que el cerebro no obedecía a la voluntad;

fue decayendo visiblemente; la palidez mate que tuvo desde niño se le acentuó sobre manera y sentía muchos dolores a las espaldas.

Cuando le preguntábamos qué era lo que tenía, contestaba: "No sé, pero este pobre lego está muy malo".

Su familia pensando que se trataba de algo remediable, pidió al Padre Prepósito que permitiera llevarlo a Túquerres, para reponerlo en un plazo muy corto. Pero, qué distintos son los designios de Dios! El joven sacerdote había estado herido de muerte: tenía arruinados los pulmones con la enfermedad de los santos... Después de dos meses de inútiles esfuerzos y en que la enfermedad fue tomando incremento, murió, como había vivido: santamente, el 5 de diciembre de 1924. Cumplía apenas 27 años; había permanecido en la Congregación 7 años 8 meses, diez días. Sus despojos fueron enterrados en el cementerio de Túquerres.

Como síntesis de su vida, el Padre Aristides dice de él: "En este angelical joven, que fue tenido como el Gonzaga de la Congregación, se cumplieron aquellas palabras del Sabio: *Raptus est ne malitia mutare intelectus ejus*".

4.—El Hermano Sixto Muñoz, nació en el Tambor, sitio pintoresco del distrito de Tangua, en el año de 1849. Su niñez, juventud y parte de la edad viril las había pasado en su tierra, entregado a las faenas del campo.

El Padre Aristides dice de él: "Desde niño se entregó al servicio de Dios, en joven hacía el oficio de padre de sus hermanos y sobrinos, educándolos en el santo temor de Dios y haciéndoles frecuentar los sacramentos. Amalia, su virtuosa sobrina, hoy religiosa del convento de Santa Rosa de Lima, es fruto de los cuidados y enseñanzas de su piadoso tío".

A la edad de 46 años fue admitido como hermano de la Congregación y desde entonces se consagró por entero al servicio de Dios. Madrugaba para rezar

los rosarios que se acostumbran en nuestra iglesia y jamás faltaba a la oración de la tarde. Cuando los deberes impuestos por sus superiores no lo alejaban de la ciudad, era infalible a las doce, en la visita del Santísimo Sacramento.

Por mucho tiempo lo destinaron los superiores a recorrer los pueblos en demanda de limosnas para la construcción del templo de Nuestro Padre Jesús del Río, y en este cargo –además de portarse de modo edificante, donde quiera que iba– trajo al Padre Bucheli no menos de $ 8.000.00 pesos.

Era de carácter fosfórico, pero sabía dominarse, acudiendo a los auxilios de la gracia y haciendo los mayores esfuerzos. Cuando algún Padre le molestaba solía decir: "Ay este Padre de mis pecados!" Y se hacía la señal de la cruz. Cuando las beatas lo importunaban para que llevara algún recado, también se hacía la señal de la cruz y repetía su muletilla: "Ay estas beatas de mis pecados".

Tenía la costumbre de poner las manos cruzadas en el pecho y levantar los ojos al cielo con mucha piedad; como uno de los Padres le remedase esta actitud, se hacía la señal de la cruz y decía: "Ay este Padre de mis pecados!"

Otro sacerdote de nuestra Comunidad solía decirle: "Hermano, hay que matar al hombre viejo". El creyendo que se trataba de él mismo, se marchaba cuanto antes haciéndose la señal de la cruz y repitiendo su consabida muletilla. "Ay este Padre de mis pecados".

Una de las cocineras con el fin de dar broma al Hermano Sixto, dijo a uno de nuestros Padres: "Cuando muera el Hermano Sixto hay que hacerle ataud blanco y ponerle palma y guirnalda, por sí o por nó". Como le preguntasen por qué decía esto, ella contestaba: "Es claro, como ya entró mayorcito a la Congregación... "Cuando le contaron esta broma, también se hizo la señal de la cruz con su consabida muletilla: "Ay estas mujeres de mis pecados".

Estando en Franco-Villa temperando se propuso hacer unos ejercicios espirituales con Enrique Díaz –que también era Hermano– Enrique leía las meditaciones y las pláticas, y algunas veces se permitía comentarlas, aplicándolas a casos particulares. Todo iba bien hasta llegar al juicio, pero en ese día –después de leer una tremenda meditación sobre el juicio, extrecho que tendremos que dar ante el tribunal de un Dios irritado, Enrique comenta:

–Hermano Sixto en 20 años que usted ha estado en la Congregación qué ha hecho para prevenir este juicio tan terrible? ¡Qué cuenta tendrá que dar usted!

Al oír la alusión tan personal, se levanta el Hermano Sixto y lleno de enojo le contesta: Y tu que es lo que has hecho? ¿Qué cuenta tendremos que dar? Se dice".

No hay para que advertir que el Hermano Sixto se marchó y los ejercicios se terminaron.

Como ancianito el Hermano Sixto acostumbraba escupir. Uno de los Padres le dió por esto una buena reprimenda. Después de algún tiempo abservó que el Hermano ya no escupía, entonces le dijo:

Hermano lo felicito porque se ha enmendado de ese defecto.

Y el Hermano mirándolo con algo de enojo le contestó:

–No es que me he encomendado. Es la leche que me dieron en Franco-Villa.

Los superiores lo mandaron de sobrestante al Molino. Como no había casa se metió en una cueva, donde hacía sus oraciones y calentaba la sopa que le mandaban de la ciudad. Cuando le mandaban cierta sopa que no le gustaba se la comía diciendo la misma muletilla: "Ay esta sopa de mis pecados".

Del Hermano Sixto puede decirse con verdad: Fue un hombre ordinario, pero un congregante extraordinario.

Murió el 26 de mayo de 1925 de 76 años de edad, de los cuales pasó 30 en la Congregación. Fue enterrado en el cementerio de la Casa.

5.—El Padre Francisco Santacruz, nació en Pasto en el año de 1842. Muchos miembros de su familia han tenido las mejores dotes para las artes, de temperamento nervioso y fervientes católicos; de aquí que el Padre Francisco fuera de ese mimo temperamento.

Su primera educación la recibió en las escuelas de la ciudad, que entonces eran rudimentarias en materias pedagógicas, pero estrictas en materias de religión. No sabemos nada donde estudió secundaria, ni menos la Sagrada Teología; pero para esos tiempos ya había un Seminario que había fundado el Ilustrísimo Señor Don Juan Manuel García Tejada el 24 de octubre de 1867, época en que el joven Santacruz tenía 27 años.

Apenas ordenado sacerdote solicitó ser admitido en la Congregación; era Prepósito entonces el Reverendo Padre Ramón María Jurado, quien -consultado el caso con los Diputados- lo recibió en el año de 1872, cuando el joven sacerdote cumplía los 30 años de edad.

El Padre Santacruz se dedicó de preferencia a complementar su formación secundaria y teológicas, consultando con interés los autores que entonces eran familiares de los Padres. En este mismo año empezó a gobernar la Diócesis el Ilustrísimo Señor Dr. Manuel Canuto Restrepo. Hombre instruído y excelente escritor. Para levantar el nivel del clero lo llamó a exámenes, sin excluír al de las Comunidades. El Padre Francisco en estos exámenes fue encontrado falto y siguió estudiándo con más interés hasta ponerse al nivel de los otros. Después le había quedado la manía de exáminar y siempre andaba poniendo -casos de Moral o preguntando asuntos intrincados de Dogma.

Desde este mismo año (1872) se encargó de la dirección de la Cofradía de Hijas de María que funcionaba en nuestra iglesia, casi desde la fundación, según lo dijimos en la primera parte.

El Padre Francisco sufrió las penalidades del destierro de 1877, pero no fue expatriado, como los Padres Jurado, Guzmán y Rojas, si no indultado por el Jefe Político Don José Guerrero y notificado para desocupar la Casa de la Congregación.

Con los Padres Modesto Muñoz y Felipe Santiago López se refugió en la Concepción, pero luego le vemos de nuevo en la ciudad, ayudando a dar clases en la Escuela de San Felipe, fundada en la Casa, para instruír a los hijos de los refugiados.

Esta colaboración en la Escuela de San Felipe debió ser después del 30 de septiembre de 1878, porque en esta fecha pide desde Minda, en compañía del Padre Felipe Santiago López, que se tome la declaración a Don Valerio Soberón sobre la vida y santidad del Reverendo Padre Francisco de la Villota.

Después del destierro siguió nuestro Padre Francisco trabajando en el ministerio de la iglesia, pero en especial en el progeso espiritual y numérico de la Asociación de Hijas de María. Estableció el rezo del oficio, los segundos domingos; fue celoso para que las Hijas de María cumplieran los deberes de la Cofradía y observaran un conducta digna del nombre que llevaban. Cuando sabía que alguna señorita socia no era edificante la llamaba a la sala del Convento y si no se corregía la expulsaba de la Congregación. Hizo imprimir el precioso Manual, que hasta ahora existe, para facilitar el rezo del oficio y el cumplimiento de las otras obligaciones de Hijas de María. El 26 de febrero de 1883 dió principio a la Capilla de Hijas de María, en el sitio que hoy existe. Esta Capilla se levantó con limosnas de las personas piadosas, con alguna ayuda de la Congregación y el aporte personal del Padre Santacruz; quedó terminada el 8 de diciembre de 1885, día en que se estrenó con el comienzo de la novena de Nuestra Señora de Lourdes.



R. P. Francisco Santacruz, C. O.

El Padre Francisco –siguiendo los atavismos de su familia– dedicó los ratos libres al arte. Picaba de todo: era músico; recordamos haber oído unas tres horas de cuya música era autor; era carpintero y ebanista; en su cuarto tenía instalada una prensa, donde hacía candeleros para su capilla, trípodes para las composturas, y tallaba molduras, poniéndoles él mismo el barniz; era escultor: puso el cuerpo a un bellísimo busto de la Santísima Virgen que le vino de España; otra estatua de la Santísima Virgen que tenía las manos cruzadas delante del pecho,se las puso juntas, según la aparición de Massabielli; a otra la rebajó, porque le parecía demasiado abultada; hizo una Inmaculada de un San Miguel Arcángel, y hasta llegó a fabricar estatuas completamente originales.

Hizo melodios y armonios y hasta llegó a fabricar discos donde grababa música. Fabricó relojes de madera y sabía simplificar los extranjeros sin que dejaran de caminar. En el Convento se comentaba que cuando el Padre Francisco componía relojes siempre le sobraban piezas.

En suma si el Padre Francisco hubiera perfeccionado sus dotes en algún conservatorio habría llegado a ser un consumado artista.

Era cariñoso a pesar de su carácter fosfórico, le gustaba alterar los nombres cuando quería manifestar su cariño. Por ejemplo, al Padre Fernando, le decía "Ferdinandus" al Padre Alejandro le decía "Alexander", etc. Era generalmente compasivo con los pobres, siempre andaba con pan en los bolsillos para darlo a los muchachos que lo seguían. Por navidad compraba telas y las repartía a los pobres. Tenía predilección por los colegiales, especialmente por los que le recibían la bendición; de ellos se dejaba hasta estirar la piel de la cara y decir *Pachito*. Cuando alguno de los no previlegiados le decía Pachito solía contestar: "Francisco me llamo". Con un cantadito en la voz.

Le agradaba sobre manera que le visitaran, especialmente por la noche. Tenía formado un Club que a veces se declaraba en Congreso y empezaba a resolver los asuntos más trascendentales. En cierta ocasión –sin exposición de motivos, sin ponencias y con poca discusión los congresistas– suprimieron las trompetas del juicio final.

–No le parece Padre Pachito, que las trompetas del juicio final serán demasiado molestas, decía uno de los congresistas.

–Suprimámoslas, decía otro.

El Padre Francisco se reía a carcajadas y las trompetas del juicio final quedaran suprimidas, por unanimidad.

En esto era semejante a "La Asamblea de Chiriquí" que declaró a un páramo tierra caliente y desde allí tuvo que seguir dando naranjas y aguacates. Pero el caso era pasar el rato y la vida se haría insufrible "Si no fuera por estos ratos". (1)

Ya cerca de morir el Padre Francisco hizo testamento de lo poco que había adquirido. Dejó los libros a la biblioteca de la Congregación, dejó una casita para la capilla, la que más tarde se vendió y sirvió de base para reedificarla. Como era de temperamento nervioso, los últimos meses estuvo un tanto desequilibrado, lo que no impidía para que fuera piadoso y preocupado para que todos lo fueran igualmente.

En la misma semana de su muerte hizo imprimir la preciosa oración, para implorar la misericordia divina: "Señor Dios Omnipotente en tus manos están todas las cosas; si quieres salvar a tu pueblo nadie habrá que resista a tu voluntad..." La repartió profusamente y la repetía con verdadera fe.

Murió de 83 años el 14 de junio de 1925. Había permanecido 53 años en la Congregación y fue sepultado en la capilla de Lourdes.

---

(1) La Asamblea de Chiriquí. Se refiere a un artículo con este título publicado en la "Bliblioteca Popular". El dicho: "Si no fuera por estos ratos" hace alusión a la tertulia que Don Leonidas Torres tenía en su almacén de la plaza. Allí se reunían los amigos a *chupar tabaco* y sentados se dormían sin decir palabra. Cuando Don Leonidas se despertaba —entornando los ojos— solía decir: "Si no fuera por estos ratos, compañeros", y en seguida se despedirían Don Manuel Zarama, dueño de Chimangual, y demás amigos hata el día siguiente y los siguientes en que se repetía la misma escena.

CAPITULO 11º

Congregantes desaparecidos desde 1927 al 31

Reverendo Padre Ignacio Martínez.— Reverendo Padre Jesús Santacruz.— Reverendo Padre Juan Bautista Bucheli.— Reverendo Padre Luis Dolores Segovia.— Hermano José Paz.— Reverendo Padre Delfín Torres y Reverendo Padre Eulogio Fernández Córdoba.

1.—El Padre Ignacio Martínez, nació el 5 de julio de 1883. Fueron sus padres Don Jesús Martínez Esparza y Doña Geltrudis García, modelo de virtudes hogareñas y laboriosidad. Crearon a sus hijos en el santo temor de Dios y les infundieron amor al trabajo y al cumplimiento de sus deberes.

Don Jesús fue un habilísimo mecánico que supo a perfección su oficio y supo trasmitirlo a sus hijos y discípulos, sin el menor egoísmo. Muchos de los hijos de Don Jesús tienen vocación para la música y de esa habilidad participaba Ignacio.

Pero esto era de adorno, la obsesión de Ignacio eran las letras. Dotado de buenos talentos y de una voluntad disciplinada estaba predestinado para triunfar. Sus primeros estudios los hizo en la Escuela de Santo Domingo, regentada por los Hermanos Maristas. Allí estuvo cinco años figurando siempre entre los mejores alumnos por su conducta y aprovechamiento.

Luego pasó al Seminario, que en esé tiempo regentaban los Padres Jesuítas y era su Rector el Reverendo Padre Eliseo Villota.

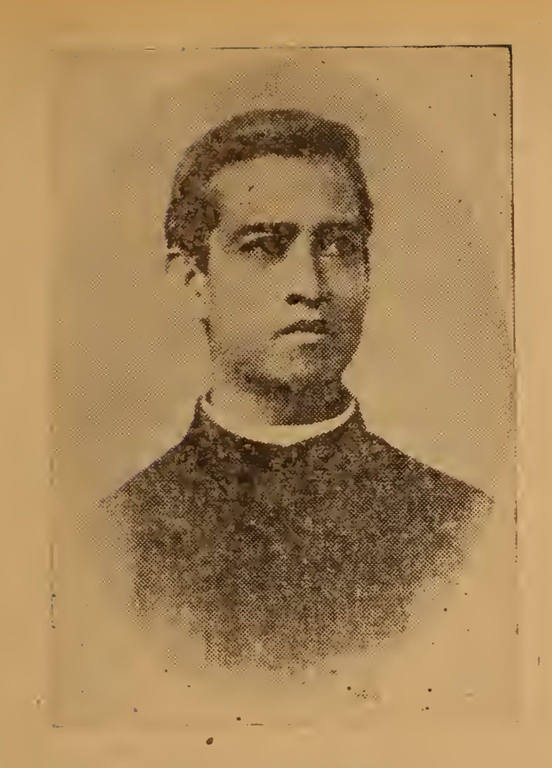
Con la misma excelente conducta y con creciente aprovechamiento, estudió el joven Ignacio en este Colegio todas las asignatúras para optar su título de Bachiller, el que recibió en el año de 1907. Apenas terminó los estudios se sintió llamado al sacerdocio, pero penetrado de la responsabilidad de la vida parroquial, rosolvió golpear las puertas de nuestro Convento y en los primeros días de octubre del mismo año fue admitido como alumno del Colegio de San Felipe, en las clases de Sagrada Teología.

Estudió la Sagrada Teología poco, más de un año sin vestir la sotana, por cuya razón los profesores y compañeros le llamaban el *Teólogo de saco*. Fue admitido en la Congregación, como novicio, el 5 de mayo de 1909, y recibió la sotana de manos del Reverendo Padre Aristides –que era el Prepósito– el 20 de mayo de 1909.

Desde entonces el joven novicio solo tenía dos preocupaciones: habilitarse en las letras para desempeñar dignamente sus obligaciones fúturas y afirmarse en la virtud para ser verdadero sacerdote. Para lo primero fue metódico en el estudio; siempre consultaba y hacía todos los esfuerzos por salir de las dudas; para lo segundo se dedicó a la oración, según el consejo del Apóstol: "Es necesario siempre orar y nunca desfallecer".

Concluídos sus estudios de Teología los superiores lo presentaron al Obispo para la ordenación sacerdotal, la que recibió de manos del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Leonidas Medina y Lozano, el 23 de febrero de 1913.

Una vez ungido se puso en manos de sus superiores, quienes lo dedicaron a la dirección de los jóvenes en nuestro Colegio, donde supo distinguirse por sú erpíritu de justicia, seriedad y prudencia: Fue



R. P. Ignacio Martínez, C. O.

luego Capellán del Hospital San Pedro, gratuitamente, por espacio de siete años y asiduo en el confesonario, durante toda su vida.

Componía sus sermones con cuidado y sabía leer con provecho; es decir: meditando lo que leía y haciendo las apuntuaciones convenientes en un Libro que denominábamos "Libro de Apuntuaciones".

Para facilitar el procedimiento pidió a España y a Francia libros de consulta, en compañía de los aspirantes al sacerdocio de este tiempo, los que vinieron por intermedio del Reverendo Padre Juan Bautista Bucheli.

El Padre Ignacio –a quien llamábamos *El Negro*, por su color moreno– en toda su vida de Comunidad se preparó para la muerte. Tenía obsesión por morir Constantemente decía: "Yo soy el primero que bajará a la tumba". "Quien sabe si llegue al año siguiente", etc.

En julio de 1927 el que esto escribe, el Padre Estéban Eraso y el Padre Martínez fuimos a la Cruz del Mayo a predicar un triduo por la fiesta de la Virgen del Carmen. Como nunca estuvo alegre El Negro, cantaba y reía con la más íntima satisfacción. cumplido nuestro cometido tuvimos que atender a muchos enfermos de tifo que había en la ciudad y en los alrededores. Regresábamos a Pasto –sin novedad–, –pero de pasada– en Franco-Villa, dijo El Negro:

–Siento un calor espantoso, puede ser efecto del paso del Juanambú, me voy a bañar para ver si así me pasa. Se bañó y durmió bastante bien esa noche, pero el calor o la fiebre se le acentuaban cada vez más. Llegados a Pasto, ya el médico declaró que había contraído un tifo violento. No hubo potencia para contenerlo, y de él murio el 8 de agosto de 1927. Su cadáver fue enterrado en el panteón de la Comunidad. Tenía apenas 44 años, 2 meses, 5 días. Había permanecido en la Congregación 18 años: Fue muy sentida su muerte y muy concurridos sus funerales.

2.—El Padre Jesús Santacruz, nació en la ciudad de Ipiales, cuando su ilustre familia iba camino del destierro, en el mes de diciembre de 1877. Füe bautizado en la Iglesia Parroquial de Tulcán y siguió a Quito donde se radicó la familia. Fueron sus padres Don Miguel Santacruz y Doña Amalia Astorquiza, ambos de ilustre abolengo.

Sus primeros estudios los hizo en el Colegio de los Padres Jesuítas en Quito y llegado a la juventud ingresó en el Apostolicado de la Compañía, pero luego la mala salud le hizo desistir y regresó a Colombia, para entrar luego en el Colegio de San Felipe Neri. Aquí estudió Filosofía y la Sagrada Teología. En 1900



R. P. Jesús Santacruz, C. O.

fue admitido como novicio de nuestra Congregación y desde entonces se consagró a la piedad y al estudio con ejemplar constancia. En 1903 recibió la ordenación sacerdotal de manos del Ilustrísimo Señor Fray Azequiel Moreno y Díaz.

Ya sacerdote, los superiores lo dedicaron al ministerio de la predicación y al confesonario. Su porte aristocrático, juntamente con una unción natural, daban valor a sus palabras, de modo que conmovía hasta verter lágrimas con la mayor frecuencia. En el confesonario era diestro para conducir las almas por los caminos de la perfección. Las personas que se confesaban con él aseguraban que se sentían atraídas a la virtud con solo verlo sentado en el confesonario.

En 1903 fue Capellán del Hospital San Pedro y mientras estuvo en este cargo andaba desvelado por atender a los enfermos en sus necesidades espirituales, cuidando de darles ejercicios en compañía de algún otro filipense.

Y aquí citemos a un discípulo suyo, que escribe con ocasión de sus bodas sacerdotales: "En 1907 fue Rector del Colegio de San Felipe, época en que nuevamente sobresalió y recobró su antiguo prestigio este establecimiento que ha sido el semillero de los cerebros del Sur. La obra educacionista del Reverendo Padre Jesús la pregonan las generaciones de aquellos tiempos. Luego se retiró al ministerio y allí le vemos como el apóstol de las misiones. Parte al Patía, Rosario, Chita, Mercaderes, Bolívar, San Pablo y demás poblaciones del Norte, donde admiran al orador sagrado de más unción que han oído los pueblos y sus frutos son copiosísimos; sólo el Cielo, testigo de sus actos, podrá compensar tanta virtud. En el Sur, Ipiales le veneran y aquí en el año de 1913, al celebrarse el Congreso Eucarístico, atrajo con su elocuencia a los moradores de la vecina república, para oír al orador de máyor fama... Le hemos visto en Pasto como sacerdote celosísimo, en los campos y aldeas vecinas, siendo el alivio de los Párrocos y la ayuda de sus hermanos de Comunidad. El ministerio del Padre Jesús es rico ya en gloria y su labor evangélica la pregonan de día en día todos cuantos lo conocen.

Sus antiguos discípulos nos congratulamos en este día de gloria y a la benemérita Congregación le damos en unión de su esclarecido hijo la enhorabuena de la dicha".

No sería completo este minúsculo boceto sino tratásemos al menos brevemente de sus virtudes naturales y sobrenaturales que daban tanto timbre a su personalidad. Entre las primeras enumeraremos su cultura y la bondad exquisita de su corazón y entre las segundas la oración y la penitencia.

a) El Padre Jesús fue el sacerdote más fino de cuantos hemos conocido: medía sus palabras para quitarles todo asomo de mortificación para sus hermanos y con los de afuera era la misma amabilidad, para atraerlos. Cuando se trataba de las mujeres sabía revestir esa amabilidad con la dignidad sacerdotal.

Contribuía a esa finura su porte aristrocrático, la belleza de su rostro varonil y todos sus movimientos naturales y espontáneos.

Pero no se crea que esa dulzura era sólo fruto de su natural; tenía que luchar contra su temperamento nervioso y por lo tanto resentido. Cuando algo le contrariaba se ponía melancólico, pero bastaba que una persona cualquiera le hablara, se dominaba y aparecía siempre amable y festivo.

Era culto con sus superiores, era culto con sus iguales y hasta con el último criado de la casa. De aquí que muchos creían que nunca luchaba para parecerlo. Se le podía aplicar sin exageración la frase que suele aplicarse a los varones apostólicos: "Era todo para todos".

b) Pero esta amabilidad exteriorizada –sin duda– venía de adentro: de su corazón; pero no de un corázón cualquiera, sino de exquisito corazón sacerdotal.

El Padre Jesús tenía ese corazón exquisito y lo tenía en las manos como suele decirse de las personas generosas o "Era todo corazón".

Hechos? todo lo que poseía era de sus hermanos de Comunidad y él mismo cuando comprendía que alguno necesitaba de lo que él poseía, al punto lo llevaba y exigía que se lo recibiese. Nunca dejó de socorrer a los pobres y sí muchas veces se despojó de su propia ropa para vestir al desnudo.

c) Como verdadero discípulo de San Felipe fue hombre de oración. Era cuidadoso en la preparación de los puntos y casi siempre versaban sobre la pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Leía cuotidianamente al Padre La Palma y a veces en la misma lectura se quedaba meditando con el índece señalando el lugar que estaba leyendo. Y Dios supo premiar estas virtudes con el don de milagros. Queremos referir los siguientes que son auténticos, porque los presenciamos.

Dábamos en el Cujacal una misión; el cielo estaba cargado de tempestad y lluvía a mares. Terminda la misión y la fiesta a María Auxiliadora los indiecitos debían rematarla con una procesión con el Santísimo. Los arcos de cohetes estaban listos y arrimados a los aleros de las casitas. Los indiecitos apenados, porque era imposible la procesión, fueron donde el Padre Jesús a quejarse de que Dios no quería aceptar su homenaje. El Padre los desimpresionó y les dijo:

–Tengan fe, el agua cesará. Y a los compañeros de misión también nos dijo:

–Vamos a la capilla a pedírselo al Santísimo Sacramento.

Estuvimos en la capilla cosa de un cuarto de hora. El Padre oraba con fervor. De pronto se levantó y salimos tras él. Apenas estuvimos en la puerta ya el sol bañába el caserío. Siguió la bonanza y a la hora de la procesión todo estaba completamente seco.

Coincidencia? Talvez. Pero era uno de aquellos días que en Pasto no se contiene el invierno, aunque todo el pueblo se postre ante su Gobernadora!

El segundo también se refiere al invierno. Habíamos estado en Franco-Villa y debíamos regresar a Pasto. Amaneció lloviendo y sobre todo el Páramo del Oso –por donde en esos tiempos se pasaba a lomo de caballo– estaba bañado de lluvia torrencial.

El Padre dió la orden de ensillar y cómo le advertiéramos que mejor sería esperar al día siguiente, sencillamente contestó:

–No nos mojaremos,

Después del desayuno dejó de llover en la finca, pero el Páramo del Oso seguía lo mismo. El Padre nos llevó ante la imagen del Señor del Río y después montamos. Con una lluvia rala que resbalaba sobre la ruana llegamos al Páramo y entonces fue la grande...

–Padre Jesús nos vamos a mojar.

–No nos mojamos. Tengan fe.

Picó el cababallo y le seguimos. En pocos minutos nos situamos entre dos aguaceros: atrás llovía a pocos pasos de nosotros y adelante lo mismo. Cuando pasamos el Páramo del Oso y divisamos Pasto a la bruma había sucedido un espléndido sol.

El Padre Jesús también fue favorecido por Dios con éxtasis y esto lo ignorábamos hasta sus íntimos amigos y admiradores. Pero un día nos lo contaron unos cuantos chiquillos que lo presenciaron. Como nos lo contaron lo contamos: El Padre Jesús había subido a Migitayo acompañado de éllos. Llegaron a un potrero y el Padre les ordenó que jugasen mientras él los esperaba junto a un cimiento que estaba oculto a poca distancia. Los muchachos se pusieron a jugar y cuando había transcurrido mucho tiempo fueron en busca del Padre para regresar a Pasto, el Padre estaba arrodillado sobre unas espinas en el cimiento; al acercarse, lo llamaron pero no contestó; junto a él lo tocaban para que despertase, porque creían que se había dormido, pero estaba rígido. Tenía los ojos levantados al cielo, las manos puestas delante del pecho, completamente inmovil. Los muchachos se asustaron sobre manera y se vinieron al Convento para avisar porque creyeron que el Padre se había muerto. Cuando del Convento salimos en su busca el Padre entraba por la portería sonriente. Nadie le habló del asunto y el trató de disimular con los muchachos.

El Padre Jesús se disciplinaba casi todos los días, sobre todo en los últimos años de su vida. De estas penitencias fueron testigos los vecinos de celda, por más que él procuraba hacerlo en altas horas de la noche, cuando suponía que todos estaban dormidos. Para disimular esta austeridad él mismo lavaba la ropa interior hasta quitarle la sangre y después con cualquier pretesto la entregaba a su lavandera, que era una indiecita de toda su confianza que se llamaba

Rosa Granja. A pesar de su industria la indiecita entendía de que se trataba, pero sabía muy bien guardar el secreto, lo que declaró después de la muerte del Padre.

Qüizá por efecto del desangre –en los últimos meses de su vida– estuvo un poco desconectado el cerebro, pero nunca dejó sus prácticas de piedad; menos su oración. Se salía sí, a orar a una cuadra que tenía en el Ejido de la ciudad, de donde el cuadrero lo llevaba a sü casa o al Convento, terminadas sus devociones.

Cuando se sentía mal, no celebraba, pero cuando lo celebraba lo hacía con toda la perfección, sin que notase el más leve rastro de inconexión.

El Padre Jesús tuvo durante toda su vida pasión por los caballos. Le gustaba montar bien y siempre tuvo uno o dos caballos de primera calidad. A las misiones iba en ellos y cuando socorría a los indiecitos de los pueblos cercanos llevaba un compañero y le enseñaba el arte de equitar con elegancia. Muchas veces –con el permiso del Padre Prepósito– fuimos su compañero. En los últimos años, juzgó quizá que esta afición era demasiada humana, y empesó a viajar a pie. Casi todos los primeros viernes iba a Jenoy a pie madrugando a las tres de la mañana para llegar a tiempo de confesar y celebrar.

El siguiente hecho –referido por el Padre Aristides– demuestra que el Padre Jesús tenía nostalgias del cielo. "En los pocos días –dice– que el Padre Martínez estuvo en la cama no se separó de su lado el Padre Jesús, quien exitaba la hilaridad y risa del enfermo con estas palabras:

–Negro ladronazo de valde te robas el cielo; por lo mismo dame tu palabra que pronto vendrás a llevarme a tu lado. Me lo prometes?

Ignacio todo sonriente, le contestaba:

Sí se lo prometo.

Como las intancias del Padre Jesús y las respuestas de Ignacio se repitiesen, en una de estas contestaciones el Negro espiró en brazos de su amigo y hermano.

Mucho sintió el Padre Jesús la muerte de Ignacio, hasta el punto de ir con frecuencia a la azotea de la iglesia –de donde se divisaba la tumba de Martínez– a exigirle el cumplimiento de la promesa.

Transcurrieron así como nueve meses y era la víspera de la fiesta de San Felipe, estando el Padre Jesús en apariencia sano y bueno, entró en la casa de la señora Mariana Soberón y allí se expresó de esta manera: "Qué les parece lo que mè hace este Negro ladronazo de Martínez: me dió su palabra de que en el mes de María vendría a llevarme y mañana es fiesta de San Felipe y el mes de María ya se acaba!

Lo mismo dijo a Jesús Absalón Martínez hermano del Padre Martínez. Por la tarde del día indicado el Padre Jesús cayó gravemente enfermo; aunque él decía *que aquello no era nada*, fue preciso obligarlo que se metiese en cama y más tarde a instancias de la Señora Amalia Santacruz, su madre, se lo mandó a la casa para que fuera atendido con más solicitud".

Por turno lo acompañamos sus hermános de Comunidad, de lo que derivaba el mayor contento. Aunque dista su casa muchas cuadras del Convento seguía las horas que suelen dar las campanas de la iglesia. Y así decía:

"Son las doce, hora en que la Comunidad hace la visita al Santísimo Sacramento; son las dos, hora en que rezamos el oficio divino; son las sies hora en que vamos al rosario y a la oración".

Quiso legar a la Congregación una valiosa cuadra que poseía en el Ejido, pero tanto el Prepósito como alguno de los Padres a quienes comunicó la idea le observaron que teniendo a su madre debía dejársela a élla, ya que no era estrictamente religioso.

Por fin el jueves 30 de mayo de 1928 expiró en presencia de sus familiares y los congregantes, después de haber recibido con edificante fervor y perfecta conciencia, los últimos sacramentos.

Fue trasladado con la mayor solemnidad desde su casa hasta la iglesia del Señor del Río, donde se practicaron las exequias. Al día siguiente se lo enterró en el cementerio de la Congregación.

Su muerte fue muy sentida de toda la sociedad. Recogemos tan solo el éco de la prensa. "Renacimiento" dijo: "El jueves pasado rindió su espíritu, tras breves días de aguda enfermedad, el Reverendo Padre Jesús Santacruz, Sacerdote importante del Oratorio Neriano de esta capital y miembre de familia muy respetable. La muerte prematura del Padre Jesús ha sido hondamente sentida por todos los habitantes de Pasto, quienes siempre vieron en la persona del distinguido hijo de San Felipe el caballero cultísimo, al sacerdote modelo por sus grandes virtudes y más que todo, inumerables huerfanos y pobres lloran hoy al que fue su singular benefactor.

Apenas hacía un mes que el Padre Jesús había celebrado sus bodas de plata sacerdotales. Veinte y cinco años pasado santamente en el servicio de Dios constituye su mejor trofeo de gloria y cuando parecía que otros muchos le verían entregado a la virtud y al cuidado de las almas, Nuestro Señor se ha dado por satisfecho y le ha arrancado de este mundo para llevárselo a la gloria. Feliz él. Descance en paz..."

"El Teléfono" dijo: "Ayer no más, desde estas columnas felicitamos, con el calor de nuestros espíritus jóvenes a este meritísimo sacerdote, orgullo y prez de la Congregación de Filipenses, si que también de esta ciudad natal, por la celebración de sus bodas de plata sacerdotales, y, hoy –transidos de pesar– tenemos que despedirlo para las regiones del más allá, a donde emprendió el vuelo su alma blanquísima, después de soportar con paciencia la dura y cruel enfermedad que en espacio tan corto lo arrojó a la tumba.

Quien pasó por la vida haciendo bienes, quien con la palabra y el ejemplo llevó centenares de almas a los cielos, bien puede estar a estas horas poseyendo el tesoro inefable a que son acreedores los justos, que, como el Padre Jesús, no tienen hiel para sus semejantes..."

"Fe y Razón" dijo: "Hace pocos días que este sacerdote benemérito celebraba sus bodas de plata sacerdotales y quién hubiera creído que en poco más de un mes ya escuchara el "Euge serve bone et fidelis" del Supremo Pastor y Esposo de lá almas buenas".

"Alégrate siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo poco yo te constituiré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor".

La muerte del Padre Santacruz constituye una una pérdida para la iglesia Pastopolitana y para la Congregación de San Felipe Neri. Varón de virtudes acrisoladas, fue objeto de veneración de cuantos le conocieron y con él se relacionaron.

En el púlpito se transformaba y sus sermones de misiones tocaba de lleno el corazón más endurecido para llevarlo al arrepentimiento y a la penitencia. Por desgracia no gozó de buna salud, de otro modo el Padre Jesús había sido el misionero infatigable, apostolado para el cual sentía especial vocación. Una de sus virtudes más sobresalientes fue la caridad: nadie le escuchó jamás una crítica o murmuración. Qué el virtuoso filipense descanse en la paz del Señor".

"Orientación Liberal" dijo: "El viernes último se verificaron las exequias de este sacerdote del Oratorio Neriano, que dejó de existir después de breve y violenta enfermedad. Al sepelio concurrió una multitud enorme de todas las clases sociales, como pocas veces se ha visto en Pasto, en tales casos. Toda la ciudad ha expresado su pesar por la desaparición de este apreciado sácerdote, modelo de hombres virtuosos y

caritativos, que supo conquistarse el aprecio de las gentes y que a nadie irrogó la menor ofensa..."

Como testigo presencial del afecto a nuestro Hermano desaparecido tenemos que agregar que el acompañamiento en su mayor parte fue de niños pobresa quienes siempre favoreció la caridad inagotable del Padre Jesús. Este acompañamiento no disminuyó durante el novenario que acostumbra la Comunidad, antes cada vez iba en aumento.

Gracias por esta deferencia que honra a la Congregación!

3.—El Padre Juan Bautista Bucheli, nació en Pasto el 7 de noviembre de 1867. Fueron sus padres Don Manuel Lino Bucheli y Doña Margarita Bucheli, pertenecientes a una distinguida familia de la ciudad, que através de los tiempos ha sabido conservar y acrecentar el lustre de su abolengo, con las buenas acciones.

Como rama de tales troncos el Padre Juan Bautista tuvo natural predisposición para la hidalguía y la virtud, sobresaliendo -desde su niñez- por el empeño de rendir culto a Jesucristo y a su Santísima Madre.

Empezó sus estudios primarios en la Escuela de Don Ismael Bejarado y a poco se trasladó a San Felipe para estudiar Filosofía, en octubre de 1888. En plena juventud, como comprendiese que Dios lo llamaba a una vida más regular resolvió matricularse en Sagrada Teología.

Cuándo hacía estos estudios se enamoró de las prácticas de nuestra Congregación y pidió humildemente a los superiores lo admitieran en el número de los novicios. Considerada su petición, por el Prepósito, Reverendo Padre Ramón María Jurado y sus Consejeros, lo admitieron al noviciado el 19 de diciembre de 1892.



R. P. Juan Bautista Bucheli, C. O.

Desde entonces se entregó por entero a la piedad y a los estudios que lo preparaban para el ministerio sacerdotal. Por orden de sus superiores recibió la ordenación sacerdotal el 16 de abril de 1893 de manos del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Doctor Don Manuel José de Caycedo, entonces Obispo de la Diócesis.

La vida sacerdotal del Padre Bucheli, como la de todo hombre meritorio, no tuvo los falsos valores de la ostentación: fue modesta, pera fecunda. Como amigo sabía el secreto –tan raro en los menguados tiempos que atravesamos– de fundir los corazones con el calor agradable de una amistad respetuosa. Esa

amabilidad atraía a la celda a muchas personas, quienes después de frecuentar su amistad, se ponían bajo su dirección espiritual. Como congregante era cariñoso con todos, sin descender a particularidades que suelen ser el orín de la fraternidad.

Como obrero en la Viña trabajó con celo en las almas. Predicaba con énfasis, sintiendo hondamente lo que decía y confesaba y dirigía a todos los que solicitaban sus servicios. Fué Director de las Asociaciones de los Corazones y del Perpetuo Socorro. Hasta su muerte, sobresaliendo por el esplendor con que celebraba las festividades. A su celo se deben las bellas estatuas de los Sagrados Corazones y de la Virgen del Perpetuo Socorro, que pidió a España y colocó con toda la magnificencia que sólo él sabía desplegar en los actos del culto.

El Padre Juan Bautista fue también arquitecto y arquitecto de verdad, por sólo la iluminación de su genio. El templo de Jesús del Río y el puente sobre el Juanambú serán perpetuamente la más elocuente confirmación de este aserto.

Ya dijimos en la primera parte de esta obra como el Padre Bücheli, queriendo servir a su Comunidad, se lanzó a la empresa bastante temeraria de encárgarse de una obra que había iniciado un verdadero Maestro sobre planos levantados por él mismo y que ahora, por las contingencias del destierro, habían desaparecido.

Era el deseo de servir el que empujaba al ilustre filipense a una obra que exigía ciencia y mucha práctica; pero era también la convicción interna de su capacidad. Creemos también que era el mismo Señor del Río y Nuestro Padre San Felipe los que lo empujaban a la aventura. Todo lo podemos en Aquél que nos conforta decía San Pablo y la experiencia confirma suficientemente que la obra comenzada por la gloria de Dios siempre se termina.

Aunque los planos se perdieron y era dificil que el Padre Bucheli recordara los menores detalles, el templo esta terminado y es una obra de arte, que admiran y admirarán siempre los entendidos en la materia.

El Padre Bucheli amaba a su templo como todo autor ama a su obra. Recordemos sus angustia cuando el terremoto de 1906. Cuando todo vacilaba y amenazaba caer sobre los congregantes, él sólo sentía el derrumbamiento de su templo.

–Señor del Río– –le gritaba– Cómo es posible que dejes caer tu templo!

El Puente del Socorro sobre el Juanambú es otra obra que pregona las habilidades de nuestro Hermano de Congregación. Conveniente es consignar aquí como se encargó de dicha obra. Nunca la buscó, fue a ella sólo a instancias del Gobernador del departamento Don Julian Bucheli, su pariente, que juzgándolo capaz le exigía que la emprendiese.

Se comprometió por la pequeña suma de $ 500,00 pesos. A la cual suma algún Diputado de la Asamblea agregó otros $ 500,00, que nunca llegaron, según parece. Quien conoce el sitio sobre que se levanta el Puente del Socorro diría que es una locura encargarse de dirigirlo –aún en este tiempo– por suma tan exigua.

Como acontece en las obras públicas, a poco de encargase el Padre Bucheli de la dirección del Puente se presentaron muchas personas entendidas en la materia a manifestar al Gobernador la conviniencia de retirar el contrato por la imposibilidad de realizarlo, pero Don Julian, que sabía lo que hacía, contestó:
"Bien, si Juan Bautista no hace el Puente, yo pierdo lo que gaste hasta que él se retire, pero si lo hace, para él solo será la gloria de llevar a feliz término una obra tan atrevida".

Y hace ya muchos años que una lápida conmemorativa guarda para la inmortalidad los nombres de de un Gobernador que pensaba con su cabeza y de un arquitecto capaz de mayores arrestos.

También son obras suyas, gran parte del Palacio de gobierno, donde solventó dificultades e hizo advertencias de mucha sabiduría; inició los trabajos y progresos de la iglesia de San Andrés: el Puente Quiña, cerca de San José; los planos del altar gótico del templo de Jesús del Río realizado con tanta maestría por el hábil ebanista Don Adolfo Esparza. Pero dirigido en todas sus partes por el Padre Bucheli.

Como apartir de la construcción del templo el Padre Bucheli se dedicó al estudio de la Arquitectura, dentro y fuera del departamento dió siempre valiosísimas indicaciones para la construcción de templos, altares o edificios de toda clase. Dirigió también el templo parroquial de Yacuanquer.

El Padre Bucheli sirvió a su Congregación con toda su inteligencia y con todo su corazón. Apenas había terminado la iglesia, la dotó de todo lo necesario para celebrar dignamente los divinos misterios: de altares artísticos, de misales en número suficiente para todos los sacerdotes, de manteles, purificadores, corporales, etc.

Dió a cada sacerdote un juego completo de ornamentos, con su caliz correspondiente y para que todo se conservase hizo construír la gran cómoda de la sacristía, que perpetuamente recordará la eficiencia del que supo concebirla.

Casi toda su larga carrera fue martir de un agudo reumatismo que lo obligó a hacer sus temporadas en Tumaco, Buesaco y otra sitios indicados por los facultativos; pero este grave inconveniente nunca fue obstáculo a su grande voluntad de servir a Dios y a las almas.

Por último, sin presentirlo, se sintió de repente nidispuesto cuando se disponía para la grandiosa fiesta de los Corazones. Creyendo que sería una de tantas indisposiciones de que adolecía, encargó la realización de la fiesta y empezó a planear su viaje a Tumaco para reponerse en el más breve plazo. Pero distintos son los planes de la Providencia: juzgando quizá que su siervo ya contaba con el caudal suficiente, lo llamó a su tribunal el 16 de junio de 1928, a la edad de 60 años, 7 meses, Permaneció en la Congregación 36 años.

Fue sepultado en el templo del Señor del Río frente al altar del Perpetuo Socorro.

La prensa del país y aún la de España -donde había dejado buenas relaciones en su viaje por Europa- expresó su pesar por la muerte del benemérito filipense. Queremos citar algunos conceptos:

"El Renacimiento" dijo: "En la madrugada del sábado 16 de los corrientes entregó a Dios su espíritu, tras rápidos días de enfermedad, el notable sacerdote del Oratorio Reverendo Padre Juan Bautista Bucheli, uno de los miembros de más valía de la referida Congregación y que mayor número de servicios espirituales y humanos ha prestado a su ciudad natal. Por eso que su muerte haya producido el ruido de potente columna angular que se desploma; por eso que su eterna partida haya dejado huellas de dolor y regueros de lágrimas en todos los círculos sociales de la capital, que, en la persona del esclarecido Padre Bucheli, vieron siempre al amigo constante, al sabio y prudente conductor de almas y al ciudadano ejemplar, que aportó los conocimientos de su vasta ilustración para dar cima a obras de verdadero aliento, que son ahora hermosos monumentos que hacen honor a la ciudad y al departamento.

Colocados en un plano superior y mirando las cosas con el lente de la fé de católicos, encontramos en la vida del Reverendo Padre Bucheli mucho de extraordinario que rebasa los límites de un mero oportunismo.

El día 7 de noviembre del año de 1867 se colocó de manera solemne la primera piedra de la que con los tiempos había de ser la suntuosa basílica del Señor del Río; en ese mismo día vino al mundo el Reverendo Padre Bucheli, quien años después había de ser el *alma mater* de esta construcción, a la que se dedicó por completo hasta ver coronados sus esfuerzos, dejando terminado el regio templo en el año de 1904, con la solemne consagración del mismo.

Propagador incansable de las obras de religión, fue el fundador, en la misma iglesia de San Felipe, de las Archicofradías de la Virgen del Perpetuo Socorro y los Sagrados Corazones de Jesús y de María, instituciones a las que dedicó todos sus cuidados y solicitudes de verdadero apóstol de Cristo. Y fue precisamente como grande recompensa a su fervor que la muerte vino a cerrar sus ojos en las vísperas de la fiesta de los Sagrados Corazones.

Nada más justo que para sepulcro de sus restos mortales se haya escogido uno de los lugares más adecuados del templo, que habrá de guardar como preciosa reliquia las cenizas del eminente neriano, ante cuyo sarcófago nos descubrimos reverentes, en la esperanza de que su espíritu haya entrado de lleno en el goce de los bienes eternos del Señor...''

Humberto Puyana con el seudónimo de ''Creyón'' escribió en ''Orientación Liberal'' lo siguiente:

''...El Padre Juan Bautista Bucheli, quien motiva estas lineas, es un hijo ilustre de esta tierra. En su vida religiosa ha marchado serenamente, pero en su acción pública cosechó algunos desengaños, que por su temple de alma dejó que pasen. Era en los precisos momentos en que acometía la obra del Puente del Socorro sobre el río Juanambú. Al fin coronó la obra contra viento y marea es ella un exponente de nuestros fervorosos alientos de grandeza.

Por el año 1904 concluyó el templo de San Felipe Neri que es timbre de honor en toda la repúbli-

ca. Estas obras que dicen muy bien del adelanto de nuestro departamento y que manifiestan los conocimientos científicos y artísticos del Reverendo Padre Bucheli, no han recibido la consagración en favor del virtuoso sacerdote neriano.

Al hacer relación de las principales obras de Nariño en la Exposición Nacional de 1919, se suprimió –quizá por olvido– la del Puente del Socorro sobre el Juanambú, y el ilustre Señor Don Marco Fidel Suárez, en la relación de su viaje por el Sur, que está consignada en sus sueños, adjudica la obra a un extranjero. (?)

Por el año de 1912 cultivando en su corazón caros ideales y en busca de conocimientos estéticos para su bella profesión, machó para Europa. Viajó por las principales naciones durante un año y trajo para su biblioteca muchos libros del arte de su afición. En Barcelona "La Hormiga de Oro" famosa revistá, publicó su retrato dedicándole frases muy merecidas; en Madrid, en una publicación ilustrada de los Padres Jesuítas, también le dedicaron una página en su honor.

Como todos los hombres de talento que han viajado, se empapó en todas las corrientes de progreso y adquirió un criterio sereno. Por eso al aplicar el escalpelo de su análisis a las condiciones de nuestros pueblos, lo hace con sabiduría e imparcialidad.

Estando como Director de obras públicas en esta ciudad dirigió los cimientos del Palacio de Gobierno, que tienen más de tres metros de profundidad, calculado para un edificio de cuatro pisos. Pero cuando trató de reformar un tanto los planos para que el edificio adquiriera más elegancia, ciertas intrigas elevadas ante el Doctor Gonzalo Pérez, por entonces Gobernador de Nariño, sirvieron para distituirlo del empleo.

Por la enfermedad que hace algún tiempo le afligía tuvo que salir repedidas veces en busca de salud. Ha pasado largas temporadas en Panamá, Tumaco, y el Valle del Cauca..."

La Alcaldía Municipal envió al Padre Prepósito Aristides Gutierrez Villota el siguiente Decreto, con nota del Señor Alcade. He aquí los documentos:

Pasto, 16 de junio de 1928.

Muy Reverendo Padre Prepósito de la Congregación Neriana.

La Ciudad.

Me es honroso poner en manos de vuestra Reverencia el Decreto N° 71, de esta fecha, por el cual se honra la memoria del muy ilustre Padre Juan Bautista Bucheli (q. e. p. d.) y aprovecho esta ocasión para manifestar mi más sentido pésame por la prematura desaparición de tan celoso sacerdote que honró a esa Comunidad.

Dios guarde a usted.

Alfonso Montenegro.

DECRETO N° 71

La Alcadía Municipal, en uso de sus atribuciones legales, y

CONSIDERANDO:

Que acaba de fallecer un ilustre ciudadano, honra y prez de la ciudad que lo vió nacer, que por su celo católico mereció los más sinceros elogios de cuantas personas le trataron;

Que su ejemplo sacerdotal, su afición a las letras y a las artes, y en especial su espíritu progresista, lo colocarón a un nivel superior; y

Que sus obras de gran valía acreditan una vez más los importantes servicios que durante su vida prestó no solo en favor de la ciudad sino del departamento.

DECRETA:

Artículo único. Deplórase la prematura muerte del muy ilustre Reverendo Padre Juan Bautista Bucheli y recomiéndase su memoria a los ciudadanos, como tributo de honor y de justicia, por los servicios que en horas difíciles prestó a la ciudad y al departamento.

Un ejemplar del presente Decreto se enviará, con nota de estilo, a su deudos más cercanos y a la Comunidad de San Felipe Neri.

Cópiese, publíquese y cúmplace.

Dado en el Salón del Palacio Municipal hoy 16 de junio de mil novecientos veintiocho.

El Alcalde de la ciudad, Alfonso Montenegro.

El Secretario de Gobierno, Rosendo Verdugo Soto.

4.—El Padre Luis Dolores Segovia, nació en San Rafael de Tangua el 19 de noviembre de 1876. Fue hijo de Don Vicente Segovia y de la Señora Doña Rosario Delgado Santacruz; ambos esposos distinguidos por su ilustre abolengo y por sus virtudes.

Nacido y desarrollado en tal ambiente el niño Luis Dolores era inclinado a la piedad, a la que se entregó desde su más tierna infancia.

Convencidos sus padres de que una población pequeña como Tangua no era ambiente para el desarrollo intelectual de su hijo lo trajeron desde luego a la ciudad, donde ingresó en el célebre Plantel de educación primaria dirigido por los Señores Rafael Gutiérrez Segovia, José María Velasco Castillo y Marco Antonio Ortiz. Bajo la dirección de tan excelentes maestros el niño Luis Dolores hizo progresos en las letras y se enamoró cada vez más de la virtud.

Terminada su instrucción primaria sus padres le matricularon en el Colegio Académico, donde cursó

el primer año de Humanidades; pero luego atraído por la creciente fama del Colegio de San Felipe Neri ingreso en él, el 1° de octubre de 1891. cuando apenas contaba 15 años.

Siguió, por consiguiente cursando en nuestro Colegio las Humanidades; cursó luego literatura, donde se distinguió por su amor a las letras y la facilidad para la redacción de las composiciones literarias; pasó a Filosofía con un buen caudal de conocimientos, para entrar bien pronto en Sagrada Teología.

El 11 de junio de 1899 fue admitido como novicio de nuestra Congregación y desde entonces se consagró por entero a perfeccionarse en las sagradas Letras y ascender por los caminos de la perfección cristiana.

Fue ordenado sacerdote en el año 1904 por el Ilustrísimo Señor Fray Ezequiel Moreno y Díaz, en la última prepositura del Padre Ramón María Jurado.

Apenas investido de la dignidad sacerdotal fue un poderoso auxiliar de los obreros filipenses, en el confesonario, en el púlpito y sobre todo en los ejercicios de la Piscina y en las Misiones de los pueblos.

Nunca dejó de estudiar, componía cuidadosamente sus sermones y no contento con su propio convencimiento solía leerlos a alguno de los Padres o estudiantes más adelantados. El Padre Segovia sabía leer, como deben leer los intelectuales que se estiman. Tomaba el libro, leia despacio, meditaba lo leido lo volvía a leer y por lo último tomaba notas en un cuaderno que él llamaba:

"Libro de Apuntuaciones".

Este método supo inculcarlo en sus discípulos y gracias a él, algunos lograron sobresalir en el camino de las Letras. Recordamos con cariño, gratitud y admiración sus clases extras de Castellano, redacción y Ortografía, con que nos favorecía para habilitarnos mejor al ministerio futuro.

Fue profesor de la primera Normal de mujeres que regentaban las Señoritas Lleras; profesor de la Universidad de Nariño, en tiempo del Doctor Belalcázar y profesor permanente de nuestro Colegio de San Felipe Neri. Era Pedagogo de vocación, amaba la profesión y se preparaba para dictar clases como lo hacía para predicar.

Fue también Prefecto de nuestro Colegio y sabía cumplir la máxima del verdadero superior: "Suaviter in modo fortiter in re". Porque trataba a sus súbditos y discípulos con la mayor cordialidad, pero no les perdonaba una línea el cumplimiento de su deber.

Su fisonomía era atrayente, tenía los ojos pequeños, redondos, chispiantes y vivos era nervioso y por lo tanto activo en todos sus emprendimientos. Cuando la Congregación esperaba de tan excelente miembro los mejores rendimientos, empezó a martirizarle una terrible enfermedad que visiblemente fue minando su existencia hasta hundirlo en la tumba el 8 de noviembre de 1928. Contaba apenas 52 años de edad. Había permanecido 37 años en la Congregación. Fue sepultado en el cementerio de la Casa.

La muerte del Padre Segovia fue muy sentida, especialmente por los intelectuales. Los Directores de Escuelas y Colegios decretaron honores y la prensa habló de él con mucho encomio. Queremos citar lo que escribió entonces Gonzalo Torres Arellano, Director de "El Pueblo".

"La venerable Orden Oratoriana de esta ciudad fue dolorosamente sobrecogida con la desapareción del ilustre sacerdote Reverendo Padre Luis Dolores Segovia, quien pasó por el mundo ceñido de la corona árdua de la consagración a toda labor benéfica, a la espera de la fructificación de las gentes juveniles, como norte y enseña de un grupo de juventud. Pues dedicó al magisterio la simiente purísima de su entendimiento, hasta que la prolongada sombra final le indicó el arribo al eterno descanso, que se concede a los buenos y esforzados.

Hijo de padres que mantenían incólume el acatamiento de los eternos Preceptos del Gran Nazareno, su vida no se separó un solo punto de aquel rito del cielo, y tuvo la gravidez de las espigas de un paisaje bíblico. Por eso sus cabellos se hallaban tocados de la paz sublime de que se contagian las lontananzas en las altas y grandes cimas. Asi es que en momentos de caer abrumada su vida en el último sueño, debió de hacer consonancia con el suave doblegarse de una paloma sobre nítidos rocíos.

Gran parte de nuestra juventud recibió de sus labios ungidos la palabra alentadora de la verdad, la lamparilla distanciadora del error, el ejemplo purísimo, la fe que lleva a admirar en el temblor de una estrella el movimiento de las manos de un sembrador, según imaginaba Rodó.

Fue pues la misión del Padre Segovia la de un cultivador silencioso, cuyos predios espirituales se verán embellecidos mañana por las copas resonantes de las voluntades sanas, de las mentes vibrantes de grandes savias.

Su corazón habilísimo sólo oro poseyó sin limitaciones, sin la mescla falsa; como una veta prodigiosa y fecunda que solo tiene su fin en las profundidades abrasadas en el fuego amoroso del seno de Dios. El Padre Segovia se destacó como magnífico exponente social, y su partida eterna deja un duelo muy hondo en todos los corazones. Habrá encontrado su mente luminosa y celeste, pero acá nos quedamos con la frente cubierta por un velo melancólico, pensando en la túnica blanca del sembrador moral, que pasó brindando frescura y amor como si hubiera sido una misión pasar por una abierta ribera de Galilea.

Nos descubrimos con pesar ante su estancia de rosas eternas, enviamos nuestra voz de condolencia a sus allegados y a la benemérita Orden de San Felipe Neri..."

5.—Hermano José Paz, nació en Chimbatangua, localidad del Distrito de Tangua, en el año de 1895. Sus padres eran honrados labradores y cristianos fervorosos. Conociendo la vida de la Congregación por el trato con nuestros sacerdotes y por sus visitas a la Casa, solicitó ser recibido entre los nuestros, y el Propósito de entonces, Reverendo Padre Peregrino, consultado al Capítulo, lo recibió en el año de 1915.

El Hermano José Paz, apenas fue contado entre los nuestros se dedicó a cumplir sus deberes, con la mejor voluntad y hasta donde le permitían sus facultades. Los superiores le destinaron, en distintas épocas: para sacristán de la Piscina, donde era muy edificante; para portero del Convento, donde sobresalía por su constancia, amabilidad y paciencia para tratar a las gentes, no siempre oportunas; para refectolero, donde era aseado y cuidadoso de las cosas bajo su dominio.

En los tiempos libres siempre se le veía encadenando rosarios o bien tratando de combinar algunas notas en un viejo armonio que le habían regalado. Desde luego que este ejercicio no era tan agradable para los vecinos, porque el bendito, si tenía arestos de aprendiz, carecía de habilidades para la música.

Era también algo hábil para hacer figuras de pesebre, el que componía todos los años en una esquina de la portería. Cuando los Padres o las personas de a fuera admiraban su obra, ponía en blanco unos ojos incoloros y sentía el placer más grande. Indicaba el significado de las figuras y reía con leve sonrisa cuando se las tachaban de deformes.

En cierta ocasión hizo la estatua del Hermano Sixto –comiéndose una guayaba– en la finca de Franco-Villa. Como lo supiese el Hermano se la robó y la fue enterrar.

En la misma finca alguno de los Padres le hizo aprender un discursito en latín disparatado, para recibir al Padre Torres. Como el Hermano pensaba que la cosa era seria hizo esfuerzos para meterse en

el mojín los disparates y algunos insultos contra él mismo. El discurso comenzaba así: "Ego Josepho Paz, Trigis fortitudinis, me gaudio cum presentia tua..." El Padre Torres con un pie todavía en el estribo se puso atender el saludo, pero cuando entendió la broma, lo interrumpió muerto de risa:

–Bájate tonto! Quién es el pícaro que te ha hecho quebrar la cabeza con esos disparates? (Al Hermano José le decían El Tigre, porque antes de ponerle la sotana el Procurador dió a los Hermanos un flux del color de la piel de trige).

De estas travesuras le hacían muchas y él se presentaba a ellas con el mayor placer.

El Padre Aristides lo define en esta frase: "de carácter piadoso, humilde y candoroso". Era penitente: usába cilicios.

El Hermano era paliducho, pero nadie sabía que era enfermo. De pronto sintió dolores espantosos y al llevarlo al Hospital el médico le encontró una hernia extrangulada. Lo operaron, pero todo fue inútil, murió el 15 de julio de 1929.

Había permanecido en la Congregación 14 años y tenía 33. Su cadáver fue sepultado en el cementerio de la Casa.

6.—El Reverendo Padre José Delfín Torres, natural de la ciudad. Su familia tenía una finca en Santa Rosa, localidad perteneciente a la Parrroquia de Berruecos, en la que pasaban muchas temporadas; en una de ellas nació José Delfín, el 27 de agosto de 1862. Fueron sus padres Don Javier Torres y la Señora Aurora Córdoba, ambos pertenecientes a distinguida familia.

Era José Delfín de natural despierto, inclinado a la piedad –como todos los niños de su clase– y amigo del campo. Con todo frecuentó las Escuelas de la ciudad, donde adquirió todos los conocimientos primarios.

En 1880 el mismo día en que se instalaba el Colegio de San Felipe Neri (14 de enero), bajo la dirección del Padre Ramón María Jurado y Don Beningo Orbegozo, entró como aspirante a la Congregación con 20 compañeros, y el 8 de diciembre de 1881 vistió la sotana filipense.

El joven José Delfín contaba entonces con 22 años, era aplicado, inteligente y uno de los más aprovechados del lucido grupo que formaban el aspirantazgo de nuestra Congregación.

En nuestro Colegio estudió con lucimiento Humanidades, Filosofía y Sagrada Teología. Se distinguió especialmente por su claro entendimiento en Matemáticas, habiendo sido desde entonces profesor, como siempre lo han sido los mejores alumnos del Colegio. Fue profesor de Matemáticas en la Universidad por algunos años.

Admitido en la Congregación y perfeccionados todos sus estudios, recibió la ordenación sacerdotal de manos del Ilustrísimo Señor Ignacio León Velasco, en compañía de cinco filipenses, el 15 de junio de 1889.

El Padre Aristides sintetiza así su vida: "Fue en alto grado estimado por nuestra sociedad, por su índole generosa, a la que se añaden las sencillas costumbres de su vivir, abrillantadas con la práctica de las virtudes evangélicas".

Como matemático era hábil para las finanzas. Desempeñó en la Congregación por muchos años el cargo de Procurador, consiguiendo los mejores rendimientos en la agricultura y sobre todo en la ganadería. Y cuando a los superiores les pareció librarlo del cargo fue siempre el mejor consejero de los procuradores. También fue por algún tiempo profesor de Matemáticas y Filosofía. Se sabía al dedillo los teoremas de Rueda o de Cardín y en un momento llenaba la pizarra de signos y de números. Cuando los estudiantes no *dábamos con bola* decía: "Ve animal, esto es así..." Cuando acertábamos en alguna respuesta

decía: "Ve! Este animal no ha sido tan pen..." Pero esa vulgaridad verbal era contrapezada con su caballerosidad, aún con el menor estudiante.

El Padre Torres andaba siempre pensativo y moviendo la cabeza. Su distracción era tan grande que en cierta ocasión que salía al altar a decir misa, hizo la genuflixión y volvió a la sacristía convencido que ya había celebrado; otra vez al salir de almorzar, después de pocas vueltas en el corredor volvió al refectorio a pedir almuerzo. Cuando le dijeron que ya había almorzado se tocó el estómago todavía con aire de duda, concluyendo:

–En fin, ustedes lo dicen, así a de ser...

Cuando paseaba en los corredores se daba cabezasos en los pilares de distraido.

Era ejemplar en las prácticas de piedad, especialmente en los ejercicios espirituales que hace la Congregación todos los años. Allí se lo veía reconsentrado o interpretando con los gestos las impresiones de su alma a medida que las verdades eternas le iban penetrando; allí se le veía limpiando la conciencia a cada momento con la confesión. En su celda tenía un reclinatorio para la preparación de la santa misa y dos o tres libros devotos que solía leer o hacer leer.

Cuando la prensa publicaba algo interesante o conseguía algún libro famoso iba al Colegio a pedir un estudiante para hacerlo leer y atendía cerrados los ojos.

El Padre Torres padecía de una hernia que ponía trabas a sus actividades. Se había hecho operar una vez en Pasto y otra en Panamá. Los médicos le habían prohibido montar a caballo, pero él no toleraba la quietud y creyéndose curado montaba y hacía largas caminatas.

Le encantaba tener amigos y era deveras caballeroso con ellos. A su celda acudían las personas

más cognotadas a quienes distinguía con su amistad. El Doctor José Rafael Sañudo, el Doctor Angel Martínez Segura, el Doctor Angelito Guerrero, etc. A todos los trataba con libertad y -sin estar en los antecedentes- hasta con grosería. Al más respetable de todos el Señor Sañudo, le decía:

-Ve burro inteligente.

Y a diferencia de muchos que se llaman amigos, era más amigo en la adversidad. Cuando creía haber ocasionado algún agravio, extremaba su bondad hasta obligarlo a uno aceptar sus favores.

En la última semana de su vida lo acompañamos el Doctor Angelito Guerrero y el que esto escribe en su finca de Tapialquer. Nos recibió con la mayor alegría: con repiques de campana y con vivas que él mismo lanzaba al aire para que contestaran las personas que lo rodeaban. En esa semana estuvo muy activo haciéndonos conocer algunos plantíos y rodeándonos de las mayores atenciones. Le hacíamos bromas que él recibía con el mayor agrado y procuraba corresponderlas. Pero el 5 de enero ya se sintió mal, quizá a causa de la actividad. Con el rostro contraído por el dolor nos dijo:

-Mañana regresaremos a la ciudad, he pasado muy mal la noche. Parece que la hernia se ha vuelto a abrir.

El 6 por la mañana todavía montó para salir a la carretera, estaba sombrío, como lo estábamos sus acompañantes y al tomar el carro abajo de Tangua, seguimos en ese mutismo angustioso hasta llegar a Pasto. Apenas llegó al Convento se sintió peor, la hernia se le había extrangulado. Pero no quizo acostarse. A las dos de la tarde -según su costumbre- rezó el oficio del día siguiente. Después sintió un hielo que le recorría por todo el cuerpo y queriendo entrar en calor se hizo acompañar hasta Migitayo (unos dos kilómetros). Al regresar sin haber conseguido entrar en calor dijo:

–Esto es el hielo de la muerte.

Se mitió a la cama. Por la noche se sintió un poco mejor por los remedios que mandaban los médicos, pero a la mañana siguiente pidió con instancias que le administraran los últimos sacramentos. Con toda la devoción recibió el Viático: al llegar a la Extremaución, como el Padre que se la daba era lento, le dijo:

–Más de prisa Padre, porque me muero.

Cuando le iba a ungir las manos el Padre que le administraba turbando lo iba a practicar como a los seglares. Entonces el Padre Torres serenamente dijo:

–No. por aquí es a los sacerdotes.

Apenas se acabó la administración entregó su alma a Dios. Eran las ocho de la mañana del 7 de enero de 1931. Había cumplido 69 años de edad, había pasado 51 en la Congregación y fue enterrado en el cementerio de la Casa.

7.—El Padre Eulogio Fernández Córdoba, nació en Yacuanquer el 11 de junio de 1868. Fueron sus padres Don Juan Bautista Córdoba y Doña Juana Insuasti, personas distinguidas por sus virtudes y su abolengo.

Sus primeros estudios los hizo en Tangua, en la Escuela fundada por el Padre Wenseslao Fernández Córdoba, hermano de Eulogio y Cura Párroco de aquella Parroquia. Esta Escuela estaba regentada por el Señor Don Rafael Gutiérrez Segovia, hombre ilustrado y competente pedagogo, genitor de los Padres Aristides y Luis Gutiérrez.

A la edad de 27 años entró al Colegio de San Felipe, donde cursó Humanidades, Filosofía y Sagrada Teología.



R. P. Eulogio Fernández Córdoba, C. O.

Fue recibido en la Congregación el 26 de junio de 1895 y desde entonces puso todo su anhelo en habilitarse para ascender al sacerdocio: se dedicó a la piedad, de la cual era naturalmente aficionado y a la perfección de los estudios eclesiásticos, especialmente de las sagradas ceremonias, que era su lado más fuerte. Recibió su ordenación sacerdotal de manos del Ilustrísimo Señor Fray Ezequiel Moreno y Díaz el 26 de junio de 1898. Cantó su Primera Misa el 16 de julio del mismo año. El Padre Aristides sintetiza así la vida de este meritísimo filipense:

"Largo y fecundo fue su ministerio sacerdotal; dedicado a las misiones, ejercicios espirituales, profesorado, púlpito y confesonario. Por un período fúe Prepósito de la Congregación y por varios fue Ministro, Diputado y Maestro de Sagradas ceremonias.

Se distinguió por su férvida devoción a la Santísima Virgen, la que exteriorizó con el estableci-

miento de la Archicofradía de María Auxiliadora, cuya bellísima imagen hizo traer de Barcelona (España) a la que erigió un hermoso altar. (Aristides Gutiérrez. O., citada). Era de carácter jocoso y hacía pasar buenos ratos a los Padres contándoles anécdotas y ocurrencias.

El Padre no había sentido ninguna indisposición notable, pero sufría del corazón. El 10 de junio por la tarde, después del rezo, estuvo confesando -como de costumbre- se acostó perfectamente sano, pero a la una de la madrugada se sintió morir. Llamó al Padre Rufino, su hermano, quien llamó a otros y le administraron los últimos sacramentos, a las dos de la mañana entregó su alma a Dios. Era el 11 de junio de 1931.

Cumplía 63 años. Había permanecido en la Congregación 36 años. Fue enterrado en el cementerio de la Casa.

CAPITULO 12°

Filipenses muertos desde el 32 hasta el 53

Reverendo Padre Ricardo de la Espriella Mosquera.— Reverendo Padre Aristides Gutiérrez Villota.— Reverendo Padre Celso Marcos Vergara.— Reverendo Padre Gustavo Villota S.— Reverendo Padre Esteban Eraso.— Reverendo Padre Enrique Portilla.— Reverendo Padre Alfonso Caicedo.— Reverendo Padre Carlos R. Arturo.— Reverendo Padre Juan Evangelista Rojas.— Reverendo Padre Manuel Jose Zarama— Reverendo Padre Peregrino Santacruz.— y Reverendo Padre Rufino Fernández Córdoba.

1.—El Padre Ricardo de la Espriella Mosquera, nació en Pasto el 3 de mayo de 1893. Fueron sus padres Don Bernardo de la Espriella y la Señora Doña Teodulia Mosquera, hija del gran General Don Tomás Cipriano de Mosquera.

Muy conocida era entre nosotros la virtud de la Señora Teodulia, quien después de formar un hogar modelo supo convertir a su esposo que había estado distanciado de la religión por las prácticas espiritistas. Fue madre de tres sacerdotes: Bernardo y Eduardo, Jesuítas; Bernardo mártir de los japoneses en la segunda guerra mundial y Eduardo un experimentado director de conciencia y Maestro de novicios en la Compañía, Ricardo fue el tercer sacerdote que, esti-

mulado por sus hermanos y siguiendo los consejos de su santa madre, ingresó más tarde a nuestra Congregación.

Ricardo hizo sus estudios primarios con los Hermanos Maristas y se graduó de bachiller con los Padres Jesuítas. Terminados sus estudios secundarios tuvo una grave enfermedad y repuesto de ella se consagró a la política, que por esos tiempos estaba en efervecencia. Recordamos haberlo oído perorar en la plaza pública para entusiasmar a las huestes conservadoras en un debate electoral.

En plena juventud y cuando menos se eperaba pidió ser admitido en nuestra Congregación y lo consiguió el 14 de diciembre de 1914. Empezó desde entonces su formación espiritual y sus estudios teológicos bajo la dirección de los nuestros.

Ricardo era de temperamento sanguíneo: fogoso, entusiasta; algo voluble como su abuelo. Sumamente inquieto y travieso y en medio de la superificialidad para las ciencias –aneja a su carácter– mostraba con frecuencia algunos chispazos de talento.

Ordenado sacerdote se dedicó al ministerio con entusiasmo. Predicaba cuantas veces se lo podían, no siempre bien, pero siempre con énfasis. Confesaba a veces con celo y con regularidad, pero otras veces se dejaba llevar de sus atavismos y faltaba a la seriedad. Era costumbre en la Casa de Ejercicios hacer una lista de las personas que piden a determinado sacerdote. Ricardo recibía su lista y llegada la hora se iba al confesonario y allí –con voz alta llamaba a las confesadas; es claro, que ninguna se le acercaba. Otras veces escondía los cuadros que traían para que se les dijera misa y el Niño Dios en Navidad.

En el profesorado tuvo habilidad especial para la Historia Patria y reunió buenos datos que se publicaron en el Boletín de Estudios Históricos, que por aquellos tiempos dirigían Leopoldo López Alvarez y Sergio Elías Ortiz.

En el año de 1932 acompañó al Excelentísimo Señor Leopoldo Agudelo en la visita pastoral por muchas parroquias del sur. En estas visitas ayudaba a Su Excelencia en la predicación, confesiones y confirmaciones. En una de estas visitas aconteció algo extraordinario que vamos a referir:

El Padre Ricardo estaba en Yacuanquer y una tarde un peón de Migitayo de nombre Angel Meneses lo vió montado a caballo en "El Chorro Alto" Creyendo que el Padre, tras una breve vuelta, regresaría al Convento se vino a él a esperarlo para llevarle el caballo a Migitayo.

Cansado de esperárlo dijo a alguno de los Padres que había visto al Padre Ricardo y que esperaba el caballo para llevarlo. El Padre le contestó, que eso no era posible, puesto que Ricardo estaba en Yacuanquer con Su Excelencia y no regresaría sino despüés de ocho días.

Se fue el peón algo escabrodoso y todos nos quedamos pensando en el fenómeno. sin dudar de la veracidad de Meneses.

Pasado los ocho días regresó efectivamente el Padre y entonces le contamos lo que había sucedido y sonriéndo contestó:

–Vaya entonces tengo que prepararme, porque me voy a morir.

Pero esos mismos días el Señor Cura del Ingenio había solicitado un sacerdote para que celebrara la fiesta de la Ascención del Señor, porque tenía que ausentarse, y –apenas regresó de la visita el P. Espriella– pidió al Prepósito permiso. El P. Prepósito, que era el Padre Villota se lo concedió no de tan buena gana porque el invierno era muy crudo.

El 4 de mayo de 1932, después de celebrar el cumpleaños de su señora madre montó a caballo y se marchó por el camino de la Florida.

Llovía torrencialmente. Un poco temeroso por el mal tiempo dijimos a Ricardo que no fuera ya que podía sucederle alguna cosa, pero él con su tranquilidad habitual contestó:

-Que me puede pasar, no soy hombre? Además tengo conmpromiso con el Señor Cura y las gentes del Ingenio se quedarían sin misa en una festividad principal.

Confiados en la fortaleza del Padre lo dejamos partir. Y desde aquí empieza lo trágico. Cuando llegó a La Florida no había dejado de llover. Entró donde el Señor Cura -que era el Padre Gonzalo Apráez-. El Padre Apráez en vista del mal tiempo le ofreció posada diciendo que a la mañana siguiente podía seguír sin detrimento de la fiesta, pero Ricardo que sabía desafiar los peligros se empeñó en seguir y siguió. Cuando siguió por la quebrada de Panchindo serían la 5 y media de la tarde. La mísera quebrada que en tiempo ordinario no alcanza a matar la sed a un gato, bajaba por los montes, como un brazo de mar. Las gentes que encontró -según ellas mismas lo contaron- también se empeñaron en que no siguiera, pero él no hizo, caso a nadie...

Al día siguiente -por el aviso que dieron los trabajadores- se encotró el caballo encillado con un estribo arancado y el caucho en un llanito, los zamarros, la sotana y demás prendas de vestir en distintos sitios de la quebrada y más abajo el cadáver con una herida en la sien y quebrada una tibia.

Fue grande la consternación que nos produjo la noticia. Inmediatamente fuimos a la Florida el Padre Vélez y el que esto escribe. Pudimos observar dos cosas bastante reveladoras; el cadáver no arrojaba agua y la herida de la sien era como de arma cortante.

Antes de traer a Pasto el cadáver pedimos a las autoridades de la Florida que investigaran criminalmente el hecho, lo que inmediatamente se empezó.

Después supimos que la Señora Madre de Ricardo valiéndose del Gobernador había impedido dicha investigación. No sabemos las razones que tendría; quizá las de cierta santa que ocultó al asesino de su hijo para darle tiempo a huir.

El Padre Ricardo permaneció en la Congregación 18 años y fue sepultado el 6 de mayo de 1932 en el cementerio de la Comunidad,

2.—El Reverendo Padre Aristides Gutiérrez Villota, nació en la ciudad de Pasto el 24 de julio de 1862, del legítimo matrimonio formado por Don Rafael Gutiérrez y Doña Tomasa Villota Barrera, sobrina carnal del Fundador de la Congregación.

El hogar Gutiérrez-Villota Barrera se distinguían por su amor a la piedad y al trabajo. Don Rafael Gutiérrez no era rico de bienes de fortuna, ganaba la vida laboriosamente en el magisterio. Fue maestro de muchas generaciones unas veces, solo, otras en compañía de Bejarano y del Castillo. El niño Aristides, que empezó a desarrollarse en este ambiente, fue desde su más tierna edad sinceramente piadoso y amigo del trabajo.

Su primera instrucción la hizo en las escuelas que regentaba su padre, donde siempre sobresalía por sus grandes facultades, aunque era inquieto y distraído.

Viendo Don Rafael que el muchacho era aficionado a la pintura –en los momentos que le quedaban libres– lo hizo asistir al taller de Don Vicente Jirón para que aprendiera este arte difícil, pero bello y útil.

El mismo Padre nos ha contado su aventura como aprediz de pintor con estas encantadoras palabras: "Allí entre los esbozos de pinturas que nunca se terminan se levantaban los caballetes de los aprendices; todos éramos muchachos pobres y con más o menos aptitudes para el oficio. El Maestro nos mandaba pintar perfiles humanos o paisajes conocidos y cuantas veces las obras que nosotros teniamos por perfectas

nos merecían los más crueles reproches. Alumnos hubo que en su despacho dibujaban la poco atrayente estampa del Maestro".

Cuando había cumplido 18 años vino el joven Aristides al Colegio de San Felipe Neri, en calidad de externo y allí empezó a enamorarse de la vida de la Congregación, en la que fue admitido –a sus reiteradas instancias– en 1886.

Ya en el noviciado se entregó por entero a su formación espiritual y teológica, bajo la dirección de los nuestros y el 15 de junio de 1889 recibió la ordenación sacerdotal de manos del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo de la Diócesis Doctor Ignacio León Velasco.

Investido de la librea neriana y con los poderes de la Iglesia en la mano se entregó por entero al servicio de las almas. Sus claros talentos para la oratoria y su ingénita bondad le hicieron cosechar los más opimos frutos en el ministerio.

Sin dejar de ser maestro en sus discursos, como panegíricos, oraciones gratulatorias, sermones, oraciones fúnebres etc. su fuerte estaba en las pláticas y en las homilías. Forma alagueña, giro castizo, dicción sonora y fondo; estas fueron sus cualidades.

El Padre Aristides fue improvisador sin segundo. Le bastaba unos cuantos segundos para coordinar sus ideas y el sermón o la plática salían naturalmente, como el agua de la fuente. Pero esta rara habilidad se justificaba por su grande preparación antecedente; conocimiento de las Sagradas Escrituras –que las leía frecuentemente; estudió de las ciencias humanas, que no desdeñaba, y sobretodo conocimiento perfecto del *Arte del Bien decir.*

Dirigió por más de 30 años los ejercicios espirituales de *La Piscina* y allí dejó un recuerdo imborrable de su conocimiento profundo de todas las llagas sociales y de su caridad para recibir a todos, sin

distinción de grande o pequeño, de rico o pobre. Hizo tan familiar la predicación en *La Piscina* que alguno –oyéndolo predicar todos los días– le preguntaba:

–Padre Aristides, cuándo va predicar Su Reverencia?

Como la predicación del Padre era una sabrosa conversación, los ejercitantes sencillos pensaban que el Padre no predicaba!

La personalidad del Padre Aristides podemos sintetizarla en esta frase: supo amar, supo pensar, supo sentir. Y quien sabe hacer estas tres cosas con la perfección que lo hacía él, es todo un hombre.

Supo amar primero a Dios, porque fue modelo de sacerdotes. Su fé viva le daba arrestos de polemista cuando lo pedía la ocasión. Con qué santa entereza fustigaba los errores, distinguiendo siempre el pecado del pecador. Con qué santa libertad cumplía el precepto del Apóstol: "Arguye, increpa, oportuna e importinamente, con toda paciencia y doctrina!"

Curaba las llagas sin envenenar con el remedio. Con la palabra suave, con el grasejo oportuno, con la impavidez del cirujano que no teme herir cuando la herida sirve para curar.

En el confesonario fue Padre, fue médico y fue juez, como debe ser todo sacerdote. *Padre*, porque acogía a todos sin distinción: ricos, pobres, hombres, mujeres; *médico*, porque curaba toda dolencia, y *juez*, porque no omitía la justa reprención a la dama más alta o al penitente más caracterizado.

Y si amó a Dios también supo amar al prójimo. En una Comunidad donde hay tantos caracteres preciso es que surja la incomprensión y hasta el choque violento; gajes de nuestra fragil condición humana! El P. Aristides fue siempre generoso en tales circunstancias. Devoró a solas la incomprensión y fue el primero en olvidar y perdonar estas miserias.

Su amor a los pobres no era teoría nacida de la intemperancia labial; fue vivo, constante, práctico. Presenciamos el siguiente hecho: le avisaron que una señora estaba en cama, que el marido la había abandonado y que ella y sus hijitos se morían de hambre. El Padre se fue personalmente a dicha casa con algún dinero, hizo llevar alimentos y como viese que les faltaba el abrigo necesario, vino a su cuarto y remitió lo que necesitaba para sí.

Como era entendido en medicina, casi siempre estaba comprando drogas para mandarlas a los pobres que no podían comprarlas.

Supo pensar. El Padre Aristides no era un matemático de fama, ni un filósofo de renombre; pero tenía la suficiente ilustración para desempeñar su ministerio, talento práctico para acertar en casos concretos y sobre todo corazón. Con estas bellas cualidades fue un excelente Prepósito en tres períodos que gobernó nuestra Congregación: un Rector muy querido de sus alumnos en la Universidad y el más sabio y prudente de los consejeros.

Obra de su pensamiento es la colaboración copiosísima en la prensa. Citemos algunos períodicos en los cuales escribió con lujo de competencia: "El Estudio", "El Correo de Nariño" donde publicó sus deliciosas crónicas bajo el título de *Cosas Nuevas y Viejas*; "El Adalid Católico", "La Revista Católica", la que dirigió por años de 1918 y 1919; "La Estrella del Sur", "La Estrellita", "El Trabajo" "De Popayán", "El Derecho", "Renacimiento" e "Ilustración Nariñense", etc.

La Congregación también le debe la "Historia de la Congegación de San Felipe Neri y Biografía del Padre Villota" la que nos ha suministrado la mayor parte de los datos de esta Historia y la que contiene también datos muy valiosos para la Historia del Sur.

El "Boletín de Estudios Históricos" que por muchos años dirigieron Leopoldo López Alvarez y

Sergio Elías Ortiz, publicó muchísimos artículos de gran valor histórico debidos a la pluma de nuestro hermano de Comunidad Reverendo Padre Aristides.

Fue miembro del "Centro de Historia de Pasto" hoy *Academia de Historia*. En varias ocasiones quizo la Corporación hacerlo su presidente, pero el Padre siempre rehusó, por su natural repugnancia a toda dignidad. Sinembargo la Academia Nacional de Historia si lo nombró Miembro Correspondiente a petición del conocido historiador Don Enrique Otero D. Costa.

Mario Guerrero exalumno del Colegio de San Felipe Neri se expresa así para calificar la oratoria del Padre Aristides: "Cuando leo los escritos de Fenelón, Masillón, Flechier y Mascaron se me representa en la mente el estilo del Padre Aristides. Su fama como orador es tal que cuando se sabe con anticipación que va a ocupar la Cátedra Sagrada, los concurrentes se disputaban por ocupar los primeros asientos y los templos más espaciosos se cuajan de inmenso gentió que acude a escucharlo..."

Supo sentir, porque fue poeta y poeta de verdad. Sus versos, recogieron siempre la vibración universal y están repartidos entre dramas, poemas y motivos ligeros.

El drama es su campo de preferencia. Allí se revela profundo conecedor de las llagas sociales. Tiene piezas de tema idealista y entonces su imaginación vuela expontánea, como ave que conociera los espacios... Tal es "Dormido despierto" que inspirado en las Leyendas Orientales; participa de su magia. La parte culminante representa un pródigo, que por acción del narcótico se cree Califa de Bagdad. Por el estilo, la trama y el desenlace es semejante a "La Vida es sueño" de calderón de la Barca, y quizá en nada inferior.

El Pródigo, creyéndose Kalifa, llega a despreciar a su madre, pero pasada la acción del narcótico se arrepiente en estos sentidos versos:

"Una ilusión, un sueño una quimera
es la existencia nuestra madre mía.
Algún papel desempeñamos todos
en el teatro de la humana vida:
unos de reyes, de vasavallos otros,
porque somos de adámica familia...
Por qué yo a los delirios y fantasmas
de una loca y eterna pesadilla
me abondoné sin reflección alguna
abrumado de enorme tontería?
Yo miserable, matamoscas, creerme
el mejor de los hombres: un Kalifa!
No respetar mi cariñosa madre
a quien le debo corazón y vida!
Deben llevarme a calabozo oscuro
pues no merezco ver la luz del día.
Confieso mi pecado, mi locura!
Oh madre bondadosa, dulce y fina;
toda piedad, afable y compasiva,
yo no tengo palabras que declaren
lo que siento por tí madre querida!.."

Nó es del caso analizar toda su obra dramática, basta decir que pasan de 20 las piezas que ha escrito y que se han representado con verdadero aplauso dentro y fuera del departamento y en paises axtranjeros. De ellos tiene publicada una colección que todo mundo conoce y admira. En el género chico "Bodas de Aldea" es joya de la literatura autóctona.

De unos de sus poemas hemos hablado en la primera parte: "Las Espigas de Ruht. . Tiene otros semejantes que lo colocan entre los poetas de verdadero estro.

De sus composiciones ligeras citaremos: "La Cruz de la tumba" que son ocho bellas octavas sobre la tumba del Padre Ramón María Jurado; "Una tarde en el mar" discripción viva de un atardecer en la isla de Tumaco; "Al Calvario" de género místico y multitud de cantares de los que fue maestro.

Entre las composiciones ligeras citaremos:

"Viva Jesús

Viva Jesús, el Redentor del mundo!
de laureles Colombia le corone;
Reina Jesús en el hogar cristiano
y yo en mi pecho sin cesar le adore!

Al son de cítaras de cuerdas de oro
hombres, querubines, tierra y mar profundo,
cantád conmigo. en armonioso coro!
Viva Jesús, el Redentor del mundo!

Hijos del Sur, atletas, raza altiva,
de Cristo el triunfo vuestra voz pregone;
Clamad con brió: Jesucristo viva!
De laureles Colombia le corone!

Doncellas de mi patria el ornamento,
virtuosa madre, venerable anciano,
noche y día decíd cada momento:
Reine Jesús en el hogar cristiano..

Mientras el mundo a Jesucristo cante
y la impiedad su humillación deplore,
Colombia altares a Jesús levante,
Y *yo en mi pecho sin cesar le adore".*

Don Alejandro Santander en su "Bigrafía de Aldána y Corografía de Pasto" habla así él Padre Aristides, cuando comenzaba a destacarse en el campo literario:

"En el útimo decenio (1895) en que el Colegio de San Felipe Neri llegó a su mayor auge, exhibió al Presbítero Gutiérrez como a un joven estudioso. aprovechado, buen orador y decidido por los estudios literarios. Es autor, en efecto, de tres piezas dramáticas: "Alejo", "Todo a última hora" y "Josafat" representadas con aplauso en 1891, 1892 y 1895, con motivo de ciertas solemnidades religiosas. Conviene a los intereses sociales y en especial a la Congregación filipense que se den a conocer por la prensa esos

trabajos, que estimularán a otros de igual naturaleza y presentarán al país en el exterior con los atributos que naturalmente le pertenecen".

El Padre Aristides era muy estimado de todas las clases sociales y especialmente de los pobres: a todos los conocía por sus nombres, apellidos y hasta por sus apodos. En su paseo cuotidiano hacia Migitayo llenaba los bolsillos de panes para repartirlos a los muchachos, a las lavanderas y a los campesinos que subían a sus casas. En cada banco de yerba se sentaba y mientras chupaba un cigarro rebelde, preguntaba catecismo, lo enseñaba al que lo había olvidado y se informaba de las costumbres del marido o de la mujer para luego corregirlas.

Para que los pobres hicieran ejercicios en La Piscina les daba el valor de la boleta o les rebajaba cuando estaba al frente de los ejercicios. El Padre Aristides fue uno de los principales Pescadores de ejercitantes y cuando era Superior mandaba a los Padres jóvenes a pescar. Muchas veces lo insultaban o se le salían cuando los había metido por astucia, pero él seguía impertérrito y es claro que con ese medio a muchos llevaba a la virtud desde una vida relajada.

En los últimos años empezó a sentir decadencia. Perdió un tanto la vista y se vió abligado a usar lentes, a pesar que le desagradaban. Solía reprender a los jóvenes que usaban lentes. Decía que aquello no era más que por darse importancia. Cuando alguno –viéndolo con lentes– le dijo: El Padre Aristides se está dando importancia, contestó: esto es vejez, mijito.

Empezó a sufrir de los riñones y de la vejiga y como era entendido en medicina él mismo se recetaba. Al último optó por alargar sus vacaciones en una finquita que tenía su familia en tierra templada y que se denomina "Los Arrayanes". En una de esas temporadas le vino la muerte. Era el 28 de enero de 1939. Cuando se supo en la Casa la infausta noticia, el Padre Prepósito envió dos sacerdotes quienes trajeron el cadáver a la ciudad.

Las buenas gentes de "Los Arrayanes" le lamentaron con las más grandes muestras de dolor y por donde pasaba el cadáver encontraba lágrimas y flores. El Señor Cura de Nariño, Don Manuel Belalcázar salió con todo el pueblo y le hizo una sentida oración fúnebre, en plena carretera.

Aquí en Pasto se celebraron las exequias el 30 de enero con asistencia de las comunidades religiosas, muchos miembros del clero secular y numeroso concurso. La oración fúnebre la pronunció el que esto escribe.

El Consejo Municipal, la Dirección de Educación Pública y la Universidad dictaron sendas Resoluciones. El Centro de Historia sesionó extraordinariamente y dictó también su Resolución. Acompañó al entierro y hubo discurso necrológico pronunciado por el Miembro de Número Doctor Ignacio Rodríguez Guerrero y agradeció el Prepósito Rdo. Padre Samuel Delgado.

Como agradecimiento, es justo transcribir aquí las Resoluciones de la Dirección y el Consejo Universitario.

Resolución N° 2 de 1938
Enero 28

Por la cual se deplora la muerte de un benemérito Sacerdote, ilustre ciudadano de Nariño.

La Dirección de Educación Publica, en uso de sus atribuciones legales y

CONSIDERANDO:

1°— Que acaba de rendir su postrer jornada el ilustre miembro de la Comunidad Neriana Presbítero Señor Doctor ARISTIDES GUTIERREZ VILLOTA;
2°— Que el Padre Aristides Gutiérrez Villota ejerció con lujo de competencia el Rectorado de la Universidad y el profesorado del mismo Plantel, y en las Escuelas Normales de esta capital;

3º— Que durante muchos años desempeñó el cargo de Prepósito de la expresada Comunidad Oratoriana y por más de diez lustros el profesorado del Colegio de San Felipe Neri;

4º— Que desaparece siendo miembro correspondiente de la Academia Nacional de Historia y socio de número del Centro de Historia de Pasto; y

5º— Que el desaparecido se distinguió como historiador, dramaturgo, poeta y escritor atildado.

RESUELVE:

Artículo 1º— Deplorar la sensible desaparición del muy Reverendo Padre Aristides Gutiérrez Villota como una pérdida irreparable para el clero y la cultura nariñez.

Artículo 2º— Recomendar a las presentes generaciones la memoria de este preclaro hijo del departamento, cuyas virtudes y ciencia marcan huellas imborrables.

Artículo 3º— Enviar sendos ejemplares de la presente Rosolución a la Comunidad y Colegio de San Felipe Neri, a los familiares del Presbítero Gutiérrez, al Centro de Historia de Pasto y a la Academia Nacional de Historia.

Cópiese, publíquese, cúmplase.

Dada en Pasto a 28 de enero de 1939

C. Díaz del Castillo.

Alberto Cortes Pérez.

*
* *

Resolución No. 1º

El Consejo Universitario en uso de sus facultades legales y

CONSIDERANDO:

Que el día de ayer falleció en esta ciudad el benemérito Sacerdote Oratoriano Reverendo Padre Aristides Gutiérrez Villota;

Que el Reverendo Padre Aristides Gutiérrez Villota desempeñó con acierto los cargos de Rector encargado, Prefecto de Estudios y Profesor en varias cátedras en esta Universidad;

Que el Reverendo Padre Aristides Gutiérrez Villota se distinguió durante su vida por sus altas virtudes cívicas y morales, y

Que lució en el campo de las letras con su gran talento y vasta ilustración.

RESUELVE:

Deplorar la muerte de tan distinguido ciudadano y recomendar su memoria a la juventud universitaria.

Un retrato del extinto se colocará en la galería de Rectores de la Universidad, en sesión solemne, y en la fecha que señale el Rectorado.

Copias de esta Resolución, en nota de estilo, se remitirán a los familiares del desaparecido y a la Congregación Neriana.

Dada en Pasto, en el Salón de Sesiones el día 29 de enero de 1938.

El Presidente,
Clodomiro Díaz del Castillo.

El Rector,
Carlos Vela V.

Los Vocales:
Manuel Antonio Coral, José Manuel Vélez Ch.
Jorge Sañudo, Carlos Obando, Bernardo Chaves

El Secretario,
Luis Ponce Muriel.

El Padre Aristides murió a la edad de 75 años, 6 meses, 5 días. Había permanecido en la Congregación 59 años y fue enterrado en el cementerio de la Casa.

3.— El Padre Celso Marcos Vergara, nació en Pasto el 13 de septiembre de 1873. Fueron sus padres el Doctor Lucas Vergara, excelente abogado y la señora Carmen Ibarra. Ambos de abolengo distinguido y adornados de las mejores prendas espirituales.

El hogar Vergara-Ibarra dió a la Iglesia tres ilustres sacerdotes: el Padre José Félix Vergara, excelente cura de almas y gran orador; el Padre Otoniel que sirvió muchas parroquias de la Diócesis con verdadera competencia y nuestro Hermano de Comunidad el Padre Celso Marcos Vergara, C. O.

Celso Marcos vino al mundo predestinado para el servicio de la Iglesia: desde su más tierna infancia tenía predilección por las cosas del culto y una piedad muy sobresaliente. Siguiendo el ejemplo de sus hermanos procuró formarse para el servicio de Dios y de la Iglesia. Hizo sus primeros estudios en las escuelas de la ciudad y se bachilleró en el Colegio de los Padres Jesuítas que por el año 1889 empezaba a dar sus mejores frutos.

A los 21 años entró en nuestro Colegio para cursar la Sagrada Teología y bien pronto fue inscrito entre los novicios, en 1894. Terminada su formación espiritual y Teología recibió la ordenación sacerdotal el 5 de mayo de 1898.

Con esta investidura se consagró, desde luego, al ministerio de la iglesia, a los ejercicios de La Piscina y a las misiones de los pueblos y a los campos. El Padre Celcito, como generalmente se lo llamaba es uno de los filipenses que más han misionado en la Diócesis de Pasto y en la de Popayán. Como hemos visto en el capítulo de misiones su nombre figura repetidas veces entre los celosos filipenses que sin temor a los elementos fueron a todas partes a repar-

tir la buena semilla. Muchas veces se iba él solo y pasaba de caserío en caserío predicando en tono familiar y absolviendo a los pecadores que se ponían a sus plantas.

El Padre Celso tenía el carácter de un niño; en la conversación usaba sus ademanes, apocando las palabras. A una hermana que se llamaba Cleofe, la llamaba *mamá Cofe*, a la Virgen del Carmen le decía *la Camela*, etc. Pero cuando se subía al púlpito a predicar se tranformaba, y, dejando todo ademán, tenía el fondo y la forma del más ilustrado orador.

Su fuerte fueron las plácticas doctrinales: conocía al dedillo las costumbres de las gentes y toda su terminología y en la predicación sabía sacar partido de este conocimiento. En el Convento siempre le comentaban una plática gráfica sobre las *gateadas*. (Costumbre de los campesinos de pasarse de unas camas a otras, cuando están de posada en casa ajena).

Todo esto dicho con gracia y en entera franqueza corregía eficazmente *a los gateadores*.

El Padre Celso fue muy devoto de la Virgen del Carmen: le construyó un altar –con la ayuda de las personas devotas– hizo venir de Barcelona una bellísima estatua y cada año la honraba con una fervorosa novena, que él mismo leía, y terminaba con santuosa fiesta. Para que esta fiesta continuase perpetuamente dejó en su testamento parte de los productos de una casa situada en el barrio de Jesús.

También estableció *Los Jueves Eucarísticos*, que celebró con todo fervor desde 1936 hasta su muerte.

Desempeñó en la Congregación los cargos de Prefecto de la iglesia, donde sobresalió por su afán de solemnizar las fiestas; Prefecto del Colegio, donde fue prolijo en el cuidado de los jóvenes, Diputado de la Congregación algunos períodos.

Nunca se le había notado desfallecimiento, pero de pronto se sintió indispuesto y se metió a la cama. Vinieron los médicos y dijeron que era el mal de la familia: un cancer.

Por esos días en que el corazón de la ciudad palpitaba con un solo amor, el de la Dolorosa de Quito, que nos había venido a visitar, el Padre Celso se marchaba a pasos acelerados. Recibió con edificación los santos sacramentos y el 8 de junio de 1939 entregó su alma en manos del Criador. Tenía 65 años 9 meses de edad y había permanecido en la Congregación 45 años. Fue enterrado en el cementerio de la Comunidad.

4.—El Padre Gustavo Villota Santacrúz, nació el 15 de abril de 1864, en esta ciudad, del legítimo matrimonio de Don Miguel Villota y la Señora María Santacruz. El hogar formado por los esposos Villota-Santacruz era modelo de virtudes, de aquí que el niño Gustavo hubo de salir inclinado a la piedad y con todas las virtudes hogareñas.

La educación primaria la recibió en las escuelas de la ciudad, donde supo distinguirse por la obediencia y la consagración al estudio. Como todos los niños pastusos se entretenía en hacer altares, celebrar la misa y simular piadosamente todas las ceremonias del culto católico.

Terminada la formación primaria ingresó en el Colegio de San Felipe Neri el 26 de noviembre de 1880, el mismo día en que el Padre Ramón María Jurado y Don Beningno Orbegoso lo instalaran solemnemente.

Desde el primer momento el joven Villota aspiraba a pertenecer a las huestes de nuestro Fundador y para empezar a realizar su vehemento deseo vistió la sotana filipense el 8 de diciembre de 1881.

No bien se vió separado del mundo con su mortaja –como el solía llamar a la sotana– se encendió en verdaderas ansias de ser santo y empezó a

morigerar sus inclinaciones viciosas –inseparables de la juventud– con un plan de vida, aprobado por sus superiores.

El joven Villotá era el modelo de sus compañeros por su completa sumisión a la voluntad de los superiores, por su consagración completa a los estudios y sobre todo por su regularidad en la recepción de los sacramentos y demás ejercicios de piedad.

Terminado sus estudios filosóficos y teológicos fue promovido a las órdenes sagradas: subdiaconado, diaconado, lo que hizo crecer en él, el deseo de perfección. Ejerció estas órdenes, según las costumbres de nuestra Comunidad, con el mayor recogimiento y por último el 15 de junio de 1889 fue ordenado sacerdote.

Grande fue su fervor después de esta promoción. Se disponía a decir la Santa Misa con una oración prolija, la celebraba despacio paladeando cada una de las palabras y sobre todo en la consagración revelaba las emociones que debía sentir su alma devota y anonadada ante la alteza del tremendo Sacrificio. Su misa fue larga toda la vida, pero edificaba su actitud reverente.

Desde la juventud fue víctima de un reumatismo agudo, razón por la cual no podía arrodillarse, pero situado en su puesto en el presbiterio oraba largamente, cuotidianamente.

Al principio de su apostolado confesó indistintamente hombres y mujeres, pero a poco éstas –sin duda a causa de su seriedad– se fueron ausentando; entonces se consagró a los hombres. Desde su puesto del presbiterio despachaba de uno en uno a cuantos se le acercaban. El Padre Villota fue técnico para confesar hombres, especialmente en los ejercicios de La Piscina. Dicen que tenía habilidad especial para pintarles el infierno y disponerlos a la absolución con verdadero arrepentimiento y abundantes lágrimas. Nos consta la

preferencia que le tenían los hombres y su constancia en despachar despacio escuadrones enteros de ejercitantes.

A pesar de su enfermedad precidía los ejercicios de La Piscina, como lo hacen todos los Prepósitos. Andaba cojeando, apoyado en su bastón por los claustros, y cuando sentía algún pequeño alboroto, gritaba con una voz penetrante:

–Criaturas de Dios, es preciso respetar!

Después venía la filípila en la primera plática; de modo que los jóvenes de ambos sexos que casi siempre se distraen al principio, entraban de lleno al silencio y la meditación.

Alguna vez que las mujeres le contaban haber visto un perro en los claustros o en los patios interiores, con seriedad les contestaba:

–Cuidado que no sea más que un perro, criaturas...

(Sabido es que en ejercicios las gentes nerviosas ven al diablo en todas las formas y con el comentario del Padre Villota hasta las menos crédulas empezaban a temblar).

Fue profesor de Moral por muchos años, en nuestro Seminario. Cuando nos dictaba la clase primero nos miraba por encima de los anteojos, luego decía en voz clara: Veni Sancti Spiritu... Y luego con voz imperiosa ordenaba:

–Fernando, toma la lección, criatura.

Por turno teníamos que tomar la lección a los compañeros y cuando habíamos terminado, empezaba a explicar la lección siguiente. Cerrados los ojos la decía íntegramente, sin faltarle una coma, tal como la había publicado el Padre Ferreres. Cuando iba pasar a otro título abría los ojos o cuando lo interrogaban los alumnos. Por último ponía el caso en latín, y resuelto:

–Nos cum prole pía.

–Benedicta Virgo María.

Con esto nos despedía hasta el día siguiente.

El Padre Villota tuvo tres devociones –de pre-preferencia. El Santísimo Sacramento, la Santísima Virgen y San José de la Montaña.

a) Todos los días permanecía una hora delante del Sagrario en fervorosa oración y cuando estaba expuesta su Divina Majestad duplicaba o triplicaba dicho tiempo. Hablaba fervorosamente del Prisionero del Sagrario y era enérgico para corregir la menor irreverencia que se le irrogaba en el templo.

b) Con mucha frecuencia honraba a la Santísima Virgen con el Santisímo Rosario y era inefalible en el rezo de la tarde, por más que sintiera los más recios dolores, a causa de su agudo reumatismo.

c) Fue devoto de San José de la Montaña. Hizo venir la bella estatuita que se venera en la iglesia y celebraba sus fiestas con la mayor solemnidad.

Como ya dijimos en la primera parte, el Padre Villota desempeñó el cargo de Prepósito de la Congregación durante cuatro períodos. También fue Diputado de la Congregación en varias ocasiones y siempre el modelo más perfecto de sacerdote y congregante:

Por temporadas tenía que salir a Tumaco o a otro lugar de clima caliente para contener los avances de su reumatismo. No podía montar como hombre y tenía que hacerlo como mujer. Las gentes que por primera vez lo veían a caballo, comentaban:

–Ve esa monjita con barbas!

Casi siempre se le veía sentado en la celda meditando o pasando las cuentas del rosario. Algunas veces hacía visajes de amor o otras de odio reconcen-

trado y no era raro que dialogara con personajes invisibles. Estando en Franco-Villa uno de nuestros estudiantes le vió y oyó en reñido combate verbal con Satanás, porque le hacía los puños y le gritaba con toda la energía:

–Sucio, sucio. No lo conseguirás.

De creer es que el Demonio se valía de alguna representación para tentarlo contra la castidad.

Po último cargado de años y de virtudes rindió la jornada de la vida a los 76 años, 10 meses, 11 días, el 26 de febrero de 1941. Había permanecido en la Congragación 60 años.

Su muerte fue muy sentida por la sociedad. Muchas personas tomaron de sus vestidos algunos pedazos para conservarlos como relíquias y asistieron en gran número a sus exequias. Fue enterrado en el cementerio de la Congregación por concesión especial del gobierno, por que ya estaba prohibido por la Dirección Nacional de Higiene. Su oración fúnebre la hizo el Prepósito Reverendo Padre Samuel.

5.—El Padre Esteban Eraso Guerrero, nació en la ciudad el 29 de diciembre de 1882. Fueron sus padres Don Manuel Eraso y Doña Margarita Guerrero, personas laboriosas y de acrisolada virtud.

Desde muy niño fue Esteban inclinado a la virtud y al trabajo. En la escuela donde adquirió sus conocimientos primarios rivalizaba con sus compañeros en la rectitud y el afán de aprender. Luego en el Seminario, que entonces dirigían los Padres de la Compañía de Jesús, fue siempre modelo por su buena conducta y aplicación. Aquí hizo sus estudios secundarios y optó el título de bachiller en Filosofía y Letras.

Siendo Prepósito el Reverendo Padre Gustavo Villota, solicitó ser admitido en nuestra Congregación y en vista de su afán por adquirir la perfección, la Comunidad accedió a su súplica en el año de 1909.



R. P. Esteban Eraso Guerrero, C. O.

Ingresó en el Colegio y empezó su formación espiritual y teológica. A los pocos meses recibió la sotana lo que le sirvió de estímulo para dedicarse por entero a la piedad Tenía su reglamento espiritual y lo cumplía al pie de la letra. Conocimos ese reglamento y hasta ahora nos edifican las privaciones a que se sujetaba voluntariamente, además de las que tenía como seminarista filipense.

Terminados sus estudios teológicos recibió su ordenación sacerdotal de manos del Ilustrísimo Señor Don Leonidas Medina Lozano, el 13 de febrero de 1913. Desde entonces entró a los turnos de la Comunidad tanto en el ministerio como en las clases del Colegio.

Como había sido trabajador de estudiante lo fue de sacerdote: trabajaba incansablemente en la preparación de sus sermones, para lo cual leía obras doctrinales y consultaba sermonarios; leía asiduamente los sermones de San Alfonso, del Padre Planas y otros. Repasaba diariamente la Moral para acertar en el confesonario y cuando encontraba dificultades sabía consultar.

Para dar sus clases se preparaba con la misma prolijidad y cuando tomaba las lecciones, pasaba el dedo por el renglón y las exigía al pie de la letra. Bastaba que le cambiáramos una letra, nos decía con una sonrisilla:

—Pesimam dedit.

También acompañó algunas veces a las misiones y en ellas sobresalía por su fervor para propagar la devoción a la Virgen del Carmen. El mismo llevaba los escapularios y los vendía por un precio ínfimo a fin de que todo el mundo pudiera vestirlos.

Desempeñó el oficio de Prefecto de la iglesia y a él debemos el baldosinado casi en su totalidad. Fue confesor de la Congregación por muchos períodos.

Tenía excelente salud y en broma le decíamos que iba a sobrevivir a todos los Padres entonces existentes y que iba a quedar de dueño de todos los bienes de la Congregación. Como se sentía lleno de energías, sonreía con la más grande satisfacción, pensando quizá que la broma sería verdad.

Pero el día menos pensado se sintió indispuesto. Había regresado de la capellanía de los Hermanos

Maristas, que desempeñó por muchos años, y caminaba como ébrio, haciendo eses. Como le preguntaban lo que sentía dijo:

–Tengo un poco de mareo en la cabeza, pero ya pasará.

Pidió permiso al Padre Prepósito para ir a casa de su madre, la señora Margarita Guerrero, con el fin de tomar algún remedio y reponerse cuanto antes, pero la enfermedad se fue asentuando y los médicos no acertaban a definirla. Era la Bartonela.

Como no pudo volver al Convento –según su deseo– todos los Padres le visitamos para consolarlo.

Por aquellos tiempos se hacían los ejercicios espirituales el 2 de noviembre. Tuvimos que dejarlo al cuidado de los suyos y nos encerramos a los ejercicios. El 7 sin terminar aún los ejercicios avisaron al Padre Prepósito que estaba muy grave. Se le administraron los santos sacramentos y el 8 entregó su alma a Diós, después de haber permanecido en la Congregación 32 años. Cumplía apenas 59 años. Fue enterrado en el cementerio público.

6.—El Padre Enrique Portilla Cerón, (1) nació en Pasto el 18 de marzo de 1904. Fueron sus padres don Nicolás Portilla y la señora Lastenia Cerón, conocidos en toda la ciudad por su ferviente catolicismo y su amor al trabajo.

Como pobres de bienes de fortuna supieron despertar en sus hijos en afán de ganarse la vida en distintos emprendimientos. Nacido y desarrollado en este ambiente Enrique era trabajador incansable e inclinado a la piedad.

---

(1) Por una equivocasión en la armada, el clisé que aparece en la página 117, con el nombre del Padre Gonzalo Portilla pertenece al Padre Enrique Portilla.

Hizo sus primeros estudios con los Hermanos Maristas y desde entonces se enamoró de las letras; luego pasó al Colegio de los Padres Jesuítas, donde recibió el grado de bachiller.

Aparte de sus buenas capacidades para las ciencias tenía habilidad especial para las artes: desde la escuela era perito en el dibujo: levantaba mapas con toda perfección y en pocas líneas trazaba la silueta de una persona en algunos segundos.

También era aficionado a la poesía y componía versos que revelaban bastante inspiración.

Terminados sus estudios secundarios entró al Colegio de San Felipe para estudiar Teología y a poco solicitó ser admitido como novicio en nuestra Comunidad. Los superiores le negaron la solicitud para sacerdote; entonces solicitó que le admitieran de Hermano y fue aceptado el 1° de enero de 1929.

En 1932 los superiores –en vista de su perseverancia– lo admitieron para sacerdote y le hicieron recibir el subdiaconado y el 28 de enero de 1934 fue ordenado sacerdote por el Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo de Cadossia y Vicario Apostólico del Caquetá, Monseñor Gaspar Monçconill.

Ordenado sacerdote se entregó al estudio y al cumplimiento de sus deberes en el ministerio y en las clases del Colegio.

Leía cuotidianamente y de sus lecturas supo formarse un estilo especial semejante a su autor favorito, el italiano Papini. Escribía para la prensa y para el púlpito en este estilo y en poesía le tentaba el piedracelismo.

En nuestra obra: "La Gobernadora de Pasto y Coronación Canónica de Nuestra Señora de Mercedes" están publicados unos versos bastante buenos, en los cuales supo librarse de la escuela de su afición.

Como profesor era pundonoroso: se preparab antes de dictar las clases y en ellas era claro y metódico. De buen carácter: jamás trató a sus discípulos con despotismo, por lo cual lo estimaban, especialmente los pequeños.

Por muchos años fue capellán del Colegio de la Inmaculada dirigido por los Hermanos Maristas. Fuė estimado por ellos y por sus numerosos alumnos. Con mucho celo fomentó la devoción de los primeros viernes en el Colegio y predicó las homilías todos los domingos, en ese estilo papiniano, que agrada mucho a la juventud. En todos sus sermones fue corto, correcto, novedoso en la forma, por lo cual agradaba a la generalidad de las gentes.

En el último año (1943) sintió el primer ataque de apendicitis. Consultado el médico, este le ordenó que cuanto antes se hiciera operar, pero –como pasado el primer ataque no volvió a sentir nada anormal– no hizo caso a la advertencia justificada del falcutativo.

El 3 de febrero de 1944 sintió pesadez en el estómago y se tomó un púrgante pensando que aquello no pasaría de una pasajera indigestión, pero ese purgante le provocó desde luego una apendicitis desesperante. Llamados los médicos opinaron que el caso era perdido, con todo resolvieron operarlo. Para poder atenderlo mejor –con el correspondiente permiso del Padre Prepósito– lo trasladaron a la casa de una hermana, la señora Pastora Portilla de Villota Chaves.

Por la tarde se agravó la dolencia y los médicos no se atrevieron a practicar la operación. se le administró los últimos sacramentos y parecía que iba à reaccionar, cosa que él mismo –al sentirse mejor– dijo: Vaya! no me voy a morir nada!..

Pasó así tranquilo hasta la noche, pero a eso de las dos de la madrugada del 4 entró en agonía, muriendo pocos minutos después.

Tenía 39 años. Había permanecido en la Congregación 15 años y 10 de sacerdote. Fue enterrado en el cementerio público. Un alumno de los Hermanos Maristas hizo en el entierro un sentido elogio necrológico.

7.—El Padre Samuel Delgado, escribió del Reverendo Padre Alfonso Caicedo en la forma siguiente:

"Nació en Pasto en el año de 1884 y tuvo por padres a los virtuosos y honorables señor don Angel María Caicedo y a doña Sofía Delgado, los que supieron educar a sus hijos e infundirles desde sus más tiernos años el santo temor de Dios y la devoción a la Santísima Virgen de quien era muy devoto el jovèn Alfonso, como todos los de su casa. Por esta razón su familia, aunque vino a menos por pérdida de los bienes de fortuna, supo luchar y ganarse con honradez el pan de cada día, con la ayuda de Dios y bajo la dirección de esa matrona de verdad doña Safía Dèlgado. Viuda la señora Sofía toda la carga del hogar corrió de su cuenta.

Desde temprana edad sintióse Alfonso con vocación al estado eclesiástico, quizás llevado del ejemplo de algunos de sus parientes, pues entre ellos se distinguió el Padre Rafael Caicedo miembro connotado que perteneció por algunos años a la Congregación de San Felipe Neri y de la que salió por motivo del destierro de los oratorianos, debido al triunfo del partido liberal en 1876. No menos merece mención otro pariente, el Señor Presbítero Don Rómulo Delgado, quien a sus hermosas capacidádes inselectuales reunía un porte distinguido; el cual a los pocos meses de ordenado por el Ilustrísimo Señor Moreno y Díaz, fue nombrado párroco de Tumaco en donde murió víctima de la fiebre amarilla que por esos tiempos hacía estragos en la Costa del Pacífico. También fue pariente de Alfonso el notabilísimo poeta y orador de alto renombre Señor Presbítero Don César Moncayo, quien conquistó muchos laureles para la Literatura Colombiana. El Padre Moncayo hizo gran parte de sus estudios en el Colegio de San Felipe Neri, hasta

que pasó al Seminario diocesano dirigido a la sazón por los Padres de la Compañía de Jesús.

Alfonso movido por el ejemplo de sus parientes sacerdotes se dedicó por tanto por la carrera eclesiástica y mediante la protección del bondadoso Padre Don Ramón María Jurado ingresó en la Congregación en 1902, después de haber hecho los estudios de humanidades en el Colegio Seminario. Terminados los estudios de filosofía y teología y los años de noviciado que prescribe la Regla de San Felipe, recibió el 13 de junio de 1909 las sagradas órdenes de manos del Excelentísimo Señor Obispo Doctor Adolfo Perea, en compañía del Reverendo Padre Rufino Fernández Córdoba.

El Padre Caicedo fue un digno oratoriano que se caracterizó por su obediencia a los Superiores y por su modestia, humildad y sencillez encantadora. Su celo en bien de las almas lo ejerció con frecuencia a la obra del confesonario y en la cátedra sagrada desde la cual atacaba con franqueza los vicios y las innovaciones perniciosas, como el cine y modas que ha introducido la vida moderna sugestionada por el liberalismo, la masonería y el comunismo. Si alguno criticaba su franqueza no hacía sino, disimular con una breve sonrisa. Con buena voluntad prestaba su apoyo a los párrocos que con frecuencia solicitaban sus servicios espirituales. Con abnegación y constancia sirvió por algún tiempo la capillanía de la Cárcel Judicial como la del Colegio de los Hermanos Maristas. En ambas capillanías desplegó su celo sacerdotal.

Era tenaz el Padre Caicedo en sostener sus opiniones cuando las juzgaba justas o razonables, pero cedía pacíficamente ante la opinión de la mayoría. Su haber en libros eclesiásticos y otras obritas era reducido pero no dejaba su lectura y gustaba además de hacer colecciones de revistas y de escritos interesantes que encontraba en los periódicos.

Quiso el Señor aquilatar su paciencia con un reumatismo agudo que por algunos años amargó su vida y le impidió el ejercicio de su actividad sacerdo-

tal; no obstante esta contrariedad, no dejó de atender a las confesiones, a la obra de la predicación, especialmente en la población de Buesaco, en la que permaneció algún tiempo por causa de su enfermedad y en donde entregó sü alma al Señor el 6 de marzo de 1948. Partió de este mundo sin dejar ninguna ingrata reminiscencia en nüestra Congregación. "En sus funerales que fueron müy concürridos, la Congregación se hizo representar por una comisión.

Fue enterrado en el cementerio de Buesaco.

8.—El Padre Carlos R. Arturo, nació ocacionalmente entre Yacuanquer y Tangua, pero sus padres residían en Funes, en el año 1874. Fue hijo legítimo de don Carlos Arturo y la señora Mariana Gálvez.

Trasladada la familia a Pasto, el joven Arturo entró a las escuelas de la ciudad, que por esos tiempos eran rudimentarias en los sistemas de enseñanza, pero estrictas en lo que se refiere a Religión y moral.

El joven Carlos era un muchacho travieso, no del todo puntual para asistir a las clases y pertenecía a uno de los dos bandos en que estaba divididos los muchachos de la ciudad para merodiar por los árboles frutales y arrojarse piedras en verdaderos combates.

Con los años le vino un poco de juicio e hizo sus estudios secundarios, primero en el Académico, donde se distinguió por la facilidad para asimilar los conocimientos que le comunicaban los profesores, pero no mucho por su atención y consagración al estudio. Desde entonces fue partidiario de lo atrevido, de lo nuevo: sorprendía a los maestros con preguntas desconsertantes y con opiniones enteramente personales. Sin cambiar de carácter terminó sus estudios secundarios con los Padres Jesuítas y luego entró en San Felipe y empezó la teología. Comprendiendo que Dios lo llamaba a formar en las falanjes del Neri pidió la admisión que le fue concedida en el año 1897.



R. P. Alfonso Caicedo, C. O.

Siguió desde luego su formación espiritual y teológica sin dejar su carácter picaresco, con apariencias de seriedad. Los compañeros al verlo tan grave le pusieron el sobrenombre de *Viejo* y alguno decía que había *nacido viejo*. Fue siempre bromista: en cierta ocasión, estando en Franco Villa, llegó un filipense de la Congregación de Ipiales y a la hora de la comida el hermano Arturo se sentó frente a él con su gravedad acostumbrada. Al dar la palabra –con el *Benedicamus Domino*– el hermano Arturo, haciéndose más grave de lo que ordinariamente aparentaba, tomó la palabra para decir al visitante, que él era Visitador Apostólico, que había venido comisionado de su Santidad para examinar a todos los sacerdotes en sagrada, teología.

Los Padres encontrando simpática la broma la dejaron correr. En toda la mesa se habló del Delegado extraordinario y de la ignorancia en sagrada

teología de muchos sacerdotes. Terminada la mesa el visitante lleno de angustia andaba buscando un libro de Moral para repasar y así poder rendir su examen.

Más tarde, compadecido uno de los Padres mayores, quiso sacarlo de sus angustias y llamando al visitante le dijo: "No seas tonto, no sufras más: éste Visitador Apostólico es el hermano Carlos Arturo, apenas estudiante de teología."

Terminados sus estudios teológicos recibió la ordenación sacerdotal en el año de 1900. Desde entonces se consagró al cumplimiento de sus deberes como congregante, pero sin dejar su carácter bromista. Se cuenta muchísimas anécdotas semejantes a la anterior que crearon a su alrededor una atmósfera de verdadera simpatía.

Para pintar mejor su personalidad queremos citar aquí parte de una silueta publicada en *Ilustración Nariñense*, con ocasión de su muerte. El artículo está firmado con el seudónimo "Terencio". Helo aquí:

".....El Padre Arturo vino a la vida sin saberlo y actuó en su escenario en esfera modesta. Sus buenas cualidades lo hacían apreciable de las personas que lo trataban de cerca. Tenía suficiente talento para muchas cosas y si se hubiese formado en un centro universitario europeo habría sobresalido entre muchos notables de estas tierras nariñenses. Su espíritu inquieto buscaba la verdad y no se amoldaba a los sistemas uniformes. Se hizo a libros escogidos, no muchos, sobre teología, filosofía, literatura, historia, derecho y medicina; los leia con rapidez y gustaba de lo mas raro de su contenido y de las opiniones novísimas. Cuando disputaba, picarescamente sostenía siempre lo contrario de lo que opinaban los demás y tenía dotes especiales para el sofisma. Su fin era hacer *calentar* a sus contendores; pero cuando disputaba en serio, no podía negársele la razón que le asistía para defender sus puntos de vista.



R. P. Carlos Arturo, C. O.

Fue profesor de varias asignaturas en los siguientes centros de educación: el Seminario Diocesano, la Universidad, las Escuelas Normales, el Colegio de Bethlemitas y nuestro Colegio y en todos fue estimado por sus discípulos.

En las clases le llamaban *el Doctor*, título que aceptaba con una sonrisilla maliciosa. Le encantaba la músic, aunque carecía de oido músico. Solía decir graciosamente, que había *hollado todos los instrumentos*: la guitarra, la ocarina, la flauta, el piano y el violín. Este fue el instrumento al que dedicó su mayor tiempo y que nunca pudo dominar. Con sus amigos el flautista Manuel Paz y el compositor Manuel Zambrano pasaba ratos muy agradables: los llevaba al coro del templo cuando todavía podía subir y escaba expuesta Su Divina Majestad y allí tocaba tualquier cosa, que el llamaba *conciertos*. Más tarde los conciertos tuvieron lugar en uno de los salones

del Colegio. Los maestros que lo acompañaban tenían que seguirle la idea y seguirlo por donde tomaba. Después de cada pieza formaba unos alegatos que hacían reventár de risa, de modo que hasta una lora, que vivía cerca de la ventana, gritaba desde su estaca: "Que viva la parranda".

En ajedrez, que no lo hacía mal, decía a los que lo desafiaban, que él había batido a Capablanca y que era el primer campeón del departamento y se frotaba las manos de satisfacción. En materia de predicación se gloriaba de haber roto los viejos moldes, y el auditorio hacía variados comentarios de sus discursos que él calificaba con el nombre pomposo de *conferencias científicas*, que las daba hasta de las erupciones del volcán. Sus colegas le decían que además de los instrumentos músicos también había hollado la cátedra sagrada y el Padre Arturo –siempre de buen humor sonreía.

En varias ocasiones colaboró en los órganos de la prensa local con escritos amenos y chispeantes. Solía ponerles un seudónimo, como Alejo Corfu, Fausto, etc.

En ambas guerras mundiales escribió, en defensa de los aliados, buenos artículos, pero siempre con seudónimo. Publicó hermosos trozos modernos en elogio de Marco Fidel Suárez, Valencia, Adolfo Gómez y otros. A Don Guillermo le llamaba "el Insuperable Valencia."

En los últimos años, a causa de su enfermedad del corazón muy poco salía de la casa, pero prestaba su cooperación constante en el confesionario. Conocedor de las flaquezas humanas a él acudían con más confianza los jóvenes y en especial las señoritas. Estas solían decir que lés encantaba confesarse con el Padre Arturo, porque las despachaba pronto, no preguntaba casi nada y ponía penitencia corta....."

En su testamento dejó a la Congregación un lote de terreno junto a la finca denominada La Vega, unas hectáreas en Santa Rosa para nuestro Seminario, su biblioteca con unos seiscientos volúmenes, para la formación de los seminaristas.

Después de recibir con edificación los santos sacramentos murió en las horas de la madrugada del 18 de marzo de 1946. Tenía 73 años de edad, de los cuales había permanecido en la Congregación 49. Fue enterrado en el cementerio público, con gran solemnidad y acompañamiento.

9.—El Reverendo Padre Juan Evangelista Rojas, nació en Pasto, el 6 de julio de 1872. Fue hijo de la señora Carmen Rojas.

Desde muy niño era aficionado a las ceremonias del culto. El mismo contaba que iba todos los días a Santo Domingo para ayudar la misa, disputando siempre con los otros muchachos las vestiduras de monaguillo. Fue amigo de todos los Padres antiguos, especialmente del Padre Sebastiani, un italiano simpático que había sido misionero en tierras de salvajes y contaba interesantes historias de sus andanzas misioneras.

Cuando llegó a la edad de formarse entró a la escuela del Padre Félix Vergara que como ilustre hijo de Pasto gustaba de engrandecer el pueblo indicándole los caminos de las letras.

Terminada su enseñanza primaria, como carecía de dinero para costearse la secundaria -por la que suspiraba- su madre le puso de aprendiz de un sastre y aprendió a las mil maravillas, no sólo a pegar botones, sino a coser con verdadero estilo y hasta a cortar vestidos, como sólo lo hacen los maestros. Recordamos que alguna vez lo vimos en el Convento cortando un manteo para que el sastre se lo cosiera a su gusto.

Al Padre Ramón María Jurado le debía su formación secundaria y hasta su sacerdocio, como él lo confesaba muchas veces. Estudió, por consiguiente, en el Colegio de San Felipe, regentado por el Padre Ramón María Jurado, los estudios secundarios, la filosofía y la teología. Cuando los Superiores lo vieron suficientemente preparado lo presentaron a las órdenes las que recibió en varias épocas de manos del Ilustrísimo y Reverendísimo señor Obispo de la Diócesis Fray Ezequiel Moreno y Díaz.

El sacerdocio lo recibió el 5 de abril de 1900 y cantó su primera misa el 14 del mismo mes y del mismo año. Desde luego se consagró al ministerio de la iglesia y de la Casa de Ejercicios, como todos los miembros de la Congregación. El Ilustrísimo señor Moreno pidió a los Superiores que le dieran al Padre Juan Rojas para que le acompañara en las visitas de los pueblos y así fué a algunas parroquias de la Diócesis. Recordamos haberlo conocido en la población de San José el día de nuestra confirmación. El Padre Rojas con las energías que siempre se gastaba se hacía respetar de las gentes cuando cerraba la iglesia en cada tanda de confirmaciones. Colorado como una guinda nadie se atrevía a contradecir sus órdenes. También nos cupo entonces en suerte acompañarlo a visitar a un antiguo compañero suyo que era nuestro respetado maestro, el señor don Juan Bolaños, educador insigne de muchas generaciones en San José de Albán.

El Padre Rojas fue nuestro profesor de teología dogmática. Lo recordamos con inmensa gratitud, porque hizo todo lo posible para comunicarnos la difícil ciencia de las verdades inconmovibles y de las interminables disputas. Preparaba las clases la mayor parte del día y cuando de la clase se quedaba alguna cuestión por resolver nos llamaba después para continuar. Era exigente con el alumno y casi siempre obligaba a seguir el texto de Charmes que nos habían señalado, pero cuando alguno de los alumnos más capaces se apartaba solía decir: "Veamos las razones, porque yo soy capaz de dejarme conducir hasta el infierno si hay razones para ello."



R. P. Juan Evangelista Rojas, C. O.

En los turnos de predicación no era tan fuerte, pero aprendía y declamaba sus sermones con propiedad y elegancia. Sobresalía como lector. Casi siempre era el encargado de leer las meditaciones de la tarde en la novena del Señor del Río. Interpretaba con verdadera maestría las meditaciones del Padre Olmedo, corregidas por el Padre Guzmán. Se emocionaba y comunicaba su emoción a todo el auditorio.

Era admirador del señor González Suárez, Arzobispo de Quito. Había coleccionado algunos de sus discursos y con frecuencia los leía y llamaba a alguno de los Padres o los estudiantes para que los leyeran. Cuando publicaron la obra póstuma de Suárez fue el primero –entre los miembros de la Congregación– que la leyó y gustaba de hacer conocer las declaraciones que el ilustre Prelado ordena que se publiquen veinte años después de su muerte.

Fue cura párroco de San Juan Bautista, en reemplazo del Padre Telmo Mutis y desempeñó este cargo en todo el tiempo en que el Padre estuvo en Europa. Fue cura de la Unión en reemplazo del Padre José María Guzmán como unos seis meses; también estuvo de cura y Vicario de Ipiales en reemplazo del Padre Luis Gutiérrez Villota por espacio de cinco meses. En todos estos ministerios desplegó su celo por el bien de las almas haciéndose estimar de todos por la exactitud en el cumplimiento de sus deberes y por la seriedad para tratar las cosas del culto.

En el año de 1915 y durante todo el tiempo que fue Rector de la Universidad el Presbítero doctor don Segundo Manuel Andrade, el Padre Rojas lo acompañó como Vicerrector. Fue estricto con los estudiantes y quizás en ninguna época se ha estudiado más en la Universidad como entonces.

Como director de los ejercicios en la Piscina del Señor del Río estableció un orden riguroso, haciendo reinar el silencio que tanto contribuye al verdadero arrepentimiento.

Finalmente herido de una grave enfermedad del hígado fue perdiendo el apetito y enflaqueciéndose hasta que el 29 de abril de 1950 entregó su alma a Dios, con todos los auxilios de la Religión. Sus últimas palabras edificantes fueron estas: "Si mil veces resucitara mil veces volvería a entrar en la Congregación."

10.—El Reverendo Padre Manuel José Zarama nació en Pasto el 24 de noviembre de 1876. Fue bautizado en la Catedral, hoy San Juan Bautista o Concatedral, por el Pbro. Don Angel Riascos, siendo su padrino Don Felipe Rosero. Fue hijo de la Señora Lastenia López. En 1889 fue reconocido por su padre Don José María Zarama, con todas las formalidades de la ley y desde entonces llevó su apellido. No hay para qué decir que Don José María Zarama era per-



R. P. Manuel José Zarama, C. O.

sona de pro, perteneciente a familia muy distinguida.

El niño Manuel José Zarama recibió la confirmación de manos del Ilustrísimo Señor Manuel Canuto Restrepo, siendo su padrino el Presbítero Don José Leopoldo López, su pariente cercano,

Las primeras letras y la primaria las hizo en la Escuela Pública a cargo de don Marco Antonio Ortiz y el señor Astidillo. Este señor Astudillo era el famoso maestro que ha dejado recuerdos imborrables en la ciudad, partidario práctico del célebre principio antiguo: "La letra con sangre entra y el placer con dolor".

Cuentan los antiguos que este famoso maestro había puesto sobre la puerta de su escuela estas palabras del Divino Maestro: "Dejad a los niños que vengan a mí" y los maleantes le habían agragado al pie: *para desollarlos y comermelos vivos.*

En octubre de 1889, a los 13 años de edad fue traido por su padre don José María Zarama a nuestro Colegio y al entregarlo al Reverendo Padre Ramón María Jurado le dijo: "Haga de él un santo y no le dé salidas de ninguna clase". El Padre Jurado lo cumplió, porque en esos tiempos el Colegio era como un noviciado de la Comunidad.

El joven Zarama era de excelentes capacidades y bastante aplicado, sin que dejara de ser travieso y bromista con los compañeros, especialmente en las vacaciones, que entonces pasaban los alumnos en Franco-Villa (La Loma). Cuando se había preparado convenientemente en las letras y en el espíritu los Superiores lo presentaron para las órdenes sagradas, las que recibió hasta el 14 de abril de 1900 de manos del Ilustrísimo Señor Fray Ezequiel Moreno y Díaz. Cantó su primera misa el 6 de mayo del mismo año.

Continuó dando clases en el Colegio de San Felipe Neri, porque era costumbre entre nosotros darlas desde estudiantes. Se aplicó con ahinco al ministerio de la iglesia y la Casa de Ejercicios y prestó su contingencia a la Diócesis en varios ministerios. En el Hospital San Pedro fue capellán por muchos años, fue párroco encargado de las parroquias de San Agustín, San Sebastian, San Andrés (en la ciudad) y fuera de la ciudad: en Catambuco, Sandoná, Tangua y otras.

Fue compañero del Ilustrísimo Señor Pueyo de Val en todas las visitas, donde le servía de secretario y confesor del Ilustrísimo Señor Hipólito Leopoldo Agudelo, quien quiso hacerlo Canónigo, cuya dignidad no quiso aceptar.

En compañía del Señor Pueyo de Val y don Vicente Barrera fundó la población de San Joaquín en el Municipio de Tangua (Sección de Opongoy). Por la muerte prematura de S. Señoría, San Joaquín no llegó a ser parroquia, como la había pedido el Padre Zarama; en cambio él atendió a toda esa región en sus necesidades espirituales por más de 30 años.

En 1920 viajó a Roma en compañía del Ilustrísimo Señor Pueyo de Val y tuvo parte con él en la venida de los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios. El Hermano Piña, primer superior de los Hermanos en Pasto, le tuvo un cariño especial, tanto que en uno de los viajes que el Padre realizaba a Guayaquil permitió que lo acompañara el Hermano Agustín Mussolem. Desde Roma trajo el Padre Zarama la mascarilla de San Felipe que se la obsequiaron para la Congregación los Padres del Corazón de María y nos trajo también algunos privilegios, como el de bendecir los escapularios de la Virgen del Carmen.

Desde el año de 1920 concibió la idea de traer a las Hermanas para el cuidado de las locas en el departamento, siendo esto su pensamiento diario, pero las múltiples dificultades y especialmente la guerra mundial, impidieron la realización del pensamiento. En 1948, con el doctor José María Salazar Albán, gobernador entonces del departamento ultimaron todos los prepartivos para tan magna obra. Por sus empeños el doctor Luis B. López (hermano del Padre Zarama) representante del departamento presentó un proyecto de ley para ceder la Nación la casa en que funcionaba la Penitenciaría al Municipio, lo cual se consiguió en 1942. En este mismo año, siendo el mismo doctor Luis B. López consejal, presentó un proyecto de acuerdo para ceder esta casa a la Comunidad de Hermanas que vinieron a fundar el Asilo de Locas. Las Hermanas vinieron y se encargaron de las locas y el Padre Zarama cumplió con sus ofrecimientos, dejando para el Asilo en Opongoy una finca avaluada en la cantidad de más de 300.000,00 pesos moneda legal.

El Padre Zarama fue director de las Asociaciones de los Corazones y la Archicofradía del Perpetuo Socorro, desde la muerte del Padre Bucheli. Celebraba siempre con la mayor pompa su festividades e incrementaba cada día el número de coros. Aun después de perder la vista siguió trabajando en todos los ministerios hasta su muerte.

En septiembre de 1940 paseaba en uno de los corredores del Convento y de pronto se le oscureció la vista. Pensó al principio que sería algún enfriamiento pero al viajar a Bogotá le dijeron los especialistas que tenía desprendidas las retinas. En octubre de 1940 viajó a los Estados Unidos y en Rochester lo operó el especialista doctor Beneditt, después de hacer consultas con todos los oculistas explicando el mismo caso por medio de proyecciones ciematográficas. Después viajó a Nueva York en donde el oculista español Castro Viejo, le hizo una intervención en el ojo derecho ya que el izquierdo había sido operado. El 20 de abril del mismo año regresó a Pasto con la ilusión de ver más tarde, lo que nunca se realizó.

Sinembargo el Padre Zarama no se descontroló: siguió trabajando con el mismo entusiasmo en sus cofradías y en sus ministerios. Como sus facultades no habían sufrido menoscabo y tenía por otra parte la suficiente preparación no se notaba decadencia en en sus predicaciones.

A mediados de mayo de 1951 sintió el primer ataque le obligó a guardar cama. Se llamó medicos inmediatamente, pero la enfermedad iba gravándose cada día más. Recibió con edificación los sacramentos del Viático y la Extremaunción y rodeado de toda la Comunidad y de algunos miembros de su familia murió el 25 de mayo víspera de la fiesta de nuestro Padre San Felipe.

El Padre Zarama tenía 75 años. Había vivido en la Congregación 62. Fue enterrado en el cementerio público.

11.—El Padre Peregrino Santacruz Garzón, nació el 1° de enero de 1873. Fueron sus padres Nicanor Santacruz y Josefa Garzón, de noble abolengo, pero más nobles por sus eminentes virtudes cristianas. Con el fin de habilitarse para las luchas del porvenir entró en la escuela que, en aquellos tiempos regentaba don Marco Antonio Ortiz y terminó sus estudios de primaria en la no menos célebre, que dirigía el famoso don Adolfo Santander.

De talento nada vulgar sobresalía entre sus compañeros por la facilidad con que asimilaba las ciencias y desde niño era razonador y serio, cualidad que fue la norma de toda su vida.

En plena juventud -cuando otros piensan en divertirse y correr la bella ventura- empezó a pensar en sus destinos ultraterrenos. Sintió que Jesucristo le llamaba a formar en sus huestes y eligió el Colegio de San Felipe Neri, donde el Capitán Florentino le enseñaría a manejar la daga de la palabra para convertir a las gentes a su divino servicio.

En nuestro Colegio, que fuera entonces semillero de sabios y de santos, estudió secundaria, filosofía y teología; sobresaliendo -como antes- entre sus compañeros por la penetración de las materias más difíciles con la claridad más meridiana.

Concluída con el mayor lucimiento su formación espiritual y literaria los Superiores le presentaron a las sagradas órdenes, recibiendo el Sacerdocio el 10 de enero de 1897.

Formado en el molde de aquellos santos varones de aquellos tiempos, cuyo ejemplar más saliente era el Reverendo Padre Ramón María Jurado, el Padre Peregrino aprendió a ser rectilíneo, de una sola pieza y severo en sus costumbres sociales a domésticas.

Como miembro de la Congregación se distinguió el Padre Peregrino entre los insignes trabajadores de la Viña del Señor. Fue frecuente en las cofesiones del templo, como lo atestigua el sinnúmero de almas que llevaba por los caminos de la vida cristiana y la perfección. Siguiendo quizá el consejo de San Felipe fue con las mujeres amablemente severo, como debe ser todo sacerdote que desea llenar a cabalidad su ministerio; con los hombres fue amable, pero sin concesiones que desfiguran la doctrina.

Trabajador insigne: siempre estuvo sobre la brecha. No conoció el ocio y aún en las enfermedades

estuvo pendiente del libro y hasta el último momento gustaba informarse del movimiento cultural general y de la Patria.

Conocidos sus talentos y su seriedad la Congregación le nombró Prepósito para el período de 1915 a 1917. Además la firmeza que supo imprimir en la Congregación y en el Colegio, se preocupó por enriquecer la bibleoteca de aquella, con las más valiosas obras, y dotó a éste de los elementos más necesarios para que marchara a tono con los mejores establecimientos del país. Para conseguirlo trabajó incansablemente hasta conseguir, el grado de Bachiller en filosofía y letras, que a partir de entonces, se confirió por muchos años hasta que el gobierno cambió su plan para todos los Colegios de la Nación.

Por ese mismo tiempo dotó a nuestro Colegio de los gábinetes de Física y de Química, construyó un salón llamado "de Grados" donde de año en año se confería el título de Bachiller a los mejores alumnos.

Y como si esto no fuera suficiente, dotó a la Congregación de dos obras a cual más importantes: el reloj de la torre que, desde 1918 señala el derrotero de la casa y de los vecinos, y la Casa de Ejercicios, donde los habitantes del sur, como muchos del Ecuador y algunos del norte de la República han continuado purificando sus almas y aquilatando su fe con los ejercicios de San Ignacio de Loyola. En esta casa el Padre Peregrino Santacruz invirtió no pocas sumas de su propio peculio.

Constituído el Capítulo Catedral por el insigne Prelado Doctor Antonio María Pueyo de Val fue nombrado Canónigo, entre esa pléyade de sacerdotes meritísimos, como los doctores Juan Bautista Rosero, Victoriano Rosero y Jesús A. Calvo.

Con su talento práctico y su grande versación en asuntos económicos ayudó al Excelentísimo Señor Hipólito Leopoldo Agudelo a reglamentar las rentas de la Diócesis y a redondear las dotaciones de ciertas

parroquias creadas anteriormente por el Excelentísimo Señor Pueyo. En la administración del Señor Agudelo fue Vicario General por el espacio de año y medio y en la siguiente administración del Excelentísimo Señor Diego Gómez T. la Santa Sede le confirió el título de Arcediano de la santa iglesia Catedral.

Intelectual por temperamento (sanguíneo nervioso) y hombre de letras por afición y consagración, desempeñó muchas cátedras en la Universidad de Nariño, en el Seminario Conciliar, en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en las Normales de varones y señoritas y en su propio Colegio de San Felipe Neri. Muchos de los sacerdotes de la Congregación tuvimos la suerte de ser sus discípulos de filosofía y hasta ahora recordamos –con el mayor agrado– la exposición facil y clara de los más difíciles problemas. Casi todas las dificultades que suelen proponer los estudiantes eran resueltas en el acto por el competente profesor; y cuando en alguna no encontraba la verdadera solución solía decir, como el intelectual que se estima: "Déjenme pensar". Y en efecto a continuación o en la clase siguiente nos daba la solución precisa.

Fue profesor del Colegio de la señorita Rosa de María Dorado, y hacemos especial mensión del hecho, porque las jóvenes preparadas en este Colegio se distinguieron como alumnas de la Escuela Normal de señoritas, fundada por don Julian Bucheli en los primeros pasos del departamento y dirigida por las señoritas Lleras, insignes pedagogas bogotanas.

El Padre Paregrino fue también Rector de la Universidad, de 1923 a 1924 y profesor de la misma por más de 20 años, por cuyo motivo este ilustre Instituto le confirió el título de *Doctor Honoris Causa*. Todavía recordamos el bello como justicieron discurso del doctor Vicente Andrade Jurado.

Entre sus muchos méritos fue insigne por su patriotismo. En la guerra de los *Mil Días* militó al lado del Batallón Pasto, como Capellán. Era de ver al entonces joven sacerdote marchar junto a los defen-

sores de la Patria y de la Religión; animarlos con sus consejos acertados y hasta con sus acciones heróicas. Cuentan los que militaron a su lado que nunca escapaba el cuero a los peligros, que donde quiera que había un soldado que necesitaba los auxilios de la Religión allí estaba el valeroso Capellán, aún en los puestos de mayor peligro sin temor a las balas, con el celo del verdadero ministro de Jesucristo. En los tiempos de tranquilidad no dejaba de hablar a los soldados del peligro de perder sus almas por las ocasiones tan frecuentes en la vida militar. En suma el Padre Peregrino fue para el ejército un hermano, un padre y un compañero.

En nuestra iglesia dirigió por más de 20 años la Asociación del Patriarca San José. Allí muchas señoritas y matronas aprendieron, en las más bellas pláticas, lo que vale la poderosa intercesión del Patriarca San José a la hora de la muerte y sin duda él mismo comprendió que el Santo Esposo de María es el lenitivo más eficaz para dulcificar el amargo trance de esta vida temporal a la eterna. La congregación de San José, gracias a su desvelado celo, en todo tiempo ha florecido y así la entregó a su sucesor cuando la enfermedad le hizo imposible dirigirla.

Hay también otro campo de actividad espiritual que el Padre Peregrino militó con honor y verdadera eficacia, es el campo de las misiones. Sabido es que nuestra Congregación desde sus primeros pasos se dedicó a las misiones de los pueblos. El Padre Peregrino participó de ellas con su claro talento para la predicación y su valor físico para las giras evangélicas. Estuvo en las misiones del Patía, en la Costa de Tumaco y en otras no menos malsanas dentro y fuera de la Diócesis.

No sería completa esta pequeña biografía si no habláramos de su habilidad en el arte del *bien decir*. Su estilo era clásico, guardándo como enseñan los preceptistas "conformidad armoniosa entre el fondo y la forma". Sus oraciones todas de corte acabado

satisfacían al más exigente en asuntos de Oratoria. No comulgaba con los modernistas que todo *lo ensartan en un solo chuzo*, sin exordio ni invocación, ni narración, ni conclución, distribuida en sus dos partes: epílogo y peroración... No, él usaba la forma antigua de los grandes maestros, de Masillón, Bossuet y Fenelón. Es decir el discurso como Dios manda –con todas sus partes– según el género. Nunca se presentaba en la cátedra sin preparar convenientemente sus discursos y aunque se tratara de piezas extensas como *las tres horas*, casi siempre las llevaba de memoria. Por eso sus discursos siempre dejaban satisfechos a los entendidos, y los entendían hasta los menos entendidos, por la claridad de la ejecución.

En su marcha de ascensión le sorprendió la enfermedad que fue larga y penosa de casi cuatro años. Con ella tuvo que suspender sus labores evangélicas pero siguió abrillantando su espíritu con el dolor hasta que en la mañana del 29 de octubre de 1952 entregó su alma en las manos de su Creador.

Los funerales que se celebraron el 30 fueron solemnes, ofició el Ilustrísimo Señor Vicario General, porque estaba ausente el Excelentísimo Señor Obispo; asistieron todos los Muy Ilustres Señores Canónigos, muchos sacerdotes del Clero secular, las Comunidades Religiosas y gran multitud de pueblo. La oración fúnebre la pronunció el que esto escribe.

La Cámara de Representantes aprobó una moción de duelo y lo mismo la Gobernación del departamento, cuyos documentos publicaremos en seguida. El cadáver fue enterrado en la capilla de Ejercicios, construída por él, según queda dicho.

Decretos de honores

Cámara de Representantes.— Secretaría.

Oficio No. 573

Bogotá, 19 de noviembre de 1952.

Señor Rector del Colegio Neriano

Pasto. Nariño.

Tengo el honor de transcribir a usted la siguiente Proposición aprobada por la H. Cámara de Representantes en las secciones ordinarias del presente año:

"La Cámara de Representantes deplora el fallecimiento de R. P. Peregrino Santacruz, C. O., Canónigo Arcediano de la Catedral de Pasto, ocurrida el 29 de octubre pasado y honra la memoria de quien fue uno de los más elocuentes oradores sagrados del departamento de Nariño y eximio educador de juventudes, en el Rectorado de la Universidad y del Colegio Neriano de Pasto y en las cátedras de filosofía y y literatura castellana en varios otros colegios de la misma ciudad.

Transcríbase al Excelentísimo Señor Obispo y al Capítulo Catedral de Pasto, al Rector de la Universidad de Nariño y al Colegio Neriano y publíquese".

De usted con todo respeto,

Jesús Gómez Salazar,

Secretario General.

El Decreto de la Gobernación es como sigue:

Decreto Número 404 de 1952

(Octubre 29)

Por el cual el Gobierno departamental lamenta la desaparición de un distinguido Educador, se asocia al duelo y honra su memoria.

El Gobernador del Departamento, en uso de sus facultades legales y

CONSIDERANDO:

Que el día 29 de octubre del año en curso falleció en la ciudad de Pasto el Ilustrísimo Señor Doctor Peregrino Santacruz, C. O. Canónigo Capitular;

Que Monseñor Santacruz ejerció con distinción el cargo de Rector de la Universidad de Nariño y fue además Rector del Colegio de San Felipe Neri, Prepósito de la Congregación del Oratorio Neriano y profesor de varios establecimientos de educación del Departamento;

Que es deber del Gobierno honrar la memoria de los ciudadanos que a traves de su vida se han distinguido por sus meritorios servicios a la Patria,

DECRETA:

Artículo 1°— El Gobierno departamental lamenta la desaparición del Ilustrísimo Señor Canónigo Doctor Don Peregrino Santacruz, C. O. cuyo fallecimiento constituye irreparable pérdida para los intereses educacionales de Nariño.

Artículo 2°— El Gobierno se asocia al duelo que afecta al Clero nariñense, a la sociedad de Pasto, a la Congregación Neriana de la cual fue destacado miembro.

Artículo 3°— Exponer las virtudes que adornaron la vida del eminente Sacerdote desaparecido como ejemplo digno de imitación.

Artículo 4°— Los establecimientos de educación, oficiales y privados, concurrirán a los actos fúnebres que se celebrarán por el eterno descanso de su alma.

Artículo 5°— Los gastos de funeral y entierro serán sufragados por cuenta del Departamento.

Artículo 6°— Copias autógrafas del presente Decreto serán entregadas a sus familiares, al Excelen-

tísimo Señor Obispo de la Diócesis, al Venerable Capítulo Catedral, a la Universidad de Nariño y a la Congregación de San Felipe Neri.

Comuníquese y cúmplase.

Dada en Pasto a los veintinueve días del mes de octubre de mil novecientos cincuenta y dos.

Aurelio Caviedes Arteaga,
Gobernador del Departamento.

Arcesio Dorado,
Secretario de Gobierno.

Guillermo Guerrero Navarrete,
Director de Educación Pública.

José Antonio López,
Secretario de Hacienda.

José Félix Guerrero,
Secretario de Economía.

Eduardo Bucheli,
Secretario de Obras Públicas.

El anterior Decreto fue comunicado con la siguiente galante nota del Secretario de la Gobernación:

Pasto, noviembre 3 de 1952.

Reverendo Padre Prepósito de la Congregación Neriana

Presente.

Reverendo Padre:

Es muy grato para mí remitir a V. R. una copia autógrafa del Decreto Nº 404 de este año, por medio del cual el Gobierno Departamental quiso honrar la memoria de quien dedicó sus mejores años a la educación de la juventud de Nariño.

Aprovecho la ocasión para presentar por su conducto a la Comunidad Neriana mi voz de pesar en mi nombre y en el del Gobierno por la irreparable desaparición del M. I. Arcediano Pbro. Dr. Peregrino Santacruz quien fue uno de los más preclaros sacerdotes de esa Comunidad y honra del Clero de la Diócesis.

De V. R. con toda atención,

Gerardo Arteaga Vega,
Secretario.

12.—El Padre Rufino Fernández Córdoba hermano del Reverendo Padre Eulogio Fernández Córdoba, de santa memoria, ha dejado los más gratós recuerdos a la Congregación que ilustró con sus virtudes.

Nació en Yacuanquer en el año de 1874. Fueron sus padres don Juan Bautista Fernández Córdoba y doña Juana Insuasti, personas muy distinguidas por sus nobles ascendientes y sus altas virtudes religiosas y morales.

El joven Rufino era el monaguillo preferido de su hermano el Padre Wenseslao Fernández Córdoba. Cuando este fue cura de la parroquia de Tangua fundó una escuela y puso como maestro al señor Rafael Gutiérrez Segovia y a ella asistió el pequeño, distinguiéndose por su piedad y aplicación a las letras.

Después siguió a su hermano por varias parroquias inclusive la de Magüí, prestándoles los más invaluables servicios hasta en la preparación de los niños para la confesión y comunión.

A los 30 años, atraído sin duda por el ejemplo de su hermano, el Padre Eulogio, vino al Colegio de San Felipe Neri donde bien pronto sintió verdadera vocación al sacerdocio. Para habilitarse a ella hizo sus estudios de secundaria y filosofía con profesores de la talla del Padre Néstor María Ordóñez, Federico

Guerrero y otros. Bien pronto cursó también los estudios de sagrada teología, pero no pudo ordenarse inmediatamente, porque la Diócesis estaba en sede vacante por la muerte del Ilustrísimo Señor Moreno. Ya en posesión de su sede el Ilustrísimo Señor Obispo Doctor Adolfo Perea el joven Rufino fue presentado por sus Superiores para todas las órdenes, las que recibió en breve plazo, coronándolas con el Presbiterado el 13 de junio de 1909, en compañía del Padre Alfonso Caicedo.

El Padre Rufino, que se había ejercitado en el magisterio durante sus estudios secundarios, ya ordenado continuó dando clases en el Colegio y ejerciendo el ministerio en la iglesia y la Casa de Ejercicios. Con mucha facilidad de palabra, desempeñó las pláticas doctrinales, por mucho tiempo, en los santos ejercicios y en la cátedra de nuestro templo cuando le tocaban sus turnos. Era pundonoroso, preparaba bien sus sermones y los predicaba con bastante propiedad.

Poco antes de ordenarse lo encargaron los Superiores de la Procura del Convento en reemplazo del Padre Zarama que había terminado su trienio. A él le tocó concluír la obra de los molinos que tanto beneficios han hecho a la Congregación, llegando hasta a inagurar la luz eléctrica, que no pudo sostenerse por falta de dinero para comprar el cable que debía conducirla y repartirla.

Como profesor el Padre Rufino sabía estimular a los alumnos; los trataba con amabilidad y fue siempre humano en sus castigos. Noble para perdonar y hermético para guardar lo que debía permanecer en secreto. En la vida de Comunidad se necesitan virtudes especiales para no herir susceptibilidades, el Padre Rufino las tuvo y en el más alto grado: jamás salieron de sus labios palabras que pudieran molestar a los hermanos y cuando había peligro de algún resentimiento, con un gracejo discipaba la admósfera cargada de tempestad.



R. P. Rufino Fernández Córdoba, C. O.

Fue siempre de carácter alegre y aún en las enfermedades encontraba motivos para reir. En cierta ocasión le preguntaron:

-Por qué S. Rcia. es tan flaco, siendo hermano del Padre Eulogio, que es corpulento y repartido?

-Porque él nació primero. Contestaba, sonriéndose con la más franca alegría. Como si por haber nacido primero el Padre Eulogio se hubiera tomado la humanidad que a él le correspondía!

"Senderos" periódico de la localidad dice de él: "Varón ilustre, ejemplar modelo de levitas y ciudadanos; sus excelentes cualidades morales y su infatigable celo apostólico le hicieron acreedor a la veneración y cariño no sólo de sus hermanos de Comunidad, sino de todo corazón pastense.

En aras del sacrificio sobre el altar de la abnegación el ilustre filipense había ofrecido su vida toda

entera al cuidado del rebaño de Cristo y ya alboreaba el día de los cincuenta años de ministerio sagrado cuando la voz de su Maestro le llamó al recinto de los elegidos. Bástenos, al hacer su memoria, decir que el Padre Córdoba fue en su vida un aguerrido soldado y un denodado capitán para vencer y para enseñar con su palabra y con su ejemplo la senda de la verdad a cuantos le conocimos y tratamos". (Senderos. Marzo 1953.)

En compañía de su hermano el Reverendo Padre Eulogio Fernández Córdoba el Padre Rufino sirvió a la parroquia de Sandoná en el año de 1919 por algo más de catorce meses. (Los Superiores convinieron gustosos en que los Padres Córdobas prestaran este servicio a la Diócesis, porque la Congregación siempre auxilia a los pueblos cuando ve que tienen necesidad).

Los Padres Córdobas desplegaron toda su actividad ya en el servicio de las regiones más apartadas, atendiendo a los enfermos: ya en el servicio de la población, procurando su progreso y ornato. Los habitantes de Sandoná estaban empeñados por ese tiempo en construír su iglesia y los Padres recogieron una gran cantidad de dinero para la obra, la que entregaron religiosamente cuando tuvieron que regresar al Convento. Sandoná recuerda con gratitud la obra realizada por nuestros hermanos de Comunidad y la cuenta hasta ahora con entusiasmo.

Ultimamente el Padre Rufino estuvo acompañado al Padre Peregrino en su prolonganda enfermedad que lo llevó a la tumba y a poco le siguió. Murió con la muerte de los buenos sacerdotes el 10 de febrero de 1953. Fue enterrado en el cementerio público.

CAPITULO 13º

Hermanos seglares e insignes benefactores

Incluímos en este capítulo a muchos individuos que habiendo vivido al servicio de la Congregación y muerto en la Casa, no vistieron sotana en ella. Son los siguientes: Manuel José Zarama.— Manuel Trinidad Palma.— Salvador Caravajal (Carvajal). También, por ser muy justo, concluiremos con una breve noticia sobre la Familia Soberón.

1.—Manuel José Zarama, perteneciente a la distinguida familia de los Zaramas, vino a la Congregación casi anciano. En su juventud se había entregado a la bebida, pero deseando sinceramente enmendarse y servir a Dios solicitó humildemente que se lo aceptara como hermano de la Casa para terminar sus días en el servicio de la Congregación. Los Padres cautivados por la sinceridad de los propositos del candidato no tuvieron inconveniente en aceptarlo como hermano seglar.

No hay para que advertir que el hermano Zarama cumplió su palabra: abandonó absolutamente la bebida, de modo que se abstenía del licor hasta en los días solemnes en que la Procura suele dar una copa a los congregantes. Se entregó totalmente a la oración y a los servicios más humildes de la Casa.

Los Superiores lo destinaron al refectorio y allí se le veía con su delantal siempre aseando, lavando cucharas y pasando platos a sacerdotes y hermanos. Comulgaba casi todos los días; visitaba diariamente al Santísimo Sacramento y en los tiempos libres estaba en su celda casi siempre pasando las cuentas del rosario.

No queria salir de la casa. Cuando alguno de sus ilustres parientes estaba gravemente enfermo casi lo obligaban los Superiores a visitarlo. Se amoldó tan facilmente a la vida de comunidad que parecía que en ella había pasado desde la niñez.

Vivió algunos años, sin que jamás se le ocurriera buscar las comodidades que le brindaba la elevada posición de su familia. Y así como fue su vida en Convento fue su muerte: edificante. Se le administraron los últimos sacramentos que recibió con la mayor devoción. Fue sepultado en el cementerio de la Comunidad.

2.—Manuel Trinidad Palma, permaneció en la Congregación más de 20 años. Era de mal carácter y se le toleraba por su acrisolada honradez, por su piedad y por su grande laboriosidad.

Era escrupuloso cuando le confiaban dinero: nunca se le pegó un centavo y aún en las cosas de la casa no las usaba sin consentimiento de los Superiores. Comulgaba todos los días, rezaba los rosarios que se acostumbran rezar en la iglesia por la mañana y cantaba la Aurora. Tenía mala voz pero sabía melificarla para decir:

Los pajarillos alegres
Anuncian que viene el día
Desperteándo al más dormido
Que dé gracias a María...

Nunca estuvo ocioso. Los Superiores le destinaron a limpiar las malesas de los patios, que por esos tiempos todavía eran empedrados, pero lo hacía con

tanta lentitud que cuando terminaba por un extremo ya las yerbas le invadían por el otro.

Sabía leer, pero tenía limitadas facultades para comprender lo que leía. Le encantaban los libros y los periódicos. De los primeros tenía muchos y algunos buenos como la Leyenda de Oro. Cuando algún sacerdote predicaba un sermón que merecía las alabanzas de los compañeros, solía decir en tono convencido:

–Ese sermón allí está en mis libros.

Salía a la puerta del cuarto con un libro en las manos, para que lo vieran que leía y cuando alguno le decía: Palmita, qué lees? El contestaba extendiendo el libro: Vea!

Hacía empastar los periódicos: iba formando de ellos volúmenes que guardaba con verdadero placer. Las gentes que le conocían su chifladura le venían a vender todos los que encontraban. También sabía hacer versos que él llamaba *metretes*; pero en verdad no tenían ningún metro: eran apenas renglones de disparates escritos en forma de versos.

Tenía un libro donde escribía los sucesos del día. Cuando alguno le hacía una mala partida, la consignaba en su libro y en la mejor oportunidad le decía *allí te tengo en mi libro*. De este modo escribía los regaños de los Superiores o las palabras que en son de mofa le dirigían los estudiantes. A todos los libros que poseía les ponía este letrero: "Este libro es muy mío de yo; lo he comprado con la plata muy mía de yo".

Estaba íntimamente persuadido de que era santo y cuando le hacían alguna broma en ese sentido o le decían que no fuera furioso, contestaba:

–Te desafío en santidad.

Otras veces afirmaba –con el mayor convencimiento– aquí en Pasto sólo hay dos santos: el Señor Moreno y yo.

Dado el poco talento de Manuel Trinidad quizá estas afirmaciones no le restaban mérito a su vida consagrada toda a la piedad y al trabajo.

Murió en el Hospital de San Juan de Dios donde lo mandaron los Superiores para curarse de una euremia que padecía. Fue sepultado en el cementerio público. Era Palma oriundo de Pupiales, población que ha dado personajes importantes.

3.—Salvador Carvajál o como el mismo se llamaba *Salvador Caravajal*, era originario de Macas en el Ecuador. El Padre Soberón misionero Jesuíta logró conquistárselo con baratijas y cuando vino a Pasto se lo trajo consigo se lo dejó a sus hermanas las señoritas Mariana y Virginia Soberón, que a la sazón dirigían la cocina de nuestro Convento.

Decía que era desendiente de un poderoso cacique llamado *guajali*, que en el lenguaje de los indios de Macas, significa *pájaro*. Por esta razón también se le llamaba Salvador Guajali.

Salvador era inteligente. Apenas conoció las costumbres del Convento le cogió cariño y estaba amañado como el mejor congregante. Los Superiores le destinaron a la sacristía y como era joven le encantaba tocar las campanas y hacer travesuras a las beatas. Hacía las hostias maravillosamente, pero cierto día después de haber hecho gran número de ellas, sintió mucho calor y se fue a echar agua en la cara y esta imprudencia le trajo la ceguera.

Pero la ceguera no le acobardó. Como no podía hacer ninguno de los oficios que corresponde a los hermanos se dedicó a rezar y a asistir a las clases en el Colegio. Cuentan los antiguos que de esta manera aprendió algo de algunas materias hasta de filosofía y teología.

A la vejez fue perdiendo el talento y entonces dejó de asistir a las clases. Cuando alguno le decía: Sálvador te has hecho tonto. Se ponía sombrío y se retiraba callado.

Conocía todo Pasto y cuando lo mandaban a alguna casa se orientaba en cada calle por el viento y palpando las esquinas, sin que jamás se perdiera del sitio donde quería ir. Cuando algún muchacho lo ultrajaba en la calle se defendía con el palo que le servía para orientarse.

El hermano Salvador vivió más de 40 años en la Congregación. Fue siempre piadoso; nunca faltaba a la misa, donde comulgaba con la mayor frecuencia, asistía a la visita al Santísimo y al rezo por la tarde. Algunas veces visitaba la iglesia a altas horas de la noche.

Siempre suspiraba por su tierra. Cuando alguno le preguntaba qué haría si tuviese vista, contestaba: Me iría a Macas para convertir a esos salvajes.

Murió también en el Hospital de San Juan de Dios y fue enterrado en el cementerio público.

4.—La Familia Soberón. No podríamos terminar esta Historia sin decir algo sobre la Familia Soberón que desde los tiempos de nuestro Padre Fundador prestó los más grandes servicios a la Congregación, y aún a la sociedad pastense.

De los miembros de esta Familia los más destacados son: Don Valerio, su hermana doña Camila, la señorita Mariana Soberón y la señorita Virginia, hijas de don Valerio.

Don Valerio, desde joven acompañó al Padre Francisco de la Villota, prestándole servicios invaluables en el manejo de los bienes de la naciente Congregación. Doña Camila se entendía en la cocina, tanto para los miembros del Convento como para los ejercitantes que internaba el Padre Villota, algunas veces, pero especialmente en las cuaresmas.

Los dos hermanos Valerio y Camila fueron siempre de conducta ejemplar, siguieron de cerca la mística del Padre Villota y estimularon a la naciente Congregación con el buen olor de sus virtudes.

Después vinieron las señoritas Mariana y Virginia Soberón. Desde su juventud se entregaron al servicio de la Congregación en los quehaceres de la cocina. La señorita Mariana fue persona instruída. Desempeñó el cargo de profesora en el Colegio que había fundado el Reverendo Padre Ramón María Jurado, para señoritas. Después vino a la cocina del Convento y a la Casa de Ejercicios. Se llenaba de gusto cuando las tandas de ejercicios pasaban de 400 y sobre todo cuando eran de hombres. Siempre alababa a los hombres por que comían con gusto y regañaba a las mujeres, porque no comían.

Cuando le preguntaban, por qué prefería a los hombres? Contestaba: Porque no son ademanosos, cuando les paso la comida dejan lavaditos los platos...

A la señorita Mariana se le tenía mucho respeto, porque sabía regañar y bien fuerte. Si oía alboroto a través del torno sacaba la tabla y le daba su filípica a cualquiera que estuviese alborotando. En cierta ocasión uno de los Padres dijo en el torno algo que no le agradó a mamá Marianita (este era el calificativo que les daban hasta los Padres) sacó la tabla y con voz firme dijo:

–Perdone mi Padre, pero eso no está bien en boca de un sacerdote. Jamás los Padres mayores lo hubieran tolerado.

Aunque lo que el Padre decía no era cosa grave, tuvo que inclinar la cabeza y pedir excusas a la virtuosa anciana.

Mamá Virginia era más cariñosa que mamá Marianita. Nunca regañaba y estaba siempre con la sonrisa en los labios. Quería especialmente a los estudiantes; cuando ellos se acercaban al torno les decía a las cocineras:

–Pobrecitos, dénmenles alguna cosita, han de tener hambre!

Y claro que acertaba. Cuando le faltaba hambre a un estudiante?

Mamá Virginia nos atendía en las temporadas de Franco-Villa. Allí era más obsequiosa con los estudiantes: los aconsejaba, los obsequiaba con alguna golosina y siempre andaba preocupada de que habían de tener hambre...

Tanto mamá Marianita como mamá Virginia reemplazaban perfectamente a la mamasita que cada uno de nosotros había dejado para entrar al Convento. Su cariño siempre maternal estaba abrillantando con una virtud muy pocas veces igualada.

No sólo prestaba sus servicios a nuestra Congregación, sino que atendían también a los Reverendos Padres Jesuítas y a los excelentísimos Señores Obispos en todo lo que las creían necesarias. En la lista de los Benefactores de la Congregación figura en primera línea la *Familia Soberón*.

Sirvan estas breves líneas para agradecer, en nombre de los filipenses de todos los tiempos, a esta Familia generosa que consagró su vida al servicio de la Congregación.

* * *

Padre Samuel Delgado Ch., C. O.

Aunque la Historia de la Congregación Neriana sólo está escrita hasta 1952 hemos querido introducir esta biografía, abreviada, como todas las otras, para rendir un tributo de admiración al verdadero filipense.

El Ilustre como le llamábamos en la Congregación nació el 19 de octubre de 1879 de una familia distinguida por sus virtudes cristianas y ciudadanas. Sus padres fueron don Leonidas Delgado Flóres y doña Cármen Chaves, cristianos a la antigua, como la mayor parte de los pastenses de entonces.

Como hijo de tales padres Samuelito fue piadoso desde su más tierna infancia, muy inclinado a las cosas del culto, devoto sincero del Santísimo Sacramento y de la Santísima Virgen, devociones que conservó hasta la muerte.

Hizo sus primeros estudios en las escuelas de la ciudad que en aquellos felices tiempos, si eran deficientes por sus sistemas pedagógicos, sabían moldear al educando para el cumplimiento estricto de los deberes religiosos y civiles. Terminada su educación primaria entró al Colegio de San Felipe Neri donde estudió, con mucho aprovechamiento, humanidades y filosofía. Vino entonces la guerra de los Mil días y el joven Delgado ya de 21 años se sintió con arrestos para sacrificarse por la patria y se marchó a las filas. Más sus parientes y amigos, temerosos de que interrumpiera su carrera –que prometía ser brillante– le pusieron obstáculos para que ingresara en el ejército que repelía la revolución.

Después de rogar en vano a los jefes conservadores para que lo admitieran como soldado raso, ingresó en el Colegio de los Padres Filipenses de Ipiales, donde permaneció muy poco tiempo y luego regresó a Pasto para entrar en la Congregación. Como los Padres lo conocían lo recibieron inmediatamente y así pudo hacer su noviciado y estudiar la sagrada teología. Terminada esta, en 1904, el 19 de marzo recibió la ordenación sacerdotal de manos del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo Fray Ezequiel Moreno y Díaz, que gobernaba entonces la Diócesis.

Inmediatamente entró a formar parte de la falanje de obreros con que contaba la Congregación y supo sobresalir en el confesonario, en el púlpito y en las clases del Colegio, entonces en pleno florecimiento.

Como confesor fue muy humano con los pecadores. Conocedor de la humana fragilidad y de las doctrinas teológicas, al respecto, supo revestirse de las entrañas de Jesucristo para atraer a los penitentes. Era de ver la afluencia de penitentes de uno y otro

sexo a quienes recibía y despachaba con mucha pausa y paciencia, cualidades que siempre le distinguieron. Hasta la muerte fue constante en este ministerio tan dificil y sólo abandonaba el confesonario cuando se terminaban los penitentes. Muchas veces ya enfermo con esas terribles neugralgias que le atormentaban salía a confesar sin atender a la dolencia.

En el púlpito el Padre Samuelito fue incansable; además de los turnos que le correspondían como congregante, predicába cuando se le presentaba la ocasión o quizá como aconseja el Apóstol "Oportuna e importunamente con toda paciencia y doctrina". Muchos años antes de su muerte dirigió la cofradía de los Jueves Eucarísticos, que había fundado el Padre Celso Marcos Vergara, C. O. En esta cofradía el ilustre Samuelito predicaba todos los jueves con la mayor constancia y fervor. Podía estar enfermo que el no dejaba de explotar sus temas que le duraban semanas y meses; siendo de preferencia la divina Eucaristía.

El estilo de su predicación era el clásico y a veces se permitía algunos romanticismos que hacían gracia a su figura pequeñita y gordiflona. Si era un poco cansado por el tono de la voz, pero en el fondo quien entendía encontraba la mejor información en las ciencias teológicas, filosóficas y en el arte del bien decir.

En las clases del Colegio de San Felipe Neri fue constante. Dictaba castellano, literatura, historia y alguna otra asignatura de menos afición. En literatura era verdaderamente exigente para obligar al alumno a los ejercicios de redacción y tenía la paciencia de oír la lectura de los ensayos y hacía las advertencias acertadas para mejorarlos. El Padre Samuelito también fue profesor en la Universidad, en la Normal de señoritas y en alguno otro de la ciudad.

Para conocerlo –al menos superficialmente– como hombre de letras hay que estudiarlo en las justas literarias en que intervino. Recordamos de ellas tres: la del Quincuagésimo Aniversario de la declaración

del Dogma de la Inmaculada, la del Congreso Eucarístico en 1913 y la de la Coronación de la Virgen de Mercedes.

En lo que se refiere a la primera nuestro Padre Samuel contribuyó con su estro a la celebración del Quincuagésimo aniversario de la declaración del Dogma de la Inmaculada y además formó una especie de florilegio, en el cual las mejores poesías le pertenecían. De este florilegio habla así LA VERDAD periódico de Bogotá editado bajo la dirección del señor Jorge W. Price. "*Brotes*, dedicado a María Inmaculada, es un verdadero jardín esmeradamente cultivado en el que se encuentran delicados "brotes" de todas las virtudes; precioso y ameno vergel de flores y bellezas artísticamente inspiradas, trozos selectos; una variedad de preciosidades que forman un bello conjunto... La espontaniedad y naturalidad de esos "brotes" evidencia el temple de alma de donde proceden..."

En el primer tomo de esta Historia publicamos una de aquellas poesías, la que puede verse en la página 181 y cuya suavidad e inspiración se perciben a primera lectura.

La segunda se refiere a una bella composición presentada en el Concurso celebrado con motivo del Congreso Eucarístico en 1913 titulada *Jesucristo en presencia del arte*, que mereció los mejores elogios de los miembros del Jurado de calificación. Este trabajo puede verse en la Revista Católica en el número extraordinario correspondiente a febrero de 1914. En la tercera, recibió una mensión por su himno a Nuestra Señora.

Como poeta tiene además un bello folleto titulado *Palotes y más palotes*, donde hay composiciones clásicas, románticas y hasta decadentes; porque entonces estaba en boga el decadentismo clásico, del cual parece que no estuvo excento ni don Guillermo Valencia.

El Padre Samuel o "El Ilustre", fue superior de la Congregación desde 1936 a 1942 es decir dos períodos. Sabido es que el gobierno de una Congregación -como la nuestra- supone un sinnúmero de dotes, entre las cuales la menor no es la prudencia o la tolerancia de las flaquezas humanas. El Ilustre tuvo esta virtud en el más alto grádo. Todos sus súbditos tenemos que certificar que sabía estimular los emprendimientos de cada uno y jamás tuvo palabras de reproche en los yerros, sino reprenciones cariñosas.

La muerte le sorprendió en una tercera prepositura en la que le tocó la época dificil de la supresión del Seminario y el establecimiento del Colegio externo. Y sinembargo en transiciones que provocan protesta de los propios y hasta de los extraños todo pasaba en calma y quizá con la aprobación de Dios que es lo que más importa.

Otra de las virtudes que sobresaliron en nuestro ilustre biografiario era su compañerismo, proveniente sin duda de la caridad. Sabido es que esta es la virtud filipense por antonomasia y el Padre Samuelito para todos tenía las mejores palabras y el secreto para desarmar las tempestades. En los recreos de Comunidad siempre se lo veía con la sonrisa en los labios, jugando su partida de ajedrez en cuyo juego era campeón.

Para nosotros tiene los mejores recuerdos, hasta su cigarro rebelde que de continuo estaba *chupando*. Ordinariamente fumaba cigarros ordinarios, pero alguna vez que le caía alguno de primera clase se guardaba el anillo para ponerle después en los del gasto diario. Como le hiciéramos la broma por la industria, reía con la mejor ronrisa del mundo. Estas son las virtudes que se graban en la memoria de los hermanos! El compañerismo en las comunidades recompensa con creces todos los renunciamientos que se hacen para abrazarlas. En cambio la suspicacia, las torcidas interpretaciones, el carácter ágrio hacen imposible la vida de Comunidad. Por esa euforia, por ese placer con que vivía nuestro buen hermano entre nosotros, no lo olvidaremos jamás.

No sería justo callar la actividad de nuestro hermano sin decir una palabra de *Portaliras*, obra en la que recogió las mejores poesías de nuestros poetas inspirados y las suyas propias y de su colaboración eficiente en la revista dirigida por su hermano don Rafael Delgado Chaves, revista que guarda los mejores tesoros literarios del sur. "Ilustración Nariñense" será consultada por todos los amantes de la historia y la literatura nariñense.

Sirvan estas cortas frases como demostración del cariño que profesamos al ilustre desaparecido. (Recordamos con gratitud que el día en que tuvimos que salir de la casa de Pasto para marchar a Bogotá el Padre Samuelito no pudo contener las lágrimas). Ese cariño de los verdaderos hermanos ha podido más que todo y nos ha ligado a la tierra con lazos irrompibles. Hoy que sin duda goza del Dios, que todo lo comprende, le prometemos conservar su recuerdo hasta unirnos en la eternidad.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

OBRAS PUBLICADAS:

Apuntuaciones de Literatura (agotada).

La Gobernadora de Pasto o Coronación Canónica de Nuestra Señora de Mercedes (Publicada por lá Venerable Curia Episcopal).

Comedia Trágica (Publicada por la Biblioteca de Autores Nariñenses).

Historia de la Religión Bethlemita (Publicada por las Reverendas Madres Bethlemitas. Está para salir el II tomo).

Historia de la Congregación Neriana (2 tomos).

Piscina de Jesús del Río (Segunda edición, corregida).

OBRAS LISTAS PARA SER PUBLICADAS:

La Tragedia Cómica o un Viaje de nuestro Padre Adán a la tierra.

En las Tablas y por las Ondas.

Lecciones de Filosofía (De acuerdo con los programas dados por el Ministerio de Educación Nacional).

La Vida (Colección de cuentos morales).

Lecciones de Acética y de Mística.

El Edificio de la Perfección (Meditaciones para las tres vías del espíritu, en 3 tomos).

El Maestro (Obra didáctica y pedagógica).

En los Rincones del cerebro (Novela).

Año devoto (2 tomos).

En la Cátedra (Colección de discursos sagrados y profanos. 2 tomos).

OBRAS EN PREPARACION:

Lecciones de Religión (De acuerdo con los programas del Ministerio de Educación Nacional).

Lecciones de Literatura (Universal, española y colombiana).

Lecciones de Castellano (De acuerdo con los programas del Ministerio de Educación Nacional)

Ejercicios para seglares, sacerdotes y religiosos.

FE DE ERRATAS

Página 7, línea 11 dice: detras; léase: detrás.

Página 23, línea 9 dice: quienen; léase: quienes.

Página 49, línea 15 dice: absolverla; léase: absolver o confesar.

Página 49, línea 23 dice: espojados; léase: esponjados.

Página 49, línea 30 dice: triangulo; léase: triángulo.

Página 50, línea 13 dice: humanidad; léase: humildad.

Página 51, línea 4 dice: diciendole; lease: diciendoles.

Página 62, línea 1 dice: Estan; léase: estas.

Página 63, línea 2 dice: a casa; léase: a una casa.

Página 68, línea 38 dice: factor; léase: fetor.

Página 84, línea 3; léase: que no le consta porque el dolor y la pena le hizo retirarse a su celda, pero que oyó decir y era voz pública...

Página 102, línea 38 dice: la Santo; léase: al Santo.

Página 114, línea 24 dice: convenvenca; léase conveniencia.

Página 117, línea 2 dice: Obispo; léase: Obispos.

Página 148, línea 3 dice: prevería; léase: proveería.

Página 153, línea 36 dice: ramonadas y juredadas; léase: villotadas y ramonadas.

Página 124, línea 13 dice: si algunos no se resentían; léase: si algunos se resentían.

Página 154, línea 15 dice: pronto le hacía; léase: pronto les hacía.

Página 155, línea 25 dice se hechan; léase: se echan.

Página 157, linea 20 dice: ultimos; léase: últimos.

Página 158, línea 18 dice: practicas; léase: prácticas.

Página 158, línea 28 dice: celebrarán; léase: celebraran.

Página 180, línea 28 dice: encomendado; léase: enmendado.

Páginá 181, línea 28 dice: teológicas; léase: teológica.

Página 182, línea 21 dice: un; léase: una.

Página 183 línea 13 dice: Massabielli; léase: Massabielle.

Página 196, línea 13 dice: cuando lo celebraba; léase: cuando celebraba.

Página 214, línea 13 dice: presentaba; léase: prestaba.

Página 226, línea 2 dice: despacho; léase: despecho.

Página 229, línea 28 dice: expontánea; léase: espontánea.

Página 231, línea 22 dice: Bigrafía; léase: Biografía.

Página 231, línea 23 dice: el; léase: del.

Página 240, línea 10 dice: filípila; léase: filípica.

Página 241, línea 14 dice: inefalible; léase: infalible.

Página 276, línea 2 dice: aseando; léase: aseado.

Página 281, línea 1 dice: faltaba; léase: falta.

INDICE GENERAL

Segunda Parte

CAPITULO 1º

Francisco de la Villota y Barrera

CAPITULO 2º

Virtudes favoritas del Padre Villota

CAPITULO 3º

Ultima enfermedad y muerte edificante

CAPITULO 4º

Declaraciones sobre las virtudes del P. Villota

CAPITULO 5°

Página

Exhumación de los restos del Padre Villota

CAPITULO 6°

Ilustrísimo Señor Rafael Lasso de la Vega

CAPITULO 7°

Manuel María de Guzmán

CAPITULO 8°

Algunos de los primeros filipenses

CAPITULO 9°

Reverendo Padre Ramón María Jurado

CAPITULO 10°

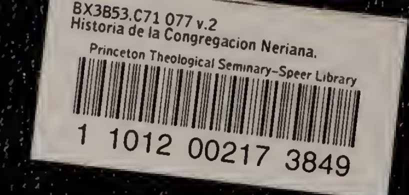
CAPITULO 11°

CAPITULO 12°

CAPITULO 13°

Este libro se terminó de imprimir el día doce de diciembre de mil novecientos cincuenta y seis en los talleres de Tipografía "Pasto" en Pasto — Nariño — Col.





BX3B53.C71 077 v.2
Historia de la Congregacion Neriana.
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00217 3849